

eTerciopelo

Con aroma a  
madera



LUZ BARRERAS

# Con aroma a madera

Luz Barreras



TERCIOPELO

# CON AROMA A MADERA

Luz Barreras

## ACERCA DE LA OBRA

**Un encargo insólito, experiencias vitales dispares y mucho surrealismo; con un cóctel así, no es de extrañar que el lector acabe por reírse de hasta su propia sombra mientras descubre dónde acaba el camino.**

Una ambición insane, una biblioteca que guarda encuentros, un viaje forzoso, una carrera de orientación, un encuentro rocambolesco, una atracción contenida, un par de vinos y un viñedo...harán que las vidas de Arturo y Marian colisionen. Un amor que irá fraguándose entre barro, tintes afrutados y madera. Una historia que nos recuerda que cada día tiene mil cuatrocientos cuarenta minutos para vivirlos, que las cosas sencillas de la vida pueden obrar magia y que hay muchos caminos, pero tan solo uno, es el que verdaderamente nos lleva a casa.

¿Quieres conocer a Marian y Arturo?

Marian: Mi filosofía de vida: saltarme reglas que en realidad no existen, disfrutar de lo que no es socialmente aceptado, probar sin culpa y experimentar con mis sentidos cada día.

Arturo: Jamás le perdonaré su rechazo siendo un adolescente, cuando me mandó al infierno porque no era un hombre hecho y derecho. Ahora ya no soy aquel crío y el pasado no me impide que vuelva a desearla como nunca he deseado a una mujer. Y aunque su estilo de vida no casa para nada conmigo, soy egoísta y quiero estar cerca de ella todo el tiempo que pueda.

## ACERCA DE LA AUTORA

**Luz Barreras** (Granada Junio1981): Diplomada en Magisterio se auto-publica su primera novela en 2008 y debido a su gran pasión por la lectura colabora con los principales grupos editoriales de este país durante años reseñando novelas. Además de tener experiencia en campañas de promoción cinematográficas se lanza en 2019 publicando su primera novela romántica a nivel nacional.

# Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Epígrafe

PRÓLOGO

1. La búsqueda
2. Por las calles de Madrid
3. Carrera de Orientación
4. La cena
5. Urgencias
6. Si mientas al diablo, aparece
7. Visitas y desencuentros
8. Alfarera
9. No más besos al alba
10. Distancia
11. Jamás
12. Pijamas y vestidos
13. Feliz cumpleaños, señor...
14. Esto no se acaba aquí
15. Manual y tradicional
16. Risas y juegos
17. Frío y calor
18. Las cartas sobre la mesa
19. La poda

20. Punto de unión
21. Rutina
22. La visita
23. Sorpresas
24. Problemas imponentes
25. Lo hacemos y luego ya vemos
26. Interés
27. Thunder
28. Confesiones
29. Ambición
30. Todo lo que siempre quise fuiste tú

EPÍLOGO

Créditos

Para Silvia Martínez, lo prometido es deuda.

«Con maderas de recuerdos armamos las esperanzas».

MIGUEL DE UNAMUNO.

## PRÓLOGO

*Andorra. Casa de los Blasco. Dieciséis años atrás...*

*Marian*

Según Jimena, Arturo Alquézar ha hecho una apuesta con Leo Blasco. Desconozco el premio, pero lo que sí sé es que el reto consiste en seducirme esta noche. Niñato... Pero un niñato que puede tener a la chica de su edad que quiera. ¿Por qué me ha escogido a mí que soy mayor y no suelo relacionarme con el grupo? Me parece demasiado presuntuoso por su parte el pensar que puede hacer y conseguir este tipo de cosas. Aunque en realidad, me da rabia admitir que si no me llego a enterar, probablemente lo hubiese conseguido, porque con diferencia, ese chico es el más guapo que he visto en mi vida. Pero también es el más impulsivo, prepotente e imbécil. Encima, acabo de presenciar algo que aún me tiene alterada, que le afecta directamente y que me deja en la situación de decidir si ayudarlo o no. Debe estar al caer, así que debo actuar rápido y no puedo ser blanda con él. Alguien debe bajarle esos humos tan subidos y quitarlo de en medio antes de que todo esto eclosione.

*Arturo*

¿Seguirá Marian en la biblioteca todavía? Leo me ha confirmado que la vio entrar hace rato. Como siempre, ella continua al margen de todo y de todos. En lugar de estar divirtiéndose en la fiesta o tonteando con cualquiera, esos ojos verdes prefieren permanecer escondidos y fijos en un libro.

Me tiemblan las piernas y las manos. Ella es la única capaz de conseguir que me sienta así. Esto me sucede desde la primera vez que la vi y clavó sus ojos en los míos. Avanzo sigilosamente, lo último que necesito es que alguien se percate de que estoy hecho un flan solo por acercarme a ella. Pero o lo hago así o no me atreveré, ni siquiera, a hablarle.



Entro en la biblioteca y la localizo al instante, está apoyada en una de las estanterías, ojeando un libro, y luce un maravilloso vestido.

Me acerco tembloroso y rezo a todo lo que se me ocurre para que no se percate de ello. Tengo que ser directo, simular que ella no me intimida.

### *Marian*

Acaba de entrar, en el silencio que reina en la estancia es fácil percibirlo. Lo veo pasar entre las estanterías con su esmoquin. Es alto, muy alto para los dieciséis años que tiene. Y guapo. ¿Cómo le puede quedar tan bien el esmoquin a un crío? Me preparo, porque no sé si estoy segura de que sonaré tan fría e indiferente como pretendo. Enfila el pasillo hasta que llega a mí.

—Buenas noches, Marian —susurra en mi oído, con la voz entrecortada.

Aunque él no lo sienta, no puedo evitar que mi cuerpo se revolucione al percibirlo tan cerca.

—¿Qué haces aquí? El patio está en el otro lado.

—Sé muy bien dónde estoy.

—Sí, molestándome —contesto, y acto seguido, noto como en un visto y no visto, aprisiona mi cuerpo contra la estantería.

—Dime, Marian. ¿Nunca has pensado que las bibliotecas son un sitio ideal para que dos personas intimen? Seguro que en esas novelas que tanto te gusta leer, aparece alguna escena tórrida en una biblioteca —musita al tiempo que me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

Pese a que es directo como una bala, me sorprende ese gesto cariñoso.

—Quítate de encima, antes de que ponga en práctica todo lo que he llegado a aprender en esas novelas que leo —aviso en tono acerado.

No lo hace. Sin pensármelo, lo separo de mí de un empujón, estampándolo contra el mueble de enfrente.

—Te he dicho que te apartes. ¿En serio crees que voy a perder el tiempo con un crío como tú? Márchate de aquí, si no quieres que te humille de verdad. No me durarías ni un asalto —asevero, con una calma fingida. Me va a costar mucho olvidarme de la sensación de tener su cuerpo sobre el mío.

Noto cómo su cara muda de expresión al instante. No le ha gustado que le haya llamado niño y, mucho menos, que haya insinuado que no es capaz de satisfacerme.

—Este niño —recalca—, te puede dar la mejor noche de tu vida.

—Lo dudo mucho. Y ahora, lárgate. Estoy esperando a alguien mejor que tú.

—¿Un ratón de biblioteca asustado como tú espera a alguien? —pregunta asombrado.

—Sí, y se trata de un hombre, no de un niño. Así que regresa por donde has venido y déjame en paz.

No es necesario volver a repetírselo, se da la vuelta y se marcha a la velocidad del rayo. La cara con la que se ha ido es de dolor, pero es lo mejor.

Respiro aliviada cuando estoy segura de que se ha marchado. Gracias al cielo, todo ha ido bien. He conseguido mi propósito, si aparece alguien, él ya no va a estar aquí. Recojo la falda de mi vestido para no pisármelo, a la vez que me dirijo de nuevo al diván que hay tras la estantería, con el libro que tengo en las manos.

Intento sentarme como puedo. ¡Dios bendito! No sé cómo he sido capaz de resistirme cuando lo he tenido cerca. Está claro que Arturo podría desarmar a cualquiera con esa seguridad, su pelo revuelto y esos ojos color miel

### *Arturo*

Llego de nuevo al patio donde están todos y busco a Leo con la mirada. Inmediatamente se acerca a mí al percatarse de mi expresión malhumorada.

—¿Qué ha pasado?

—Que se ha reído de mí. Ha dicho que no le duraría ni un asalto y que me largue, que está esperando a un hombre, y no a un niño. Cómo se lo cuentes a alguien te mato, Leo —mascullo, apretando los dientes. Intento contener la rabia como buenamente puedo. Ni siquiera me ha tenido en cuenta. ¿Cómo iba a hacerlo? Soy un crío para ella. Aunque no lo voy a dejar pasar, a partir ahora, pienso atormentarla hasta la saciedad.

—¡Joder! ¿Un hombre? ¡Si ella no va nunca con nadie! —exclama todavía más asombrado que yo.

—¡Eso es lo que yo creía! ¡Por lo visto, el ratón de biblioteca no es tan inocente como parece! ¡Te juro que esta me la paga! Y al resto le pienso contar que no he querido seguir porque ella se ha asustado. ¿Me has entendido?

—Yo en tus asuntos no me meto, Arturo —suspira indeciso—. ¿Seguro que estás bien? Sé cuánto te gusta, aunque no quieras admitirlo.

—A partir de esta noche ella va a conocer lo que es capaz de hacer un *niño* como yo.

## *Marian*

Llevo diez minutos intentando concentrarme en la página del libro que he abierto y no hay manera. No se me va de la cabeza la mirada con la que ha salido de esta maldita biblioteca. Muevo la página hacia atrás para volver a empezar a leer el capítulo, a ver si así puedo enterarme de algo. Pero en ese mismo instante un tropel de voces hace que levante la mirada del libro.

—¡Marian! ¡Marian! —grita mi padre.

¿Qué demonios hace mi padre en la biblioteca?

—¿Papá? —susurro incrédula.

En cuanto me escucha parece que da con el camino hasta encontrarme. Cuando lo hace no viene solo. El padre de Arturo y su tío lo acompañan. En ese instante encajan todas las piezas. Muestro mi mejor cara de incredulidad antes de continuar hablando:

—¿Sucede algo? —pregunto, incorporándome al ver a los tres hombres frente a mí— ¿Mamá y Ginebra están bien?

—¿Arturo está aquí? Si lo estás escondiendo, más te vale que salga ahora mismo —amenaza el padre de Arturo, mortalmente serio.

—¿Perdón, señor? ¿Por qué tendría que estar Arturo aquí? —señalo con mi mejor cara de extrañeza.

—¿No está aquí contigo, hija? —Me apremia mi padre, con el semblante descompuesto.

—No, es obvio. Estará en el patio con los demás, haciendo cualquier trastada de las tuyas. ¿Ha pasado algo? —Vuelvo a mentir.

—Marian, te lo voy a preguntar una vez más. ¿Ha estado Arturo aquí contigo? —me interroga de nuevo su padre, con la expresión cambiando por momentos.

—Señor, ya le he dicho que no. No he visto a su hijo en toda la noche. ¿A qué viene todo esto? —Le encaro, con el control que consigo reunir.

—¡Mientes, niña! —grita el tío de Arturo, agarrándome el brazo con fuerza y zarandeándome—. ¡Habéis estado juntos! ¡Te has acostado con él! ¡No lo encubras más!

—¡Suélteme, señor! ¡No sé de lo que me está hablando! ¡Está loco! —le grito, a la vez que intento zafarme de su amarre, que seguro va a dejarme marcas en el brazo.

—¡Joaquín! ¡Suelta a mi hija ahora mismo! ¡Si ella dice que no ha visto al muchacho no hay más que hablar! —Mi padre pierde el control al ver que el hombre no le hace caso—. ¡Joaquín, te he dicho que la sueltes!

Pero es el padre de Arturo el que finalmente interviene sujetando al mío y lo retira de su hermano.

—Juanjo, por favor, saca a tu hija de aquí. Esto ha ido demasiado lejos y ella no tiene por qué ver lo que va a suceder.

En ese momento mi padre me aparta de manera brusca y me saca casi a rastras de la biblioteca, exigiéndome que vaya en busca de Jimena.

Asiento y sin rechistar hago lo que me ha ordenado. Cuando voy por la mitad del pasillo puedo escuchar gritos y el sonido de cosas caer. Por lo que presupongo que alguien se está peleando. Y estoy casi segura, de que la amenaza velada del padre de Arturo no ha quedado en saco roto. Su tío está recibiendo de lo lindo. Aunque eso no hace que me sienta bien, no me gusta la violencia.

Una vez llego hasta donde se encuentra mi amiga, esta me mira con el ceño fruncido.

—¿Finalmente lo ha hecho? —pregunta nerviosa—. Porque está diciendo que sí, pero que tú te has asustado y a él los ratones de biblioteca atemorizados no le gustan. Y que, a partir de ahora, te tienen que llamar así.

Tomo aire como puedo, porque después de todo lo que ha pasado esta noche y lo que está sucediendo en estos instantes en la biblioteca, lo último que me apetece es tener que desmentir las palabras de un niño con el ego maltratado. A ella, y solo a ella, pienso confesarle una parte, lo demás no le interesa a nadie.

—Lo ha hecho. Se me ha insinuado. Lo único que ocurre es que lo he rechazado. Creo que le ha quedado claro que me gustan los hombres, no los niños. No quiero hablar más sobre este asunto que me provoca dolor de cabeza, Jimena. Dejemos el tema Arturo Alquézar, ¿te parece?

—Pues no tengo tan claro que él lo deje estar. Tiene demasiado genio como para olvidar que lo has humillado.

—Que haga lo que quiera, no me importa lo más mínimo —contesto agotada.

Con esto me dirijo hasta la zona donde se dispensan las bebidas y le pido al camarero que me sirva una copa de vino. El hombre me interroga con la mirada, porque cree que soy menor. Siempre me sucede, aparento ser más niña. Cuando le comento que soy mayor de edad, me examina con recelo, pero

al ver que le estoy pidiendo el alcohol delante de todos los adultos y que nadie me recrimina por hacerlo, el hombre me lo sirve.

Necesito un poco de tranquilidad, por lo que decido alejarme hasta una de las ventanas que da al patio y lo localizo. Su cara es un rictus de frialdad, aunque está sonriendo a una de las muchas chicas que lo rodean. Me estremezco al pensar en todo lo que podría haberle ocurrido. Entonces, como si supiese que lo estoy observando, él se gira y enfoca sus ojos en la ventana. Nos miramos el uno al otro, y en ese mismo instante, reconozco en el frío que desprende su expresión, que no lo va a dejar estar.

Por ello brindo, llevo la copa a mis labios y tomo el primer trago de lo que mi paladar adivina es un vino carísimo. Esta es mi manera de celebrar que acabo de entrar en mi propio infierno.

## CAPÍTULO 1

### La búsqueda

*16 años después...*

*Arturo*

*E*l sabor es demasiado simple, como el de todos los que llevamos probados. No detecto nada especial, ni siquiera destacable. Hasta el momento, todos los vinos me parecen exactamente iguales. Suelto el sorbo del líquido que aún envuelve mi lengua en el cuenco preparado para ello, coloco la copa sobre un estante. Leo —mi segundo al mando— habla con el responsable de la finca y mientras salgo de la bodega a que me dé el aire. En el exterior, inspiro ante el paisaje y contemplo los viñedos; ni siquiera los últimos rayos de sol de la tarde que me bañan, me ayudan a relajarme.

¿Es que no hay una buena añada en todo el país? Quizá tendría que haber hecho caso a Georgina —mi hermana mayor—, y haber viajado a Francia o a Chile; ahí siempre hemos hallado los mejores descubrimientos. Ambos somos conscientes de que lo que buscamos es escaso, debido a que la producción de tres y cuatro años atrás no fue muy próspera. Esa es la razón por la que mi hermana creía que la mejor opción era probar por España en lugar de volver a buscar en los mismos países. Para nuestro negocio, Francia, Italia, Grecia y Chile siempre han resultado una fuente inagotable de tesoros. No han fallado en calidad desde que mi padre comenzó a exportar a varios países, allá por los años ochenta.

Tras la jubilación de nuestro padre, la responsabilidad de mantener e incluso elevar la calidad del negocio ha recaído en mí y en Georgina. Hasta ahora, no ha sido fácil mantener el nivel además de ampliar el mercado, ya que la empresa se ha tenido que ir adecuando a los nuevos tiempos.

Decidimos adelantar el viaje a causa de dos asuntos: el escándalo por la venta de vinos de precio medio a precios desorbitados y que ha provocado una desconfianza hacia muchas de las bodegas españolas y sus distribuidores. Y dos, que el mercado asiático cada vez abarca más y sus buscadores no son tontos, saben que esto va a provocar que el precio de ciertas añadas baje, porque muchos exportadores no se fían de lo que van a comprar y, sobre todo, no saben si van a distribuirlo con solvencia después del escándalo. ¿Acaso los asiáticos van a dejar escapar la oportunidad de comprar a un precio razonable, al que le van a pasar miles de controles de calidad, y lo van a vender a precio de oro? Sinceramente, no. Es por ello por lo que debo adelantarme, no solo para encontrar añadas que nos salgan rentables, sino para dar con tesoros que otros no van ni a buscar por miedo.

No obstante, aquí me encuentro, normalmente soy el encargado de administrar la parte comercial y económica de la empresa, no el que va en vaqueros, camiseta y botas, cubierto de polvo de pies a cabeza tras viajar de finca a finca, intentando hacer el trabajo de mi hermana —la buscadora de tesoros—; pero ella está enclaustrada en casa por orden expresa de su médico a causa de un embarazo de alto riesgo. No es algo que se pueda tomar a la ligera y lo que me hizo, hace un par de semanas, dar el paso hacia adelante y dedicarme a recorrer España, de punta a punta, fue percibir la preocupación en su cara.

Y aunque soy tan buen catador como ella, mi hermana ha querido que Leo me acompañe. En cuanto al motivo por el que él ha aceptado venir, creo que no es otro que la necesidad de no estar encerrado mucho tiempo en un mismo sitio.

Escucho como él sale de la bodega hablando amablemente con el capataz de la finca, que se muestra esperanzado de que escojamos algunos de sus vinos. Se despide como siempre, con una sonrisa encantadora y un «nos pondremos en contacto» que significa: «no vamos a llamar».

Cuando se acerca, me mira de soslayo, pidiéndome que salgamos del lugar inmediatamente. Accedo, porque pese a la bonita vista que tengo frente a mí, yo también necesito salir de ahí.

*Ya en el todoterreno...*

—No me puedo creer que no haya nada destacable. Todos son unos vinos excelentes, que en muchas partes del mundo serían considerados un lujo. Aunque no son lo que demanda nuestra clientela. Y con esta bodega ya van... —comento, intentado situarme.

—Diecisiete. Hemos visitado la gran mayoría de nuestros proveedores del norte de España. Denominaciones de Origen: Penedés, Priorat, Pesquera, Rioja, Cariñena, Somontano... Nos queda centro norte, Arlanza, del que hace tiempo que no movemos nada y no está tan explotado. Y he pensado en probar una denominación que ni nos hemos planteado: Vinos de Madrid. ¿Por cuál quieres empezar? —explica Leo, un tanto inquieto.

—¿Seis denominaciones de origen? ¿Diecisiete bodegas? No pensaba que hubiéramos parado en tantas... Aunque pensándolo bien, llevamos casi dos semanas de ruta y hemos seleccionado cuatro añadas de gran calidad. Desde luego, no son el tesoro que buscamos, vamos a la caza de una joya para gustos muy específicos. Y sí, lo sé. Antes de que me digas que la calidad de un vino depende de los deleites personales y no de su coste, déjame decirte, que en este caso no es así. Ya llevamos una selección, pero quiero que se salga de lo normal, que sorprenda, un vino que haya sido mimado el tiempo necesario para hacerlo único. ¿Dónde está? Pues ni idea, amigo. Aunque no te quepa duda de que daré con él, me cueste lo que me cueste. Nos jugamos mucho con la elección que hagamos —le recalco, intentado con ello descargar un poco la presión a la que estoy sometido desde que salimos de casa.

—No hace falta que me sermonees, Arturo. No soy uno de los empleados del almacén —me amonesta en tono cansado—. Te recuerdo que soy enólogo y sé muy bien diferenciar entre un crianza, un reserva, un gran reserva y una joya. ¿Aun así, no crees que te estás excediendo un poco con esto? Tú eres el que estás exigiéndote demasiado.

—Quizá —murmuro mientras mantengo la vista clavada en el carril que nos lleva a la carretera—. No dejo de pensar en que si damos con el Santo Grial, todo lo que hemos invertido, desde: maquinaria, tecnologías, *marketing* internacional... quedaría cubierto. Ya sé que podíamos permitirnos las mejoras y que eran absolutamente necesarias para la expansión. Pero lo que marca la diferencia entre una empresa y otra, es el conformismo. Si te relajas, te quedas atrás. Innovar en infraestructuras y servicios es imprescindible hoy en día, no obstante, ¿de qué sirve si siempre ofreces un mismo producto por



bueno que este sea? —le expongo con efusividad, haciéndole ver que hay que arriesgar.

—Un producto seguro es la base de una empresa coherente. Es lo que hace que tus clientes vuelvan. Saben lo que quieren y lo encuentran —me reta.

—Cierto. Aunque mi idea de expansión no se queda solo en actualizar el sistema, sino en cruzar puentes que aún no nos hemos atrevido ni a pisar —le rebato.

—Lo que tú digas... Sin embargo, aún no me has contestado. ¿Por cuál comenzamos? ¿D. O Arlanza o D.O Vinos de Madrid?

—Te diría que Arlanza, aunque como nos conocemos, sé que nos vas a llevar directos a Madrid. Necesitas un respiro de unos días, y lo cierto es que no me apetece discutir contigo. Siempre podemos pasar por tierras burgalesas de regreso.

—¿Así de fácil? —sonríe—. Si lo llego a saber, me ahorro toda esta charla sobre *Santos Griales* y te digo directamente que ya hice reserva para esta noche en el pueblo de San Martín de Valdeiglesias y que, para mañana viernes, hay programada una sorpresa para divertimos y soltar tensión...

## CAPÍTULO 2

### Por las calles de Madrid

*Marian*

Salgo del restaurante con la satisfacción pintada en el rostro. Hoy es de esos días en los que el mundo es algo más bonito o a mí me lo parece. No lo sé.

Acabo de hacer una entrega de una vajilla de cerámica irregular, esmaltada en beige y adornada con una serigrafía de flores naturales, destacadas con un esmaltado en un azul azafata precioso. Estoy satisfecha con el resultado, al igual que el chef.

Nunca interactúo con mis clientes en la entrega del pedido, ya que muchos de ellos provienen de lejos. Pero hoy ha sido una de las pocas ocasiones en que lo he depositado yo misma, ya que el restaurante está el centro de Madrid, mi ciudad. Y ver la reacción del cliente ha sido increíble.

Deambulo por las calles del casco antiguo, saboreando aún en mi paladar las sensaciones de una comida exquisita. El sol de mediados de noviembre va acariciando mi cara tímidamente, mientras me paro a mirar los escaparates de las pocas tiendas del Madrid castizo que quedan.

Años atrás ni me hubiese detenido a observarlas, pero ahora mi vida es muy diferente. Aunque mi trabajo es quizá más rudo que el que ejercía hace seis años, consigue que me sienta plena. Y es esa plenitud la que me hace disfrutar hasta del más pequeño detalle que pasa frente a mis ojos.

Antes trabajaba como traumatóloga en el hospital La Paz de Madrid. Empecé como casi todos, siendo una cría con ganas de comerme el mundo. Tras aprobar el MIR, entré en el área de traumatología y mi día a día discurría tratando lesiones por accidentes de tráfico, por accidentes laborales... etc.

Es verdad que cuando me planteé estudiar medicina, lo hice como cualquier otro joven estudiante, rebotante de energía y con ganas de ayudar. Y también

es cierto, que sabía que no todo iba a ser idílico, pero nadie te previene para otras cosas.

Creía que trabajar en esa especialidad y en casos diferentes me hacía feliz, así que durante mucho tiempo me negué a reconocer que existía un vacío que nunca se llenaba, que algo fallaba.

Como médico asumes muchas ideas, pero antes que ser galenos somos personas. Con esta estructura bien anclada en mi cabeza, comencé a trabajar con pacientes que arrastraban secuelas del once de marzo. Y eso fue el billete para poner rumbo hacia un cambio de destino.

Un nueve de mayo de hace casi seis años, en una de esas sesiones, cuando estaba explorando a una de mis pacientes a la que llevaba tratando ya unos meses, tras una intervención en el hombro que le provocaba parálisis en el lado derecho del cuerpo, me habló sobre como era su realidad.

Ella era una superviviente, una chica poco mayor que yo, que enumeraba con una serenidad tremenda los sueños que había cumplido desde el atentado, los que le quedaban por cumplir y los que ya no realizaría debido a sus secuelas físicas, como quedarse embarazada. Repitió, una y otra vez, que si lo llega a saber, hubiese vivido de manera diferente. Que había aplazado muchas cosas porque creía que siempre habría tiempo para hacerlas. Me impresionó la convicción con la que me aconsejó que no dejase nada para más adelante, porque no teníamos un mañana, sino un hoy. Que todo cambiaba en una decisión, en un minuto, en un segundo...

De pronto, comprendí aquello que no había querido aceptar en un principio, que había negado durante años. Había estado tan sumida en una interminable espiral: turnos interminables bajo una presión bestial, emociones acalladas después de tratar con ciertos pacientes, expectativas por lo que se esperaba de mí, de obligaciones... que habían provocado que me marchitase poco a poco. Al ver la situación en la que ella se encontraba, con el cuerpo lleno de cicatrices y casi medio paralizado y, advertir como pese a todo, se afanaba en experimentar aquello que antes no había hecho, provocó que empezaran a sudarme las manos, que mi pulso se acelerase...

Ese día, por primera vez, sufrí el pánico de creer que no podría salir de ahí. Caí redonda al suelo, no sabría decir si por empatizar demasiado con ella, o porque me había puesto ante mis ojos aquello a lo que yo no había sabido darle nombre hasta aquel instante.

Al final de esa jornada, y algo más repuesta —tras la revisión de mis

compañeros y explicarme que había sufrido un ataque de ansiedad con desvanecimiento por hiperventilación— llegué a casa, me senté en el suelo de mi habitación y comencé a elaborar una lista con todo lo que siempre había querido hacer y que había postergado una y otra vez. Al terminarla, fue cuando lloré. Lloré al asimilar que había priorizado lo que se suponía que debía ser bueno para mí: perfeccionar mi inglés, asistir a una conferencia de alguien importante, a congresos para estar al día de todas las novedades en mi campo, a cenas, a reuniones... que, sumadas a mis horas de trabajo, y lo que eso comportaba en algunos casos, habían provocado que aparcase todo lo demás.

Fue esa misma noche, con una copa de vino en la mano, y escuchando en bucle la canción *Girl on fire* de Alicia Keys, cuando tomé una decisión. No podía seguir así. Comprendí lo que debía hacer y cómo empezar a hacerlo.

Pasados unos días, y más serena que nunca, moví todo el papeleo pertinente, cerré los asuntos pendientes y abandoné todo lo que había construido durante veintiocho años.

Una vez que lo tuve todo prácticamente concluido, fue cuando hice participe a mi familia de la decisión que había tomado y del giro que iba a dar. Evidentemente, pusieron el grito en el cielo, era lógico ya que de la noche a la mañana, había hecho desaparecer años de carrera, un MIR, un piso en una de las mejores zonas de Madrid, en definitiva, mi existencia tal y como la conocían hasta ese momento.

Como provengo de una familia muy acomodada, mi madre intentó que montase mi consultorio privado y que me alejase de lo que suponía el ajetreo en un hospital público, y desistiese de mi decisión. Al principio no entendió lo que me sucedía. Marian, su discreta hija, la estudiante brillante que nunca había sacado los pies del tiesto, acababa de volar todo por los aires. No obstante, no pudo hacer nada para disuadirme. Había tomado mi elección y era irrevocable. Por lo que no le quedó más opción que aceptarlo, entendió que lo más importante es que yo estuviese sana y fuese feliz.

Mi entorno y mis amistades me tomaron por loca. ¿Cambiar la comodidad que disfrutaba por probar cosas nuevas? Creían que había debido sucederme algo para ello.

Y así había ocurrido. Había descubierto que solo contaba con una oportunidad y que quería vivirla como se merecía.

Con el dinero de la venta de mi piso de la Castellana y con la ayuda de Jimena, mi mejor amiga, empecé a buscar algo que no estuviese en la ciudad.

Compré una bonita casa alejada del mundanal ruido, junto al embalse de San Juan, a minutos del precioso pueblo de San Martín de Valdeiglesias, por mucho menos de lo que había vendido mi piso en la capital. En cuanto fue de mi propiedad, poco a poco, la fui adecuando a mis gustos. Despejé la entrada, construyendo un porche precioso, coloqué grandes ventanales para tener vistas al embalse y que entrase la luz para poder ver los pinos mecerse con el viento; incluí tarima y muebles de madera, una chimenea y decoración rústica. Realicé todos los arreglos hasta que conseguí un clima cálido y acogedor: creé mi hogar.

Durante ese periodo de tiempo realicé algunos cursos que ofertaban en el mismo pueblo. Una de las cosas de mi lista era el deseo de explorar mi vena artística y en esa época, encontré el tiempo, el sitio y la gente adecuada. Boceté y pinté, practiqué música, probé expresión corporal y alfarería. Y me enamoré de esta última. El tacto del barro en mis manos, el poder darle vida a un trozo de arcilla con tan solo mis dedos me hizo sentir dichosa.

Sin darle demasiadas vueltas y una vez asimiladas todas las técnicas, creé mi propio taller en casa, con horno incluido. Los primeros meses transcurrieron entre pruebas y más pruebas. Con elaboraciones de diseños obtusos, raros y poco útiles, hasta que un día intentando realizar algo básico, di vida a una simple taza. Después de cocerla y lacarla, la decoré con motivos otoñales. Recuerdo que casi estallé de la emoción. Y así, poco a poco, fui elaborando diferentes diseños con platos y cuencos a juego.

Jimena, en una de sus visitas, se enamoró de lo que había producido desde que no me veía. Tras escoger para llevarse lo que le gustó, tomó fotos de lo demás. Cuando finalizó ese fin de semana, ya se había encargado de llamar a un amigo informático para que me hiciese una web que incluía tienda online y redes sociales donde mostrar mi arte.

A las dos semanas de estar en funcionamiento, realizaron el primer pedido. Casi ni me lo creía.

Pero como bien me había dicho Jimena: «Marian, los ahorros no duran toda la vida, has comprado una casa y prácticamente la has rehecho... ¡Sin contar con el taller! Además, llevas un año sabático. ¿Qué menos que amortices lo que estás haciendo? Creo que merece la pena intentarlo...».

Mientras continuo con mi paseo, sonrío al pensar en ella. Tan viva, tan loca, pero tan sumamente inteligente.

Es de las pocas amistades que conservo tras mi cambio de vida. Muchas

desaparecieron, ella no. La conozco desde la guardería, nos independizamos juntas a un estudio diminuto a las afueras de Madrid en los últimos años de facultad. Y he convivido con ella hasta que heredé el piso que era de mi abuela y empecé a trabajar.

Exprime la vida al máximo y opuestamente a mí; adora la adrenalina que le produce su trabajo como cirujana en urgencias. Sí, he de reconocer que somos muy diferentes. Yo soy la empática y ella la que necesita entender el porqué de las cosas. Por eso se mantuvo a mi lado cuando le expliqué lo que me sucedía. No juzgó, sino que encajó todo en su esquema mental y sin vacilación, me acompañó.

¿Quién iba a pensar lo que conllevaría abrir una simple página web? Pues todo.

Porque en cuestión de meses, los pedidos aumentaron. Y no solo eso, el factor desencadenante que produjo que todo saltase por los aires fue el encargo de Sergio Naves, un chef galardonado con dos estrellas Michelin.

Se puso en contacto conmigo vía correo electrónico y me comentó que le habían encantado mis piezas. Necesitaba conocer si era capaz de elaborar un producto siguiendo unas directrices. Obviamente, le contesté que siempre me guiaba por instinto a la hora de modelar; pero que podíamos intentar aunar mi creatividad con sus ideas, así, quizá, conseguiríamos algo satisfactorio.

Después de realizar muchas pruebas, de rectificaciones, de repeticiones, logramos dar forma a una vajilla con la que los dos quedamos plenamente satisfechos.

A partir de ese momento, mis vajillas pasaron a ser un referente y por las que me pagaban una barbaridad.

Desde entonces, realizo encargos para chefs, para la alta sociedad y para personas que quieren adquirir algo diferente, único y exclusivo.

«Suena mi teléfono...».

—¿Dónde estás? ¿Aún sigues en el restaurante? —me pregunta mi mejor amiga al otro lado del aparato—. ¿Piensas venir hoy a por mí?

—Voy de camino, dando un paseo para bajar la comida —me río ante su tono—. Por cierto, el cliente ha quedado encantado con la vajilla. Gracias por preguntar.

—Nada sorprendente. Eres la única que no le da el valor real a lo que haces. Por cierto, ¿no podías haber cogido un taxi? —recalca.

—Algún día vas a morir a causa de un infarto; no puede ser buena tanta prisa para todo. Estoy empezando a pensar que andas desesperada por largarte de la capital y perderte entre los pinos. ¿Quién me lo iba a decir? —Bromeo, a sabiendas de que me va a salir por la tangente.

—Lo que estoy deseando es quitarme el sujetador y acomodarme junto a la chimenea en pijama durante todo el fin de semana. Por no hablar de que me voy a beber tu bodega al completo. No creas que he olvidado que hoy vas a abrir un par de botellas de ese «elixir de dioses» que no quieres compartir con nadie...

Sonríó abiertamente al escucharla. Está deseosa de probar mis vinos. Unos vinos, que han tardado en elaborarse, entre uno y otro, cerca de cuatro años. Porque, aunque parezca mentira, también soy propietaria de mi propio viñedo con su correspondiente bodega.

Casi dos años después de llegar a San Martín de Valdeiglesias y con el negocio de la cerámica dando ya sus frutos, en un arrebato de locura, gasté lo que me quedaba de dinero y me hice con un pequeño viñedo y con todo el equipamiento necesario para que este siguiese en funcionamiento.

¿Cómo surgió? De la manera más inverosímil...

Pese a tener mi taller en marcha, yo continuaba asistiendo a clases para perfeccionar mis técnicas y mi estilo.

Un día, el padre de mi profesora de alfarería falleció repentinamente, dejándola al cargo de algo para lo que ella ni estaba preparada, ni le gustaba. Trabajar en el campo no entraba en sus planes. Por lo que decidió poner las tierras heredadas a la venta.

Recibió múltiples ofertas. Los vinicultores del lugar no desaprovecharon la oportunidad de poder hacerse con una viña trabajada. Pero ella se tomó su tiempo para tomar una decisión.

La mañana en que se incorporó de nuevo a clases, al finalizar, mientras limpiaba mis utensilios y dejaba todo recogido me percaté de un extraño rictus en su cara. Me acerqué al hervidor de agua del aula, cuando el resto de los compañeros ya había salido, preparé dos infusiones y me senté frente a ella. Conocía demasiado bien esa mirada de desasosiego como para tomarla a la ligera.

Charlamos sobre nuevas técnicas y de mi evolución, hasta que poco a poco

fue relajándose.

—Todavía no me hago a la idea de no ver a mi padre cada día —suspiró—. Se me hace demasiado cuesta arriba vender el viñedo, aunque soy consciente de que o lo hago ahora o pasado un tiempo no lo querrá nadie. Cada tiempo que pasa se devalúa.

Era evidente que aquella situación la estaba carcomiendo por dentro. Percibí su agobio y su congoja, aunque había algo más que no me estaba contando.

—Hay algo más que te preocupa en realidad, ¿no es así? —insté a que continuase hablando con sutileza.

—Sí —afirmó cabizbaja—. He tenido varias ofertas. Muchísimas, en realidad. Algunas irrisorias y otras descabelladas. Sé el valor de tasación de la propiedad, pero...

—¿Pero? —insistí al ver que guardaba silencio.

—Estoy dispuesta a vender el viñedo con el lagar y la bodega, pero no la casa familiar. Es mi vivienda habitual y, por mucho que me ofrezcan, quiero conservarla. ¿Lo entiendes? ¿O estoy demasiado loca?

No quería vender la propiedad a alguien que no valorase el esfuerzo de su padre. Ya que, durante toda su vida, el buen hombre había volcado su amor y dedicación a esas tierras y a esas vides. Me explicó todo lo que había trabajado por conseguir una viña diferente, desde cómo había decidido el tipo de cepas, hasta los viajes que había emprendido para obtenerlas.

Con calma, analicé la situación y me estremecí. Algo empezaba a cobrar vida en mi interior y me asustaba lo que estaba a punto de hacer.

Le quise hacer ver cómo la entendía. Era lógico que, si su padre había dedicado por entero su vida a esa viña, no podía venderla a cualquier postor. Y que, por supuesto, comprendía que quisiese mantener el hogar en el que se había criado.

—¿Sabes? En mi familia todos somos amantes del vino —sonreí entusiasmada—. Y el sueño frustrado de mi padre es hacer su propio vino.

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

—Se me está ocurriendo una idea... —Noté como si un enjambre de mariposas estuviese revoloteando en mi estómago—. ¿Cuánto estás dispuesta a aceptar por todo?

Una vez tuve claras las condiciones que ponía y el precio, siendo consciente de lo que debía sopesar y calculando a groso modo las reparaciones que



podría necesitar, sin pensarlo mucho, le lancé mi oferta. Me iba a quedar sin blanca si aceptaba, pero no pensé en las consecuencias, sino en la oportunidad. Algo debían de tener esos terrenos para que tanta gente hubiese ofertado por ellos.

—¿Estás segura, Marian? ¿De verdad puedes permitírtelo? —Su cara era un fiel reflejo de lo que debería ser la mía.

—Más segura que en toda mi vida —Tras sonreír como una loca y taparme la cara ante mi propia chifladura, solté el aire que retenía—. No decidas nada ahora, piénsatelo unos días...

Mientras esperaba su respuesta, llamé a mi padre para contarle lo que acababa de hacer. Supuse que se iba a quedar pasmado viendo el rumbo que tomaba mi vida de nuevo con tanta decisión inesperada, pero para mí estupefacción, se ofreció a ser mi socio. Hacía un tiempo que sopesaba invertir unos ahorros y le encantó la posibilidad de hacerlo en algo así. Si la muchacha aceptaba la oferta, él quería participar en esto. Y finalmente, ella lo hizo, vaya si lo hizo.

En ese aspecto yo no estaba tan verde como en mi faceta artística. Desde muy pequeña había sido testigo de cómo mi padre devoraba libros sobre el proceso del vino, había visitado con mi familia varias bodegas por toda Europa y conocía bien muchas partes del proceso de creación: injertos, la poda de la vid, la floración y la poda en verde, la medición de azúcares, la vendimia, el prensado y paso a los tanques. Había visto trasegar el vino en las barricas cada seis meses y, por último, las catas, el embotellado y las guardas.

Siendo jovencita, la verdad es que era como un tipo de excursión. De adolescente, se convirtió en un suplicio el que mis padres me obligasen a acompañarlos por aquel periplo de viñedos y bodegas. Y ya de adulta, resultó ser un lujo. Tanto mi hermana como yo, aprendimos que era un mundo aparte, que era una cultura.

Y así, de la noche a la mañana, me convertí en la propietaria de un viñedo.

A los pocos días tuve a mis padres en casa, dispuestos a ver en qué condiciones se encontraba nuestra nueva finca, a un tasador haciendo su trabajo y a todo un equipo de trabajadores esperando a saber qué iba a pasar con su futuro. Habituarse a tanto cambio no resultó fácil. Admitir lo contrario, sería mentir. No solo me estaba aclimatando a una nueva casa, a un nuevo trabajo y a una nueva vida, también a una nueva aventura. Y, aun así, jamás había sido tan feliz como entonces.

Pronto aprendí que no era lo mismo conocer las cosas, a tener que hacerlas por ti misma. También asimilé, que hay gente sin escrúpulos y que, si confiabas en esa gente, antes o después terminabas lamentándolo. Por lo que era vital contar con profesionales con las ideas claras, pero que estuviesen dispuestos a escuchar cuando debías explicarles lo que quieres conseguir.

En estos últimos años he trabajado de sol a sol y he dedicado la mayor parte de mi tiempo a aprender sobre abonos, plagas, riegos. Además de acostumbrarme a comprobar el tiempo con días de antelación, a leer sobre los cuidados de la vid, sobre qué maderas eran las apropiadas para las barricas, sobre humedades y temperaturas, sobre maridajes; a conocer los tipos y características de las uvas, sobre mezclas y aromas, sobre el cuidado de los vinos mono y pluri varietales, sobre los procesos de crianza, sobre azúcares y grados, sobre tantas cosas... que a día de hoy me parece mentira haber sobrevivido con éxito a todo eso.

Cuando tomamos posesión del viñedo, nos encontramos con unas infraestructuras decentes y con poca necesidad de reparaciones o cambios, lo que resultó ser una grata sorpresa. Pero lo que más nos impactó, es que había dos tipos de vinos distintos, en sendos tanques y no teníamos ni idea de qué hacer con ellos.

Con suma paciencia, unido a la ayuda de la nueva enóloga que se involucró en el proyecto, teniendo a mi padre de la mano y gracias al asesoramiento de otros pequeños vinicultores independientes de la zona, fuimos dando forma a lo que hoy se podían considerar dos milagros embotellados.

Cuatro años después de encontrarlos y después de pasar unos dos más en barrica, contábamos con unos caldos inigualables que estaban listos para ser degustados. Pese a mi poca experiencia, estaba segura de que acababa de culminar la mejor creación de mi vida.

El anterior propietario había mimado mucho las plantas, cuidando con esmero de cada una de ellas, logrando así un viñedo con cepas de Merlot y Cabernet Sauvignon, digno de admirar. Pronto comprendí, que una buena uva y una buena añada, no eran suficiente. Elaborar un buen vino dependía de muchos factores, empezando por elegir si hacer un vino con un solo tipo de uva o con varios.

Así que, tras meditarlo con la enóloga, medir los grados, los aromas y los sabores que poseía la añada que teníamos entre manos, ella nos preguntó que qué queríamos conseguir. ¿Un vino de calidad, mezclando las dos variedades y fácilmente vendible?, o ¿un vino con cada tipo de uva?

No obstante, nos advirtió que no podía ofrecer garantía en el resultado, ya que apostar por un vino de una sola variedad era algo arriesgado. Y que, trabajando bien estos caldos conjuntamente, podíamos obtener beneficios en un plazo menor de lo esperado.

Solo necesité una mirada de mi padre, para reconocer lo que quería hacer. Total, ¿qué podíamos perder? No contábamos con ellos, así que decidimos trabajarlos e ir dándoles matices afrutados, ahumados y especiados a través de la elección de las barricas y aportándoles el tiempo de maduración pertinente. Teníamos espacio suficiente para trabajar con añadas posteriores; un dato decisivo que terminó de inclinar la balanza.

Evidentemente, después de este primer paso, en los posteriores años también habíamos apostado por lo seguro. Y en añadas siguientes, comenzamos a producir un vino crianza con ambos tipos de uvas y seguimos elaborando —aunque en menor cantidad—, el reserva con solo uva Cabernet Sauvignon que estaría listo en los próximos años.

Por eso este viernes noche es especial, es noche de celebración. El momento de darlos a probar a los amigos y a la gente que ha participado en la vendimia de la última cosecha.

«¿Sherwood y Nottingham deleitarán a los comensales?».

Con esa pregunta en mente y una sonrisa en los labios, continuo el camino hasta la casa de Jimena. Estoy segura de que será un día para el recuerdo, sin duda alguna.

## CAPÍTULO 3

### Carrera de Orientación

*Siete de la tarde del viernes...*

*Arturo*

¿*E*n serio no había otra manera de divertirse? ¿No bastaba con la mañana de paddle surf en el famoso embalse de la localidad? Fantaseo con la habitación de la hacienda donde nos hospedamos, me visualizo decidiendo qué cenar...

«Maldita carrera de orientación», pienso con resignación. «Cuando coja a Leo, le voy a dar tal paliza, que ni su madre lo va a reconocer».

Sigo andando, procurando seguir mi instinto y ayudado por los instrumentos que nos han facilitado a la salida de la cursa. No es la primera vez que realizo este tipo de actividad, pero en las otras ocasiones lo he practicado de día y en vacaciones, no en un viaje de trabajo y de noche. Porque a mediados de noviembre, a esta hora, ya es noche cerrada.

Intento ponerme en contacto con Leo, para conocer su situación y así finalizar el último tramo juntos. Se supone que para las nueve debemos estar en el campamento base, pero dudo que yo llegue a la hora prevista. Me he despistado en más de una ocasión y empiezo a notar cómo va descendiendo la temperatura.

Justo cuando voy a activar el pequeño intercomunicador que nos han dado por parejas, escucho la voz de Leo:

—¿Arturo?

—Sí, ahora mismo te iba a hablar. Me he desorientado un poco y voy con retraso. ¿Me facilitas tu posición u orientación? Y recuérdame, que en cuanto te coja, te de la paliza de tu vida por meternos en esto. Corto.

—Arturo, estoy tumbado en el suelo y con mi linterna frontal rota. He resbalado y no sé dónde me encuentro. La referencia que te puedo dar es que

he caído por un peñasco enorme y que iba en dirección este. Corto.

—¿Qué? ¡No me jorobes, Leo! —El corazón me da un vuelco— ¿Se trata de una broma pesada de las tuyas? Corto.

—¡No, no lo es! Ven a por mí, ¡ya! Dudo que sea grave, pero no quiero que nos pille aquí el descenso de temperaturas. Corto.

Perdido en mitad de un bosque de pinos me tomo unos segundos para coger aire y procuro no pensar que todo esto nos lo podíamos haber ahorrado. Preocupado, miro de nuevo mi brújula y me dirijo hacia el este. No sé a qué distancia se encuentra Leo, confío que no a demasiada, porque si no, voy a perder los estribos y en este momento es lo que menos necesitamos.

Avanzo con paso firme, a la vez que intento ver bien dónde piso y, lo que es más importante, busco ese peñasco por el que mi amigo se ha precipitado. Angustiado, rezo para que no sea desde mucha altura. Procuro no sugestionarme y me centro en seguir lo que marca la brújula, sin querer pensar en que doy vueltas como un hámster en su rueda.

Casi cuarenta minutos más tarde, alumbro con mi linterna frontal lo que parece una roca que tiene forma de escalón. Grito el nombre de mi amigo y, para mi alivio, responde con un sonoro «aquí».

Bajo con cuidado por un lateral, mientras constato que la distancia hasta el suelo no es de más de un metro y medio. Muevo la cabeza buscándolo y al fin veo su pierna por lo que acelero para llegar hasta él.

No me detengo a echarle la bronca por el susto que me ha dado, sino que voy derecho a palparle el tobillo para conocer la gravedad de su lesión.

—Tranquilo, solo es un esguince. Creo que no hay nada roto —le explico—. ¿Crees que podrás andar?

—Supongo que sí, aunque necesito mi muleta favorita o no llegaré muy lejos.

Suelto un resoplido frustrado. Casi me da algo de la preocupación y él está tan tranquilo y bromeando.

Mascullo por lo bajo a la vez lo levanto. De no ser por sus ideas de bombero y su inconsciencia, estaríamos en un sitio mucho más cómodo y confortable. No me gusta hacer las cosas a lo loco, y, mucho menos, si ponen en juego mi seguridad. Él no vuelve a bromear, sabe que estoy enfadado.

Poco a poco vamos subiendo. Al cabo de diez minutos percibo algo parecido a música y diviso un resplandor. Respiro aliviado, debe tratarse del campamento base.

Apremiándolo, continúo por lo que ahora reconozco como un pequeño sendero que nos conduce directos hacia el ruido y la luz. Pocos minutos después, ya puedo identificar lo que parecen pequeñas lucecitas y escucho la música con total nitidez.

Y tan solo unos pasos más adelante, de repente y sin esperarlo, me encuentro frente a unos ojos felinos y un pelo rizado alborotado. A causa de la impresión, tiro hacia atrás de Leo como acto reflejo y este cae a suelo en una mala postura entre improperios.

Agudizo mi mirada y analizo la situación en milésimas de segundo, entonces, advierto que es una mujer con una mano en la cadera y otra sobre los ojos para protegerse de la luz de mi linterna.

—¡Joder! ¿Quién narices eres tú? —pregunto de mala manera, aún con la impresión en el cuerpo. No esperaba que nadie apareciese justo frente a mí.

—¿Yo? ¿Quiénes sois vosotros? —exige a la vez que alterna la mirada de uno al otro.

—¿Marian, todo bien por aquí? —indaga un chico enorme que aparece tras la mujer menuda.

—Pues no lo sé, Ángel. Me los he encontrado de sopetón cuando venía a por más leña. Y encima, me dice este, que quién narices soy yo —explica ella, señalándome con un gesto de cabeza, entre incrédula y divertida por cómo le he hablado.

El muchacho, que no nos ha quitado la vista de encima, hace un repaso de nuestra indumentaria hasta que repara en el dorsal que llevamos adherido a la ropa de senderismo.

—Tranquila, son de la carrera de orientación que ha partido esta tarde del castillo. Aunque muy orientados como que no están —le aclara el chico, a la par que intenta esconder una sonrisita.

—Así es, participamos en la carrera de orientación. ¿Entonces, esto no es el campamento base? Disculpad, me llamo Leo —se presenta mi amigo, dirigiéndose a la mujer a la vez que le tiende una mano amistosa—. Sentimos haberte asustado, no te esperábamos entre tanto pino. He sufrido un pequeño accidente y no puedo andar bien. Mi amigo nos ha guiado hacia aquí creyendo que era el campamento base. Somos de fuera y no sabíamos que encontraríamos a nadie por los alrededores.

—¿En serio? ¿Estás herido? —Intenta averiguar ella, alarmada.

—No está herido, que no te engañe esa cara de perrito abandonado. Parece

una torcedura por haber caído en una mala postura —le aclaro a la mujer, que me ha ignorado deliberadamente desde que Leo ha entrado en la conversación—. Por cierto, mi nombre es Arturo.

—Torcedura o no, no os podéis quedar aquí. Hay que avisar al campamento base e indicarles dónde os encontráis y es necesario examinar el pie a tu amigo —contesta ella, con resolución—. Acompañadnos, veremos en qué podemos ayudaros.

Sin apartar la vista de mí, le dice al muchacho que se adelante y que avise a una tal Jimena con el fin de que prepare todo.

Una vez que el chico hace lo que le ordena, ella se coloca al lado de Leo y con un gesto le insta a que se apoye en su hombro.

Mi amigo —con una sonrisa en los labios— obedece sin dudar. Y así, apoyado en los dos, emprendemos la marcha por el mismo sendero. No tardamos en aparecer ante un patio que precede a una casa de piedra. En ese espacio hay varias personas sentadas alrededor de una mesa de madera y, al lado de esta, arde un fuego de exterior. Pese a todo el caos y a las miradas que nos profesan los comensales de esa velada, no puedo evitar curiosear a mi alrededor, donde miles de pequeñas lucecitas colocadas en los pinos cercanos y en los árboles decorativos del patio, dan un toque cálido e íntimo al lugar.

Me cuesta salir del ensimismamiento que me ha provocado la estampa del lugar, no obstante, me obligo a centrarme de nuevo en lo que está sucediendo.

Se acercan dos muchachos con rapidez para sustituir a la mujer que me está ayudando a sostener a Leo y ocupan su lugar.

—Llévadlo dentro, Jimena le hará una revisión para ver qué es lo que le sucede.

Los chicos se encaminan con mi amigo que, sin rechistar, se deja llevar con la tal Jimena. Es entonces cuando observo con detenimiento la cara de la mujer que nos ha traído hasta aquí y que nos ha socorrido.

Morena, con el pelo semi corto y rizado, y unos ojos entre verdes y amarillentos que momentáneamente me dejan aturdido.

—Arturo, ¿tú estás bien? —pregunta.

No le contesto. No puedo. Aunque si escucho como alguien se ríe y murmura algo.

—Este parece que se ha dado un golpe en la cabeza —dice alguien bajito.

Al oírlo, sacudo la misma y me obligo a hablar.

—Perdón. No, no estoy herido ni me he dado ningún golpe en la cabeza. Es

que ha sido todo un poco raro y aún no estoy muy ubicado. Si no os importa, ¿seríais tan amables de prestarme un teléfono con el que llamar al campamento base y también a un taxi que nos lleve de vuelta a nuestro alojamiento? — Solicito, sin poder apartar mis ojos de la mujer que me observa de una manera especulativa.

—Sí, por supuesto. Ahora te dejo el mío. Aun así, espera a que mi amiga examine a Leo y ya veremos quién os baja después. Porque dudo mucho que haya nada disponible un viernes noche y con tantos foráneos en el pueblo — explica—. Acompáñame y dentro podrás quitarte algo de barro.

La observo darse la vuelta y dirigirse al interior de la casa decidida. ¿Dónde demonios he visto yo a esta mujer? La sigo sin preguntar, a la par que intento procesar todo lo que sucede. Al pasar, el resto de las personas que allí se encuentran me saludan con la cabeza y siguen comiendo y riendo, como si fuese de lo más normal que dos extraños irrumpían en su reunión. En el trayecto, me saco el gorro de la cabeza y la dichosa linterna. Me paso la mano por el pelo y la barba en un gesto de nerviosismo.

Al entrar en la casa, arqueo una de mis cejas asombrado. «¿Estoy en mitad del salón de una preciosa cabaña de bosque como la de un cuento?». Al terminar mi escrutinio del sitio, me doy cuenta de que mis pies manchados de barro están ensuciando la tarima y no quiero molestar más. Sin embargo, un torbellino rubio que aparece por el pasillo que hay a mi derecha me distrae de mis pensamientos.

—¿Eres Arturo? —indaga la mujer con una sonrisa en los labios, a la vez que me tiende la mano con energía—. Hola, soy Jimena y soy médico. Marian me ha dicho que se hace cargo de tu amigo y que te eche un vistazo, asegura que pareces algo desorientado. ¿Te has caído o te has golpeado con algo?

«¿Cuándo ha desaparecido Marian que no me he dado cuenta?», me pregunto un tanto preocupado por mi estado de aturdimiento. Procuro sobreponerme de nuevo; dirijo mi atención hacia el pasillo por el que ha venido la mujer rubia y por el que supongo que ha desaparecido Marian.

—Perdona. No, no me pasa nada. Solo estoy un poco alterado. ¿Se encuentra bien mi amigo? — indago y me acaricio la nuca en un intento de ordenar mis ideas.

—Perfectamente. Solo tiene un esguince leve y un par de moretones. Nada que un buen antiinflamatorio, un poco de hielo y una ducha caliente, no solucionen. Ha tenido suerte, a veces las caídas de este tipo pueden resultar



mucho más aparatosas —explica convencida—. Leo ya me ha contado que tenéis experiencia en este tipo de actividades, aunque es la primera vez que participáis en una carrera nocturna. Ya hay que tener ganas...

—Sí, es cierto. Aunque el de las ideas locas es él, he de confesar que a mí tampoco me hacía mucha gracia, y no me equivocaba —alego—. Disculpa, no quiero molestaros más. ¿Me podrías prestar un teléfono para avisar a los organizadores y que venga alguien a recogernos? Esto... Marian antes me ha dicho que me lo dejaría...

—No te preocupes, Marian conoce a la persona que organiza las actividades, así que seguro que ya saben de vuestra posición y buen estado de salud —me asegura con un guiño antes de mirar su móvil, que acaba de sonar—. Ahora, entra al baño y aséate un poco, luego será la cena. ¿No creeréis que vamos a dejar sin cenar a dos hombretones perdidos por el monte?

Se despide con una sonrisa matadora, tras soltarme todo eso y corretea hasta la puerta, dejándome solo para que vaya al servicio.

Observo de nuevo el pasillo y sopeso si debo ir a comprobar cómo está Leo. Finalmente, la necesidad de un baño y el poder asearme un poco, hacen que me decline por este. Y sin pensarlo mucho más, entro y es entonces cuando suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo.

## CAPÍTULO 4

### La cena

*Marian*

Llamo a Jorge, el muchacho responsable de organizar las carreras de orientación y le pongo al corriente. Inmediatamente anota los nombres y se ofrece a mandar la UVI móvil que siempre está preparada en caso de que surja algún imprevisto de este tipo. Le digo que son conocidos y que no hace falta que manden a nadie, además, mi amiga, que es médica, ya está atendiéndolos. Nos despedimos y se disculpa otra vez, e insiste en que si preciso de cualquier cosas que le llame.

—No tiene nada grave, es un esguince y un par moretones —asegura mi amiga Jimena que acaba de salir por la puerta muerta de risa.

—Anda ve a explorar al otro que he dejado en el salón sin decirle nada —explico—. No descarto que se haya dado un golpe también porque parece algo desorientado.

—Las ganas que tú tienes de que se haya dado un buen golpetazo, ¿eh? —sonríe con picardía—. Pero sabes de sobra que lo único que le pasa es que como no controla la situación, está ido.

—¡Dios, pensaba que no los habías conocido! ¿Cómo habrán acabado aquí? —le pregunto bajito, sonriendo también.

—Ni en mil años olvidaría esas caras. No tengo ni idea, pero no pienso dejar que se vayan sin enterarme. ¿Cuántos años llevamos sin ver a estos dos? ¿Ocho? ¿Diez?

—No sé, no llevo la cuenta. Lo que sí puedo asegurar es que ni siquiera me han identificado —afirmo—. ¿Y a ti?

—No, Leo no me ha reconocido. Aunque admito que en un principio yo tampoco; no ha sido hasta que se ha quitado el gorro que no me he percatado

de quién era.

—Yo los he fichado al instante. Casi me como a Arturo cuando salí a por leña —confieso, ahogando una risita.

—¡Ñam...! Aunque está muy bueno, ya sabes que es de los de difícil digestión —suelta con picardía.

Me vuelvo a reír, pero esta vez tapándome la boca y con un gesto le indico que vaya a ver a Arturo, a la par que voy abriendo la puerta de la habitación en la que está Leo. Recompongo mi gesto lo mejor que puedo y entro.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto a la vez que le palpo la zona tras retirar el plasma congelado que mi amiga le ha puesto.

—Mejor. —Su cara está algo blanquecina, le tiene que doler, pero me apuesto la cabeza que no va a decírmelo.

En la exploración observo pequeñas motas moradas en el empeine del pie, deduciendo al instante que no se trata de una simple torcedura. En el deslizamiento hasta la caída, algún hueso de la planta del pie ha debido de astillarse.

—Disculpa un segundo. —No fiándome, cojo el teléfono y le escribo a Jimena para que avise a Arturo que se quedan a cenar.

—¿Va todo bien? —insiste al ver mi cara de preocupación.

—Sí —le miento. Me preocupa el color que está tomando el pie de Leo.

—Os estáis portando muy bien con nosotros. La mayoría de la gente no habría hecho lo mismo. Habría llamado a la organización de la carrera y listo —dice, mientras me observa.

—Bueno, nosotros no somos «la mayoría de gente». Por aquí estamos acostumbrados a tratar a menudo con personas accidentadas; la cercanía del lago hace que sea bastante habitual que tengamos que echar una mano —respondo sin mirarlo.

Guardo todo lo que Jimena ha sacado del armario de primeros auxilios.

—¿Esta es tu casa, Marian?

—Sí, esta es mi casa. Vivo aquí hace un tiempo.

—¿Y cómo es que has acabado viviendo al lado de un embalse?

—Aquí tienes unas muletas y al final del pasillo encontrarás un baño por si quieres asearte un poco. Me esperan fuera para continuar con la cena. Así que si no te importa... —contesto, cortando el escrutinio.

—Perdona, a veces no sé cuándo debo mantener la boca cerrada.

—Tranquilo, no pasa nada. Te esperamos fuera, y os quedáis a cenar.

Tras dejarlo con las muletas en la mano, enfilo el pasillo para salir al patio. Antes, hago acopio de velas del mueble donde las almaceno. Normalmente, encender algunas en los días en que las emociones me pueden, me ayuda a relajarme; no sé si se debe a los olores que desprenden o al bamboleo hipnótico de sus llamas al quemarse. Ya en el exterior, atrae mi atención ver a Arturo y a Jimena hablando, aunque decido ignorarlos deliberadamente y comienzo a colocar y a encender las velas que he traído.

Al terminar mi pequeño ritual de encendido y repartición, me dirijo hacia donde está sentada Carmen, la madre de Ángel y también la mujer que nos prepara la comida durante los días de vendimia. Me siento con ella, alejada del bullicio de las risas y al abrigo del fuego.

—Toma, la noche está empezando a refrescar y no es bueno que solo lleves un jersey—dice, a la vez que me cuela por la cabeza uno de sus ponchos de lana en color rosa palo.

—Carmen... ¿Me has hecho otro? ¿No te dije que con los que tengo es más que suficiente? —le riño.

—Calla, que me gusta tejer cuando veo la novela de después de comer. Además, este color te sienta de maravilla —asiente satisfecha.

—Es precioso... Pero al menos deja que te pague lo que cuesta la lana, que a este ritmo te vas a arruinar.

—Como vuelvas a soltar una tontería como esa, me voy a enfadar de verdad. Más me ayudas tú a mí dándole trabajo a mi marido y mis dos hijos. Además, me encanta verte puestas las cosas que hago, me hacen sentir útil —insiste algo apenada.

—Vale, ya me callo —protesto.

—Así me gusta. Y cambiando de tema, ¿por qué se quedan a cenar esos dos muchachos? Otras veces has ayudado a gente que se ha extraviado con la piragua o que se ha perdido haciendo senderismo y nunca te había visto invitar a nadie a cenar. Encima lo haces hoy, cuando tienes a tanta gente en casa —expone intrigada.

—Es una larga historia... Son amigos de mi familia. La sorpresa ha sido mayúscula cuando me los he encontrado de forma inesperada —le revelo, y me sirvo una copa de mi propio vino.

—Anda come algo, que todavía no has probado bocado. Ya sabes que no me gusta que toméis alcohol sin comer —me reprende—. Aunque sé que no vas a conducir, has de tomar algo para acompañar el vino.

—Soy tan afortunada, que tengo una madre en Madrid constipada y aquí otra de repuesto, que me hace ropa y no para de decirme que coma —le sonrío con picardía y cariño.

—Pues te aguantas. Le prometí a tu madre que no te quitaría ojo de encima y yo siempre cumplo mis promesas. Y ahora, explícame quiénes son estos hombretones...

—Son Arturo y Leo. Leo es el que venía cojeando y Arturo el que tiene barbita. Nuestros padres son amigos desde hace muchos años, se mueven en el mismo círculo social. Ya sabes que mi padre adora todo lo relacionado con el mundo del vino y resulta que el padre de Leo es uno de los mejores enólogos de este país y el padre de Arturo uno de los exportadores de vino más importantes a nivel internacional. En definitiva, son el trío perfecto.

—Pues entonces podrían considerarse como de la familia, lástima que tu madre esté enferma y que ellos no los hayan podido saludar, seguro que les habría alegrado mucho disfrutar de este encuentro fortuito. Aunque hay algo que no acabo de entender —medita antes de continuar—, ¿era cosa mía o me ha dado la impresión de que ninguno parecíais muy emocionados cuando habéis llegado?

—Sí, yo también creo que se alegrarían de verlos. En cuanto a tu apreciación —continúo—, has acertado, no estábamos muy contentos. En primer lugar, porque todos nos hemos llevado un susto de muerte al encontrarnos a oscuras en mitad del pinar. Y en segundo, porque estábamos preocupados por Leo, no sabíamos cómo era de grave la caída y tras reconocerlo ha sido cuando he decidido que se queden, quiero confirmar si mis sospechas son verdaderas. Además, hay que añadir que yo sí que los he identificado, ellos a mí no. Así que para los dos hombretones, no soy más que la mujer del bosque que les ha ayudado. ¿Aclara eso tus dudas?

—Pues no mucho, la verdad... ¿Se puede saber por qué no te han reconocido? ¿O por qué no le has dicho quién eres? ¡A los jóvenes de hoy en día no hay quien os entienda! ¡Mira que conocerlos y no aclararles que eres la hija de los amigos de sus padres! —Me regaña.

—Es complicado... Hace mucho tiempo que no nos vemos y, lo cierto, es que me alegro de que no me hayan reconocido. Aunque somos de ciudades

diferentes, nos hemos criado en el mismo círculo. Uno en el que ni encajaba entonces, ni encajo ahora. De hecho, en este momento, mucho menos. No es que me preocupe nada de lo que les rodea, simplemente es que no me interesa su mundo. En cuanto acabe la cena y vea cómo evoluciona el pie de Leo, le pediré a tu hijo que los acerque al pueblo, y yo continuaré con mi vida como hasta ahora —afirmo con rotundidad—. Lo que no logro comprender es, ¿cómo han terminado por esta zona si tienen dinero suficiente como para practicar deportes mucho más caros y en mejores sitios?

—Pues sigo sin entender nada. Y si quieres saberlo, ¿por qué no les preguntas directamente?

—Lo haré, pero ahora déjame beberme mi vino con tranquilidad. Ya que no he llegado ni a probar los otros, al menos saborearé el que entra a embotellado la semana que viene.

—¿Has dicho que el padre de Arturo tiene una empresa que exporta vinos? ¿Por qué no lo has llamado para que pruebe los tuyos? ¿Por qué los distribuyes a través de la asociación independiente? Se conocerían más de la otra manera...

—Estoy contenta con el resultado de la distribución. Sabes de sobra que se está vendiendo prácticamente todo lo que producimos. ¿Para qué querría más, si me va bien así? —Le aclaro. No comprendo su afán de conseguir más reconocimiento para mi vino.

—No me refiero a los vinos de los últimos años. Te hablo sobre los que hemos probado esta misma noche. Deberías sacar un par de botellas más, que degusten la maravilla que has elaborado.

—No sé... —contesto dubitativa.

—Primero averigua por qué están aquí, pero aprovecha la oportunidad si se presenta, ¿me escuchas? Has trabajado mucho en ellos como para malvenderlos.

Con este comentario se levanta, me guiña un ojo y se dirige hacia donde está su marido y sus hijos.

Sola, sentada en la butaca de jardín y arrebujaada en la prenda de lana que me ha hecho, la observo llegar hasta donde está su familia. Es bonito ver el cariño que hay entre ellos, son una gente estupenda.

Tras esto, observo a todos los que esta noche celebran. Me reconforta la imagen que tengo ante mí, aunque sigo dándole vueltas a lo que Carmen me ha

dicho. No es mala idea, no obstante, que una persona como Arturo ponga las manos en algo tanpreciado para mí, hace que sienta un escalofrío.

Sin querer especular más, me concentro en el fuego para relajarme. Saboreo el vino y la banda sonora de *El Mago de Oz* obra su magia. Sonrío, porque justo esta canción me hace pensar en el hombre sin corazón al que he ayudado esta noche. Ironías de la vida.

Sumida en estos pensamientos, no me percató que el sujeto de los mismos ha ocupado el lugar que Carmen ha dejado libre.

—Marian Herranz —me observa con cara de pocos amigos.

—Arturo Alquézar —contesto condescendiente.

—Así que no me equivocaba. Me sonaba tu cara, pero no sabía de qué...

—Han pasado muchos años, es lógico que no me recuerdes —sonrío con ironía, haciéndole saber que no me intimida.

—Sí, han pasado muchos años. Y veo que hay cosas que han cambiado mucho. Has pasado de ser una chica tímida con la nariz metida en los libros, a alguien que juega a elaborar vino y que vive en mitad de un bosque ¿Cuándo pensabas decirme quién eras y que me has ayudado para que esté en deuda contigo? —Acusa sin miramiento.

—Debes de estar volviéndote loco al no controlar la situación, ¿eh? Verte aceptando la ayuda de desconocidos que ahora resulta que no lo son. —Ante tal ataque no hago otra cosa que volver a sonreírle amablemente, es tan predecible aún después de tantos años...

Me mira con intensidad esperando una réplica para disculparme por algo que él considera que he hecho mal, cosa que no va a suceder nunca. Es imposible que conciba que alguien pueda ayudar a otra persona de manera desinteresada.

—¿No vas a defenderte siquiera? —recrimina un tanto alterado.

—¿Defenderme? ¿De qué tengo que defenderme? ¿Por ayudarte? —pregunto, sosteniéndole la mirada—. ¿Sabes? A mí no me sorprende nada que seas exactamente igual que antes.

—¿Lo has hecho porque pretendes que distribuya *esto* que bebemos? —suelta, mirando mi vino con desprecio.

Y ahí está, el Arturo que primero dispara y que luego ni se molesta en preguntar si te ha hecho daño. Ya ha recabado sus pruebas, ha sacado conclusiones y ha dictado sentencia. Este es el mismo chaval sin corazón que yo recordaba.

—Con respecto a eso sobre lo que me acusas, bueno, llevas razón. Mi vida es diferente y sí, intento crear vino. ¿Tienes algún problema con eso? Y no, por nada del mundo te pediría que movieses mi cosecha, me vasto y me sobro sola para hacerlo.

Sin darle tiempo para replicar, me levanto con la copa en la mano y me dispongo a ir con el resto de mis comensales. Ya sabe quién soy y lo que hago, así que poco más le interesa. Pero antes de poder dar un paso, una mano se cierne sobre mi brazo. Y noto su aliento cerca de mi oído.

—Pensaba que eras una chica lista, pero al parecer no —susurra—. Sólo una loca intentaría introducirse en este mundo y, mucho peor, con engaños a alguien como yo para que le haga el trabajo duro de dar a conocer sus caprichos. Debo darle las gracias a tu amiga Jimena, que me ha puesto sobre aviso al decirme que tal vez me interesaría vender tu vino. Mira, al menos la chica se ha convertido en una preciosa médico y va de frente, puede que todo no sea malo esta noche. Siempre me han gustado los médicos...

Es al escuchar esta última frase, es cuando me suelto de un tirón de su agarre y lo enfrento.

—Tienes razón, ella es única. Déjame decirte una última cosa, si tanto valoras a los médicos, deberías coger a Leo y llevarlo a urgencias para que le hagan una radiografía y le inmovilicen el pie, antes de que lo que le sucede en la planta, lo mate del dolor.

Dicho esto, me giro y me encamino para reunirme con la gente que verdaderamente forma parte de mi vida.

—Si no te importa, acércalos a urgencias —indico a Ángel que se encuentra con Carmen, su madre—. A estas alturas, el pie del muchacho ya estará morado e inflamado. No solo sufre un esguince, en la planta del pie debe haber algún hueso dañado. Ya me encargo de llamar a mis colegas desde aquí, así lo atenderán en cuanto lleguen. ¿De acuerdo?

—Ahora mismo, Marian.

Una sensación de alivio recorre mi cuerpo al verlos marcharse. Sin decir nada, entro en casa y me dirijo a mi bodega, cojo una botella de *Nottingham*, la abro y sobre la marcha lleno mi copa. Al saborearlo, me juro a mí misma, que ese hombre jamás pondrá sus manos sobre mi vino. Jamás.



## CAPÍTULO 5

### Urgencias

*Arturo*

—*Ángel*, ¿te importaría acercarnos a urgencias? —pregunta Leo, con la voz velada por el dolor.

—Es allí donde os llevo. Marian se ha percatado de que algo no funciona como debería—contesta el muchacho sin dirigirse a ninguno de los dos en concreto.

—¿En serio? —cuestiono bastante incrédulo, notando que en el empeine del pie de mi amigo ha aparecido una franja morada tirando a negra.

—Eso mismo me ha explicado Jimena. Según ella, Marian nos ha dejado allí para que nos relajásemos y para dar tiempo a que el pie mostrase la verdadera lesión. Así en urgencias no esperaremos, sino que pasaré directamente a que me hagan una radiografía. Al parecer, Marian cree que, además del esguince, puede que tenga astillado un hueso de la planta del pie —aclara Leo, con la frente perlada de sudor.

—¿Y te fías de lo que te diga una loca que te ha hecho quedarte en su casa en lugar de llamar a un médico?! —clamo exasperado.

—¿Médico? ¿Cuántos médicos quieres que le vean el pie, capullo? —suelta el conductor molesto.

—¿Capullo? ¿Me has llamado capullo por querer que le examine el pie un especialista? —insisto bastante mosqueado.

—Sí. No sé quién eres, ni porqué Marian os ha tratado tan bien después de haberla asustado en el bosque. Mi madre me ha dicho que os conocéis, aunque lo empiezo a dudar. Lo que sí sé, es que tanto Jimena como Marian han revisado el pie de tu amigo. Con eso, lleva la exploración de una cirujana de urgencias y de una de las mejores traumatólogas de Madrid. Así que dime tú,

¿cuántos médicos más quieres que le miren el pie? —explica, visiblemente enfadado.

—¿Traumatóloga? —pregunto sin entender nada—. ¿Qué traumatóloga dices que lo ha visto?

—Oye, Leo. Tengo una duda... ¿Tu amigo normalmente es así de tonto o es que se esfuerza para parecerlo? —Se burla Ángel, en tono irónico.

—Por favor, parad los dos. El pie me duele horrores y lo único que me falta es tener que mediar entre vosotros. Arturo, Marian es traumatóloga. ¿No lo recuerdas? Mira que yo soy despistado, pero creo recordar que mi madre comentó hace unos años que trabajaba en el hospital La Paz. Lo que no sé, es qué ha sucedido para que acabe aquí. ¿Nos puedes explicar algo, Ángel?

Al escuchar la pregunta, el muchacho niega sin abrir la boca. Por lo visto ya ha dado su opinión y no va a aclararnos nada más. En lo que resta de trayecto, ninguno de nosotros abre la boca de nuevo. Me sumo en mis pensamientos y reclino sobre el respaldo del asiento.

«¿Es traumatóloga? ¿Por qué no me lo ha dicho? ¿Por qué se ha callado así?»

Los minutos se me hacen interminables hasta llegar al hospital. No me puedo quitar esa mirada verde de la cabeza ni su maravilloso olor a madera y a vino.

Ángel nos deja a las puertas del hospital de urgencias y sin soltar una palabra, se sube de nuevo en el coche y regresa a casa.

Le brindo ayuda a Leo hasta acceder al hospital. Al atravesar la puerta encontramos a un médico esperándonos; Alguien ha llamado para decir que íbamos para allá. Me sorprende, aunque tengo una ligera idea de quién ha podido ser y me maldigo por ello.

En cuestión de una hora y sin esperas, estamos subiendo a un taxi. Leo con una férula, debido a que sufre una fisura en uno de los huesos de la planta del pie, tal y como había vaticinado Marian. Debe llevarla puesta una o dos semanas y moverse lo menos posible. Es una putada, porque o lo mando de vuelta a Andorra o lo dejo en el alojamiento y desde ahí me desplazo a las bodegas que nos quedan por visitar.

La decisión no es tan sencilla, no quiero volver sin lo que he venido a buscar y el conocimiento de Leo es importante. Así que de regreso a nuestro

alojamiento decido que buscaré una casita rural y alargaremos los días de estancia aquí.

Son las doce de la noche cuando llegamos a la hacienda. Salgo del taxi y le acerco las muletas que llevo en la mano para que descienda del vehículo con más facilidad. No le hablo, estoy tan enfadado que podría liarme a puñetazos con él. Si no hubiese tenido la loca idea de la carrera y yo no hubiese accedido a sus tonterías, no nos encontraríamos en esta situación.

Lo acompaño hasta su habitación y con calma espero a que se desvista y se ponga una toalla, ya que necesita una ducha.

Tras hacer malabares, al sentarse en el taburete que le he puesto en la ducha y dejar la pierna de la férula fuera, comienza a asearse.

—Sé que estás muy cabreado conmigo por lo que ha pasado hoy, jamás pensé que pudiese suceder. Aún con la férula, pienso acompañarte a partir del lunes —intenta romper el tenso silencio.

—Ni me hables. Tienes mucha suerte de que no te haya estrangulado ya... ¿Por qué narices no me has dicho quiénes eran y que además Marian era médico? Encima del susto que me has dado, me has hecho quedar como un gilipollas —le recrimino con los dientes apretados.

—¡Joder! Cuando nos la hemos encontrado en mitad de los pinos y le has hablado así creía que sabías quién era. ¿Cómo puede ser que tú no recuerdes esos ojos? —acusa—. Al principio yo también he dudado, al llegar el chico y llamarla por su nombre no me ha quedado duda, ¿qué iba a pensar yo que ni sabías que era médico? Normalmente no almaceno este tipo de información, aunque sí que recuerdo que mi madre se lamentaba de que había dejado un trabajo buenísimo en el hospital de la noche a la mañana y que no sabía cómo sus padres lo habían permitido. Decía que su hermana es una gran relaciones públicas y que hacía poco se había prometido con Cayetano De la Hera, el dueño de la empresa de publicidad en aplicaciones más potente de España e hijo del presidente del consejo regulador aquí en Madrid, y que Marian no les había salido como esperaban. Ya sabes... cosas de madres.

—¿Cómo se llamaba la hermana? La recuerdo vagamente.

—Estuviste con ella hace un mes en una cena. ¿Te refresco la memoria? Es pelirroja, alta, ojos verdes, aunque menos intensos que los de la hermana... ¿Te suena ya?

—¡Dios, claro! ¡Ginebra! ¡Ginebra es la hermana menor de Marian! ¿Cómo he podido olvidarme de ese detalle? —Recuerdo, a la par que me muevo

inquieto alrededor del baño.

—Exacto. No sé a qué viene tanto alboroto por esto. Ha sido una suerte toparnos con ella, pese a que cuando nos la hemos encontrado la hayas tratado así. ¿Quién nos iba a decir que el ratoncito de biblioteca se iba a convertir en viticultora y, además, que sería más preciosa que cuando era una cría? Por qué no me vas a negar que es una belleza. Si la hermana es un volcán, ella es de las que destila magia, Arturo. Desde siempre.

«Me ahogo, me asfixio con tanto vapor. No, no es eso». Noto cómo me falta espacio en el que moverme y recapacitar sobre lo que ha sucedido esta noche.

—¡Esto es una locura! ¡Todo este viaje es una auténtica charada! Lo mejor hubiese sido quedarme con Carla o con otra, cenando en un buen restaurante y después disfrutando de una noche increíble. ¡Y en lugar de eso, lo que veo es a mi mejor amigo en pelotas! —estallo.

—¿Qué leches te pasa? —pregunta mi amigo, saliendo a trompicones de la ducha y envolviéndose como puede en una toalla—. ¿Puedes calmarte? Solo llevo una férula y en un par de días nos podremos ir de aquí. En la vida te he visto tan nervioso, ¿ha ocurrido algo que no me hayas contado?

—Sí, sí que ha sucedido. Llevamos dos semanas de locos y ni atisbo de lo que buscamos; vamos a visitar unas bodegas que ni conocemos; nos hemos perdido en una maldita carrera y ahora te lesionas. Y encima, nos encontramos con Marian a la que le he dicho de todo menos bonita. No es que no se lo mereciese. Creo que ella no nos ha dicho la verdad y que sus intenciones no son lícitas, además, he entrado en cosas que no debería. ¿Necesitas más? —Descargo sin miramientos.

—A ver...Vamos a ir por partes. ¿Desde cuándo te abrumba tanto hacer catas? Siempre has disfrutado mucho, así que no me digas que estás agobiado por el maldito vino, porque sabes tan bien como yo, que llevamos cuatro muy buenos y que es más de lo que esperábamos. Te suceden otras cosas y me las vas a contar ahora mismo. ¿Y qué le has hecho a Marian para que estés así? ¿Insinúas que intenta aprovecharse? ¿Cuándo te has vuelto tan paranoico? —observa, con el ceño fruncido.

—No todo es exactamente así. Es el trabajo de mi hermana y no el mío. Y sí, me encanta visitar bodegas y probar, sin embargo, siento la espada de Damocles en mi cuello. Y lo que le haya dicho a Marian no te incumbe. Solo que ella me altera.

—No me atrevo ni pensar en lo que le has soltado a la pobre chica.

Conociéndote, seguro que nada agradable. Puede que te ponga nervioso porque te resulta diferente a las mujeres con las que acostumbras salir, así que si lo has hecho, te has equivocado de principio a fin. Ella puede que trate de colocarte su vino, cosa que entendería, ¿o no vas a reconocer que el que hemos probado esta noche es bueno para el tiempo que lleva produciéndolo? Al no haberla reconocido, te has olvidado de que su padre lleva investigando y probando caldos mucho tiempo y ella ha ido de catas desde niña, así que no resulta extraño que la hija haya aprendido de él. Y lo más importante, conoce la zona, las tierras, las variedades de uva y a los demás viticultores. Puedes ir a cualquier bodega, tu nombre abre puertas, aunque ella puede ser un enlace estupendo —me sermonea, lanzándome a la cara una realidad que no me he parado a sopesar.

—De acuerdo, pero sigue siendo una mentirosa. ¿Qué narices ha hecho con su vida? ¿Dejar una carrera, comprar un viñedo con el dinero de papá y ahora intentar aprovecharse de mí?

—¿Y tú no lo harías? Si aparece una buena oportunidad, ¿no intentarías aprovecharla?

—Sin duda. Ahora, sin mentir ni ocultarme como ha hecho. Así que puede ser una preciosidad, aunque conmigo lo lleva claro. Visitaré las bodegas previstas y probaré cada vino que haya en esta zona. Eso sí, no me pienso quedar en este sitio. En cuanto me levante miraré una casa o un piso en el que no haya que subir escaleras e invertiré los días que sean necesarios para peinar la zona y largarnos en cuanto nos sea posible.

—Y mañana, también le harás una visita y hablarás con Marian. Te disculparás por lo que sea que le has dicho y las vas a invitar a cenar a las dos.

—Ni lo sueñes.

—Lo harás, Arturo. Y no es una orden, es una petición. Ellas se han portado muy bien conmigo, así que, si no lo haces tú, lo haré yo. Y créeme, encontraré el modo de llegar hasta la casa de Marian.

—Mira, no me mosquees más. Si lo que pretendes es volver a ver a su amiga, busca la manera de dar con su teléfono y no me metas a mí en medio de tus líos.

—No te engañes, tú también te mueres de ganas de volver a perderte en esos ojazos verdes. ¿Sabes por qué? Porque no se ha amedrentado ante tus reproches. Porque precisamente no es como Carla, con la que solo has de

abrir la boca y alcanzar aquello que deseas. Tú pides, ella da... ¡Ay, amigo! El pequeño ratoncillo no es de esa forma, ella ha osado jugar con el gato. Y eso, es lo que te provoca el ofuscamiento.

—Ni idea de lo que me quieres decir. Ponte el pijama y acuéstate, a ver si de una maldita vez se termina este día de mierda.

—Lo que tú digas, papá...

Una vez compruebo que está acostado, cojo mis cosas y me voy a mi habitación.

Cuando cierro la puerta, me parece mentira encontrarme a solas y en silencio. Me deshago de la mochila y me dirijo directamente al baño. Abro el agua caliente y me desnudo, tirando también la ropa de cualquier manera la suelo.

Suelto un suspiro de alivio al sentir el líquido caliente correr por mi espalda. Siento tensión por todo el cuerpo, no recuerdo cuándo fue la última vez en que me encontré en un estado similar. Y no debo engañarme, Marian lo ha provocado. Esa bruja de ojos enormes y vaqueros ajustados no ha tenido el más mínimo reparo en reírse de mí otra vez. Esto no va a quedar así, ni pensarlo. Yo seré el que diga la última palabra.

Me despierto muy temprano y lo primero que hago es poner música *rock* en el teléfono y solicitar que me sirvan el desayuno en la habitación. Una hora más tarde estoy duchado, vestido con vaqueros, camiseta blanca y con un café en la mano. Abro mi portátil y busco un nuevo alojamiento, no tardo más de un cuarto de hora en encontrar una casita de alquiler de una planta a orillas del embalse, en las inmediaciones de lo que aquí llaman El bosque encantado, que, al parecer, es un jardín botánico con esculturas hechas con las propias plantas. Marco el número de teléfono que aparece en la página web y al tercer timbre me contesta un muchacho que resulta ser nada más y nada menos que Jorge, el organizador de la carrera nocturna. Al comentarle cómo me llamo y lo que necesito, me ubica inmediatamente y se deshace en disculpas al comentarle el estado de Leo.

Sonríó malévolamente al pensar en que la casa de Marian no debe andar muy lejos de esta. Reconozco que me gusta la idea de ser yo quien la coja por sorpresa esta vez, muy al contrario de lo que le he hecho creer a Leo, quiero estar cerca de ella. Esa listilla va a recibir de su propia medicina.

Tras cerrar el trato e indicarme un sitio en el que reunirnos y hacer efectivo el contrato de alquiler, cierro el portátil, me pongo mis Panamá Jacks y cojo una sudadera térmica.

Ya en la calle, reviso que no he olvidado nada de lo necesario para la transacción, ya que este tipo de casa no se consigue por quincenas. Me da igual, el precio es irrisorio y no me importa pagar por más tiempo.

Mientras doy un paseo hasta donde he quedado con el muchacho, aprovecho y llamo a Georgina, porque no tengo ni idea de cómo se encuentra. Además, quiero explicarle cómo va la situación, ya que en las semanas anteriores ni me he dignado a responderle a los WhatsApp que me ha ido enviando.

—Dichosos los oídos que te escuchan —me saluda, con un tonito bastante conocido.

—No empieces, si no quieres que cuelgue antes de hablar, Gina... — contesto seco, aunque con una media sonrisa en la cara.

—Vale, desembucha. Porque esto solo puede significar dos cosas: o que has encontrado algo maravilloso, y que yo por desgracia no voy a poder probar hasta dentro de unos meses, o que estás más perdido que Michael Knight en un Panda.

Suelto una carcajada al escucharla. Sin duda, mi hermana no es una mujer al uso y es por ello por lo que la quiero con locura y le permito ciertas licencias. Lo que piensa lo suelta le da igual cómo se lo tome el resto del mundo.

—Pues siento decepcionarte ya que no se trata ni de lo uno ni de lo otro. Solo era para explicarte que hemos encontrado cuatro maravillas, pero que a la joya de la corona le está costando dejarse descubrir. Por eso me voy a ausentar al menos un par de semanas más, Leo se ha empeñado en abrir campo y probar la D.O. Vinos de Madrid.

—¿D.O. Vinos de Madrid? ¿Estáis en Madrid?

—Sí, a poco más de una hora de Madrid capital, en un pueblo que se llama San Martín de Valdeiglesias.

—¿En serio? ¡Qué raro! ¿Cómo habéis acabado ahí?

—¿Tú qué crees? Leo decidió que debíamos parar en este sitio antes de subir a tierras burgalesas. Si te soy sincero, creo que lo hizo con miras a tener el fin de semana de descanso. Aquí hay un embalse que utilizan como una playa artificial y realizan actividades tanto acuáticas como de senderismo. Así que, para anoche, nos apuntó a una carrera de orientación nocturna y el muy imbécil ha acabado con una fractura leve en un pie y con una férula puesta. Ese

es el motivo por el que vamos a tardar un poco más de tiempo en regresar; aunque Leo me acompañe no sé si aguantará el ritmo que hemos mantenido estas dos últimas semanas.

—Hacéis un viaje... ¡Uno! ¿Y la liais de esta manera? ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Me encanta! Dile a Leo que lo adoro. Nos va a ahorrar verte la cara durante dos semanas más. ¡A ese hombre hay que erigirle un monumento! —contesta, muerta de risa.

—Muy gracioso todo... Sí... —suspiro.

—¡Oh, por favor, Arturo! ¡Ríete, hombre! ¡Los imprevistos suceden! ¡No lo puedes controlar todo! Y, ¿sabes qué?, me alegro de que Leo te obligue a hacer estas locuras de vez en cuando y te saque el palo de...

—*Shhh...* No sueltes ni un comentario más, ¿eh? Bastante tengo ya con aguantarlo a él como para que tú también me des el coñazo. ¿Qué os pasa a todos? No soy tan estirado, ¡joder! —protesto, esta vez molesto de verdad.

—Hermanito, no eres estirado eres un controlador nato. Y tu rectitud no mejora esta condición, créeme. ¿Quieres un consejo? Aprovecha los días que vas a estar ahí. Relájate y disfruta de hacer cosas diferentes. El vino perfecto aparecerá cuando menos lo esperes. Si te contase los viajes que Carlos y yo nos hemos pegado, papá nos hubiese desheredado. Solo puedo decirte, que cuanto menos busques más encontrarás.

—Que sepas que se me acaba de caer un mito —le confieso haciéndome falsamente el ofendido—. Y hablando de nuestros padres... ¿Te acuerdas de aquellas fiestas con sus amigos de Madrid? ¿Recuerdas a los Herranz? ¿Esos que tenían dos hijas con nombres de heroínas medievales?

—¿Juanjo y Mercedes? Pues claro, papá y mamá no hace tanto que han estado de viaje con ellos. Debes haberte cruzado hace poco con una de sus hijas en la última fiesta a la que asististe. Ginebra, la pelirroja exuberante que se ha casado con Cayetano de la Hera.

Pongo al día a mi hermana sobre lo sucedido en las últimas veinticuatro horas y me despido de ella con rapidez con la excusa de que he llegado al lugar donde he quedado con el dueño de la casa.

Aunque en realidad no puedo dejar de darle vueltas a su última frase antes de colgar el teléfono:

«Si Jimena te habló del producto de Marian, es por algo. Conociéndola, lo más probable es que haya salido de la propia Jimena dejarte caer que le hagas el favor. Ni veo un delito en ello, ni pierdes nada en probar lo que tiene».



Lo único que tengo claro es que no me gusta la gente que no es sincera, y Marian no lo ha sido.

Poco rato después, salgo con un contrato firmado y unas llaves en la mano.

## CAPÍTULO 6

### Si mientas al diablo, aparece

*Marian*

*T*odo se encuentra en un apacible silencio. Me acerco al ventanal de mi habitación y observo como poco a poco se levanta la niebla que cubre la parte alta de los pinos y que no me deja ver el agua del embalse con nitidez.

Sostengo una taza con ambas manos y doy un sorbo al café caliente. En estas dos últimas semanas han descendido mucho las temperaturas, diciembre ya se va dejando entrever y no puede gustarme más este tiempo.

Durante unos instantes intento dejar mi mente en blanco, pero me es imposible. Por lo que decido no dar más vueltas a algo que no voy a poder solucionar en estos momentos y me pongo en marcha. Termino el café y deposito la taza en el tocador, me coloco unos vaqueros rotos junto a una camiseta y bajo hasta el taller para no hacer ruido.

Una bofetada de humedad me recibe nada más entrar, por eso enciendo la estufa de leña y unas velas para dar un toque cálido a la habitación. Es temprano, quizá demasiado, pero necesito acallar esa voz en mi cabeza que no me ha dejado pegar ojo.

Decido que lo mejor es que la música me transporte a mi lugar seguro, ese sitio donde nadie puede acceder salvo yo. Y es la voz de Ella Fitzgerald interpretando *These foolish things* la que me lleva a otra época. Cuando me siento frente al torno, escuchando sobre recuerdos basados en pequeñas cosas tontas, sonrío. Ya que esas son las que dan sentido a un recuerdo. Esta melodía me reafirma y me ancla de nuevo a mi filosofía de vida: saltarme reglas que en realidad no existen, disfrutar de lo que no es socialmente aceptado, probar sin culpa y experimentar con mis sentidos cada día.

Un buen rato después, una mano se posa en mi hombro y me saca de mi universo particular. De nuevo, he perdido la noción del tiempo mientras trabajo con el barro.

Me giro y veo a una despeinada Jimena, con una taza de café en la mano y un rostro somnoliento.

—No voy a preguntarte cuánto tiempo llevas aquí encerrada —masculla a modo de saludo matutino.

—Ni yo misma sé qué hora es, así que tampoco sabría decírtelo —respondo de manera distraída.

—Son poco más de las nueve. No has dormido, ¿verdad?

—Sí que he dormido, solo que no lo suficiente. Anoche nos acostamos tarde recogiéndonlo todo y ya no pude conciliar el sueño con normalidad.

—Ahórrate las excusas. Desde esos dos se marcharon anoche, tu actitud cambió. No sé qué sucedió con Arturo, pero me lo puedo imaginar. Cuando le desvelé nuestra identidad y le insinué que probase tus vinos para ver si podía echarle una mano en distribuirlos, él dio un giro y no para bien. Sacó la mejor versión de sí mismo, o, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Me acusó de intentar engañarlo para aprovecharme de él, el muy cretino —Paro el torno y me limpio las manos dando por terminada mi sesión—. Y, por cierto, te podrías haber callado. O, por lo menos, deberías haberme consultado antes de abrir la boca. Se trata de mi vida, Jimena. Y si yo no interfiero en tu trabajo, tú tampoco deberías hacerlo en el mío. Ya interviniste con la cerámica, ha salido bien y siempre te estaré agradecida por ello. En este caso te has pasado tres pueblos. Sabes de sobra que puedo distribuir mi cosecha sin ayuda de nadie. Mi vino es lo suficientemente bueno para que me lo quiten de las manos. Y a él, precisamente a él, es a quien menos debías ofrecérselos. No lo quiero cerca de mí, ni de mis asuntos. ¿Entendido?

—¿Estás cabreada?

—No, ya no lo estoy... Estar tantas horas trabajando con el barro ha hecho que mi enfado se diluya. Además... anoche yo también hablé con Carmen de eso mismo, antes de que él se acercase. Pero no me gusta que actúes como si no fuese capaz de gestionar mis negocios. Si mi padre ya se ha desvinculado de la empresa, porque le he abonado año tras año su parte, la única que toma decisiones sobre mis cosas soy yo. Y ya no es solo que interfieras sin consultarme, si no que no has pensado en que Arturo no es la persona indicada

para valorar lo que tengo en bodega. No porque no aprecie la calidad, estoy segura de que lo detectaría con solo olerlo, sino porque no entendería todo lo que hay detrás de esos vinos. No solo son un producto, son mi mejor esencia.

—Arturo lo entenderá si se lo explicas.

—No, solo verá lo que le interese —apostillo.

—Sí que debió de ser feo lo que te dijo. Te conozco de toda la vida y jamás has estado tan en contra de mostrar lo mejor de ti. Y de verdad que lo siento, no era mi intención hacer nada que te perjudicase. Es cierto que no pensé que son tus decisiones y no las mías, no volverá a pasar —se disculpa en voz baja.

—No me gusta, ya era cruel cuando me puso el mote por el simple hecho de decirle no.

—Lo odias, ¿no es así?

—No lo odio, pero tampoco lo quiero cerca de mí. Me ha costado mucho conseguir la vida que tengo, para que ahora un tipo presuntuoso y malhumorado venga a insultarme en mi propia casa aun habiéndolo ayudado. Arturo ni siente ni padece, solo es capaz de ver lo que brilla, no lo que hay bajo la superficie. Es más, antes regalo el vino o me lo bebo, a vendérselo a él —confieso, soltando lo que he rumiado toda la noche.

—No pensé que esto te afectaría tanto. Aunque reconozco que fue una idea pésima decirle nada. No sé cómo decirte esto, pero ahí voy... ¿Te molestaría mucho si yo quedo con Leo? —pregunta tímidamente, con una llamita traviesa en su mirada.

Sonríó a la par que hago un gesto de negación con mi cabeza. Es un caso perdido.

—Allá tú, eso es cosa tuya. Ya sabes que no me suelo meter nunca en tus asuntos amorosos. Eso sí, no os quiero en mi casa. Advertida quedas.

Me levanto del taburete me quito el delantal y estiro la espalda. Ella me mira con carita de perrito triston y se me cuelga del cuello. Le devuelvo el abrazo porque tengo muy claro que no hace las cosas por maldad, sino porque es demasiado impulsiva.

Tras esto le doy un azote en broma y la espoleo para que nos movamos de una vez. Con tanta charla, es casi media mañana y me muero de hambre.

Cubro todo lo que he creado con una toalla húmeda con idea de terminarlo más tarde, desconecto la música y Jimena apaga las velas. Una vez dejamos todo recogido y estamos en la planta superior, yo me dirijo a la cocina y ella abre las cristaleras que dan al porche, prepara la mesa del desayuno y va a

ponerse algo de abrigo. Yo he puesto a Zaz y su *Je veux* a todo volumen y me muevo por la cocina a la par que preparo lo que vamos a comer.

*Arturo*

Aparco justo frente al porche de la noche anterior y observo lo que me rodea. Sin el fuego y las lucecitas encendidas muestra un aspecto diferente, aunque no menos imponente que de noche. Parece un lugar sacado de una revista.

Salgo del todoterreno. Nada más poner un pie en el suelo, escucho música. Es música francesa. No sé quién es la interprete, aunque sí entiendo a la perfección la letra de la canción, la situación geográfica de Andorra —donde residó— y mi trabajo, han propiciado que domine el francés tanto o más que el español o el inglés.

En un par de zancadas llego a los escalones del porche y los subo, ahí encuentro una mesa dispuesta para el desayuno y a ninguna de ellas sentada. La cristalera está abierta, por lo que entro con cautela y llamo a Marian. Insisto sin obtener respuesta. Avanzo buscándola y no puedo evitar quedarme clavado en el sitio cuando la encuentro.

Está en la cocina, descalza; canta y baila al ritmo de la música. La estampa es hipnótica y sensual, tanto, que no puedo apartar mi mirada de su cuerpo. Trago saliva con dificultad al ver como los vaqueros anchos y caídos se han deslizado con sutileza por sus caderas para dejar entrever su ropa interior; su camiseta corta y holgada se mueve al ritmo que ella lo hace, consiguiendo que mi imaginación no tenga que trabajar demasiado para saber qué esconde debajo.

Me acerco a ella atraído como si fuese un imán y yo el polo opuesto. La tengo a un palmo de mi cuerpo cuando le hablo.

—Buenos días...

Ella cesa su bamboleo al percibir mi voz, mueve la cabeza como si esta solo fuese un recuerdo y continúa como si no me hubiese escuchado.

—He dicho, buenos días... —repito algo más fuerte.

Da un respingo y se gira bruscamente hasta quedar de cara a mí. Y ahí está la mirada que me ha atormentado toda la noche. En su rostro hay un rictus de pánico. La he asustado. Puedo percibir el desconcierto y el estupor que le ha

causado el encontrarme por sorpresa en su cocina y a unos centímetros de ella. Y la verdad, no la culpo por ello, porque ni yo sé qué estoy haciendo.

—¡Qué mierda...! —susurra temblando.

—He llamado, pero no ha contestado nadie —alego, en un intento de defender lo indefendible. Nos miramos sin añadir nada más; poco a poco se le pasa el susto. Entonces escucho a Jimena decir algo a lo lejos, no distingo el qué. Como nadie responde, insiste.

—¡Marian! ¡¿Has visto mi sostén?! —grita.

—¡Sí! ¡Está aquí abajo, lo tiene Arturo! —responde la otra tan tranquila.

—¿Yo? —replico incrédulo.

—¿Arturo? ¿Qué pinta Arturo en lo que te acabo de preguntar, Marian? — señala su amiga más asombrada que yo.

— Ya que está aquí abajo conmigo y ha aparecido de la nada, he pensado que lo mismo sabe dónde está tu sujetador —le vuelve a gritar en respuesta, y se muerde los labios para no reírse.

«¡La madre que la parió! ¿Está insinuando que he dormido con Jimena?».

Un ruido provoca que desplace mi mirada hasta el inicio de la escalera donde ha aparecido Jimena en bragas, camiseta de pijama y con los ojos como platos.

—¿Qué haces aquí? —exige saber, bajando como un rayo.

—¿Yo? Venir a invitaros a cenar por petición de Leo. Y a tu amiga se le ha ocurrido la maravillosa idea de que yo puedo saber dónde anda tu ropa interior. ¡Estáis como cencerros las dos! No sé ni para qué me he molestado en venir... —me lamento, observándolas alternativamente a una y a otra.

—*Bla, bla, bla...* ¡No paras de quejarte como un niño, Arturo! ¿Cómo está Leo? ¿Por qué te has presentado tú y no él? —se burla Jimena.

—¿Por qué tiene una férula puesta y debe descansar? —ironizo molesto, de reojo, observo como Marian sonrío con suficiencia.

—¡Vaya! Bueno, pues la respuesta es no. Así que ya te puedes ir por donde has llegado —responde resuelta Jimena, cruzándose de brazos.

—*Ajá...* Perfecto —contesto, y de inmediato, me doy la vuelta para largarme.

—¿Has desayunado, Arturo? —indaga Marian, de manera perspicaz.

Ante su pregunta me detengo y me giro para encararla con escepticismo. Aunque no me fío de esa fingida amabilidad, y más, al ver la cara de extrañeza de Jimena ante la proposición de su amiga.

—¿Me estás invitando a desayunar después de lo de anoche? ¿Después de que me he colado en tu casa sin permiso? ¿Y después de que tu amiga me haya echado?

—Así es —confirma—. Es evidente que ha sido Leo el que te ha enviado para que nos invites a cenar, probablemente es su manera de agradecer lo de ayer. Algo que le honra. No quiero convertirme en una persona como tú. Es por ello por lo que he decidido sacar una bandera blanca, y, ¿qué mejor forma de hacerlo que invitándote a desayunar? —argumenta solemne.

—¿Dónde está la trampa esta vez, ratoncito? —Le pincho porque no me creo nada.

—Me llamo Marian, así que deja de llamarme por el motecito que me pusiste cuando éramos críos—suelta sin vacilar—. Y aquí no hay trampa que valga, salvo la que tú te empeñas en creer que existe.

—De acuerdo, pero solo porque ese café huele de maravilla—acepto, notando como se calientan mis mejillas.

### *Marian*

—Jimena, haz el favor de terminar de vestirme —casi le ordeno, a la vez que le hago un gesto para tranquilizarla—. Arturo me ayudará a llevar la comida fuera.

No la culpo por mirarme como si fuese una persona bipolar. Hace un rato le he dicho que quiero a este tío lejos y ahora lo invito a desayunar como si todo se hubiese evaporado. Precisamente, ese es el motivo que me ha empujado a hacerlo. He sido sincera al explicarle que no quiero convertirme en alguien como él; lo más lógico sería mandarlo al infierno, justamente lo que él hubiera hecho.

Sin decir nada más, Jimena sube de nuevo hacia su habitación y nosotros nos quedamos de pie en la cocina uno frente al otro en silencio.

El que me haya dado un susto de muerte en mi propia casa me ha dejado momentáneamente fuera de combate, y lo más turbador de todo esto ha sido la reacción de mi cuerpo al sentirlo tan cerca.

Sacudo mi cabeza y desecho ese pensamiento de mi mente. Desde luego va a ser difícil no mirar descaradamente los abdominales que se le marcan gracias a la camiseta blanca ajustada que trae puesta.

—¿Me ayudas? —le propongo, intentando centrarme en lo que debo.

—Claro, ¿qué puedo hacer? —Se muestra indeciso.

—Acerca la leche, el zumo y el pan. Yo me encargo del tomate, el queso y las mermeladas —explico tendiéndole las cosas—. ¿Desayunas algo en especial?

—Normalmente solo tomo un poco de fruta y café. Entreno antes de ir al trabajo y es lo que mi cuerpo tolera a esas horas. Con lo que has preparado es más que suficiente, gracias.

—Yo igual —afirmo—. Café, avena y fruta. Pero hago una excepción si está Jimena o voy al campo a trabajar.

Él asiente sujetando lo que le he dado y se encamina hacia el porche. ¿Cómo puede ser que sea aún más guapo ahora que cuando era un crío? Observar su cuerpo en movimiento me perturba. Por eso decido ponerme en marcha yo también. Cojo el resto de las cosas, las ordeno en una bandeja y me dirijo a fuera, donde él ya ha distribuido todo como le ha parecido.

Al soltarla sobre la mesa, recuerdo que él no tiene servicio para desayunar, porque no lo esperábamos, por lo que recoloco todo como a mí me gusta, y sin decir nada, vuelvo a entrar para coger lo que necesita y la jarra con el café que ya está listo.

Al verme llegar de nuevo, se levanta de la silla y me ayuda con todo lo que llevo en las manos. Le doy su servicio y dejo la jarra sobre la mesa.

En un silencio tenso, me siento y me sirvo un café con leche. Él me da un respiro y se dedica a observar los árboles y la pérgola circular que hay un poco más interna entre los pinos.

—Es un sitio espectacular, me pregunto cómo diste con él —dice, sin apartar la vista de las copas de los pinos.

—No fue tan difícil. Cuando sabes lo que quieres no pierdes el tiempo en mirar otro tipo de cosas.

—¿Inmobiliaria?

—Particular.

—¿En serio?

—En serio. Si necesitas vender y la inmobiliaria te fríe a comisiones, optas por otras vías. Sobre todo, en años de crisis.

—Entiendo, pero aun así me sorprende que haya gente que se pueda deshacer de un lugar así.

—La verdad es que sí, no sé si yo sería capaz de volver a vivir en la capital de nuevo. Lo que más me sorprende, es que te llame la atención una casa de



campo. Sé de sobra que la casa de tu familia es de este estilo, pero te tenía por alguien más cosmopolita.

—Lo soy, y también sé valorar las cosas que merecen la pena.

—Es bueno saberlo...

—Como también es bueno conocer a la gente con la que tratas, ¿eh, doctora?

—Dispara.

—Por supuesto. Aunque, no es mi problema que algunos no recuerden y asuman cosas sin informarse previamente —respondo, deseando evitar que comience con las puyas de nuevo.

—No me fío de ti ni de tus intenciones, creo que eso lo tienes claro —confiesa, a la par que coge la taza y la mira con atención antes de servirse un café solo.

—Piensa lo que quieras, no me importa demasiado. Sí que me intriga una cosa: ¿Se vive bien es ese estado perpetuo de desconfianza y de mezquindad? Y no te lo tomes como un ataque, es más bien la incomprensión la que me ha llevado a preguntármelo, sobre todo en las últimas veces que nos vimos.

—No me conoces, Marian.

—Si por conocer te refieres a que no somos amigos, es cierto. Lo que sí sé, es de dónde vienes, y que al igual que yo, lo has tenido todo. Entonces... ¿Por qué ese carácter que hace a la gente temerte?

—¿Me temes? —pregunta contrariado—. No, no lo creo. Si lo hicieses, no estarías sentada ahora mismo conmigo teniendo esta conversación tan reveladora.

—No, yo no te temo. Nunca has tenido ese poder sobre mí. Pero hay gente que sí.

—Pues para no querer ser como yo, no te defiendes mal —contraataca.

—Es lo que tiene observar durante años al mejor en ello.

Tras decirle esto me lanza una de sus miraditas, decido no hacerle caso. Ya le he seguido el juego bastante.

Pasamos unos minutos en silencio, de fondo Indila interpreta *Dernière Danse*. Este momento de calma tensa lo rompe Jimena.

—Es agradable ver que sois unas personas muy civilizadas y podéis quedaros solos un rato sin estrangularos. ¿Qué me he perdido? —sonríe mi amiga.

—Poco, llegas en el mejor momento. Estaba a punto de decirle a Marian que acabo de alquilar una casita cerca de esta. Todavía me queda trabajo por hacer

en la zona y Leo necesita ahora más facilidades, así que vamos a ser vecinos. ¿No es maravilloso? —suelta, reservando su mejor carta para el final.

Casi se me cae el café al escucharlo. La tregua que acabamos de vivir se ha dinamitado de repente. El haberlo tratado de una manera cordial no ha servido de nada, él ha venido con toda la intención, ya me lo advirtió la noche pasada.

Puedo sentir sus ojos sobre mí, esperando ver mi reacción a lo que acaba de revelar. Consigo dominarme, aunque me siento como una chiquilla a la que acaban de engañar por primera vez.

Jimena abre la boca, pero la vuelve a cerrar.

—¿Qué? ¿Nada que opinar, Marian? —Se dirige a mí, con una sonrisa malévola.

—¿Dónde? —pregunto sin mirarlo.

—Junto al Jardín Encantado. En la casita de una planta que da al embalse, así que vamos a coincidir muchas veces. Es estupendo, porque voy a necesitar información sobre las bodegas más destacadas de la zona. Ya sabes que busco un buen producto para distribuirlo fuera y, ¿quién mejor que tú para aconsejarme sobre las bodegas y sus elaboraciones? Estoy seguro de que mantienes relación con el resto de viticultores y, sobre todo, que conoces el tipo de uva y el sistema de crianza.

No salgo de mi asombro. Ahora comprendo por qué es tan jodidamente bueno en lo que hace: es despiadado. Puede que me haya pillado con la guardia baja, pero él no controla mi vida.

—Para eso no me necesitas, en la oficina de turismo obtendrás un listado detallado de las bodegas y los contactos pertinentes; así como información sobre el tipo de uva que se cultiva en la zona. Y espero de corazón, que encuentres muy pronto lo que buscas —le aconsejo, intentando parecer convincente.

—Pero a ti te conocen y eso servirá de ayuda con ellos —insiste.

—Puede, pero te olvidas de dos cosas: eres famoso en este mundillo, Arturo Alquézar, se morirán porque los visites. Y yo no trabajo para nadie salvo para mí misma.

Antes de que pueda salir con otra de sus estocadas, suena mi teléfono y doy gracias al cielo. Al cogerlo sé que se me ilumina el rostro al ver el nombre que se refleja en la pantalla.

Descuelgo y me levanto para tener un poco de privacidad.

—¡Hola, guapo! ¡No sabes la alegría que me da escucharte! ¡¿Qué?! ¿Estás

aquí? ¿Cuándo has llegado? ¿Esta noche? ¡Geeeeenial! Sí, pásate para las ocho. Estaré preparada.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa dibujada en mi cara, se me acaba de pasar toda la frustración de golpe. Puede que el tío que hay sentado a un metro de mí intente sacarme de mis casillas, pero acaba de aterrizar el antídoto perfecto para combatirlo.

—No me digas que el dos estrellitas acaba de aterrizar... —adivina Jimena.

—El mismo, así que ya te puedes buscar plan porque no quiero aquí a nadie esta noche —le advierto, olvidándome por completo del espectador silencioso que nos acompaña.

Ella me guiña un ojo y se levanta como un resorte.

—Arturo, ha sido una visita muy interesante. Pero lamentándolo mucho es hora de que te marches, porque servidora ha de convertirse en hada madrina y preparar a cenicienta para su cita de esta noche.

—Vaya, Marian, y yo que pensaba que vivías casi como una novicia —dice con retintín y se dirige entonces a mi amiga—. Jimena, te estás mal acostumbrando a echarme de esta casa, pero te lo voy a pasar por alto porque es verdad que es hora de que me vaya, debo recoger a Leo y mudarnos a nuestro nuevo alojamiento. Y, por cierto, acabo de escribirle comentándole que no tienes plan para esta noche y me acaba de decir que a las siete y media me pase a por ti y que no acepta un no por respuesta. Así que estate preparada.

Con esto se levanta con cara de pocos amigos y sin despedirse baja los escalones para llegar a su coche. Se sube y se marcha sin ni siquiera mirar atrás.

## CAPÍTULO 7

### Visitas y desencuentros

*Arturo*

Aparco en un arcén un par de kilómetros después de dejar la casa e intento poner orden en mi cabeza. Esperaba que la mañana transcurriese según lo previsto, y nada más lejos de la realidad. Lo que llevaba bien calculado en mi mente, se ha desvanecido como por arte de magia desde que he puesto el pie en su casa y la he encontrado en la cocina.

Después de reponerme del momento de *shock* al verla bailar ajena a mi presencia, se supone que disfrutaría al revelarles que me vendría bien utilizarla para encontrar *eso* que ella ni tiene ni sabe hacer. No ha resultado así, por primera vez en años me he encontrado mal. Porque, aunque su rostro expresase calma, sus ojos verdes decían otra cosa.

Y peor me he quedado cuando, con la dignidad de una reina, me ha dejado muy claro que ella no trabaja para nadie y que solo rinde cuentas ante sí misma. Que me compadece; que no quiere parecerse a alguien como yo y, aun así, me ha abierto la puerta de su casa y me ha brindado su comida, por segunda vez.

Apoyo la cabeza en el respaldo del asiento y respiro profundamente. Todo esto me ha dejado descolocado, aunque lo que realmente me ha desarmado ha sido ver ese brillo especial en su mirada al hablar por teléfono.

«¡Joder!».

Más calmado y con una sensación en mi pecho desconocida, llego a recoger a Leo que me espera en la habitación con las maletas ya preparadas.

Me escruta cuando aparezco por la puerta, me conoce tan bien que no necesito decirle cómo me siento, no obstante, en realidad sí quiero comentarle

algo. Me quito la sudadera y la coloco sobre la silla que cojo para sentarme frente a él.

—Has alquilado la casa —afirma, cruzándose de brazos.

—Sí. Y no te he avisado para que me acompañases porque me he levantado muy temprano.

—No te preocupes. Ya he ojeado la página que has dejado abierta en tu portátil.

—Tendremos que hacer compra y cocinar, por lo demás, creo que vas a estar mejor allí que aquí. Bajar esas escaleras con las muletas va a resultar tarea ardua.

—¿De dónde vienes? Casi es mediodía.

—De casa de Marian. Como me pediste anoche, he ido hasta allí para invitarlas a cenar. Marian ha rechazado la invitación, sin embargo, sí he quedado en recoger a Jimena a las siete y media.

—¿Por qué no viene Marian?

—Porque ha quedado con su chico. Jimena ya había declinado la invitación, he tenido que improvisar y me he inventado que he hablado contigo y que no aceptabas un no por respuesta. Así que en cuanto lleguemos, ve buscando un sitio para llevarla a cenar.

—Perfecto, gracias. ¿Te has disculpado con Marian?

—Me ha invitado a desayunar, ¿vale con eso? —mascullo agobiado, frotándome la barba con una mano.

—De momento sí. Y ahora, ¿me vas a decir por qué traes esa cara?

—Aparte de la de cansancio, ¿a cuál te refieres?

—La misma que ponías de crío cuando estabas asustado o perdido. Sé que no me vas a explicar qué te pasa, pero ya sabes que me tienes aquí.

—No es nada que no se solucione con una buena copa de vino —miento con una media sonrisa.

—Bueno, eso tiene fácil solución. A las siete vas a por Jimena, ¿verdad? ¿Qué te apetece que reserve para cenar?

—Sí, a las siete y media voy a recogerla y la llevaré adónde me digas. Y para mí no reserves nada, yo no voy. Esta noche es vuestra, eres tú el que querías verla. Yo visitaré un sitio tradicional que en su página web destaca su carta de vinos de la zona y es una buena manera de empezar a tantear el terreno para el lunes.

—¿Solo?

—Solo, no insistas. Y si vas a pasar la noche con Jimena, avisa, y no me quedo aquí a dormir, ¿vale?

—Como quieras...

Con esto damos por terminada la conversación y lo agradezco. No soy una persona dada a hablar de sentimientos. Además, ni yo sé qué me pasa.

Me levanto, doy un último vistazo por si nos dejamos algo de ropa o accesorios y cuando me cercioro de que todas nuestras cosas quedan guardadas, le hago un gesto para que salga delante. Prefiero ir tras él en las escaleras, por lo que pueda pasar. La mujer de recepción nos atiende amablemente y nos despedimos.

Cargo todo en el todoterreno mientras Leo sube sin dificultad en el asiento del copiloto. Una vez tenemos todo controlado, arranco y pongo rumbo hacia una gran superficie para comprar la comida y los productos de aseo que necesitaremos para las siguientes semanas.

Ya instalados, y tras improvisar el almuerzo, me tumbo en unos de los sofás del salón. Leo, echado en el otro, machaca el mando de la televisión. La casita es bastante decente, podría decir que mejor que en las fotos. Parece que ha sido remodelada hace poco para hacerla más accesible y acogedora. No es que me encante el estilo rural, pero me encuentro mejor aquí que en la hacienda.

No lo puedo evitar y la comparo con la que he visitado esa misma mañana. He de reconocer que la casa de Marian me gusta, tiene un equilibrio entre lo rústico y lo moderno difícil de conseguir, desde el instante en que entras no tienes ganas de salir de allí.

Sin quererlo, viene a mi mente el desayuno que he compartido con ellas. Sonríe, porque no ha dudado en ponerme los cubiertos en el lado izquierdo y una taza bonita y extraña, recordando que soy zurdo. Eso dice mucho de ella: es observadora y posee una memoria mucho mejor que la mía.

Mis pensamientos se detienen cuando Leo llama mi atención sobre una película que acaba de comenzar para centrarme en contestarle. Se trata de *El último mohicano* y con un gesto de cabeza le indico que me gusta esa película, así que me tapo con una manta que hay en un lado del sofá y desconecto por un par de horas.

*Marian*

—¡No sé cómo estás ahí tirada viendo *El último mohicano!* —protesta Jimena.

—Porque es una de mis películas favoritas. Me encanta la historia y la banda sonora. Y, sobre todo, porque no tengo nada más que hacer.

—Deberías meterte en la ducha y ponerte una mascarilla en ese pelo que parece una fregona —ataca.

—No te metas con mis rizos. Y son las cuatro de la tarde, Jimena. ¿Quieres que comience a arreglarme con cuatro horas de antelación? ¡¿Te has vuelto loca?

—A ver, te voy a enumerar todo lo que hay que hacer, porque parece que no te has parado a pensar que esta noche sales con un pedazo de hombre.

—Como no me dejes ver la película tranquila, la que no va a poder pensar más vas a ser tú.

—Mimar tu pelo con una buena mascarilla para que esa maraña de rizos se vea con brillo. Otra para la cara. Hacerte la manicura y la pedicura. Depilación. Elegir ropa interior y, por supuesto, un vestidazo y el calzado adecuado. ¿Te parece poco?

No puedo evitar estampar mi cara contra uno de los cojines en los que estoy recostada y gemir, no me va a dejar vivir hasta que me convierta en una muñequita.

—Para tu información, llevo depilación láser, ¿por quién me tomas? —gruño.

—¡Menos mal! ¡Una cosa de la lista que podemos descartar! Ahora... ¡Hop, hop, hop! ¡Levántate de ahí y vamos! —ordena, tirando de mi jersey para que me levante del sofá.

—¡Esta me la vas a pagar! —grito, mientras ella muerta de risa, me arrastra por el suelo.

Y de pronto, somos las mismas chicas que hace unos años vivíamos en un piso diminuto y me encanta eso, aunque me exaspere su efusividad ante cosas como esta.

Le chillo yo también y tira más de mí. Termino cediendo, ya que no me queda otro remedio.

Una vez en mi cuarto de baño acabo con la cara embadurnada por un gel que se va convirtiendo en espuma y que, según ella, necesito, con las uñas de los pies y de las manos cubiertas de un pintaúñas rojo chillón y con mi cabello envuelto en mi crema para rizos.

He de reconocer que, aunque me ha costado levantarme del sofá, estoy disfrutando de todos estos mimos y de la explicación que me da sobre cada producto. No es que sea una mujer que no me cuida, al contrario, lo que sucede es que asocio estos momentos a los días que elijo específicamente para ello.

Un par de horas más tarde, observo con asombro como mis rizos brillan y que mi cara parece de porcelana.

Jimena, con una sonrisa maligna, rebusca en mi armario. En cuanto la descubro sacando los vestidos más indecentes, me levanto de mi cama como un resorte. Ni por asomo me voy a poner un minivestido para congelarme viva. La aparto a un lado y con una mirada le indico que la ropa la elijo yo. De un empujón la envío a la ducha y a arreglarse, recordándole que a ella la recogen antes que a mí.

Me río al ver cómo refunfuña por no poder elegir mi modelo de esta noche, pero lo acepta porque sabe que, en una hora, Arturo aparecerá para recogerla.

Una vez sola, me tumbo en la cama y me cubro la cara para no evocar su imagen en mi mente. Resulta un intento nulo, porque lo visualizo con tal nitidez que hasta me asusta. Y es que, aunque decepcionada por lo que ha ocurrido durante el desayuno, no puedo dejar de reconocer que verlo de nuevo, me ha dejado loca. Es guapo a rabiar, «¡maldito sea!».

Haciendo la croqueta ruedo por la cama y cojo mi móvil. Abro una aplicación de música y escojo mi lista para motivarme. Debo quitarme a ese hombre de la cabeza si quiero disfrutar de mi cita. *I can't stop the feeling* de Justin Timberlake hace que salte de la cama y busque algo con lo que me encuentre cómoda a la par que guapa.

No tardo mucho en dar con mi *outfit*: falda *midi* de graduación azul eléctrico, *body* negro de manga larga con escote de vértigo y mi chaqueta de cuero entallada. Y de calzado, mis salones negros de Louboutin.

Contenta con lo elegido, me siento frente al espejo del tocador y Ed Sheeran y su *Shape of you* me ayudan a dar el toque perfecto al ahumado en mis ojos y a maquillar suavemente el resto de mi cara y escote. Meto mis dedos entre el pelo y lo desordeno aún más. Satisfecha con el resultado, me quito la bata y me coloco la ropa interior junto a las medias, asegurándome de que la silicona quede bien sujeta en mis muslos. Tras conseguirlo, me visto y me calzo. Lista para arrasar.

Jimena aparece un rato después en mi habitación enfundada en unos de mis



vaqueros negros ajustados, también ha escogido de mi armario un top que deja ver más que tapa y unos taconazos que hasta a mí me han causado vértigo cuando me los he puesto en alguna ocasión. Con su pelo rubio recogido en una coleta alta y con un maquillaje oscuro, creo que alguno le va a dar un infarto esta noche.

Cuando nos miramos suelto una carcajada, porque lo que viene ahora, es la mejor parte de todo este ritual en el que llevamos inmersas horas.

Poniendo cara de niña mala saca de detrás de su espalda un par de copas y una botella de cava que ha cogido de la bodega y las planta encima del tocador.

—¡Dale caña a la música, Marian! —ordena, mientras descorcha el cava.

Sin que deba volver a decírmelo, conecto el móvil a los altavoces y busco *Madre Tierra (Oye)* de Chayanne, que, con sus primeros acordes, nos hace empezar a movernos.

Jimena me alcanza una de las copas, brindamos y comenzamos a cantar y bailar como locas, tal y como siempre hemos hecho juntas antes de una noche que promete ser épica.

Río y doy vueltas al ritmo de la música, porque puede que haya cosas que nos duelan, pero hay mucho más por lo que celebrar. Y cómo bien dice la canción: «es mejor brindar amor y perdonar, que este viaje es solo de ida».

### *Arturo*

Voy con la hora justa, no he querido moverme del sofá hasta que no he terminado de ver la película. Y si por mí hubiese sido, no me habría levantado.

Aparco y me bajo. Al acercarme a los escalones, ya tan familiares para mí, vuelvo a escuchar música, algo que también se está volviendo una costumbre. Me pongo la americana negra sobre la camisa blanca y aprovecho para reajustar los vaqueros. Sin llegar a localizar el timbre o golpear en la cristalera, aparece frente a mí una imponente Jimena, colocándose una levita con capucha de color rojo.

Ella me ve a través del cristal y me sonrío. Cuando termina de colocarse el bolso se dirige a la cristalera, descorre la puerta y sale sin darme tiempo a pasar.

—¡Hola, llegas tarde! ¿Todo bien? —saluda con una sonrisa.

—Hola, sí, perdona. Al ser de noche, me ha costado dar con el camino desde la casa hasta aquí más de lo que pensaba. ¿Lista?

—Sí, vamos. ¿Pasamos a recoger a Leo por casa? —consulta, dando por hecho que voy con ellos, imagino, tras haber observado mi indumentaria.

—Sí, no ha sido capaz de decidirse por un sitio en el que reservar y ha pensado que quizá tú podrías conocer mejor la zona. Una vez elijáis os dejo allí, yo he hecho otros planes para esta noche —dejo claro, sin mirarla.

—¡Ah...! He supuesto que saldrías con nosotros —comenta a la par que se acomoda en el asiento del copiloto.

—No, prefiero salir solo —confirmo, arrancando el coche y saliendo de nuevo al camino por el que acabo de llegar hace tan solo unos instantes.

—Vale —responde indiferente.

—¿Marian ha salido ya? —pregunto de manera distraída, para que no note que me muero porque me cuente algo de ella.

Antes de que me pueda responder, debo hacerme a un lado, ya que por el camino que lleva a la casa, un coche viene de frente a nosotros. Seguramente es la cita de Marian.

Desvío mi atención hacia el vehículo, sin embargo, debido a la luz de los faros no puedo distinguir nada, puede que lo mejor sea no saber. Cuanto menos conozca, menos vueltas le daré a la cabeza.

No miro cuando pasa justo a nuestro lado, aunque sí soy consciente de que Jimena ha saludado y sonreído al conductor.

Agarro con fuerza el volante y, sin previo aviso, me reincorporo al carril y activo el reproductor de música del coche donde el *Master of puppets* de Metallica me da lo que necesito para no pensar en que ese tío va a recibir las miradas más espectaculares que haya podido ver en mi vida.

En poco menos de diez minutos he estacionado frente de la casa en la que nos alojamos. Mi mal humor ha ido en aumento y no me encuentro para muchas tonterías. Así que bajo del coche y no espero a Jimena, ella no es mi cita y no tengo la obligación de prodigarle ningún tipo de gentileza. He de reconocer que la chica va espectacular y que a Leo le va a costar no morder el polvo. Está claro que ha dado con su igual y sería divertido ser testigo de quién claudica ante quien, sin embargo solo hay dos cosas que sé que voy a ser capaz de soportar: golpear mi saco de boxeo o beber hasta quedarme inconsciente. Y visto que aquí no dispongo de mis guantes ni de mi saco, solo queda una opción a la que agarrarme.

Llegamos y le indico a Jimena que Leo la espera dentro. Mientras, yo permanezco en la puerta hasta que me digan dónde los llevo. Hacer de taxista no me gusta ni un pelo, solo lo hago porque el premio es conseguir mi noche de soledad y alcohol.

Cinco minutos después, Leo aparece cojeando y me dice que ha llamado a un taxi. Al parecer no se deciden y van a tardar todavía un poco; me aconseja que me vaya.

Sospecho al instante, no me creo nada y sonrío. O bien, ni van a llegar a salir, o tal vez, necesitan un rato a solas antes de poder aparecer en un sitio público sin montar un espectáculo. Él me devuelve la sonrisa y me queda claro, no me quiere ahí. Y no es que yo desee quedarme tampoco, así que asiento con la cabeza y pongo en marcha el coche. Antes de salir, busco mi teléfono y llamo a la hacienda para reservar una habitación. Ni por asomo aparezco por aquí si van a quedarse. Además si bebo, podré dormir ahí y así evitaré conducir cuando haya más alcohol que glóbulos rojos en mi sangre.

Una vez solucionado pongo rumbo al pueblo. Es hora de probar lo que con tanto bombo anuncia el asador más famoso del pueblo.

### *Marian*

Lo he visto salir del coche. Si esta mañana lucía impresionante, lo de hace unos minutos no es ni medio normal. Me parece retorcido que pueda existir alguien tan despiadado y a la vez tan hermoso.

Me aparto del ventanal de mi habitación y me doy el último retoque frente al espejo, lista para bajar al salón. Sergio no debe tardar en llegar.

Y no me equivoco, justo cuando dejo las copas en la encimera de la cocina, la luz de unos faros ilumina mi casa.

Correteo a través del salón y abro la cristalera para recibirlo, nada más poner un pie en el porche, unos brazos me atrapan y me alzan.

Suelto una carcajada divertida, porque este es Sergio: alegre, simpático y travieso.

Me baja al instante y me da piquito en los labios y me echa hacia atrás para observarme con atención.

—No encuentro la palabra para definirte, quizá la adecuada sea la que utilizo cuando creo algo que conmueve: Sublime.

—No eres más pomposo porque no puedes —respondo muerta de risa.

—Pomposo porque el espectáculo lo merece —dice, alzando la ceja como un pirata—. ¿No crees?

Le paso la mano por los ricitos dorados de la nuca y le guiño un ojo, en un gesto de agradecimiento por la apreciación.

—Estoy muy contenta de tenerte aquí, pero ha sido toda una sorpresa. ¿No dijiste la última vez que regresabas de Nueva York a finales de diciembre?

—Efectivamente. No me ha quedado otra que a adelantar el viaje, urgía supervisar algunos detalles del restaurante que no podían retrasarse. Regreso mañana mismo.

—¿Has venido para veinticuatro horas? —señalo incrédula.

—Sí, ya sabes... Marian, mi vida es un ir y venir. Ahora que he conseguido que el restaurante de Nueva York alcance el nivel que quería no puedo abandonarlo, ¿lo entiendes? Mi intención...

—Frena. No te estoy pidiendo más. Solo que me parece una locura que lleves este ritmo —aclaro, casi aliviada de que no se quede más tiempo.

—¡*Ouch!* Esa frialdad duele... Pensaba que al menos te molestaría un poquito.

—Sergio, cuando esto empezó creo que ambos sabíamos que se trataba de pasarlo bien sin complicaciones. Tú tienes tus sueños y yo los míos. Así que quita esa expresión de contrariedad y procura que hoy merezca la pena, ¿vale?

—Eres la mujer más increíble que he conocido en mi vida. ¿No te puedo persuadir para que lo dejes todo y te vengas conmigo a recorrer el mundo?

—Es una oferta suculenta —le sonrío pícaramente—, aunque ya sabes que yo ya he encontrado mi lugar en el universo. Así que regálame una noche que recuerde siempre, y después, prométeme que cuando encuentres a esa persona que te vuelva del revés y que aguante tu ritmo, no la vas a dejar escapar. Te mereces algo así.

—Lo haré, si tú te permites lo mismo.

—Hecho. Prometo que si encuentro a alguien que me haga palpitar el corazón a mil pulsaciones por minuto lo agarraré y no lo soltaré jamás.

—Crees que hay una persona especial para cada uno de nosotros, ¿no es así?

—No lo creo, lo sé. Lo veo en mis padres, lo he visto en mi hermana... Hay personas que simplemente te vuelven la vida del revés, que te alteran de tal forma que sacan lo mejor y lo peor de ti, y a la vez, no puedes vivir sin ellas ni ellas sin ti.

—Pues princesa, ojalá llegue ese hombre que haga que te tiemblen las piernas. Pero mientras eso sucede, esta noche es para mí.

En un gesto loco, cierra la cristalera de golpe y me carga al hombro. Riéndonos sin parar, me sube al coche y pone rumbo al asador donde siempre vamos.

### *Arturo*

Una vez en la mesa, espero a que el camarero traiga la carta. Observo el sitio sin mucho interés, porque no tiene nada particularmente especial. Es un asador tradicional, tanto en la decoración como en el ambiente. Mientras el camarero llega, reviso los comentarios que existen en las típicas páginas donde los comensales y blogueros suelen poner sus opiniones y, la verdad, son buenas.

—Le pido perdón por la demora, señor —se disculpa el jefe de sala al llegar a la mesa. Al que con un asentimiento le indico que no ha de preocuparse—. ¿Le puedo ofrecer la carta para que decida lo que va a tomar?

—No, gracias. La conozco.

—¿Tiene decidido lo que desea?

—El entrante de la casa y dos botellas de vino; una de cada reserva de bodegas Ledesma, por favor.

—¿Me permite una recomendación sobre los vinos, señor? Para acompañar los entrantes hay otras alternativas más interesantes. ¿Querría probar un crianza que nos ha llegado nuevo?

—Gracias, es muy amable. He viajado hasta aquí buscando precisamente eso y no descarto que más tarde le acepte la sugerencia. Por el momento, empezaré por los que le he solicitado.

—Perfecto. Ahora mismo dispongo que se los sirvan.

Un par de minutos más tarde, aparece un camarero con el entrante y otro con las dos botellas y sendas copas. Con un gesto le indico que abra las botellas. Tras hacerlo, desaparecen con la misma rapidez que han llegado.

Después de servirlos yo mismo y dejar que reposen, cojo la primera copa, la muevo para que se oxigene y ver el color y el lagrimeo del caldo. Nada más que por el olor que desprende, ya sé que no voy a encontrar nada que no haya probado antes. Lo dejo sobre la mesa de nuevo y procedo a hacer lo misma operación con la segunda.

Cuando la deposito también, noto que alguien se acerca desde una de las mesas que hay a mi derecha. Se trata de un hombre de mediana estatura que me mira como si me conociese de algo.

—Disculpe mi intromisión, es usted Arturo Alquézar, ¿verdad?

—El mismo. ¿Nos conocemos?

—No, no nos conocemos. Aunque mi padre y el suyo sí. He seguido su trayectoria, procuro conocer y probar los vinos que exporta su empresa, ya que eso es sinónimo de que son lo mejor de lo mejor. Y al verlo aquí, a punto de disfrutar de dos de los vinos más valorados de la zona, no he podido evitar acercarme. De nuevo, disculpe mi atrevimiento.

—No hay problema... Y ya que conoce mi nombre, el suyo es...

—Sí, claro. Perdón, soy un maleducado. Mi nombre es Samuel Ledesma. Viticultor y dueño de la bodega y de ese vino —señala con un gesto de mano las dos botellas que me acompañan—. Cosa que no le aconsejo, ya que no son las mejores añadas que hemos producido. Si no le importa, y no le parece demasiado atrevimiento, ¿sería tan amable de visitar el lunes mi bodega y degustar otros?

—No pierde usted el tiempo —comento con una sonrisa irónica—. De acuerdo, deme una tarjeta y el lunes a primera hora me pasaré por allí. Pero antes, dígame por qué no debo probar este vino.

—No es malo ni mucho menos, aunque no es lo mejor que hemos producido. Y aunque somos una bodega relativamente nueva, en nuestras jaulas hay mejores caldos esperando a que se les dé la oportunidad que merecen.

—Y esa oportunidad, adivino que podría dársela yo, ¿no es así?

—Perdóneme la insolencia, creo que sería un necio si no lo intento —afirma con contundencia.

—Entiendo. Si no es mucho pedir hábleme un poco sobre su bodega, lo que quiere que pruebe y sobre su proyecto —casi le exijo con el tono que utilizo siempre que hago negocios.

El hombre se sienta sin vacilación, no sin antes hacerle un gesto a su acompañante, una mujer mayor, que le corresponde con otro de aprobación.

—Como creo que ya habrá percibido, mi vino es pluri varietal. Producimos con uvas típicas de la zona con un rendimiento no superior a setenta litros por cada cien kilos de fruta. Mezclamos para, como bien sabrá, dar color y cuerpo a nuestros vinos. Por aquí casi todas las bodegas lo hacemos con el objetivo de matizar y dar un toque de suavidad a los caldos. La diferencia radica en las

temperaturas, los tiempos en barrica y en la madera. La que usamos suele venir del Valle de Napa. Por eso le digo que habrá diferencia entre unos y otros. En cuanto a mi proyecto... El objetivo es crecer, poder hacerme con más hectáreas y empezar a producir otro tipo de variedades. De hecho, pretendo hacerme con una plantación activa en producción que se me escapó de las manos hace unos años. Es el viñedo de La Alfarera. Quiero el viñedo y a la dueña —afirma, sonriendo como un depredador.

—Así que lo que pretende es que si me gusta su vino, lo lanzo y gana el dinero suficiente, piensa invertirlo en ampliar e innovar. Interesante... Y dígame, ¿qué tienen de especial esas tierras que quiere?

—Todo. La orientación, el tipo de riego, las instalaciones completas... ¿Lo mejor? El tipo de cepa y cómo ha sido trabajada desde su plantación.

—Entiendo... Veo que lo tiene claro, así que lo visitaré el mismo lunes. ¿De acuerdo? —confirmo y me levanto a modo de despedida.

—Perfecto. Será un placer recibirlo en mi casa el lunes —dice, levantándose también, entendiendo que la conversación ha terminado.

Le aprieto la mano y con un gesto lo despido. Me siento y observo con cautela como llega hasta la señora que le sonrío con orgullo. Me percató de que ella conoce perfectamente mi identidad. Tras un breve cruce de palabras, el hombre toma a la mujer del brazo y se levantan para dirigirse hacia la salida. Al pasar por mi lado ambos me saludan y yo correspondo de igual manera.

Una vez que ya han salido del establecimiento, el mismo camarero que me ha atendido antes se acerca para informarme de que las botellas de vino que aún ni he probado están pagadas y que espera que las disfrute.

Me molesta. No me gusta que me condicionen antes de probar, aunque he de reconocer que el hombre es ambicioso, sabe lo que quiere y, quien no arriesga, no gana. Tras esto, decido probar de una vez el vino. Cuando voy a darle el primer sorbo, lo que veo de reojo en la puerta me deja totalmente petrificado.

Decir petrificado es poco, mejor dicho, fuera de combate. Reconocería ese pelo rizado a kilómetros de distancia.

## CAPÍTULO 8

### Alfarera

*Arturo*

*E*s como una aparición. Con una sonrisa deslumbrante, y vestida de esa manera dulce a la par que desenfadada, consigue que el resto de los comensales a mi alrededor giren sus rostros para mirarla.

El repaso que le doy mientras habla en la entrada del restaurante con el gerente del local debería estar prohibido. Ella no me ha visto todavía y me gusta poder observarla sin que sea consciente de ello.

Sigo unos minutos más mi escrutinio, hasta que me doy cuenta de que se empieza a mover junto a alguien al que no le he prestado atención. Así que inclino la cabeza ligeramente y centro todas mis fuerzas en no levantar mi vista cuando pase junto a mí.

—¿Arturo? ¿Eres tú, amigo? ¡No me lo puedo creer! —exclama una voz de hombre, que esta vez sí reconozco, aunque no haya movido mis ojos de la copa.

Al registrarla, todo encaja en mi cabeza de una sola vez. Sergio Naves, dos estrellas Michelin. Dueño de restaurantes en Barcelona, Madrid y Nueva York. La última revelación en la alta cocina y uno de mis mejores clientes, es la cita de Marian.

Sin querer que se me note el galimatías que hay en mi cabeza y en mi pecho, levanto la cabeza y lo encuentro frente a mí. Sonrío, a pesar de que solo quiero salir corriendo de este maldito lugar.

—¡Pero bueno! ¿Tú no me dijiste hace unos días que aún andabas en Nueva York? —le pregunto a la par que me pongo en pie y me acerco para abrazarlo.

—¡Efectivamente! Solo que he volado de urgencia para resolver unas cuestiones. ¡Espero que hayas hecho el envío de lo que te pedí! Y dime, ¿qué



haces tú aquí? ¿No ibas a salir de ruta para buscar algo que cobrarnos luego a precio de oro? —indaga con una sonrisa en los labios.

—Y en ello ando —confirmo y le señalo las dos botellas de vino sin probar—. Explorando nuevos campos antes de que los asiáticos arrasen.

—Haces bien, después del escándalo de ciertas bodegas y exportadoras, la tuya es la única que ha sobrevivido a la quema. Debes aprovechar para conseguir los mejores vinos, y de paso, con toda la clientela que puedas —expone inteligentemente.

—No solo buscas vinos buenos, buscas el Grial, ¿eh? —añade la mujer a la que no he hecho caso hasta ahora.

—Así es, Marian. Estás en lo cierto —ratifico, clavando mi mirada en esos ojos que van a seguir robándome el sueño durante días.

—¿Vosotros os conocéis? —pregunta el *chef*, examinándonos a los dos alternativamente.

—Nuestros padres son amigos desde tiempos inmemoriales, así que nos conocemos desde que éramos críos —le explico para que no haya ningún tipo de malentendido.

—¡Fabuloso! ¿Quién lo diría?

—Nadie, no lo diría nadie. ¿Verdad? —comenta Marian de manera sarcástica.

Antes de que pueda replicarle, suena mi teléfono. Al cogerlo, veo que es Leo y me preocupo por lo que lo respondo de inmediato, disculpándome ante ellos.

—Dime, Leo, ¿qué sucede? —pregunto, notando como Marian se extraña al escuchar que es él.

—Nada, no te preocupes —contesta mi amigo al otro lado de la línea—. Pero viendo la hora que es, te llamaba para saber si en ese restaurante hay mesas disponibles.

Hago un gesto a Marian para que no piense que sucede nada malo con Leo y Jimena, al que ella corresponde con un leve asentimiento.

—Creo que sí, pero déjame hablar antes con el gerente para confirmarlo. Quizá deberías decirle a Jimena que Marian y Sergio Naves están aquí, ¿quieres que les pregunte si les importa compartir mesa con vosotros.

—¿Sergio Naves? ¿Qué demonios hace Sergio Naves ahí con Marian? —pregunta sorprendido mi amigo.

Antes de contestar escucho de fondo a Jimena detallarle que salen de vez en

cuando y que hoy habían quedado; también le pregunta a Leo como es que me encuentro en el restaurante con ellos y de la misma manera, mi amigo le explica que había reservado para ir a probar vinos. Un segundo después, al otro lado de la línea, es Jimena la que me demanda que se ponga Marian. Me acerco de nuevo a la pareja y le cedo el teléfono a ella que me mira extrañada. Tras una breve conversación, cuelga y me lo tiende.

—Pues nada, Leo y Jimena llegarán en diez minutos —anuncia con toda la calma del mundo—. ¿Solicitamos que nos preparen una mesa para cinco? Porque visto que nos conocemos todos, al menos no volveremos loco al gerente.

—No, solo mesa para cuatro. Vosotros disfrutad de vuestra cita. Por favor. —Casi ruego. Lo único que le falta al día es acabarlo con una cena entre dos parejas.

Pero de poco sirve mi súplica, porque Sergio se muestra encantado con la idea y, de inmediato, se dirige al mostrador de recepción para que nos recolocuen a todos juntos. Evidentemente, a un *chef* de renombre no le van a decir que no. Así que doy por hecho que la noche va a ser larga.

Marian y yo continuamos de pie, el uno junto al otro, sin decir nada hasta que ella repara en la mesa. Observa con interés las botellas abiertas y las copas servidas.

—Escoge. —La invito, intentando que mi voz no suene ronca.

Sin pensárselo se inclina, huele ambas y se decanta por la segunda. La toma en su mano mientras suelta el bolso y la cazadora.

Toda su atención ha pasado al vino, casi me tambaleo cuando la veo volver a olerlo con una curiosidad que le he visto a poca gente.

Al tomar le primer sorbo me mira fijamente con sus ojos de gata, provocando que pierda un poco más de mi autocontrol. Esta situación es con diferencia la más sensual que he vivido en mucho tiempo. Lo saborea en boca; le dedica su tiempo sin apartar la vista, sabe lo que hace y quiere que lo vea. Pero yo solo puedo pensar en cogerla y arrastrarla a un sitio oscuro para saber a qué sabe el líquido en sus labios.

Como puedo, detengo la deriva de mis pensamientos justo en el momento en que ella mueve la cabeza a un lado y a otro, lista para emitir su veredicto.

—Tinta de la zona con toque de garnacha y algunas más. No más de ocho o diez meses en barrica, si es que llega, aunque ponga Reserva en la etiqueta. Se han pasado con el ahumado de la madera provocando que no se perciban los

sabores y los olores propios. Yo le hubiese puesto otro tipo de barrica, aunque eso es a elección. Es un vino decente que no entraría en mi categoría de bueno, lo han devaluado buscando darle un toque que, con el tiempo y cuidados necesarios, hubiese desarrollado solo. La cuestión es que eso es costoso y no da beneficio a corto plazo.

—Vaya, eres dura. Menos mal que el viticultor no se encuentra presente para escucharte —contesto. Intento reprimirme para no abalanzarme sobre ella. No recuerdo haber sentido una atracción tan fuerte por ninguna otra mujer.

—Aunque no lo había probado hasta hoy, tampoco es que hubiese ido a decírselo. Samuel cuenta con una de las bodegas más grandes de la zona, así que pocos tienen la osadía de opinar sobre sus procesos de crianza. Además, he oído que no escucha a nadie. A veces no queremos ver que todo en esta vida necesita su tiempo. Pues ni te cuento cuando hablamos del proceso madurativo del vino.

—Cierto, aunque creo que has sido demasiado dura. Es decir, en teoría todo el proceso de crianza debe ser fielmente respetado y sabes, tan bien como yo, que es muy subjetivo y depende de muchos factores. No todos los vinos evolucionan igual —le rebato.

—Totalmente de acuerdo. Ahora... ¿Lo has probado? —me reta con la copa que aún sostiene en la mano—. Es un vino excesivamente suave y con demasiado toque a humo, conscientemente preparado para ser consumido con rapidez. Apenas se percibe acidez en boca, no hay rastro de taninos y, mucho menos, nobles. En mi paladar es un vino joven por mucho que ponga reserva. Y siendo así, debería dejarte la boca como el papel de lija. Con tanta mezcla de uva, no alcanzo a dilucidar cuál de ellas es la que le ha dado ese toque. Y te apuesto lo que quieras a que no aguantará una guarda considerable. Ni de coña.

Con el corazón desbocado, tomo la copa que tiene tendida hacia mí. Si voy a opinar debo saber de qué habla. Así que repito el proceso que ella ha realizado. Huelo, oxígeno, pruebo, mantengo y paladeo en boca durante el tiempo pertinente.

Y no, apenas noto una acidez considerable, el toque a madera no lo ha dado una barrica buena, sino una tratada específicamente para que el vino coja los matices que se han decidido. Es un vino más de los llamados «de diseño».

La miro y me encuentro con que me observa con suma atención, lo que me indica que le importa mi opinión.

—*Touché*, señorita. No sé si llegaría a darle una etiqueta de crianza, así que imagina de reserva. Es un vino pensado para a agradar paladares medios o inexpertos. Fácil de distribuir y sobrevalorado. De hecho, antes de que entrases, el mismo Samuel me ha advertido que no lo tuviese en cuenta y me ha invitado el lunes a su bodega. Asegura que cuentan con vinos de mejor calidad. Y viendo el panorama, no me extraña. Me pregunto, ¿cómo narices han pasado estos caldos los controles del consejo regulador?

—Me sorprende que tú, precisamente tú, te hagas esa pregunta. Es fácil de explicar: con dinero. Mientras lo tenga para pagar a quien deba y no distribuya en círculos de nivel, el vino puede llamarse como le dé la real gana. Hoy en día hay catadores como setas, pero pocos que de verdad conjuguen habilidades natas y un paladar bien educado. ¿O vas a decirme que eso no es así?

Repaso su exposición con minuciosidad, porque es una verdad como un templo. Esta cuestión, junto con la gran demanda de vinos en el extranjero, son los motivos de que haya habido exportaciones de vino de baja calidad a precios desorbitados y se haya liado la que se ha liado.

Embelesado con el momento, no me doy cuenta de que Leo y Jimena han llegado y charlan animadamente con Sergio junto a la entrada. No es hasta que Marian se gira al escucharlos, que no vuelvo en mí.

### *Marian*

Nerviosa como pocas veces, intento salir de esa burbuja que se ha creado otra vez entre nosotros. No me gusta cómo me mira, me pone nerviosa su intensidad y lo que me hace sentir. Porque si algo me ha quedado claro esta misma mañana, es que con él una no se puede relajar.

Así que cuando escucho la voz de Jimena casi salto agradecida al cielo por su divina aparición. En cuanto ella me ve junto a Arturo, deja a Sergio y a Leo hablando y se dirige hacia nosotros.

—Siento haberte fastidiado la cita. Tan tarde es difícil encontrar otro sitio decente para cenar. Era aquí o que Leo cocinase, y no quiero morir joven —se disculpa sin un deje de vergüenza.

—El asunto no es que no haya sitio por ningún lado, la cuestión es otra que no te voy a preguntar... —le digo con una sonrisa pícaro.

—No, mejor que no indagues... —comenta distraída.

—No, Marian, mejor que no preguntes... —me susurra Arturo al oído.

Me estremezco al volver a sentirlo tan cerca. Intento disimular y me centro en Leo, que, al verme, sonrío y se acerca para darme un casto beso en la mejilla.

—No te equivocaste —reconoce agradecido—. Gracias por llamar a urgencias para que me atendiesen sin esperas. Me encanta que nos hayamos encontrado aquí y poder invitarte a cenar.

Ante su reconocimiento le hago un gesto restando importancia y me intereso por las indicaciones que le han dado. El me hace un resumen de camino hacia la mesa que nos han preparado y, por un momento, me olvido del hombre que ahora camina tras de mí.

Una vez sentados en nuestros respectivos sitios, el camarero toma nota de cada comanda. Es en el momento de la bebida cuando surge la duda de qué pedir. Sergio se desmarca ya que tiene que conducir y beberá agua, Arturo me cede la carta, así que Leo y yo nos disponemos a elegir una botella de vino.

Jimena se ha abandonado a lo que escojamos, así es como Leo y yo empezamos a comentar cada uno de los vinos, como dos niños que tratan de descifrar el mecanismo de funcionamiento de un juguete.

No puedo evitar reírme al escuchar las valoraciones conforme lee los nombres, en una de esas carcajadas me doy cuenta de que Arturo nos observa interactuar a ambos, esperando a ver qué elección vamos a hacer.

Y por ese motivo dejo Leo que decida. No necesito más escrutinio por hoy. Finalmente, este se decanta por un Somontano, al que le doy mi aprobación.

Poco después de que el camarero nos sirva el vino que hemos pedido y de probarlo, llega la comida. Se me hace la boca agua al ver mi ensalada de rúcula con queso de cabra y miel de caña. Estoy tan concentrada mezclando los ingredientes que no me doy cuenta de que el cuenco en la que viene servida lo he elaborado yo.

—Desde luego, Marian, creo que esta vajilla es una de las más bonitas que has hecho —me dice bajito Sergio, pero no lo suficiente para que el resto de los comensales lo escuchen.

Jimena sonrío y asiente, dándole la razón. Me cuesta contestar, no quiero ver la reacción de Arturo, aunque sí soy consciente de que me observa con extrañeza.

—No, no es la más bonita que he creado. La más bonita ni siquiera es la primera que hice, que fue para tu restaurante. La mejor de todas, o por lo

menos, en la que me veo más reflejada, la entregué el viernes —comento sin mirar a nadie en concreto.

—¿Las haces tú, Marian? —pregunta Leo, examinando su plato, en el que hasta ahora no había advertido.

—Hace esto y otras muchas cosas más. Si no te lo crees, levanta tu plato y busca la firma —le apremia Jimena—. Desde hace unos años, crea piezas para los restaurantes más exclusivos. Y no solo eso, modela encargos para gente muy distinguida.

Ante la revelación levanto la vista y veo a Arturo alzar el suyo buscando el sello de mi marca en el barro.

—Es una artista. La alfarera que triunfa con sus piezas, mientras se refugia en una casa de cuento. ¿No es como un personaje de una novela? —relata Sergio, con los ojos brillantes—. No descarto crear un plato que se llame Alfarera, en honor a ti y tu viñedo, Marian.

Me ruborizo y no sé dónde meterme. Desde luego, mis amigos no saben lo que es mantener la lengua quietecita dentro de la boca.

—¿Alfarera? ¿Tú eres la dueña de La Alfarera? —me pregunta Arturo con los ojos muy abiertos.

—Así es. Mi viñedo aquí es conocido como el «viñedo de La Alfarera» —respondo de manera afable.

—Otra singularidad más que añadir a tu currículum, Marian. Me pregunto cuántas cosas más escondes —insinúa intrigado.

—No escondo nada, pero como no nos tratamos desde hace mucho tiempo, es lógico que te sorprendas. Como tú mismo me has señalado esta misma mañana, no somos amigos para que te cuente mi vida —replico tranquilamente, antes de tomar una pequeña porción de mi ensalada.

Previsible. Es tan previsible que ya ni siquiera me importuna. Y me vuelvo a recordar que ese hombre no es nada mío y que, por tanto, yo no tengo que hacerle entender nada. Solo el tiempo le enseñará lo que verdaderamente importa en la vida.

—A ver, no entiendo como siendo amigos Arturo no sabe a qué te dedicas —indaga Sergio, extrañado ante el intercambio que acaba de presenciar.

Le sonrío con dulzura. Son tan diferentes que me sorprende que puedan tener algo en común.

—Conocido no es igual que amigo —le aclaro.

—Totalmente de acuerdo —dice Jimena—. Puedes conocer a alguien desde

hace años y no tener ni idea de cómo es en realidad. Tanto en el buen como en el mal sentido.

Asiento al comentario de mi amiga y sigo centrada en mi comida. Aunque no por eso no me percató del gesto que Leo le dedica a Arturo. Me da la sensación de que hasta a él mismo la afirmación de Jimena le ha hecho pensar.

Una vez terminamos de cenar en un clima mucho más distendido que al inicio de la comida, Leo cumple su promesa y paga la cena. Motivo por el que Sergio decide que ya que no le han dejado pagar quiere que tomemos una copa en una discoteca cercana.

Jimena se entusiasma ante la idea, y Leo no duda en aceptar al verla así. Arturo no abre la boca, por lo que todos asumimos que consiente en que vayamos a tomar algo para terminar la velada.

De camino, me refugio en el brazo de Sergio mientras me va contando los avances y novedades que ha incluido en su restaurante de la Gran Manzana. Me embebo de su entusiasmo. Es un apasionado de su trabajo y eso se ve reflejado en su éxito. Me alegro por él, porque no es la ambición lo que le mueve, sino el mostrar al mundo lo que es capaz de crear. Desde mi punto de vista, usa la comida para combinar belleza y sensaciones.

Poco después, entramos en el local. Avanzamos con dificultad debido a la cantidad de gente que hay y porque esperamos a Leo que camina con muletas. Aunque tardamos, encontramos una zona en la que podemos situarnos con más o menos comodidad muy próxima a la barra.

Antes de que pueda pedir mi bebida, Sergio me arrastra hasta la pista de baile y con un guiño me induce a moverme con él. Me dejo guiar sin pensar en nada más; nuestra noche no ha empezado de la manera que preveíamos y sé que tampoco va a terminar como otras tantas veces. Él también lo sabe y, por ese motivo, pretende que disfrutemos todo lo que podamos, esta vez, como buenos amigos.

No quiero pensar en lo que se termina, por eso dejo que la música y sus letras subidas de tono me desinhiban poco a poco. Todo a mi alrededor desaparece, salvo los brazos seguros que me guían con maestría. Disfruto de cada roce, de cada sensación y del calor del momento.

Jimena me saca del trance, para alargarme una bebida que agradezco con una sonrisa radiante. Lejos de hacerme salir de la pista de baile para entregármela, se suma a nosotros, y más concretamente a mí. Ese hecho provoca que ambas acaparemos la mayor parte de las miradas de nuestro

alrededor. Es imposible no moverse al ritmo que marca la música; no entiendo cómo Arturo es incapaz de dejarse llevar, él sigue en su lugar, rígido, vigilante...

Dejo a mis amigos bailando como locos y me dirijo a la barra porque necesito beber algo que no lleve alcohol y refrescarme. Ignoro deliberadamente a Arturo y a Leo cuando paso junto a ellos, de camino a la entrada de los camareros que hay al otro lado. Cuando llego, me agacho para entrar y al incorporarme me encuentro con la sonrisa traviesa de Ángel, que alza una ceja al verme.

—Jefa, ¿no puedes pedir la bebida como todo el mundo?

Le hago una negación como si fuese una niña pequeña y él saca de detrás de su espalda una botella de agua fría. Al ver lo que me tiende, me cuelgo a su cuello, le doy un beso en la mejilla y vuelvo a desaparecer por donde he entrado.

Ya fuera, quito el tapón a la botella y bebo como si no hubiese un mañana. Paro, cuando siento que una mano enorme tira de mí hacia atrás y me arrincona con la espalda pegada a la pared en uno de los lugares oscuros donde suelen estar las parejas.

Desconcertada al desconocer quién se ha atrevido a cogerme de esa manera, me preparo para defenderme con uñas y dientes, antes de que el desgraciado se atreva a tocarme más.

—¿Qué piensas que estás haciendo, Marian? —pregunta con voz queda alguien que conozco muy bien.

Me quedo paralizada al reconocerlo. El corazón late frenético por el impacto que he sentido al creer que se trataba de un desconocido. En el acto, el miedo se transforma en mosqueo, envalentonándome a levantar la cara. Como apenas hay luz y él tiene la cabeza apoyada ahora en mi hombro, no me permite demostrarle mi enfado.

Él no es nadie para tenerme así.

—Suéltame, Arturo.

—No, hasta que me digas que vas a parar —susurra con la voz entrecortada.

—¿Parar de qué? ¡Suéltame! —ordeno contra su cuello, a la par que noto como su barbita roza mi mejilla.

—De provocar.

—¿Provocar? ¡Qué leches tienes en la cabeza! ¡Suéltame, porque en un nanosegundo voy a estampar mi rodilla en tus partes nobles! —amenazo.



—*Shhh...* No te voy a hacer nada —musita sobre mi piel. Es entonces cuando alza la cabeza para centrar su mirada en mi rostro.

—¡Te has vuelto loco! ¿Lo sabes? ¿Por qué estás haciendo esto? —le increpo intentando deshacerme de su amarre—. Suéltame de una vez... — repito, pero esta vez la voz entrecortada es la mía, al darme cuenta de cómo me mira.

Percibo cada parte de su cuerpo sobre el mío, aprecio su olor que ya me es tan familiar y que me envuelve como una caricia.

«Esto es increíble, no puede estar pasando otra vez».

—Arturo...

Es entonces cuando me suelta, se gira y se larga sin mirar atrás.

Me quedo paralizada unos minutos, procesando lo que acaba de ocurrir.

Tomo aire, cierro los ojos y procuro que desaparezca la sensación de su cuerpo cubriendo el mío. No lo consigo. No dejo de recrear su rostro y el roce de su barba en mi cuello y mi mejilla.

Inconscientemente, subo mi mano y rozo allí donde aún hormiguea mi piel por su toque, aunque no es lo mismo. No hay calor ni anhelo en mi caricia. Si puedo sacar alguna conclusión en estos minutos, es que él jamás reconocerá que me ha rozado con deseo, como el niño que acaricia un juguete que quiere tener.

Poco a poco me separo de la pared y comienzo a moverme entre la gente hasta llegar a donde siguen los demás.

Jimena mira hacia mi mano y ya sabe que vengo de la barra; casi siempre que salgo con ella suelo ir a por agua, tomándome ciertas licencias porque sé que Ángel me va a dejar pasar sin problema.

—Marian, algún día le van a llamar la atención a Ángel por dejarte hacer lo que te da la gana —me amonesta y me quita la botella de agua.

—¿Qué me he perdido? Casi me cuesta la vida atravesar la marea humana —comento, escondiendo tras una sonrisa mi verdadero estado de ánimo.

—Poco, solo que Arturo se ha ido de repente. No parecía muy cómodo, la verdad —razona Jimena.

—No es que no se sienta a gusto, es que está tenso —justifica Leo—. Llevamos muchos días de viaje y este imprevisto lo tiene atado de pies y manos en su búsqueda. Es importante que dé con lo que necesita si quiere consolidar la confianza de los clientes que tienen e, incluso, para ofrecer un buen reclamo a los nuevos. Y eso solo depende de él. Con su padre jubilado y

su hermana a un mes de dar a luz y en reposo a causa de un embarazo de riesgo, recae en él toda la presión.

—Trabaja muy duro y es infalible —corroborra Sergio—. Va con tiempo de sobra de encontrar lo que necesita, pero puedo comprender su nerviosismo. Hay mucho en juego. La empresa es lo que es, gracias a él. De hecho, es por él que ha sobrevivido a la quema a la que se han visto sometidos sus más directos competidores. Su rigurosidad y su seriedad le preceden.

—Lo que le precede es un mal humor que se puede detectar a kilómetros de distancia —suelta Jimena, mordazmente.

—Tiene entre manos una gran oportunidad —defiende Leo.

—Mira, no es por menospreciar a nadie, pero reconoce que es insufrible desde crío. Es importante para él, sí, pero eso no justifica su forma de ser. Importante, es saber hacer una traqueotomía. Importante, es no decaer en el quirófano cuando tienes en tus manos una vida pendiente de un hilo. Importante, es apretar una herida de la manera adecuada para que tu paciente no se te quede en el trayecto desde la entrada de urgencias hasta la sala de operaciones. ¿Presión? ¿Tensión? Me gustaría veros decirle a alguien que ha perdido a un ser querido y mantenerte junto a esa persona rota de dolor, ¿sigo? —expone mi amiga sin miramientos.

Cuando termina el alegato, los tres guardamos silencio. Ellos asumiendo que ante eso no pueden defender nada. Yo, entendiéndola al cien por ciento. Tanto, que por eso cambié mi vida para valorarla como se merece.

Tras la euforia del baile hemos pasado a una conversación relajada junto a la barra. Sin embargo, no me siento a gusto desde que Arturo ha salido por la puerta. Así que, hago un gesto de cansancio y doy pie para que la fiesta finalice.

Jimena nos pregunta si no nos importa acercarlos a la casa donde ahora se aloja Leo, lo que me deja claro que no va a dormir conmigo. No sé si por dejarme privacidad a mí o porque ella quiere pasar la noche con él.

Sergio asiente cómplice y encabeza la marcha hacia el coche.

Una vez los dejamos a ellos, y tras percatarme de que no hay señales del todoterreno de Arturo en el aparcamiento, no deseo otra cosa que irme casa, ponerme el pijama y acabar de una vez con este día que ha sido de todo menos memorable.

Son casi las siete de la mañana y debido al cambio de horario de invierno, las luces del amanecer ya se pueden percibir en el horizonte.

Sergio conduce de camino a mi casa inusualmente callado, cosa que no me sorprende, porque sabe igual que yo, que esto termina y no de la manera que ninguno habíamos previsto.

Tras aparcar, baja raudo para abrirme la puerta. Y antes de que mis pies toquen el suelo, me coge en brazos para llevarme junto a las puertas de cristal.

Le sonrío con ternura por el gesto, siempre ha sido así de detallista conmigo.

—Bueno, princesa... es la primera vez que no sé qué decirte.

—No tienes que decir nada, porque salvo que aquí terminan nuestras citas, lo demás va a continuar igual. Te mereces mucho más que esto, y yo también. No perdemos nada, de hecho, ganamos. Sé que tengo un amigo para siempre. ¿Y tú? ¿No piensas igual?

—Sí, por supuesto que sí. Por eso creo que eres la mujer más increíble que he conocido. No cortas mis alas, no pides nada, sino que me exiges que sea feliz —afirma, mientras recoloca con cariño uno de mis rizos tras la oreja.

Me derrito ante este gesto y le acaricio la mejilla para devolverle algo de lo que él me está dando.

—Marian, sé que no aceptas que te digan lo que tienes que hacer con tu vida. Pero me has prometido que si aparece esa persona que te haga temblar las piernas no lo vas a dejar ir. Y si no me equivoco mucho, lo tienes más cerca de lo que crees. Por favor, sé valiente y demuestra que eres una persona de las que ya hay pocas. Demuéstrame que el amor es lo que da sentido a todo. ¿Lo harás?

Ante esta petición me quedo desconcertada, porque me da la sensación de que no lo sigo.

Él me sonrío con dulzura al verme tan confusa, pasa la mano por mi cuello, me acerca a él y me besa como nunca me ha besado.

Acepto que lo haga ya que es la última vez que va a suceder, intento entregarme de igual forma. No lo consigo, no siento nada.

Al cabo de unos segundos que me parecen interminables, él cesa; me besa en la frente a modo de despedida para después darse la vuelta y dirigirse al coche.

Con mis tacones en la mano y apretando mi chaqueta contra mi estómago, me quedo en la entrada hasta que el coche desaparece de mi vista.

## CAPÍTULO 9

### No más besos al alba

*Arturo*

No sé cuánto tiempo llevo aquí, en mitad de un mar de pinos dónde lo único que impera es el silencio. Observo absorto cómo empiezan a aparecer los primeros vestigios del alba.

Hace mucho tiempo que no me detenía a disfrutar de algo así y no sé por qué he venido aquí después de cambiarme de ropa. Mi instinto sabía que iba a ser el único lugar en el que me iba a tranquilizar.

Recapacito sobre lo que ha pasado y me da miedo pensar en las consecuencias de mi arrebato. En mi vida he hecho algo igual. Yo, que nunca he perdido los papeles por ninguna mujer, lo hago con la menos apropiada. Precisamente, con la que no quiere tenerme cerca y de la que yo no me fio.

Sumido en estos pensamientos, escucho como un coche aparca justo frente al porche de la casa de Marian.

«No, si al final va a ser verdad eso de que en los pueblos todo queda cerca...».

Me levanto y me sitúo tras uno de los pinos más grandes, desde allí localizo el coche y veo como Sergio abre la puerta de Marian y la carga en brazos con delicadeza, para que sus pies descalzos no toquen el suelo.

Mi corazón bombea con fuerza. No me gusta ver esa cercanía, aunque me digo que él tiene todo el derecho de tratarla así.

Se paran frente a la cristalera para prodigarse caricias y arrumacos que provocan que se me forme un nudo en la garganta. Y más, cuando, tras decirse unas palabras que no atino a oír, el posa su boca con pasión sobre la de Marian.

Me giro porque no quiero ver más. Me duele el pecho y no puedo respirar con normalidad. Me inclino hacia el suelo, apoyo las manos en mis rodillas e intento calmarme. «¿Qué mierda me pasa?».

Un ruido me alerta, deduzco al instante que el coche se marcha.

Me incorporo como un resorte y alcanzo a ver el vehículo desaparecer y como Marian se queda quieta en el porche. Sin pensar en lo que hago, doy un paso al frente, luego otro, y otro... Hasta que aparezco en el patio de la casa.

Ella todavía tiene la mirada clavada en el camino por donde ha desaparecido Sergio, yo sigo avanzando hacia ella, hirviendo a fuego lento.

Pronto se percata de mi presencia y gira su cara para clavar sus maravillosos ojos verdes en los míos. No me muevo, ella tampoco.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —pregunta con su ya habitual tranquilidad.

—El justo para no desear más besos al alba —respondo, confesando que lo he visto todo.

—Arturo, ¿crees que esto es normal? ¿Crees que después de lo que has hecho esta noche puedes venir ahora a mi casa sin parecer un acosador? —Me echa en cara.

—No, no es normal. Por eso deberíamos hablar —admito.

La miro sin pestañear y veo cómo suspira con un gesto de agotamiento.

—Bien, esto tiene que acabar aquí. Por favor, deja que me cambie —acepta para mi sorpresa.

Se da la vuelta y saca la llave del bolso para abrir la cristalera. Una vez lo hace, entra, se quita la chaqueta y la deja junto al bolso sobre una mesa enorme de madera y se va directa a la chimenea para encenderla.

Entro y escudriño todo de nuevo. Ahora entiendo que haya tantas cosas de barro adornando el salón y me viene a la mente la taza extraña que utilicé para desayunar; debe haberla hecho ella.

Marian ha ido hasta la cocina, donde abre una alacena y saca una tetera de barro en color rojo.

—Voy a cambiarme. Por favor, si no es mucho pedir, ¿puedes poner a calentar el agua? —susurra.

—¿Por qué no te duchas? —le sugiero, acercándome a ella.

—No, ya lo haré después, pero sí necesito cambiarme. No creo que entre en calor ni con la calefacción y la chimenea encendidas.

—No me importa esperar. Date una ducha —insisto.

—¿Pasa algo? ¿Huelo mal? —pregunta preocupada mirándose la ropa.

Tomo aire despacio y contesto reprimiéndome, para no soltarle que huelo a Sergio en ella y no me gusta.

—La ducha hará que entres en calor más rápido. Por favor, sube, mientras yo preparo el té.

Me mira con una ceja alzada y me alarga la bolsa con la infusión a granel, para que lo ponga en el filtro de la tetera.

—No sabía que te preocupase mi bienestar.

—Marian...

### *Marian*

Sin querer pensar que lo he dejado en mi cocina, me encamino hacia la ducha debatiéndome entre el alivio al saber que se encuentra bien e incrédula porque haya invadido de nuevo mi privacidad. No sé qué va a salir de esta conversación, los precedentes no son muy halagüeños. He caído al ver su mirada vulnerable y no he sido capaz de echarlo.

Se ha cambiado y ha venido hasta aquí. ¿A esperarme?

Con esa pregunta en la cabeza me ducho y me pongo un pijama calentito y unos calcetines apropiados. Mi cuerpo está hecho papilla, de hecho, se me pasa por la cabeza meterme en la cama y dejarlo abajo esperándome, aunque algo me dice que, si lo hago, subirá y me sacará a rastras. A Arturo no le gustan las bromas. Por lo que me armo de valor y enfilo la escalera para regresar al salón.

### *Arturo*

Aparece con un pijama que me hace sonreír. No usa nada de lencería y cosas espectaculares, sino un conjunto que parece un mono de bebé a juego con unos calcetines enormes. Y por raro que parezca, me encanta que sea así. No hay ni rastro de la Marian de la discoteca por ningún lado. Así se parece más al recuerdo que yo tengo de ella.

—¿En serio vamos a hablar ahora? ¿No podemos dejarlo para otro momento? —pregunta al acercarse, con cara de caer redonda en cualquier momento.

—No tardaremos mucho. El tiempo justo para tomarnos el té y me voy —improviso.

Asiente, me hace a un lado y comprueba la tetera, dudando de si he echado el té donde corresponde y la cantidad adecuada. Tras aprobar el proceso, busca un par de tazas y sirve con mucho cuidado el líquido caliente. Una vez termina me cede una de las tazas mientras ella coge la otra.

Apaga la luz de la cocina y se encamina hacia un enorme sofá que hay frente a la chimenea. Enciende unas velas y atiza el fuego. Una vez sentados, en silencio se cubre con una manta de lana que tiene doblada sobre el respaldo, esperando a que diga algo. No puedo hablar. De los momentos que he pasado con ella en un día y medio de locura, si voy a recordar alguno, será este. Está preciosa con ese pijama de niña, sin maquillaje, sentada como un indio y agarrando su taza como si le fuese la vida en ello. Y encima, no sé cómo hacerle entender que estoy enfadado por algo que ni siquiera es culpa suya.

—Bien, tú dirás... —dice, al ver que sigo callado.

—No me gusta lo que ha pasado esta noche.

—Y como no te ha gustado, directamente vienes y me das un susto de muerte, ¿no? ¿Te has parado a pensar que era mi pareja? ¿Y que yo decido cómo bailo, dónde y con quién? ¿Que no eres nadie para decidir por mí? Si no llegas a hablar...

—Es la primera vez que hago algo semejante —confieso, con un regusto amargo en la boca.

Ella tiene la razón, yo no soy nadie para impedirle que haga lo que le dé la real gana. ¿Cómo le digo que me he vuelto loco y he actuado sin pensar?

—Yo tampoco entiendo que es lo que sucede contigo. Desde que ayer apareciste en mitad de los pinos, desconfías de mí sin apenas conocerme. Me has menospreciado, me has descalificado y has actuado como un pirado. ¿Me puedes decir qué debo hacer ante tal situación? —suelta sin respirar—. Dame un descanso, porque esto no hay cuerpo que lo aguante.

—Nada, no tienes que hacer nada. Lo de hoy no volverá a suceder, y por eso estoy aquí, necesitaba dejar las cosas claras contigo. Que no confíe en ti y siga sin gustarme tu manera alocada de vivir, no justifica lo hecho.

—No te gusta mi vida loca...

—No, creo que tus caprichos a la larga te pasaran factura. Lo que más me incomoda es que no vayas de frente. No soporto a la gente que juega al despiste.

—Arturo, lo que opines de mi modo de vida me importa un bledo —resopla—. Las conclusiones que has sacado sobre mí todavía me preocupan menos,

ya te lo he dicho esta misma mañana. Así que, por más que me lo repitas una y otra vez, pierdes el tiempo. Pienso seguir haciendo lo que dicta mi conciencia y mi corazón porque, aunque no lo creas, no me va nada mal.

»Lo que me tiene loca es comprobar que, pese a eso, vuelves a mi casa, te sientas en mi sofá y te bebes mi té. ¿No crees que el que tiene un problema eres tú? Yo no soy la que me he acoplado en tu cena, ni la que se ha abalanzado sobre ti y, mucho menos, la que ha ido a tu casa a altas horas de la madrugada y me he escondido cuando intimas con alguien. Y peor aún, imagina que me dejas entrar y te suelto que no soporto tu estilo de vida, que te vas a arrepentir de lo que has hecho y que eres una persona de la que una no se puede fiar porque no vas de frente. Eso, sin saber absolutamente nada de tu vida —alega sin alzar la voz un ápice.

—Visto así suena fatal, aunque la realidad es muy diferente.

—La realidad es que no te quiero cerca de mí —dictamina—. Ya has trastocado bastante mi tranquilidad en tan solo día y medio. Ahora que ya está todo aclarado, haz el favor de marcharte.

—No me quieres cerca de ti porque te digo sin paños calientes lo que pienso, cosa que tú no has hecho. Además, solo has expuesto algunos de mis errores —me defiende, intentando asumir que no quiere que esté cerca. Me duele lo que me acaba de decir, aunque me lo merezca.

—¿No es suficiente haberte llamado desconfiado y mezquino esta mañana? No pienso hacer lo que tú. Y no porque no posea mi opinión sobre ti, que la tengo. Sino porque ya me he puesto en tus zapatos por un momento y no me ha gustado la sensación. ¿Qué es lo que quieres oír?

—La verdad.

—No —responde seria, dejando su taza sobre la mesita.

—¿No? ¿No me vas a decir nada? Me esperaba algo más de ti, todavía eres aquella chiquilla débil que se escondía detrás de cualquier cosa.

—Sí. Y ahora, vete —reconoce con voz entrecortada y los ojos llorosos.

Me estremezco al ver sus lágrimas. Quizá sea mejor así, que ella piense que soy un miserable que no puede dejar de hierirla porque no actúa como cualquier otra; y puede que lleve razón. En realidad, es así.

Me preparo para levantarme e irme no sin antes mirarla por última vez, esperando a que saque algo de garra y arremeta contra mí, como haría cualquier persona al sentirse atacada. Necesito que sea como las demás para



acabar con esto de una vez, pero ella se incorpora con calma para retirar la manta que la cubre y examina mi rostro con pena.

—No me mires con lástima, Marian. No lo hagas —le advierto.

—Eres merecedor de ella.

Esas cuatro palabras me laceran como si me hubiese dado un bofetón. Su compasión me descoloca. No actúa como lo haría la mayoría.

No pienso lo que hago... En un arrebato me abalanzo sobre ella, la tumbo sobre el sofá y pego mi cuerpo al suyo antes de besarla con el deseo y la frustración que llevo acumulando desde la noche anterior. Ella no reacciona en un primer momento, sin embargo, sí que lo hace a medida que profundizo.

Se aferra a mi pelo para contener la fuerza con la que la he inclinado, entonces, siento cómo deja caer sus barreras cuando pasa sus dedos por mi cara y se detiene, arañando suavemente mi barba.

Coloco una mano bajo sus piernas y otra bajo su espalda. Poco a poco, voy levantándonos a los dos sin dejar de besarla. Una vez de pie, ella enrosca sus piernas alrededor de mi cintura, a pesar del enorme pijama que ahora me arrepiento de que lleve puesto. Tira de nuevo de mi pelo para levantar mi cara, ahora es ella la que me besa, y lo hace de una manera dulce y pausada, repartiendo también pequeños besos por mi cuello y mejilla.

Me somete con ese gesto tierno e íntimo y hace que me sienta enfermo. Esto me hace reaccionar, con la poca fuerza de voluntad que me queda, la separo de mí y la suelto, esta vez con delicadeza.

Trastabillo hacia atrás aturdido y me alejo de esa mujer. Necesito escapar de su maldito aroma a madera y a especias.

## CAPÍTULO 10

### Distancia

*Marian*

*T*iemblo. Me quedo quieta, observando cómo se marcha el hombre que hace tan solo unos segundos me tenía entre sus brazos. Dudo que alguna vez sea capaz de olvidar la sensación de su boca arrollando la mía. Me ha dejado tan descolocada, que no soy capaz ni de cabrearme. Tanto, que a pesar de que huye de mí, solo deseo correr tras él para seguir comiéndomelo a besos.

Necesito entender lo que acaba de suceder y lo que ha pasado por su cabeza para detenerse de una manera tan repentina, justo cuando le besaba de la manera más dulce.

Precisamente ese pensamiento, hace que vea con total nitidez.

Apago las velas, me tumbo en el sofá y me vuelvo a tapar con la manta que ha quedado hecha un lío. Necesito dormir y olvidarlo.

Cuando diviso el primer rayo de sol atravesar las copas de los pinos cierro los ojos. Nada va a poder cambiar lo que acabo de descubrir.

Lo mejor es poner distancia entre los nosotros, porque acabaremos haciéndonos daño de verdad: él no comprende lo que le sucede y a mí me asusta la verdad.

*Arturo*

De nuevo en la habitación de la hacienda, miro a mi alrededor con detenimiento. La habitación es fría, aunque está llena de cosas que la adornan para que no lo parezca.

Tal vez, soy yo el que tiene frío.

Desde que he salido de su casa no puedo hacer otra cosa que buscar calor, el mismo que he sentido cuando me ha besado.

Tiro del nórdico y me tapo hasta la cabeza. No quiero pensar solo necesito que sea lunes, hacer mi trabajo y largarme de aquí.

Puede que lo mejor sea irme cuando me levante, regresar a mi ordenada vida y olvidar lo que ha pasado estos días.

### *Marian*

Me despierto al oír la cristalera. Debe ser Jimena que acaba de regresar a casa. La escucho por el salón mientras va dejando sus cosas. También noto cuando se da cuenta de que me encuentro hecha una bola en el sofá, pero me da igual, no quiero abrir los ojos, ni sé qué hora es ni me importa.

—Marian, ¿qué haces dormida en el sofá a estas horas?

Me pregunta en un susurro y me da un toquecito en el hombro, pero no me muevo.

—Sé que me escuchas, así que abre los ojos —ordena.

Gruño y me doy la vuelta, hasta quedar de cara al respaldo del sofá. En un claro gesto de que no me apetece hablar, y mucho menos, levantarme.

—¡Marian! ¿Quieres contestarme de una vez?

Oigo una risa masculina cerca de mi cabeza y eso es lo que hace girarme hasta quedar frente a los ojos de mi amiga y los de Leo, que se ha recostado en el respaldo del sofá.

Al verlos a los dos me cubro de nuevo la cara con el brazo. Lo último que necesito es hablar delante del mejor amigo del tío que me ha dejado hecha papilla.

—¿Me vas a contar qué haces en el sofá? —insiste.

Retiro el brazo, me destapo y me levanto. Cojo la manta, me envuelvo en ella y empiezo a andar en dirección a las escaleras. Solo me apetece meterme en la cama y no salir hasta navidad, por lo menos.

—Pero... ¿se puede saber que te sucede? —pregunta de nuevo, ahora descolocada por mi actitud.

—Ji, lo último que me apetece es hablar —sentencio, subiendo con parsimonia los escalones.

Cuando llego a mi habitación corro la gruesa cortina, cojo mi reproductor de música y me meto en la cama. La música de Gary B.B Coleman y su *The sky is crying* acalla todo tipo de pensamientos dañinos y hace que mi mente se centre en recrear formas con colores terrosos.

«Sí, esto bueno. Es seguro».

Pero el momento de relax dura poco, porque la puerta de mi dormitorio se abre de golpe y aparece una colérica Jimena, que me mira como si me pudiese atravesar. Sin pedirme permiso, salta sobre mi cama y me arranca los auriculares de un tirón.

—Suéltalo ya —exige muy seria.

—He roto con Sergio, ¿vale? —miento, esperando que se lo trague.

—¿Qué? ¿Romper? Que yo sepa no erais pareja y, mucho menos, estás enamorada de él. Así que no me vengas con rollos. —Me echa en cara, acertando de lleno. Me conoce demasiado bien.

—Ji, por favor...

—Ni Ji, ni Ja, ni nada. Desembucha porque de lo contrario me voy a convertir en tu peor pesadilla.

—Ya lo eres —contraataco. Me pongo boca arriba y me cubro los ojos con las manos.

—Vale. Voy a despedir a Leo y en cuanto suba, te quiero preparada para contarme qué es lo que te tiene así.

Como un ciclón sale de la habitación para hacer exactamente lo que ha dicho. Me quedo un minuto contemplando el techo y resoplo. Sé que va a subir de un momento a otro y no me apetece escuchar su retahíla. Jimena puede llegar a agotar a cualquiera cuando tiene un objetivo. Por lo que me vuelvo a levantar de la cama y voy directa al baño, aunque esté hecha una mierda por haber dormido en el sofá.

Cinco minutos después, visto una camisa de cuadros calentita y una diadema en el pelo para retirarlo de la cara. Cuando salgo del baño, ella ya se encuentra en la habitación con dos copas de vino, unas uvas y un poco de queso. Deja la comida y descorre la cortina, que hace quince minutos he cerrado yo, y me observa pensativa.

—Cuéntame —me insta, mientras le da un sorbo al vino.

—No hay nada que explicar. Por cierto, ¿qué le has dicho a Leo que me sucede?

—Lo que me has contado, que has roto con Sergio.

—Ajá...

—¿Entonces, así va a ir la cosa...? —pregunta, mirándome con los ojos entrecerrados—. Si prefieres que vaya directa al grano, no hay problema. Ya puedes ir soltando lo que ocurrió anoche. Y no me refiero a lo de Sergio.

Ahí lo tengo, no se le escapa nada a la puñetera. No me queda otra que decir algo de lo que me carcome Así que, para relajarme, me acerco al tocador y tomo la otra copa. Una vez le doy un sorbo, cojo un poco de queso y me dirijo a la cama y me sitúo frente a ella.

—Es cierto, anoche lo mío con Sergio se acabó. Cuando empezamos acordamos que duraría mientras nos divirtiésemos. Ahora, él tiene su vida y yo otra muy distinta.

—No disfrutas, ¿no?

—Sí que lo paso bien con él, sin embargo falta algo, no sé. Además, como bien has expuesto, ni hay amor, ni me veo con un tío al que voy a ver tarde, mal y nunca, porque sigue unos horarios que son infernales. Ya huí de eso hace seis años y no me planteo una relación seria con alguien que ha elegido ese estilo de vida.

—Lo sé. Sabía que esto no iba a ir a más, lo que no esperaba es que lo hicieses precisamente hoy. Y es ahí a donde me pierdo... ¿Qué más sucedió anoche, Marian? —interroga sin rodeos.

—Que cuando me besó, no sentí nada. Por lo que no dudé en cortar de raíz.

—La verdad, Marian... —resopla impaciente.

—Sorpréndeme. ¿Tú qué crees? —la reto porque no sé por dónde puede salir.

—Arturo desaparece anoche en un abrir y cerrar de ojos. Tú dejas a Sergio sin previo aviso. Aparecemos hace un rato, te encontramos hecha un ovillo en el sofá y cuando te levantas nos sueltas una mentira. No me tomes por tonta y cuéntame de una vez la verdad.

—Anoche Arturo me arrinconó contra una pared de la discoteca. Y no contento con eso, cuando Sergio se ha marchado, ha aparecido para aclarar lo sucedido en el local. Ha vuelto a echarme en cara mi actitud en lugar de pedir perdón por lo que ha hecho hoy, y cuando le he explicado que me importada un bledo y que estaba loco, me ha cogido y me ha plantado un beso tal, que el de la película *El diario de Noah* se queda a la altura del betún. Para luego irse como si hubiese tocado al demonio.

—¡Señor! ¿A ese hombre qué le sucede?

—Ni yo misma lo he comprendido hasta hace unas horas. Él es un controlador que no entiende lo que siente.

—Pues es más tonto de lo que parece...

Sonrió ante su deducción, ella desconoce lo complejo de la situación.

—No es tonto, es que no maneja sus emociones —aclaró.

—¿Ahora lo defiendes?

—No, no lo defiendo. De hecho, solo espero que se vaya de aquí cuanto antes.

Decido levantarme para dejar espacio entre nosotras y guardo silencio sumida en mis pensamientos. «Ya he explicado demasiado». ¿Cómo podría contarle lo que hay detrás de Arturo Alquézar? No, no lo hice en su momento, y no lo pienso hacer ahora. Si aquella tarde en esa biblioteca no llego a pararle los pies, su padre lo hubiese mandado derecho a un internado. Aunque ahora que lo pienso, debería haberlo dejado, puede que allí le hubiesen ayudado a templar su carácter.

Su tío intentaba hacerle creer a su padre que Arturo era un chico díscolo y problemático; así creía que lo convencería para internarlo en un centro donde reformarlo y eliminaba al crío de la ecuación.

Lo cierto es que Arturo era dinamita pura... Un adolescente con mucho dinero y con un padre que pasaba más tiempo fuera de casa de lo normal. Ahora, con la perspectiva que dan los años, me queda bastante claro que solo pretendía llamar la atención. Mientras que el grupito que se juntaba en las fiestas que organizaban nuestros padres se escapaba para irse de farra, yo era la que se quedaba estudiando o leyendo. Recuerdo con hastío que por aquel entonces acataba las directrices de mis padres como si fuesen órdenes. Ahora me doy cuenta de la cantidad de vivencias que me perdí.

Una de esas noches, intentado escapar del bullicio de la celebración acabé como siempre en la biblioteca en casa de Leo, y atiné a escuchar una conversación entre los tíos de Arturo. Ellos no previeron que alguien podía estar en un diván detrás de una estantería. ¿Quién iba a pensar que una chica de dieciocho años prefería leer a estar con sus amigos?

La mujer instaba al marido a que moviese ficha; en esa época Arturo ya tenía dieciséis años y su padre no tardaría en empezar a instruirlo. No contaron con Georgina, directamente la obviaron, porque en su mente retrógrada no entraba que la chica llegase a convertirse en una gran enóloga. Y tampoco, con que el padre los formase a los dos por igual. A ella para encontrar el producto y a él para llevar la parte administrativa.

Si lo sacaban a él de la ecuación, el tío se haría con el control de la empresa de su hermano, que ya por entonces generaba muchísimo más dinero del que nadie hubiese previsto jamás, por eso él quería entrar como socio. Si la empresa se dividía en dos: una parte sería de él y la otra del padre de Arturo que, con el tiempo, se dividiría entre los dos hijos. Si estos no se implicaban y eran instruidos, al retirarse el padre, probablemente él se quedaría con todo.

El tío conocía la apuesta que Arturo y Leo habían hecho. Igual que Jimena me puso al tanto a mí al prevenirme, supongo que a él se lo contaría alguien. ¿Quién? Pues no sé. En esa conversación salió a relucir que debían pillarlo conmigo en la biblioteca. Siendo yo dos años mayor que él, iba a resultar algo feo. No solo por lo que se suponía que íbamos a hacer, sino porque sería una vergüenza para los padres de ambos y, por tanto, motivo suficiente como para mandarlo lejos. En cuanto a mí, no dudaron que sucumbiría a los encantos de Arturo.

Ese fue el motivo por el que cuando apareció esa noche, lo rechacé y callé: por el bien de los dos. Él no se merecía lo que planeaban y yo nunca he sido una persona vengativa. Él sí. Se tomó tan mal mi rechazo que comenzó el acoso y derribo hacia «el ratón de biblioteca».

Si no me hubiese enterado de los planes de Arturo, sin duda me hubiese sentido halagada porque se hubiese fijado en mí, aun siendo yo dos años mayor que él. Por entonces, su físico y su carisma ya eran más que notables. No se le resistía nada ni nadie.

Puede que entonces evitase que lo mandasen a ese internado, pero al final, lo eliminaron de la ecuación años más tarde enviándolo a estudiar a un colegio exclusivo. Desde que aterrizó ayer, reconocí que su conducta es la misma de siempre. Quizás es más cínico si cabe, en resumen: el mismo Arturo. Lo que me ha hecho dudar ha sido cómo se ha alejado de mí cuando nos besábamos. He percibido que no controlaba sus emociones, que se ha asustado.

Durante estos años creo que él ha intentado demostrar a su familia que no era como lo veían. Se ha creado a sí mismo en el camino. No tiene unos padres malos, nada más lejos de la realidad, aunque quizás ellos no le dieron lo que más necesitaba. Por eso es como es, ha moldeado su carácter hasta convertirlo en autocontrol. Le gustan las cosas bien atadas, por eso dirige a la perfección su empresa, no falla a la hora de fiscalizar cualquier detalle. Y supongo, que esto le ha ayudado a lograr lo que anhelaba, atención. También lo ha convertido en una persona demasiado rígida que no tiene ni idea de cómo

fluir y disfrutar de sus emociones, porque ha asumido que el hacerlo lo vuelve maleable y prescindible.

La única manera en la que él demuestra interés es mediante un ataque. Así se siente seguro, porque él controla. Y por eso se desquicia conmigo, porque no entiende por qué no entro en su juego. Lo descuadra.

Me alejo de la ventana y me acerco a Jimena, que no ha dicho ni una palabra mientras me he sumido en mis pensamientos. Me tumbo a su lado y apoyo la cabeza en sus piernas.

—Me gusta, Jimena —confieso—. Mucho. Y no puede ser. Él tiene una manera de ver la vida que jamás encajará con lo que yo quiero para la mía. ¿Entiendes?

—Perfectamente. Aunque si te gusta como creo, hazle ver.

—¿Cómo, Ji? ¿Cómo se le devuelve la vista a un ciego?

—Haciendo lo que haces.

—¿Y eso es? —pregunto, un tanto insegura.

—Que debes seguir siendo tú. Por lo que me has contado, él reacciona cuando tú le rompes los esquemas.

—Lo mejor es poner distancia entre ambos. Él no va a cambiar, y yo no necesito problemas.

—Es tu decisión, y como tal, la he de respetar. En mi opinión él es un gilipollas estirado que está más bueno de lo que debería y que te mira como si fueses algo único en el mundo.

—Son momentos breves que luego pasan y se convierte de nuevo en un Grinch. Y me agota. Si esto ha sido así en día y medio, no quiero pensar qué sucedería si durase algo más.

—Si hace unos años me llegan a decir que en un futuro admitirías que te gusta Arturo Alquézar, no sé si hoy serías mi amiga —bromea.

—Lo dice la que ha pasado la noche con la otra cara de la moneda... por cierto, ¿hay algo que quieras contarme?

—Incluso con la férula puesta, Marian... —sonríe pícaro.

—¡*Stop!* ¡No quiero saber nada más! ¡Lalalalalalalalalal! —La freno con un gesto, salto hasta ponerme en pie en la cama y me tapo los oídos. Ya me conozco las descripciones de Jimena a la perfección. La palabra *gráfica* se queda muy corta.



—¡No seas cría, Marian! ¿No querías saber? Pues...

—¡Cómo te sientes con él, idiota! ¡No cómo te lo hace! —grito muerta de risa a la vez que me tapo la cara, intentando parecer horrorizada.

—Vale... Me hace sentir genial. Leo es un tipo alegre, espontáneo y guapo. Por ahora, cumple todos los requisitos menos el de tener un amigo increíble para ti.

Me río ante tal salida, porque justamente pienso lo contrario: su amigo sí es increíble.

### *Arturo*

Es de noche cuando llego a casa. Entro con cuidado, porque no sé qué me voy a encontrar, desconozco si Leo sigue con Jimena. Conforme avanzo, solo escucho el ruido de la tele.

—Empezaba a preocuparme. Llevas sin dar señales de vida desde ayer por la noche. ¿Dónde narices te has metido? ¿Y qué te pasó para largarte así? —interroga antes de que entre en el salón.

Cuando atravieso la puerta lo veo sentado trabajando con el portátil y ni rastro de Jimena. Entonces, levanta la vista y deja a un lado el trabajo.

—¡Virgen santa! ¡Parece que te ha atropellado un tráiler! ¿Me puedes explicar qué sucede contigo?

—Nada. Solo atravieso unos malos días, ya te lo dije ayer.

—Me preocupas, Arturo. Me vas a obliga a ejercer de niñera contigo.

—Deja de dramatizar —replico a la defensiva, a la par que suelto mi cartera, las llaves del coche y de la casa encima de la mesa.

—¿Qué pasó anoche?

—Nada —digo, encogiéndome de hombros y descalzándome—. Solo es agotamiento.

—Perfecto, Arturo. Me parece perfecto —ataca—. Al menos no me trates como si fuese gilipollas, ¿de acuerdo?

—¿Por qué tendría que engañarte?

—Ya te he dicho que no me subestimes, haz el favor. Anoche fuiste tras Marian en la discoteca y después desapareciste. Desconozco dónde has dormido. Lo que sí sé, es que Jimena y yo nos la hemos encontrado hecha un ovillo en el sofá de su casa sin querer hablar este medio día. Por lo que no hay que ser muy espabilado para sumar dos más dos.

—¿Cómo? —pregunto, excesivamente tenso. No me gusta lo que me cuenta.

—Sé que no te gusta hablar de estas cosas, pero no te atrevas a decirme que aquí no pasa nada porque desde el viernes no eres el Arturo de siempre. Marian parecía tan alicaída que Jimena me ha despedido con la excusa de que Marian rompió anoche con Sergio y que debía quedarse con ella. Eso me ha puesto en alerta, si tenía en cuenta lo sucedido en la discoteca y tu desaparición... —hace como que va sumando con los dedos—. ¿No es mucha casualidad que, precisamente ayer, ella rompa con el cocinero? ¿Y que tú aparezcas ahora con una ropa que no es la que vestías anoche? ¿Qué ha ocurrido y dónde has dormido? Y cómo se te ocurra mentirme, con férula o sin ella, te voy a dar la paliza de tu vida.

Ante su discurso no puedo evitar soltar un suspiro de frustración. Me siento en el sofá y me masajeo las sienes para intentar ordenar mis ideas.

—Anoche se me fue la cabeza, Leo.

—¿Qué sucedió?

—La arrinconé contra una pared y casi la devoro allí mismo.

Escucho como suelta aire, confirmando lo que ya pensaba.

—¿Y después?

—Salí de allí disparado para que la cosa no llegase a más. Vine a casa, me cambié y me fui a dar una vuelta a ver si me calmaba. Sin saber cómo, esta madrugada he terminado en los alrededores de su casa, siendo testigo de cómo se besaba con Sergio.

—No lo has aguantado, ¿verdad?

Ante la pregunta de mi amigo hago una negación con la cabeza en lugar de contestarle.

—Sergio se ha marchado y ahora ya sé por qué... —continúo después de quedarme un rato en silencio—. En el momento en que el coche ha desaparecido y la he visto sola he salido de detrás de los pinos y le he dicho que debíamos hablar sobre lo que había pasado en la discoteca. Para mi asombro, me ha dejado entrar... Al verla ahí, tan..., Leo, en lugar de disculparme le he vuelto a decir cosas mezquinas.

—Y otra vez, ella te la ha devuelto. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Con toda la calma del mundo me ha dicho que le importa muy poco lo que yo piense de ella y de su vida. Que no soy nadie para decirle lo que debe hacer. Me ha repetido que no quiere parecerse a mí y como remate... Me ha hecho saber que soy digno de lástima. Ha sido ahí,

cuando mi puto auto control ha saltado por los aires y la he besado como nunca he besado a nadie.

—¡Joder!

—Lo más triste no ha sido eso; lo peor ha sido cuando ella me ha correspondido sin resentimiento, con cariño... Me he sentido tan sucio y rastroso. No sé cómo explicarme.

—No tienes que explicar nada ya lo has dicho todo. ¿Vas a reconocer que te gusta? ¿Que causa el mismo efecto en ti que cuando éramos unos críos? ¿Que la tratas así porque no le has perdonado que te dijese que no?

—Cierto. Y con ese beso me he dado cuenta de que yo no puedo darle lo que ella necesita. Yo le haría daño.

—Tú mismo, nunca te había escuchado hablar así de nadie.

—Porque no me gusta, me vuelve loco.

—¿Y qué vas a hacer?

—Acabar mi trabajo y dejarla en paz, por el bien de ambos.

## CAPÍTULO 11

### Jamás

*Marian*

Al final de la tarde acerco a Jimena a Madrid. Ya de vuelta en casa, agradezco el silencio y la soledad.

Me pongo cómoda y preparo la cena que tomo frente a la chimenea en el más absoluto de los silencios. Para mucha gente el silencio es aterrador. En mi caso es todo lo contrario, me reconforta. Una vez termino, recojo los restos y los dejo en la cocina, salvo la copa de vino que no he terminado de beberme.

Me coloco un gorro, las botas con pelito por dentro y me envuelvo en una de las mantas que hay repartidas por el sofá. La noche es estrellada y por eso he decidido terminar mi vino fuera.

Enciendo las pequeñas luces colocadas por todos los árboles y me siento en una de las butacas situadas junto a la mesa.

Es una de las cosas que adoro de aquí. No hay nada, salvo paz.

Cuando apuro la última gota y siento el calor que me ha proporcionado el vino, me levanto, apago todo y entro en casa con la intención de ir al taller.

Solo enciendo las velas, la música hoy no es una opción. Me quito la sudadera del pijama y los pantalones y me coloco la camisa vieja que suelo usar cuando modelo si no hay nadie en casa que me pueda ver con estas pintas.

Cojo el barro y lo amaso. Me centro en lo que evoca mi mente antes de preparar todo.

En silencio y con una luz muy tenue comienzo a darle vida a una escultura. No sé cómo va a quedar, lo que sí es seguro que todas las alteraciones de las últimas horas van a ir volcadas en ella.

*Arturo*

Me despierto al escuchar la alarma del teléfono, ruedo sobre el colchón, la apago y me quedo bocarriba contemplando el techo. He dormido del tirón, haber soltado todo con Leo me pone en perspectiva de nuevo. Si algo aprendí ayer, es que contar las cosas aligera el alma.

Me levanto, me ducho y me visto en tiempo récord. He de reconocer que me encuentro más sereno y eso me permite centrarme de nuevo en el trabajo.

Ya en la cocina, enciendo un portátil y me sirvo un café, que he dejado preparando mientras me duchaba. Me siento en la mesa, busco en Internet la página de la bodega que voy a visitar hoy y la ojeo por encima. Equipada como cabe esperar y con el mismo estilo que las que he visitado últimamente, solo hay un detalle que hace que me fije bien en una foto. Al ampliarla esbozo un sonrisa. Es la zona de barricas, y en uno de los toneles la serigrafía del mismo es perfectamente legible. A simple vista no es nada especial y pasaría desapercibida, solo que no es así después de mi conversación con Marian el sábado por la noche.

Clico de nuevo en la imagen y la vuelvo ampliar. Sí, no hay duda, un código numérico que indica el tipo de madera utilizada en la elaboración y tratamiento de la barrica. Ella tenía razón.

Leo aparece en ese mismo momento y se me queda mirando. Al percatarme de que no cesa en su escrutinio, le hago un gesto con la cabeza indicándole que desista. Me río porque es algo muy personal. Puede que le haya contado lo sucedido, pero hay detalles que me guardo para mí. No es necesario que sepa que no se me va de la cabeza la imagen de ella probando el vino, ni que le dio un repaso de los buenos al caldo y al viticultor. Me cuesta reconocer que sabía muy bien lo que decía.

Absorto en mis pensamientos, sigo desayunando hasta que llegue la hora de la visita.

### *Marian*

Me duele todo. Llevo muchas horas trabajando en la escultura sin descanso, ¿once? ¿Doce? Aunque sin duda ha merecido la pena.

De mis manos ha salido la recreación de una de las vides más hermosas de mi viñedo, a tamaño reducido. No son los racimos, no son los sarmientos, ni siquiera el tronco, lo que la hacen especial. Lo que la diferencia del resto de

cosas que he hecho es que esa vid representa todo lo que soy. Es la combinación de mis dos pasiones.

Con satisfacción, la cubro con intención de retocarla más tarde y voy directa a la ducha. En una hora me esperan en el viñedo Carmen y Luis, su marido. Él es el capataz de mi finca y la persona que más me ha ayudado junto con Helena, mi enóloga.

Luis ya cuidaba la finca junto al anterior propietario y, cuando pasó a mis manos, no dudó en ponerse a mis órdenes. Sin un reproche, sin una mala cara, nada. Por eso los quiero tanto, porque siempre me han apoyado pese a mis errores, que han sido unos cuantos.

Hoy toca decidir el día en que empezamos el proceso de poda después de la vendimia, ya que las temperaturas han bajado y él cree que este año debería ser más temprana. Por eso he quedado con él, debemos examinar las plantas y decidir cómo proceder. Otros años no la hemos realizado hasta enero, aunque este año el tiempo viene cambiado.

El verano ha sido muy caluroso, dando una producción de uva con un nivel más alto en azúcar de lo esperado, y el otoño, contra todo pronóstico, ha entrado más frío de lo que se esperaba y corremos el riesgo que a posteriori se dañen las cepas.

### *Arturo*

Llegamos a la bodega a la hora prevista. El lugar es bonito aunque excesivamente moderno para mi gusto. Nada más aparcar el coche en la entrada, un Samuel visiblemente eufórico sale a recibirnos.

—Puntuales como un reloj británico. Buenos días.

—Buenos días —saludamos ambos y estrechamos su mano alternativamente.

—Pasad, lo tenemos todo listo.

Finalizados los saludos, nos emplaza a entrar y procede a deleitarnos con un *tour* por la bodega.

Es una tortura, Leo va a paso de tortuga y me niego a dejarlo atrás, si él era el que quería la experiencia, la va a tener completa.

Cuando el hombre se dispone a enseñarnos las salas donde se llevan a cabo las catas en los *tours* turísticos, él se dirige a mí con cara de pocos amigos y no puedo evitar reírme.

—¿También nos va a enseñar los *souvenirs*? —susurra, aprovechando que Samuel ha ido a por la llave de la estancia.

—Calla, ¡que te va a oír! —le regaño en voz baja sin evitar que se me escape una sonrisa.

En otro momento, hubiese alabado el buen gusto del bodeguero y, sobre todo, la efusividad con la que nos muestra su propiedad, hoy no. La visita, con diferencia, es la más soporífera de todas las que hemos llevado a cabo.

No sé si se debe a que el hombre tiene mucho interés en impresionarnos o lo que pretende es que no probemos los vinos tan rápido. Me da la impresión que es más bien lo segundo que lo primero: trata de impresionarnos con las instalaciones intentando que pase desapercibido que posee un vino mediocre.

Leo me observa como si me hubiese leído el pensamiento y le pido calma. No se debe sacar conclusiones precipitadas, porque nos podemos sorprender. Al pensar en ello, me asaltan las recriminaciones de Marian: eso es de lo que ella me acusa...

Después de cuarenta y cinco minutos, por fin llegamos a los tanques previos al embotellado. Es de ahí donde finalmente el hombre nos tiende la primera copa. Con solo acercárnosla a la nariz a Leo le cambia el gesto. Sin duda, es lo peor que hemos olido en el viaje, no obstante, llevamos a cabo todo el proceso pertinente previo a la cata de ese supuesto reserva. Casi lo escupo cuando toca mi paladar. Menos mal que mi amigo mantiene el tipo y disimula destacando matices que no existen, y con ello evita avergonzar al hombre.

Con el segundo que probamos mejora un mínimo la cosa, pero no lo suficiente. No será ni un «probable».

Cuando probamos el tercero, las ganas de salir corriendo son reales. ¿Qué clase de enólogo ha creado tales aberraciones? Los caldos son la evidencia perfecta de que poseer una viña no te convierte en viticultor y que un título de enología no es nada, si no tienes instinto. Y si es lo mejor que puede ofrecer, solo nos queda perdernos de aquí. Idea que me seduce cada vez más.

Tras las alabanzas pertinentes, Leo saca su libretita de anotaciones y no sé lo que escribe en ella, aunque lo intuyo. Cuando finaliza, le comunica al hombre que tomaremos las decisiones pertinentes al terminar el resto de visitas.

El señor, satisfecho, nos anima a conocer el viñedo, ubicado junto al edificio en que nos encontramos, y de paso, mostrarnos el que pretende adquirir a toda costa que linda al suyo. Frunzo el ceño al escucharlo, es la

segunda ocasión que lo menciona desde que lo conozco, la diferencia es que ahora sé que pertenece a Marian.

Durante el recorrido por los suyos se pavonea y nos va explicando cada tipo de variedad, como si nosotros no conociésemos los tipos de plantas. Esa actitud empieza a mosquearme, este tío no solo hace un vino de pena, sino que encima se vanagloria de lo que supuestamente sabe y posee.

Poco a poco nos acercamos a la entrada del viñedo y desde donde nos encontramos ya puedo divisar la entrada del de Marian. Me quedo clavado en el sitio al apreciar su extensión, ya que es más grande que el de Ledesma. Eso me desconcierta, no pensaba que la cosa fuese tan seria. ¿Cómo demonios dirige esa mujer un viñedo de tal magnitud?

Leo llama mi atención, porque acaba de enterarse de que ese viñedo que oteamos es de Marian. El tal Samuel al parecer le ha dicho su nombre y en seguida lo ha relacionado.

—¡Joder con La Alfarera! —masculla a mi lado.

—No me lo esperaba así... —confieso anonadado ante lo que tengo frente a mis ojos.

Mantengo la vista clavada en las hileras de cepas. Hay algo hipnótico en esas tierras, aunque me digo que es porque sé de quién son. Casi puedo imaginarla paseando por ellas.

La palabrería de Samuel me saca de mi ensimismamiento, justo en el momento en que se jacta de que la dueña de las tierras le vuelve loco y que su deseo es: hacerse con las dos cosas. Lo mismo que me dijo la noche del viernes, comentario al que yo no di importancia alguna.

Lo observo con los ojos velados y doy un paso al frente con el firme propósito de darle un puñetazo. Leo es más rápido y me sujeta con fuerza por el hombro, lanzándome hacia atrás al mismo tiempo que me dedica una mirada incrédula.

En esas nos encontramos, cuando, de repente, escuchamos gritos pidiendo auxilio en la entrada de la finca de Marian. Distingo un coche, no así a sus ocupantes. El corazón casi se me sale del pecho. Así que comienzo a correr como alma que lleva el diablo en dirección al coche.

*Marian*



Camino entre las vides, no me canso de repasar las cepas mientras busco algunos gajos dejados atrás en la vendimia y que ahora se han transformado en pasas. Me encanta hacerlo, lo he convertido en mi propia tradición.

Carmen y Luis llegarán en cualquier momento, aun así, mi paso es tranquilo, relajado y me permite disfrutar del fresco de la mañana y del sol que brilla radiante en mitad de un cielo totalmente despejado.

Sonrío, aunque la sonrisa se me borra de la cara en cuanto escucho los gritos de Carmen y de Ángel. Echo a correr como una loca hasta la entrada del viñedo. Diviso la escena incluso antes de llegar, Luis yace en el suelo, próximo a la puerta de la entrada con Carmen y Ángel arrodillados junto a él pidiendo auxilio.

«¡Dios mío!».

Acelero y llego como una bala, me arrodillo, apartando de un empujón a Carmen del cuerpo de Luis. Le tomo el pulso y le chillo a Ángel que llame al ciento doce.

Como una autómatas, primero superviso su respiración y su pulso. Boquea. De un tirón le rompo la camisa y comienzo a hacerle un masaje cardiorrespiratorio.

Pierdo la noción de lo que me rodea. No me paro, no me rindo, sigo las secuencias de reanimación y ventilación métricamente. La vida de Luis depende de mí.

Continúo, una y otra vez, hasta que una mano con un guante azul asoma y me indica que ya se encargan ellos. Es cuando alguien me separa de Luis, de un tirón me suelto de quien quiera que sea y voy hacia Carmen que llora desconsolada.

Abrazada a ella, mantengo la mirada clavada en el hombre. Observo como mis excompañeros lo atienden y cómo poco después lo colocan en una camilla y lo suben a la ambulancia.

—¿Un familiar o amigo de la familia? —pregunta uno de los médicos que han llegado en la ambulancia.

—Yo soy su mujer —responde Carmen con la entereza que no tiene su hijo—. ¿Qué le sucede?

—Todo indica que acaba de sufrir un infarto, por ahora lo mantenemos estable y vamos a proceder a trasladarlo a hospital para poder conocer con certeza su estado. Puede acompañarlo, señora —explica el médico con calma.

—Voy con él, por supuesto —confirma ella con la misma entereza—. Ángel,

por favor, recoge a tu hermano. Os espero allí.

—De acuerdo. Llegaremos lo antes posible, no te preocupes —responde mi amigo nervioso.

—Marian... No sé cómo agradecerte... —me dice Carmen, al tiempo que cierran una de las puertas de la ambulancia.

—No tienes que darme las gracias por nada. Ahora márchate, todo va a ir bien —le susurro, abrazándola rápidamente.

Veo como se sube en la ambulancia y como esta se marcha a toda prisa.

—Ángel, mírame —llamo su atención, al comprobar que se ha quedado clavado en el sitio—. Todo irá bien, han llegado muy rápido, va estable y tu madre te necesita entero —le digo, tocándole el rostro suavemente—. Está en buenas manos.

Él reacciona abrazándose a mí y le correspondo con fuerza. No intento darle ánimos, sino calmarlo.

—¿Prefieres que vayamos juntos a recoger a tu hermano? —le propongo.

—No, no te preocupes. Voy a recogerlo y en cuanto sepamos algo te aviso. Marian, el trabajo...

—Ni se te ocurra pensar en la viña en este momento —le regaño—, no pierdas más tiempo aquí y mantenme avisada en todo momento.

Él asiente, me vuelve a abrazar y sale disparado hacia el coche.

### *Arturo*

Ha salido de la nada. El alivio ha inundado mi cuerpo cuando la he visto correr y en buen estado. No ha dudado. Sencillamente ha actuado como lo haría cualquier personal sanitario ante una situación así: fría, metódica, sin vacilar... No ha parado hasta que los de urgencias han tomado el mando, gracias a Dios, en un tiempo récord.

No se me va el susto del cuerpo, necesito acercarme a ella y constatar con mis propios ojos que se encuentra en bien.

En cuanto la ambulancia y el coche de Ángel desaparecen, se acuclilla y se lleva las manos al pelo.

Algo va mal.

Me acerco rápido, antes de que lo hagan Leo o Samuel, sobre todo el último. Me agacho frente a ella y le susurro:

—¿Qué pasa, Marian? —niega con la cabeza sin levantarla.

—Marian, por favor, mírame.

Espero a que responda a mi petición. No lo hace. Solo baja una de sus manos y la extiende hacia mí. La tomo, percibiendo su temblor.

Leo y Samuel ya están sobre nosotros.

—Oye... ratoncito, todo está bien. Has hecho lo que estaba en tu mano y más —digo de manera cariñosa.

—Y si no ha sido suficiente... —responde con la voz entrecortada.

—Lo has hecho. Por favor, Marian... Mírame.

Esta vez sí me hace caso. Deja caer la otra mano que seguía entre sus rizos y levanta su rostro demacrado hasta encontrar el mío.

Es cuando tiro de la mano que tengo sujeta y la dejo caer sobre mí y la rodeo con mis brazos.

—*Shh...* Ya ha pasado. Cálmate —susurro.

Al profundizar mi abrazo, ella reacciona relajándose gradualmente. Supongo que se encuentra de esta manera porque todo ha sucedido muy rápido. Permanecemos unos minutos más en esa pose, hasta que ella se separa de mí.

Me mira con los ojos rojos por el llanto silencioso y murmura un gracias que me atraviesa al alma. ¿Gracias a mí? No he hecho nada salvo rezar pidiendo que no fuese ella la accidentada. Me incorporo y la ayudo también a ponerse en pie. En ese momento, Leo la atrae y le da también un abrazo de los suyos, de oso. Mi amigo tiene la cara desencajada del susto. Él ha tardado más en llegar, ya que con la férula puesta no puede correr, por lo que solo ha llegado a ver al personal sanitario trabajando.

Ella se deja mimar por él, se aferra a su cintura como si fuese un salvavidas antes de que las manos de Samuel la aparten de mi amigo de un tirón, acaparándola de una manera posesiva.

Ella, por su parte, no reacciona igual que con Leo, no lo toca. No se siente cómoda.

—Dios, creía que Luis no salía de esta —asegura Samuel.

—Por favor, Samuel. Necesito respirar.

Él la deja a regañadientes. Por eso me dispongo a coger su mano con la intención de llevarla a un sitio donde pueda ubicarse. Antes de que llegue a hacerlo, Samuel se adelanta y vuelve a hablar.

—¿Qué vas a hacer ahora sin capataz, Marian?

Al escuchar la pregunta me tenso. Increíble, el tío es más insensible que yo.

Ella reacciona a la pregunta con un respingo, a pesar de esto se recompone.

—Samuel, una de las personas que más quiero y admiro acaba de sufrir un infarto y, ¿te atreves a preguntar qué voy a hacer sin capataz? —le recrimina con la mirada inyectada en sangre.

—Solo es una apreciación. Y si no se recupera vas a necesitar uno. Quería decirte que tienes a tu disposición cualquiera de los míos.

No me lo puedo creer, ¿en un momento así le ofrece su propio caballo de Troya? Voy a intervenir, cuando una vez más, me tengo que morder la lengua.

—No lo necesito. Gracias —responde de manera fría—. Ángel es mejor capataz que cualquiera de los tuyos. Y tu oferta acaba de darme la oportunidad de dejarte clara una cosa: no pretendas entrar donde no te han invitado.

Al escucharla decir eso se me escapa una risita. ¡Es más lista que el hambre! Sabe muy bien de qué pie cojea el pajarraco, igual que me ha calado a mí.

—Vaya... Esta hostilidad sí que no me la esperaba, Marian. No quiero suponer que me tratas así porque conoces a mi compañía y no te gusta que estén interesados en mis vinos. Ya he percibido la familiaridad con la que te tratan y los tratas, ¿ya te has ofrecido a que prueben lo que tienes? —insinúa con todo el propósito de ofenderla.

Noto como Leo está a punto de abalanzarse sobre Samuel y ahora soy yo el que agarro su brazo. Quiero conocer la reacción de Marian, porque, aunque Samuel se equivoca en las formas, no creo que lo haga en el contenido.

—Vas mejorando la situación por momentos, Samuel... Así pues, permíteme aclararte un par de cosas antes de irme: los conozco desde que era una cría. No solo a ellos, sino a toda su familia. Una llamada a la hermana de Arturo y tendré mis añadas en los mejores mercados. Y no por amistad o por favores como insinúas, sino porque yo, al contrario que tú, hago vino de verdad. Gracias por ahorrarme el trabajo de buscar una excusa para mandarte al infierno. A partir de ahora, no te quiero cerca de mis terrenos porque de lo contrario, puede que envíe alguna de tus botellas a ciertos organismos reguladores. ¿Te ha quedado claro?

—¿Me amenazas?

—No, me defiendo. Soy una persona muy paciente, de hecho, demasiado. Hoy has rebosado el vaso al intentar aprovecharte de una situación de vulnerabilidad. Sabes de sobra que el hombre que se ha ido en esa ambulancia es de mi familia y te ha importado una mierda. Y encima, dejas caer que soy una fulana. Bien... A ver si así lo pillas: eres un desprecio humano que no va a lograr poner las manos sobre mis tierras, porque antes las quemo. Y con

respecto a mis vinos, tranquilo, que ni por asomo los dos que tienes al lado los van a catar. ¡Jamás!

*Marian*

Me doy media vuelta y ando hacia mi bodega conteniendo las lágrimas como puedo. ¿Qué se piensan? ¿Qué pueden decir lo que les sale de las narices? Estoy harta, muy harta de que todo el mundo se permita la libertad de hablar sobre lo que desconoce.

Acelero mi paso y termino corriendo. Ya en la bodega, muerta de preocupación, busco mi teléfono y llamo a Carmen, quiero comprobar si se encuentran en el hospital.

Ella no tarda en contestar y bastante más tranquila de lo que se ha ido de aquí. Por las explicaciones que le han dado los médicos parece que Luis se recuperará.

Cuando cuelgo, me deslizo hasta el suelo y entre dos barricas me hago un ovillo y lloro como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

## CAPÍTULO 12

### Pijamas y vestidos

*Marian*

*Jueves...*

*M*ientras conduzco, pienso en los tres días que he pasado a caballo entre el hospital y la bodega, procurando reajustar al personal hasta que Ángel se reincorpore. Gracias a Dios, Luis ha evolucionado estupendamente. Le practicaron un cateterismo y hoy mismo le han dado el alta, así que ya descansa en casa con su familia.

Son las cuatro de la tarde y voy de camino a Madrid a visitar a mis padres, necesito saber que encuentran bien y así me despejo un poco de tanto acontecimiento.

Nada más entrar por la puerta, mi madre pregunta qué tal he dejado a Luis. Los he mantenido al tanto de su evolución, ya que les avisé el mismo día que ocurrió. Ellos, por supuesto, han llamado cada día a Carmen. A pesar de todo, mi madre prefiere un testigo de primera mano que le narre hasta el más mínimo detalle.

Me hace cientos de preguntas y he de detenerla ante tal bombardeo. No pienso contar nada hasta que me ponga el pijama y consiga una taza de té calentito.

Una vez me pongo cómoda y me siento con ambos en el salón, paso a relatarles los sucesos con pelos y señales. El resto de la tarde transcurre tranquila, con mi padre leyendo, mi madre viendo no sé qué novela y yo buscando en mi portátil algunas cosas que necesito de ropa. No nos movemos hasta la hora de la cena cuando la chica del servicio nos avisa de que mi hermana ha llegado, y la cena está servida en la mesa.

Me asomo por el pasillo a recibirla, pero me topo de frente con mi cuñado.

—Marian, ¿no tienes ni un pijama normal? —bromea, examinando mi mono de unicornio con una sonrisa.

—¡Si es de lo más normalito! —respondo, mostrándole toda la dentadura a la vez que le doy un abrazo.

—¡Es monísimo! ¿De dónde es? —pregunta mi hermana que aparece por la cocina y se cuelga de mí como si llevásemos una eternidad sin vernos.

—Hola, peque. Lo compré por internet. Y antes de que intentes arrancarme el mío, te diré que el tuyo te espera en tu habitación —contesto a sabiendas de que va a volar a por su pijama.

Puede que seamos polos totalmente opuestos, ahora bien, si en algo nos ponemos de acuerdo, es que los pijamas cuánto más infantiles y calentitos sean, mejor. El juego comenzó cuando éramos pequeñas, ya que mi madre siempre nos los compraba iguales y lo más mulliditos posible. Y hoy, a pesar de ser mujeres adultas, seguimos manteniendo la tradición. Si ella ve uno que le gusta lo compra doble, al igual que he hecho yo. Y no, no es que no nos guste la lencería, todo lo contrario, solo que el ritual hace que nos sigamos sintiendo tan unidas como cuando éramos pequeñas.

Ya sentadas para la cena, mi madre se queja de nuestra indumentaria y nos manda a que nos pongamos al menos una bata. Le hace gracia nuestra tontería, pero por encima de su cadáver vamos a sentarnos en su mesa con el pijama con el que luego vamos a dormir.

Mi cuñado se ríe al vernos refunfuñar, el pobre ya nos conoce y ya ve como algo normal nuestras indumentarias caseras.

Durante la cena nos ponemos al día, hasta que mi madre nos hace callar y nos anuncia que prepara una fiesta por el sesenta y cinco cumpleaños de mi padre, ese mismo fin de semana.

Al escucharla, mi padre mueve la cabeza con una sonrisa, ni se molesta en disuadirla. Si ella quiere hacer eso, no será él quien se lo impida.

Mi hermana lo ve una idea estupenda y de inmediato se pone a disposición de mi madre. No hay nadie mejor que ella a la hora de organizar la lista de invitados, tiene contactos hasta en el infierno.

Mi cuñado me observa atento, a la espera de que yo participe también en la algarabía que han liado ellas, por lo que le indico con un dedo que no. Ni por todo el oro del mundo pienso meterme en mitad de esas dos locas de las fiestas. Me niego.

Él se ríe, porque me entiende perfectamente. Él es muy tranquilo. Quizá por

eso encaja a la perfección con mi hermana, es su contrapunto.

—Entonces, Marian, ¿te parece bien que la fijemos para el fin de semana?  
—pregunta mi madre.

—Sin problema. Lo único que os quiero pedir, es que al sitio o el catering que contratéis, le indiquéis que el vino que se va a servir durante la comida, no lo han de incluir. Ya que no pudisteis venir el viernes, ¿qué menos que regale a papá el brindar con su propio vino?

Mi madre aplaude entusiasmada ante la idea y mi hermana también. A mí se me saltan las lágrimas al ver la expresión de mi padre. Es el mejor regalo que le he podido hacer.

### *Arturo*

El jueves por la noche sigo dándole vueltas a lo que ocurrió el lunes. He intentado conseguir su teléfono ya que Jimena se ha negado a dárselo a Leo. Así que no sé cómo ni dónde se encuentra.

Sé que los últimos días ha ido a visitar a Luis al hospital, hasta nosotros lo hemos hecho. Me he acercado varias veces a su casa, la última hace un rato, y nadie ha respondido. No puedo creer que haya desaparecido de la noche a la mañana.

Aún recuerdo su temblor y cómo se desmoronó después de haberle salvado la vida a ese hombre. Pese a todas esas circunstancias, fue capaz de poner en su sitio al mamarracho de la bodega.

Cuando ella se marchó llorando yo ya no me contuve, Leo tampoco me lo impidió. Agarré al mierdecilla de la pechera y lo clavé contra uno de los muros de la puerta de entrada a la finca de Marian. Desconcertado, no supo reaccionar a mi arranque de violencia, gesto que no me importó lo más mínimo. El primer puñetazo que le asesté en el estómago me supo a gloria, el resto resultó una buena sesión antiestrés.

### *Marian*

Me encuentro en la biblioteca acompañada por mi padre. Ambos intentamos escapar del lío que han montado mi madre y mi hermana en el salón.

Él lee una novela negra y yo he empezado con el nuevo libro de JR Ward.

Mi hombre favorito anda absorto en su lectura y una ola de ternura me invade. Él, al sentirse observado, levanta su vista del libro y me contempla de



igual manera.

—¿Necesitas algo, Marian?

—No, solo es que encanta verte leer. Me recuerda a mi niñez, cuando pasaba las horas aquí contigo.

—Físicamente no puedes ser más parecida a tu madre, en lo demás, has salido a mí.

—No creo que sea así —confieso—. De hecho, años atrás pensé mucho en ello.

—Te equivocas, en gustos y carácter somos como dos gotas de agua, salvo que tú has salido más valiente que yo.

—¿Qué?

—Marian, no has escuchado a nadie, solo has seguido tu instinto a la hora de elegir cómo vivir tu vida.

—Hay quien piensa que me he vuelto loca por ello, bien lo sabes. Y no entiendo por qué me dices que tú no has sido valiente.

—Si lo hubiese sido, tú te habrías criado en el campo.

—¿Qué tratas de explicarme, papá ? No insinuarás que no has llevado una vida feliz...

—No. Mi vida ha superado todas mis expectativas. No sufras por pensar que no es así. Aunque sí he de confesarte que, de haber reunido valor, hubiese actuado exactamente como tú. Cuando me percaté, ya existíais vosotras dos y no quise que os faltase de nada.

Ante esa confesión me quedo callada. Siempre he sabido que él soñaba con poseer su propio viñedo y elaborar su vino, no obstante, lo asociaba más a la idea de que se trataba de una afición. Nunca habría pensado que él añoraba una vida en el campo lejos de los juzgados.

Siempre ha dado la impresión de que su trabajo como juez le satisfacía, por lo que nunca me había planteado que anhelase otra opción.

—Sabía que te atraía ese mundo, aunque desconocía que fuera tanto como para plantearte un cambio drástico de vida.

—Lo valoré y me decanté por el bienestar de mi familia. No era una decisión enteramente mía. Por eso me siento tan orgulloso de que ti. Cuando supiste que la vida en el hospital no era lo que te hacía feliz, ni dudaste. Es cierto que nadie dependía de ti, a pesar de eso no te quita mérito. Lo que posees, lo has conseguido a base de trabajo y de tomar decisiones, cosa que no todo el mundo es capaz de hacer.

Se me forma un nudo en la garganta al escuchar todo lo que dice. A mis padres no les gustó de inicio mi cambio de vida, sin embargo, he de reconocer que todo ha sido mucho más fácil, porque sabía que ellos me arropaban. Ahora, entiendo por qué.

Me levanto, me voy directamente hacia él, sentándome en su regazo, no dudo en abrazarlo y besarlo en la mejilla.

—No me arrepiento de haber elegido apostar por vosotras, Marian. Creo que tu madre y yo hemos hecho un buen trabajo. Tanto tú como tu hermana, os habéis convertido en dos mujeres increíbles. Diferentes, sí, aunque también honestas y felices.

Y no puedo más que asentir. Han hecho un trabajo espectacular.

El viernes por la mañana me despierta el ruido que hacen mi hermana y mi madre. Las ganas de matarlas son reales. Me arrastro fuera de la cama y cuando abro la puerta de mi dormitorio, observo como corretean de un lado a otro mientras se arreglan.

—¡Vamos dormilona! Mamá ya ha reservado el restaurante y cerrado el menú. Yo me he encargado de confirmar qué invitados van a asistir a la cena mañana. Lo único que nos queda es ir al Atelier de Riazzo Andreu a escoger nuestros vestidos para el evento.

Intento procesar toda la información, ya que aun ando medio dormida. Asiento como si hubiese procesado todo lo que ha dicho y me voy directa a la cocina. Necesito café, en caso contrario seré incapaz de sobrevivir a los dos huracanes que tengo por madre y hermana.

Entro sin prestar atención a otra cosa que no sea la cafetera, coloco la cápsula, una taza y la activo con el objetivo de conseguir un café doble.

—Ni con media docena de esos te vas a espabilar —escucho que dice una voz risueña tras de mí.

Me giro con parsimonia y lentitud, haciendo un esfuerzo por abrir los ojos y enfocar a mi cuñado, al que encuentro sentado frente a la mesa de la cocina, terminando de desayunar.

—De verdad, Cayetano. Aún no sé cómo aguantas tanta intensidad mañanera. Es más, yo después de treinta y cuatro años todavía no me he acostumbrado... —bromeo y le doy el primer sobro de café.

—¡Ahh...! Eso mismo me pregunto yo la mitad de los días. Luego veo brillar los ojos verdes de tu hermana y se me olvida hasta mi nombre.

—¿Eres consciente de que lo que acabas de decir es algo asombrosamente romántico? —le pincho.

—Plenamente consciente, cuñada. Y como esto salga de aquí, tú te vas a meter en problemas, y muy serios —bromea él también.

Le sonrío en respuesta, es adorable verle confesar sin el más mínimo pudor que está completamente enamorado de mi hermana.

—Es un secreto que me llevaré a la tumba —aseguro y le guiño un ojo en plan cómplice.

—Y hablando de secretos... ¿Cuándo ibas a contarnos que Arturo Alquézar lleva unos días en Madrid y busca tu número de teléfono? ¿Dispuesta a hablar sobre eso? —suelta como el que no quiere la cosa.

Me quedo paralizada. Mi pequeña burbuja de paz acaba de explotar como por arte de magia. Desconozco cómo sabe sobre Arturo, y mucho menos, que busca mi teléfono.

—¿Cómo conoces todo eso? —pregunto inquieta—. Y de esto último me acabas de informar tú —aclaro.

—Lo sé, porque él mismo me llamó ayer. Me pidió tu teléfono porque quiere saber cómo te encuentras... Eso me ha hecho deducir dos cosas: anda por Madrid y sabe lo que ha pasado con tu capataz. ¿Me lo puedes explicar? Sé que no es alguien a quien aprecies mucho. ¿Piensas venderle el vino?

—Déjame ir por partes cuñado, que todavía no me ha hecho efecto el café... Sí, llegó hace unos días a San Martín buscando nuevos vinos. De hecho, eso hacía cuando a Luis le dio el infarto, visitar las bodegas de Samuel Ledesma. Y no, no pienso venderle mi vino. Como has apreciado, no es alguien a quien desee tener cerca. Supongo que busca mi teléfono, porque después de atender a Luis, me quedé descolocada y, además, Samuel... digamos que se ofreció muy amablemente a mandar a su gente a mis terrenos. Como me negué, me llamó de todo menos bonita.

—Ese pedazo de mierda... Di una palabra y en menos de lo que canta un gallo, tiene a varios inspectores allí. ¿Quién se cree que es?

—Tranquilo, ya le dejé caer yo lo mismo. Y se cree lo que su madre le ha hecho creer que es: alguien que piensa que el dinero te convierte en un ser superior.

—¿Ese mamarracho es consciente de que tu familia lo puede enterrar en

dinero? ¿O que mi padre puede arruinarlo?

—No. No lo sabe. Y es mejor así, si ya ha tratado de que me fije en él solo conociendo que soy alfarera y hago vino, no quiero ni imaginar si se entera de que mi familia es adinerada...

—Como quieras. Una llamada tuya y está fuera del sector.

—Entendido, cuñado mafioso —digo, procurando quitar hierro al asunto—. Espero que no le dieses mi teléfono a Arturo, solo me falta que él también me incordie.

—No se lo he dado, porque sé de tu animadversión hacia él. Tu hermana me ha puesto sobre aviso cuando lo hemos visto en alguna fiesta. Además, como te iba a ver, preferí preguntarte antes de cagarla.

—Gracias por pensar en mí, de verdad... —comento agradecida.

—No es nada. Oye, ¿de verdad no quieres que Arturo ponga tus vinos en el mercado? Es el mejor, no deberías dejar escapar esa oportunidad.

—Quizá sea el mejor, aunque no se ha hecho la miel para la boca del... —respondo de manera pícaro.

Él se levanta, me da un beso en la mejilla y sale por la puerta muerto de risa y negando con la cabeza, en respuesta a mi salida de tono.

¡Este tío es tonto! ¿Ahora? ¿Ahora se preocupa por saber cómo me encuentro...? El otro día permitió que Samuel insinuase cosas muy feas sobre mí y no desmintió ni un ápice. Por mí, se puede ir a freír espárragos.

Decido que se acabó perder el tiempo y me pongo en marcha. En poco más de cuarenta minutos nos dirigimos, con mi madre y con mi hermana, de camino hacia el Atelier.

Durante el trayecto, llamó a Ángel y le pregunto cómo se encuentra su padre y, para mi alivio, parece que bastante bien. Le pido que, por favor, si tiene un momento, organice una partida de vino y que la envíe a un restaurante de Madrid.

—No sabía que habías vendido una partida de ambos vinos —dice extrañado.

—Y no lo he hecho. ¡Es el regalo de cumpleaños de mi padre! Ya sabes que es este fin de semana —le explico emocionada.

—¡Es verdad! Tu madre llamó anoche para preguntar por mi padre y para invitarnos a mí y a mi hermano. ¡Se me había olvidado! Sabes que trabajo el sábado y prefiero quedarme cerca de casa. ¿Lo entiendes? Marian, es un regalo fantástico ¡Él ama esos vinos! —exclama alegre—. No te preocupes

que preparo el envío ahora mismo y en un par de horas sale para el restaurante. Mándame dirección y a la atención de quién deben ir.

—¡Gracias! No sé qué haría yo sin ti. Lo primero es lo primero, aunque es una lástima que no podáis asistir a la cena.

Cuando cuelgo, no dudo en volver a marcar y llamar a Jimena. No me lo coge, por lo que supongo que le toca guardia o duerme. Le dejo un mensaje de audio explicándole que ando en Madrid y, de paso, le aviso que la espero el sábado en la fiesta.

No dudo que asista, ya que sus padres son invitados especiales, su familia es parte de la mía desde hace muchos años. Y antes de que se entere por mi hermana, prefiero comentárselo yo.

—Ginebra, un color que te sentaría de maravilla sería el rojo. Además, ya casi es diciembre y un toque navideño puede quedarte muy bien —expone mi madre, ante la costurera que espera que le digamos más o menos lo que nos gustaría.

Viendo que mi hermana no le va a hacer caso a mi madre y que esta no va a cesar en su empeño, llamo a la chica.

—No logramos ponernos de acuerdo, ¿nos podrías ayudar a encontrar lo que necesitamos? ¿Por favor? —le pregunto, casi en un ruego.

—Por supuesto. ¿Algún estilo en particular? ¿Qué colores barajáis?

—Diseños sencillos, en colores que sean adecuados para la noche y que no resulten excesivamente llamativos.

En el instante en que la muchacha se encamina a seleccionar modelos de uno de los percheros, aparece el dueño del atelier, que besa a mi madre y hermana con cariño y a mí me ojea como si me tomase las medidas sobre la marcha.

Riazzo apacigua a mi madre, hecho que mi hermana y yo agradecemos. Da la sensación de que sabe lo que hace.

Apenas diez minutos después, él ya ha escogido de entre los percheros unos cuantos vestidos. Sin vacilar, manda a mi madre y a mi hermana a los probadores y les tiende las primeras prendas. A mi madre un vestido en color plata y a mi hermana uno en color verde musgo. Las conoce lo suficiente y sabe lo que les gusta y lo que les va a sentar bien, en cuanto a mí, me analiza con ojo clínico y me hace un gesto exigiendo que la acompañe.

Me guía hacia la habitación aledaña en la que se encuentra el taller y donde puedo identificar modelos diferentes colgados lo largo de una gran hilera de percheros.

—Marian, perdona el atrevimiento. Como es la primera vez que vienes no sé aún por dónde te mueves respecto a gustos. Por eso, aprovechando que mi ayudante atiende a tu madre y a tu hermana, me gustaría que me dijese qué es lo que te gusta y lo que te hace sentir cómoda.

—Si te soy sincera, no podría definir cuál es mi estilo. Acostumbro a elegir aquello que me entra por la vista —respondo con total sinceridad.

—¿Me dejarías que te mostrase un modelo que tengo en mente? Es un diseño que hice el año pasado. Viendo el toque clásico, aunque atrevido de tu ropa y que gastas una talla cuarenta, creo que puede quedarte perfecto.

Pongo mi mejor cara de, ¿por qué no? Y él no duda en ir hasta uno de los percheros y descuelga una bolsa de tela.

No es hasta que lo saca de la funda que lo protege que no me doy cuenta de que es de terciopelo negro. A simple vista no me le veo la gracia, pero me empapo de su entusiasmo y accedo a probármelo allí mismo, ante los ojos curiosos de las costureras que no han dicho ni una sola palabra durante nuestra conversación.

Entro en el probador, me desnudo y saco la prenda. Parece sencillo, sin adornos, nada. Indecisa, lo deslizo por mi cabeza y lo voy recolocando, hasta que todo queda encajado en su sitio.

Al girarme y verme en el espejo, me enamoro. Me queda precioso.

Con un deje de vergüenza, descorro la cortina y ando hasta quedar en mitad de la habitación, en la que cesa el murmullo que ha habido desde que he entrado en el probador. Me siento observada y esa sensación hace que me suden un poco las manos.

Riazzo sonrío al verme, sabe que me ha gustado. Se acerca a mí y me recoloca todo aún mejor.

—Te queda ideal, encaja como si lo hubiese diseñado para ti. No sé si te gusta el toque medieval que tiene, en mi opinión te realza. Se ajusta en el busto con ese falso corpiño acabado en las solapas cuadradas que te hace un escote de vértigo, te marca la cintura baja y la falda larga con un poquito de cola hace que luzcas más alta de lo que ya eres. Y lo que más me gusta es como te queda en los hombros. Cubiertos, no tapados. Lo dicho, perfecto. ¿Te gusta a ti? ¿Te sientes cómoda con él? —indaga.

—Asiento sin decir una palabra, mientras sigo con mis ojos clavados en el espejo. Puedo verme con este modelo y con mi media melena recogida. Me río, porque ningún vestido puede hacerle más gala a mi padre, le va a encantar.

Aúna la procedencia de mi nombre, el de mis vinos y la pasión que siente mi padre por personajes como Robin Hood o El rey Arturo.

Y eso que él no ha acabado conmigo. Se aleja, regresando con más cosas en las manos y me indica que me siente en un taburete.

Lo hago, y es cuando me tiende unas sandalias negras de una tira, adornadas con pequeños cristales en verde. Me quito los míos de salón y me ajusto las sandalias. Me levanto y pruebo a ver si puedo andar bien con ellas y la verdad es que sí. Me encantan.

Es entonces cuando aprovecha y me coloca un cinturón negro brocado con incrustaciones de pedrería también en verde, un brazaletes y me tiende los pendientes a juego con lo demás.

Una vez que me ha adornado, me indica que me vuelva a sentar. Nerviosa, porque no sé qué va a hacer, siento cómo comienza a trenzar mi pelo de un lateral al otro de mi cabeza. Sujeta la trenza con unas horquillas y recoge el resto del pelo con un adorno precioso. Adivino lo que intenta: quiere que me vea con el *outfit* terminado.

Impresionante. Esa es la palabra que define cómo me veo reflejada en el espejo. Soy como una princesa medieval moderna. Sonrío.

—Elegante, diferente y sexi. Todo en uno —comenta—. Vamos fuera, quiero que tu madre y tu hermana te vean.

Asiento sin decir nada y con cuidado recojo la falda con el fin de no pisarla en el camino.

Al regresar a la zona donde siguen mi madre y mi hermana, me quedo parada. ¡Están espectaculares! Mi hermana brilla con un modelo lencero y mi madre luce fabulosa con un traje plateado envejecido.

—¡Santo Dios! Marian... —exclama mi hermana.

—Preciosa, cariño... —dice mi madre con los ojos brillantes.

—Vosotras deslumbráis... yo... —tartamudeo y paso mis manos por la falda, sintiendo el tacto del terciopelo.

—Riazzo, nos llevamos los tres y los complementos. Dejo el mío en arreglo, que le hagan los bajos y un poco de ajuste en la cintura, mañana mando a alguien a recogerlos. ¿De acuerdo?

—Mañana lo tienes todo listo. Y creedme, no vais a pasar desapercibidas.

Y aunque sea un cliché, lo creo. No es la primera vez que vestimos de etiqueta, sin embargo, nunca he tenido un vestido que encaje con mi personalidad como este.

Así que felices, nos vamos del *atelier*, rumbo a un salón de belleza y a comer.

Por la noche y tras una tarde de mimos, cuidados y confidencias, salgo a cenar con Jimena y mi hermana.

La noche es magnífica y me ayuda a desechar todo el estrés y los nervios acumulados en días atrás.

### *Arturo*

Cuatro bodegas después, aparco el coche frente a la puerta de casa. Leo va con el ceño fruncido, porque estos últimos días han sido interminables. Hemos visitado casi todas los sitios que hay en los alrededores de San Martín de Valdeiglesias y nada. La denominación de origen es muy buena, mucho mejor de lo que esperaba, sin embargo no es lo que buscamos. Por eso, de camino le he comentado que descansaremos el fin de semana y que el mismo lunes pondremos rumbo a tierras burgalesas. Se ha enfadado por haber perdido tanto tiempo aquí, aunque no entiende que eso es lo que conlleva este tipo de negocios, hay que probar muchos antes de encontrar la joya.

Además, he decidido quedarnos el finde por si Marian regresa. No quiero irme sin verla una última vez. Es como si la tierra se la hubiese tragado, ni rastro. Mi última baza era su cuñado, que me contestó muy serio que él no era nadie para dar información privada de su familia cuando le pedí que, por favor, me pasase el contacto.

Frustrado, me bajo de un salto del coche y me encamino hacia la casa. Leo ya ha entrado hace un rato y yo me he quedado divagando el coche.

Escucho el sonido de la ducha, así que me siento en el salón con una cerveza en la mano y cojo mi teléfono y reviso las llamadas entrantes durante la última visita.

Es mi hermana, así que se la devuelvo de inmediato, esperando que no sean malas noticias las que tiene que darme.

—¿Nunca contestas al teléfono? ¿Dónde andas metido?

—Perdona, en mitad de una cata y es de mal gusto cogerlo en ese momento. No he mirado hasta ahora, así que no sabía que eras tú, ¿te pasa algo? ¿Todo bien? —interrogo casi sin querer saber la respuesta.

—Todo bien, tranquilo. Llamo porque papá y mamá han viajado a Madrid. Mamá acaba de escribirme confirmándome que ya han llegado. Pensé que



querrías saberlo.

—¿Aquí? ¿Qué ha pasado para que vengan? Papá no me dijo nada el miércoles cuando hablamos.

—No te dijo nada porque lo han decidido sobre la marcha. Ginebra Herranz nos ha invitado este sábado a la celebración que dan sus padres el fin de semana. El buen hombre cumple sesenta y cinco, por lo que también es su jubilación. Yo, evidentemente, no voy a viajar en mi estado, no obstante, mamá pensó que les vendría bien pasar el fin de semana fuera y ver a los amigos. Así que han volado a Madrid esta misma tarde.

Se me eriza el vello al escucharla. Ya sé dónde se ha metido Marian.

—¿Alojamiento?

—El mismo de siempre, en casa de Lola e Ignacio. Ya sabes que les encanta juntarse.

—O sea, que no han cogido hotel. No tienen remedio...

—Arturo, son sus amigos, no tienen hijos y tienen una casa con trepecientas habitaciones ¿Qué alojamiento es mejor que ese? Además, Lola e Ignacio viven justo a una calle de los Herranz, por lo que podrán estar cerca los unos de los otros.

—Vale, los llamo a ver que me cuentan...

—Deberías visitarlos, hace casi un mes que no te ven...

—Primero llamada, y luego, ya si eso, decido. ¿Ok?

—Ok... Te dejo, que voy a ver una peli con Carlos. Un beso.

—Un beso, Gina.

Cuelgo y me quedo contemplando la nada durante un rato. ¿Cómo no he caído que podía visitar a su familia? Y más, después de lo que pasó el lunes. Me levanto como un resorte, cambio de planes. Nos vamos de fiesta.

## CAPÍTULO 13

### Feliz cumpleaños, señor...

*Marian*

*E*l sábado por la tarde mi casa es un caos. Menos mal que pedí cita para la peluquería más tarde que el resto. Entro al salón de belleza que hay justo debajo de mi casa, donde me van a maquillar y a peinar. Marta es la chica que se va a dedicar a ponerme guapa, así que me recibe y me indica que vaya a que me laven la cabeza; un segundo antes de que me siente, escucho mi nombre.

Me giro y lo último que espero es ver a la madre de Arturo sentada a mi lado. Sonrío como puedo y me acomodo.

—Marian, hija, ¿eres tú? ¡Madre mía, cuánto has cambiado desde que no coincidimos!

Vuelvo a sonreír y me obligo a contestar a la buena mujer.

—¡Estela, me alego mucho de verla! Es cierto que hace mucho tiempo que no nos vemos, ¿cuánto? ¿Tres o cuatro años?

—Sí —corroborá—. Fue en el último cumpleaños de tu madre. Ya que a la boda de tu hermana no pudimos asistir, me encontraba enferma.

—Efectivamente, lo recuerdo. ¿Cómo va todo? Mi hermana me comentó algo referente a las complicaciones que está sufriendo Georgina en el embarazo —miento, eso lo sé por Leo.

—Bien, gracias —sonríe amable—. Sí, lleva unos meses prácticamente enclaustrada. La suerte es que es muy positiva y acata todas las recomendaciones de su médico.

—Verás que todo va a ir muy bien. Hoy en día hay muchos avances en ese campo, lo más probable es que las medidas que ha adoptado su médico sean

preventivas, para que no les suceda nada a ninguno de los dos. En nada tendrás a tu precioso nieto en brazos.

—Ojalá sea así, no veo la hora de que todo llegue a buen puerto. Ahora cuéntame tú, criatura. Porque por lo que sé por tu madre, has dado un giro radical a tu vida. ¿Eres feliz?

—¿Me lo pregunta a modo de reproche? O el interés es sincero...

—Con lo años que ya tiene una encima, créeme que me da lo mismo lo que hayas decidido hacer con tu vida, siempre y cuando te sientas dichosa y no hagas mal a nadie.

—Me sorprende esa observación. He dado por hecho que me iba a tildar de loca por elaborar vino, como ha sucedido con mucha otra gente.

—Bueno, no actuar como esperan genera conflicto. Y no me has contestado, ¿estás contenta con tu nueva vida?

—Mucho. Ahora disfruto de cada día de trabajo. Quizás no sea el más glamuroso del mundo, no obstante, a mí me encanta.

—Ya veo... Se te iluminan los ojos cuando hablas de ello. Lo raro es que solo tú hayas acabado con un viñedo, después de que os hayamos llevado a tantos durante estos años. Ya se lo comenté a mi marido: ¡Esa chica sabe lo que hace!

Me río ante ese comentario. ¿De verdad es la madre de Arturo? No la recordaba tan desenfadada.

—Bueno, eso de que: «sabía lo que hacía», no es del todo correcto. Lo que sí puedo asegurar, es que no me arrepiento de haber tomado la decisión que tomé.

—Eso dice mucho de ti. Me recuerdas a mi marido cuando empezó con la empresa. Todos lo tomaban por loco y ahora es una de las más fuertes del mundo. Y hablando de la empresa, ¿no has sopesado enviar unas muestras para que probemos lo que haces?

—Sí que lo he pensado y creo que aún no me veo preparada para dar un salto tan grande —miento como una bellaca, porque soy muy consciente de que esta noche van a probar mi vino. La suerte es que su hijo no va a presenciarlo.

—Es una pena, aunque, si cambias de opinión, no dudes en contactar con Arturo, que además anda por Madrid probando cosas nuevas.

«Claro que sí, en cuanto salga lo hago», me digo con ironía.

Continuamos charlando mientras nos atienden. Ella acaba antes, por lo que se despide con un beso y se marcha.

Agradezco que se vaya, me ha puesto nerviosa con tanta pregunta. No sabía si iba a actuar como su hijo, y en una noche tan especial para mí, lo último que necesito es que me juzguen. Y para mi sorpresa, ha sido muy agradable conmigo.

Me centro en mi peinado que ha quedado precioso. Me han trenzado la parte frontal y la posterior, me lo han recogido siguiendo el patrón de mis rizos.

De ahí paso a maquillaje, donde pido que me dejen un aspecto natural. No quiero que se desvíe la atención de mi vestido.

Poco tiempo después, salgo directa para casa. Dispongo de una hora para vestirme antes de que aparezca Jimena. Hemos quedado en ir juntas.

### *Arturo*

Al conocer que mis padres asistirán a la fiesta de jubilación del padre de Marian, subo al cuarto de baño y le pregunto a Leo si sabe algo al respecto.

Él no tiene ni idea y de inmediato contacta con los suyos. Le confirman lo que ya sabemos: han volado con los míos y se alojan en el mismo sitio.

Leo me propone que nos plantemos allí. Si han invitado a nuestros padres, a nosotros también. A él le cambia el ánimo en segundos, porque sabe que Jimena va a asistir y se muere por verla de nuevo. Sin saberlo, me da la excusa perfecta para ponerme en marcha.

Telefoneo a mi padre, con la intención de que me explique qué hacen en Madrid, aunque ya lo sepa. No desperdicia la conversación y me advierte que habrá mucha gente importante en el evento por lo que debería asistir. Por una vez y, sin que sirva de precedente, le complazco. Confirmando que iremos y le pido que se encargue de que aparezcamos en la lista de invitados.

Una vez finalizo, busco en internet una habitación de hotel para el sábado noche y una tienda para alquilar un esmoquin.

En diez minutos recogemos a mis padres. Hemos quedado en que nos acercáramos a la casa de Ignacio y su mujer, para ir desde allí al evento.

Toco por quinta vez mi pajarita, no me acostumbro a usarla, me pone nervioso que quede torcida. Prefiero mil veces una corbata a estas cosas.

Leo espera sentado en una silla. Es mejor que no permanezca de pie, la noche puede que sea larga y la semana ha resultado agotadora.

Miro el reloj y le hago un gesto de cabeza indicándole que se prepare, el taxi que nos ha pedido el hotel tiene que estar al caer o quizás ya se encuentre esperándonos y en breve nos avisen desde recepción.

El trayecto hasta la casa de los amigos de mis padres apenas dura cinco minutos. Me bajo del taxi y espero a que Leo haga lo propio. Hoy no utiliza muletas porque la férula nueva es diferente a la primera y viene con una especie de soporte de goma en el talón para apoyar el pie.

Una vez que paga al taxista, nos dirigimos al portal del piso en el que se alojan mis padres. Nada más entrar en el vestíbulo del edificio los encontramos esperándonos. Al vernos aparecer, todo se vuelve abrazos cariñosos y saludos. Decidimos ir a pie hacia el lugar de la fiesta que queda muy cerca.

### *Marian*

Jimena aparece a la hora prevista, luciendo un maravilloso vestido de estilo griego en color blanco y su precioso pelo suelto. Se acerca mí con una sonrisa y me abraza con suavidad.

—¡Estás preciosa! —digo, separándola para ver mejor su vestido.

—¡Y tú de infarto! Nunca te había visto con algo tan espectacular. Quiero el teléfono de ese atelier en mi agenda a la de ¡ya!

Me río, porque con ella siempre tiene que ser todo al momento; lo de esperar no lo inventaron para mi amiga.

—Los nervios me comen, Jimena. Esta noche me reencuentro con muchos de nuestros conocidos y encima, los vinos que se van a servir en la comida son Sherwood y Nottingham. ¿Crees que les gustarán?

—Marian, no les van a gustar, les van a encantar —me tranquiliza—. Nervios fuera y vámonos. Mis padres y los tuyos ya se encuentran allí recibiendo a los invitados y míranos a nosotras, ¡todavía aquí! —me apremia.

No cabe ni un alfiler en el salón. Mi madre y mi hermana se han pasado tres pueblos para celebrar un cumpleaños. Esto no es un cumpleaños, ¡es casi una boda!

Jimena se ha quedado alejada con sus padres, así que tras saludarlos me dirijo hasta donde se encuentran los míos.

Mi padre al verme me coge de la mano y la aprieta. Parece emocionado. Y no es para menos, lo acompaña su familia al completo; todos sus amigos y compañeros más allegados reunidos para celebrar con él. Sin duda, es su noche.

Mi madre irradia felicidad mientras reparte besos y saluda a todo el mundo en compañía de mi hermana y mi cuñado.

Me apoyo en el brazo de mi padre y comenzamos a saludar a todos y cada uno de los presentes con nuestra mejor sonrisa.

### *Arturo*

El sitio donde se celebra el evento es increíble, tengo que reconocer que la hermana de Marian sabe lo que hace, desde la disposición del coctel hasta la distribución de los comensales en las mesas, sin olvidar la decoración. Anoto mentalmente que debo contratarla para que organice la fiesta de Navidad de la empresa.

Busco a mi alrededor, necesito localizarla. Hay tanta gente, que me es difícil distinguir su pelo rizado. Sé de sobra que ha llegado, porque Leo ha saludado a Jimena y no me ha pasado inadvertida la cara que ha puesto al verme. O sabe algo, o directamente es que no me traga. Me da la sensación de que es lo primero.

Mi padre me indica que deberíamos saludar al cumpleaños. No es que me haga mucha ilusión, aunque no me queda más remedio que cumplir con el papel.

Con mi madre sujeta a mi brazo y con mi padre abriendo camino, nos plantamos delante del homenajead. Este, se apresura a darle un abrazo para después dirigirse a mi madre a la que besa de manera afable. Y es ella la que me da un empujoncito para que dé un paso hasta el señor y lo salude.

—Feliz cumpleaños, Señor Herranz. Me alegro de...

No termino de decir la frase, cuando la mujer que hay de espaldas a nosotros se gira.

Los ojos, esos ojos son los que llevo buscando durante una jodida semana. «¡Joder! Es la mujer más preciosa del mundo».

Se ha quedado de piedra. A pesar de lo incómodo de la situación, rápidamente se recompone para saludar a mi padre y después a mi madre de forma cariñosa.

Es entonces cuando se dirige a mí:

—Arturo —recita mi nombre solemne.

—Marian. No te he reconocido, estás preciosa —contesto y le cojo la mano para darle un beso.

Parece nerviosa, y yo no me encuentro mejor.

—¡Cómo habéis cambiado los dos! ¿Cuánto tiempo hace que no os veáis?  
—pregunta mi madre a ninguno en particular.

—Una semana —respondo, sin apartar mis ojos de su rostro—. Visito la zona en la que Marian tiene su viñedo.

—Entonces... Marian, ¿por qué no le has dado a probar el vino que haces? ¿Y por qué esta tarde tampoco me has dicho que os habíais visto? —la interroga mi madre, extrañada.

—Porque creí que ya lo sabía, señora. Y no ha visitado mi bodega, porque hay otras mucho más renombradas en la zona.

—Marian, hija, ¿qué dices? ¡Tu bodega y tu vino son excelentes! Además, ¿en qué mejores manos lo vas a dejar que en las de él? —comenta su padre, extrañado también.

—No ha catado el vino, porque él no quiere. Es más, yo tampoco se lo he ofrecido porque cómo bien sabes, papá: yo no me vendo a cualquier postor. Por muy importante que sea.

Dicho esto, asiente con la cabeza hacia mis padres, a modo de despedida, y se marcha.

Me disculpo como puedo ante mis padres y el señor Herranz, que no entienden nada de lo que acaba de suceder, y salgo tras sus pasos.

## CAPÍTULO 14

### Esto no se acaba aquí

*Arturo*

*L*a encuentro en la barra pidiendo un coctel y sin decir nada, le hago un gesto al camarero para que me sirva lo mismo.

—Casi me vuelvo loco esta semana sin saber cómo te encuentras después de lo de Luis y de lo que te dijo el imbécil de Ledesma —le confieso, pese a que ella sigue de espaldas a mí, privándome de esos ojos y del escote que luce esta noche.

—Me importa muy poco tu preocupación.

—Marian... —susurro a modo de advertencia.

Ella se gira con la copa en la mano, y hasta creo que me la va a echar por encima, pero en lugar de eso me vuelve a sorprender.

—¿Me haces un favor, Arturo?

—Dime.

—Márchate.

—Ni lo sueñes. No sé qué narices te sucedió el otro día, temblabas como una cría pequeña en una noche de tormenta. Hasta que no me asegure de que te sientes bien, no pienso irme a ningún sitio.

—Me encuentro fenomenal. Ya te puedes ir.

—Marian, no juegues conmigo... —insisto.

—Y tú, deja de amedrentarme. De nuevo acabas de invadir mi espacio. Esta es la fiesta de mi padre y me acompañan los que me quieren y los que de verdad se preocupan por mí. Ahórrate tus desasosiegos. El otro día no te importó mucho que un gilipollas insinuase de todo delante tuyo y no hiciste nada por desmentirlo —susurra con ira contenida.



Me tenso al percibir su disgusto. Es la primera vez que se muestra así y me desconcierta.

—Samuel recibió su merecido en cuanto pusiste rumbo a tu bodega —revelo, esperando que eso calme su enfado.

—¿Qué?!

—Lo que oyes. Cuando te marchaste de esa manera no pude controlarme. Si no me crees, puedes hacerle una visita y comprobarlo con tus propios ojos.

—¡Madre mía! ¿Es que no sabes comportarte como una persona normal? —murmura, para que las personas que hay a nuestro alrededor no se enteren de lo que hablamos.

—Primero me echas en cara que no te defiendo y, ahora, te molestas porque lo haya molido a palos.

—¡Claro que me irrita! Yo continúo siendo su vecina ¡Por el amor de Dios! Con suerte, tú te irás pronto, pero la que se queda allí soy yo. ¿No podrías haber dicho algo cuando me humilló? ¡Ah, no! ¡Que eso te encanta! ¿Verdad? Mira, Arturo: ¡déjame en paz!

—Samuel no volverá a molestarte. Ya le quedó claro el otro día.

—Vete, por favor —ruega.

—No.

—Aquí no hay nada que te interese. Ya me has dejado claro, por activa y por pasiva, todo.

—Esto no termina aquí, Marian...

—Esto se terminó mucho antes de comenzar, Arturo —sentencia y se marcha junto a su hermana y su cuñado.

He movido cielo y tierra, y me la encuentro más preciosa que nunca y muy cabreada conmigo por defenderla. No es que no me lo merezca, tal y como la he tratado, aunque tampoco me esperaba la reacción de esta noche. Y por si esto no fuese suficiente, tengo a su padre vendiéndome el dichoso vino, y al mío preguntándome por qué le he hecho ese feo a su amigo.

La noche mejora por momentos.

### *Marian*

Desubicada, permanezco junto a mi hermana y mi cuñado, intentando recuperar algo la compostura. Solo con tenerlo cerca y escuchar su voz se me ha erizado todo el vello del cuerpo. No creo que exista un hombre sobre la faz

de la tierra al que le siente el esmoquin como a él. Demasiado, ese hombre es demasiado. Apostaría que en toda la sala no hay fémina que no se haya fijado en él. Y admitirlo, me pone todavía de peor humor.

Menos mal que finalmente los comensales se sientan y nos toca a las hijas ocupar nuestro lugar en la mesa para que mi padre haga el paseíllo junto a mi madre.

Una vez que ocupo mi lugar, busco a Jimena. Ella me mira, es evidente que se ha dado cuenta de que he estado hablando con Arturo. Con discreción, me señala la mesa de ellos y con un gesto me pregunta qué ha sucedido.

No me da tiempo a contestarle porque *Es mi gran noche* de Raphael comienza a sonar en la sala. Mi hermana me insta para que me levante y baile. Me desconcierta, porque solo a ella se ocurre poner esta canción para que mis padres entren en el salón. Para mi asombro, ellos bailan y ríen como si fuesen dos jovencitos. Es inevitable que me emocione al ver tal estampa, es una suerte poder disfrutar de una imagen como esta. Así que me levanto como un resorte y no solo empiezo a bailar, sino que también me pongo a cantar como una loca apoyándome en mi cuñado. En cuestión de segundos no somos los únicos, ya que la gran mayoría de los invitados hacen exactamente lo mismo.

La canción ha creado un clima festivo que en mi vida hubiese imaginado, admiro a mi hermana y ella al percatarse de cómo la observo, me guiña un ojo cómplice. Después de una entrada triunfal y tras abrazarnos, mi hermana le ofrece a mi padre un micrófono para que diga unas palabras.

Hace un pequeño repaso a su experiencia como juez y se centra en dar las gracias a todo aquel que lo ha acompañado en ese camino. De ahí, pasa a recordar anécdotas de sus amigos presentes que se ríen con cada una.

—Mercedes, cariño. Los últimos días he pasado mucho tiempo intentado plasmar en unas líneas lo que han sido estos años a tu lado. No lo he conseguido, las palabras no son mi fuerte, ya lo sabes. Pese a esto, quiero que sepas que cuando nos conocimos, tus ganas de vivir cambiaron el rumbo de mi vida. Comenzamos con toda la prudencia del mundo y sin saber cómo quería envejecer junto a ti. Mi vida, la realidad ha superado con creces a la imaginación. Gracias por tanto amor —declara, emocionado.

Mi madre se derrite ante esta demostración pública de amor. Lo abraza y lo besa sin ningún pudor, lo que hace que se me encharquen los ojos.

Una vez que se separa de ella, toma de la mano a mi hermana.

—Ginebra, no encuentro calificativos para expresar lo afortunado que me

siento de que todas las personas que quiero estén presentes en este día tan especial. Jamás voy a olvidar que este milagro lo has obrado tú. Te has convertido en una gran mujer y no puedo estar más orgulloso de ti, mi pequeña.

Mi hermana lo abraza con toda la ternura del mundo y él le corresponde de igual manera. Es al soltarla, cuando me pide que me ponga en pie.

—Y por último tú, Marian. Mi preciosa princesa del bosque de Sherwood. Gracias por demostrarme que los sueños, si se quiere, se hacen realidad. Gracias por enseñarme que: si unes la alquimia, el trabajo, la ilusión y tu magia, se crea algo increíble.

No lo dejo terminar. Llorando, me abrazo a él y me olvido de que todo el mundo nos observa. Al separarnos él me sonrío y continúa hablando.

—Quiero contaros que el regalo de mi hija Marian ha sido realizar uno de los deseos de mi vida. De esos que, por unas cosas y otras, no nos atrevemos a llevar a cabo. Ella me ha dado la oportunidad de formar parte del proceso de elaboración de un par de vinos extraordinarios. Y os cuento esto, porque la otra parte de su regalo es que hoy todos vosotros vais a poder brindar a mi salud con ellos. Deseo de corazón que los disfrutéis. Gracias a todos por una noche para el recuerdo.

Noto como una mano me aprieta para infundirme valor, no es otro que mi cuñado que me sonrío con cariño...

—Límpiate esas lágrimas y disfruta del momento, Marian. Os lo habéis ganado los dos —dice junto a mi hermana, que asiente también con una sonrisa.

Tomo una respiración profunda, dejo que Ginebra me arregle el maquillaje y al fin tengo el valor para prestar atención a lo que sucede en la sala: los camareros comienzan a repartir el primero de mis vinos.

Jimena me observa con una sonrisa de oreja a oreja y le correspondo; no obstante, hay alguien que atrae toda mi atención como un imán... Nuestros ojos se encuentran, y me estremezco al darme cuenta de que está a punto de probar lo que he elaborado con tanto esfuerzo. Quiero ser testigo de la reacción cuando el líquido púrpura toque su paladar.

Arturo estudia con detenimiento la botella de Sherwood, que es el primero que se ha servido. Estoy convencida de que pedirá al camarero que deje la botella en la mesa para que se oxigene antes de servirse.

El camarero, solícito, lo hace y se retira.

Leo, su padre y él mismo, examinan la etiqueta con interés. Acaban de descubrir que lo que contiene el cristal es un vino varietal crianza.

Él alza el rostro como si supiese que lo observo.

Leo es el encargado de servir el vino en sendas copas y me doy cuenta de que nada más acercarlo a su nariz cierra los ojos. Ese gesto alerta a Arturo, que de nuevo dirige la vista hacia mí. Le invito a que tome su copa y proceda.

La toma y lo huele; la cara le cambia de color de forma automática. Lo hace girar y aprecia el lagrimeo que se crea al deslizar el vino por el cristal. Repite la operación y finalmente lo prueba.

Siento cómo el corazón palpita rápido en mi pecho. Sé lo que percibe y me deleito al ser consciente de cómo lo disfruta con los ojos cerrados.

Cuando los abre, su expresión ya no es la misma. Leo le habla gesticulando y lo mismo sucede con su padre. Él no les hace caso.

### *Arturo*

—¡Joder, Arturo! ¡Reacciona! —increpa Leo, intentando no perder los estribos.

—¡Hijo! ¿Cómo es posible que no hayas querido probar esto? ¡Por todos los santos! ¡Esa muchacha ha hecho algo similar al Petrus! ¡Apostaría que es hasta mejor!

No les hago caso a ninguno, no puedo apartar mis ojos de los de ella. Jimena sabía lo que su amiga guardaba. Lo que intentaba era hacernos un favor a ambos, no solo ayudaba a Marian como yo había supuesto de forma desacertada.

Marian sabe que acabo de darme cuenta de mi error. Ella no intentaba aprovecharse de mí...

Me duele el pecho. Me cuesta respirar. Es el precio que se paga por ser un gilipollas. Ya me dijo que era digno de lástima y no se equivocaba.

Me levanto de la silla y busco una salida, necesito pensar y poner en orden mi cabeza, y con sus ojos taladrándome no puedo hacerlo.

Salgo de la sala y le pregunto a un camarero dónde hay una salida al jardín, ya que no me encuentro muy bien y necesito un poco de aire.

Muy amablemente el chico me conduce hasta una salida y me abre la puerta. Noto el aire frío en la cara y cierro los ojos.

«¿Qué mierda acaba de pasar ahí dentro? ¿Cómo he terminado en esta situación?».

*Marian*

Salgo de la sala con la cara desencajada. No disfruto del momento, acaba de darse cuenta de que no soy todo lo que él pensaba que era. Vuelvo a sentir lástima. Eso es lo que pasa cuando vas por la vida como va él.

No obstante, me disculpo con mi familia y les digo que voy al servicio a retocarme el maquillaje tras la llantina. Necesito escuchar de sus labios lo que le ha parecido. No por venganza, si no porque me importa su opinión. No soy tan estúpida como para obviarla, él entiende de esto más de lo que demuestra. De algo me sirvió observarlo tanto. Nadie se dio cuenta de que es un catador nato y, probablemente, también hubiese sido un magnífico sumiller.

Salgo al pasillo aunque no lo encuentro, ha debido salir a la calle. En cuanto me dispongo a moverme un camarero me pregunta si busco al señor que anda indispueto.

Asiento, debe ser él, no he visto salir a nadie más. Me dejo guiar hasta una puerta que el muchacho abre para mí, y que vuelve a cerrar en cuanto cruzo el umbral.

El frío hace que me encoja, aunque no me hace desistir. Doy un paso al frente, y no llego a dar el segundo. Arturo está apoyado sobre una barandilla de lo que parece un balcón. Tiene los pies cruzados, las manos en los bolsillos del pantalón, la pajarita desecha y mantiene la cabeza alzada al cielo.

Con el jaleo que hay en el interior no se ha percatado de mi presencia, ¿cómo puede ser que parezca aún más guapo desaliñado?

—Tienes la extraña manía de salir huyendo de los sitios —susurro a un metro de él.

En cuanto me escucha, cierra los ojos.

—Te he dicho, que... —insisto.

—Te he escuchado —me responde fríamente.

—Pues sería la primera vez.

—Puede ser...

—¿Algo que opinar? —pregunto tras esperar una reacción que no llega.

—Sabías que era bueno.

—Sí... desde mi criterio sí. ¿Desde el tuyo?

—¿Me has buscado para regodearte?

—No, quiero que me cuentes lo que has sentido. No pretendo que me regales el oído, me interesa tu valoración.

Me mira por fin, como si no entendiese lo que acaba de escuchar.

—Señor Alquézar, quiero me hable de la cata —bromeo, para quitarle tensión al momento.

Se detiene a observarme con los ojos entrecerrados y no sonríe.

—¿Quieres mi opinión?

Asiento y tiemblo, la temperatura que hace aquí fuera es difícil de sobrellevar con el vestido. Al darse cuenta, se incorpora y se acerca. Se quita la chaqueta y me la echa sobre los hombros. Gesto que agradezco por el frío, y porque el olor que desprende es celestial.

—Crianza que pasaría por reserva sin ningún problema. Color rubí intenso, lagrimeo muy visible, sabor suave con poco nivel tánico debido a que es uva Merlot, que suelen ser así. Lo que más sorprende, es que en boca y nariz se perciben perfectamente los frutos rojos y el tipo de madera utilizada: roble francés —añade sin titubear—. Doce meses en barrica al ser un crianza, pero no las tengo todas conmigo. Me da que ha pasado más tiempo o que lo has madurado en botella para que los olores y sabores se perfilen mejor —acierta—. Como mi padre ha citado: «pasaría perfectamente por un Petrus», solo que no lo es, es mejor. Es un vino listo para distribuir, debido a que este tipo de uva tiende a envejecer con rapidez —añade, confirmándome que han hablado sobre ello—. Perfecto para un plato de pescado a la plancha, como el que supongo que ya habrán servido. Casa con todo: carnes rojas, pastas, legumbres, arroz... Eso lo hace especial, es un caldo con el que siempre se acierta. Apuesta arriesgada que, sin embargo, te ha salido muy bien.

Ahí tengo lo que he salido a buscar. No me equivocaba al pensar que él haría un análisis minucioso. Sigue guardando sus secretos.

—Trece meses y medio en barrica y el resto en botella —confirmo.

—Te lo has tomado con mucha calma...

—No, él se ha tomado el tiempo que necesitaba para florecer como debía.

—Hablas de *él* como algo vivo.

—¿Y no es así? Si hay alguna bebida cambiante es el vino. Sabes tan bien como yo, que hoy percibes un matiz y mañana otro. El aire influye, el maridaje influye, el sitio donde se degusta influye, la copa... Nunca va a ser el mismo vino.

—Cierto... ¿Me contestarías a algo?

—Dime.

—¿Por qué un mono varietal?

Me encojo de hombros y le respondo.

—¿Y por qué no? Tenía el caldo y la posibilidad de intentarlo. Arriesgado, sí. Pero ahí tienes el resultado.

—Podrías haber sacado un buen reserva mezclando con otro tipo de uvas.

—¿Y quién te ha dicho que no tengo un reserva?

—¡Joder! No me digas que tienes un reserva... —comenta aturdido, mientras se pasa una mano por la cara en un gesto de nerviosismo.

—Un reserva también mono varietal —confieso; su cara vuelve a cambiar de color—. Ese es tu problema. No escuchas. No ves. Sacas conclusiones precipitadas porque crees que posees la verdad absoluta. Y no tienes ni idea de lo que hay detrás hasta que llega el momento de sacarlo a la luz... ¿Es que no prestas atención a los detalles? Si entramos dentro, podrás probarlo. Y yo que tú lo haría, porque no vas a tener otra ocasión.

—Normalmente sí, lo que sucede es que hace un rato andaba distraído admirándote...

—Arturo —le llamo la atención, en tono de advertencia.

—Lo digo en serio. Solo he retenido lo de que: «le has regalado el vino y que lo íbamos a probar», cosa que tampoco entiendo. Se supone que tu padre trabaja contigo en esto, ¿por qué ese regalo?

—Tu afición de dar cosas por hecho empieza a ser preocupante... El viñedo y la bodega son de mi propiedad; mi padre entró de socio cuando lo compré. Hoy en día son solo míos, de nadie más. Con los beneficios de las cosechas posteriores, he ido abonándole lo que invirtió. Me acompañó en el inicio para que no soltase todo mi dinero de golpe con la primera añada, el resto es cosa mía.

—¿No es de tu padre?

—Como soy joven y mujer, has supuesto que papá le había dado el capricho a la niña, ¿no? —le espeto, dejando entrever mi irritación—. Pues te equivocas de principio a fin. Y antes de que saques otra maravillosa conclusión, quiero aclararte que la casa también es mía —apunto con un toque de orgullo—. Tampoco entiendo esa acritud ante la perspectiva de que mi padre me lo hubiese comprado. ¿Acaso tú no has heredado la empresa? ¿Por qué el mío no podría haberme hecho un regalo así? Sabes muy bien que mi

padre, como juez, se ha ganado bien la vida y que mi madre proviene de una familia con mucho dinero, ¿qué hubiese pasado?

—¡Joder! ¡Nada!

—Háztelo mirar, porque no has sido precisamente agradable.

—He sido un gilipollas...

—Lo has dicho tú, no yo.

—Marian... —susurra mi nombre casi como un ruego.

—Arturo, ya tengo lo quería: tu valoración. Así que esto se acaba aquí. Espero que te haya quedado claro que mi familia me ha ayudado, aunque no me ha regalado nada. Y, por supuesto, nunca he pretendido aprovecharme de ti ni de nadie. Es hora de entrar —concluyo y me quito su chaqueta.

—Espera... ¿Es bueno el otro?

—En Nottingham no eran pobres...

Me tengo que reír al ver la cara que pone, porque no entiende nada.

—Has conocido la sencillez del bosque, ahora te toca degustar la opulencia de la ciudad.

—¿Nottingham? Solo a ti y a tu padre se os podía ocurrir un nombre así para un vino. ¿Uva? —interroga, acercándose más de la cuenta.

—Cabernet Sauvignon.

—Esta noche vas a acabar conmigo sin proponértelo. ¿No es así? —afirma, echándome de nuevo su chaqueta sobre los hombros.

—Nunca he tenido la intención de hacer daño a nadie.

—Lo sé, ahora lo sé.

—Lástima que no lo hayas descubierto antes, nos habríamos ahorrado muchos quebraderos de cabeza.

—Nunca es tarde para empezar de nuevo...

—En esta ocasión, sí.

—No te creo —dice, mientras me sujeta la cara con suavidad.

—¡Ja! ¡Eso es lo normal en ti! ¡Y suéltame! —exijo.

—No quiero.

—Ni lo intentes —adviento, adivinando su intención—. No vas a conseguir nada.

—¿Y qué supones que quiero conseguir?

—Mis vinos no son para ti. No eres capaz de imaginar todo el trabajo y el esfuerzo que hay depositados en ellos. La gente como tú, cuando os gusta algo, lo demandáis a golpe de talonario y con una actitud como si nos hiciérais un



favor. Dudo que hayas pensado en todas las personas que hay detrás de todo el proceso, en lo que significa trabajar la tierra o cuidar y mimar una planta hasta el punto de que se convierte en parte de ti.

—Enséñamelo.

—¿Qué?!

—Que me enseñes todo lo que hay entre bambalinas.

—No bromees con algo así...

—¿Piensas que no lo aguantaría?

—Mmm...

—¿Qué significa eso?

—Solo recreaba una imagen mental tuya en mitad de las cepas —confieso y le sonrío diabólicamente.

Me mira y ríe como nunca lo he visto hacer... «¿Con picardía?».

—¿Sudoroso y sin camiseta?

—Arrastrándote de cepa en cepa con ampollas en las manos después de ir podándolas una a una.

—Vaya... Y yo que creía que eras una chica dulce... —susurra, al mismo tiempo que me empuja poco a poco hasta dejarme arrinconada contra la puerta por la que he entrado, colocando sus brazos a cada lado de mi cabeza.

—Arturo...

—Marian...

—Ni lo...

Me besa. Lo hace de nuevo de imprevisto, impidiendo que llegue a terminar de contestarle. Su toque es muy distinto al día que lo hizo en mi casa, este beso no es instintivo, es premeditado y con un matiz canalla que se me hace raro identificar con él. Se recrea, intentando seducirme.

Coloco mis manos en su cintura para apartarlo de mí. Es un esfuerzo en vano, porque al percatarse de que quiero alejarlo, baja una de sus manos, me rodea la cintura y me alza para profundizarlo aún más.

Él se detiene y sonrío al notar como me estremezco con cada roce de sus labios y su barbita al descender poco a poco por mi cuello.

—Aunque no quieras, tu piel te delata al erizarse bajo mis labios —murmura sobre mi cuello.

—Arturo, esto no nos va a conducir a nada bueno —susurro con la voz entrecortada.

—Puede que sí o puede que no, igualmente el lunes pienso estar en tu casa.

¿Como decía la letra de la canción que escuchabas el otro día en tu cocina?  
¡Ah, sí! «Para que me enseñes tu libertad...».

—Si vienes, vas a encontrar las puertas cerradas —jadeo al notar su nariz acariciar mi clavícula.

—Dormiré en el coche —asegura.

Sin darme tiempo a replicar, vuelve a posar su boca sobre la mía sin suavidad. Ha sacado el arsenal pesado, quiere lo que tengo y no va a parar hasta que lo consiga. Este es el problema de acercarse y desafiar a hombres como él, que no escatiman en utilizar todo lo que tienen a su alcance para lograr su objetivo.

De un empujón lo separo como ya hice antaño, y me fijo en cómo sonrío al reparar en mi respiración irregular.

—Estás envero, Marian —dice, mirándome con una sonrisa burlona.

—No sabes siquiera lo que significa eso. Envero es cuando la uva empieza su proceso de maduración, cuando va cogiendo su color... Yo no necesito madurar ni tomar ningún color. Yo ya soy lo que debía ser. El que no tiene claro para lo que ha nacido y lo que quiere, eres tú.

—¿Eso crees? Me parece que te equivocas...

—No lo creo, lo sé. El día que seas capaz de escucharte, de hacer caso a lo que sientes y de apreciar lo realmente importante en la vida, entonces, y solo entonces, podrás acceder a las cosas que realmente mereces.

Con esta última afirmación me giro, abro la puerta y voy directamente al baño. Tardo unos minutos en recomponerme. Retoco mi maquillaje y regreso con quien debo: con mi familia.

### *Arturo*

Sigo de pie en la terraza con la chaqueta en la mano, que ahora huele a Marian. Por eso mismo me la vuelvo a poner, me gusta percibir su olor. Ella ha asumido que lo que persigo es el vino, y es cierto, lo quiero. Aunque de lo que no se ha dado cuenta es de que, antes de conseguirlo, deseo probar a la mujer.

Jamás le perdonaré su rechazo siendo un adolescente cuando me mandó al infierno porque no era un hombre hecho y derecho. Ahora ya no soy aquel crío y el pasado no me impide que vuelva a desearla como nunca he deseado a nadie. Y aunque su estilo de vida no casa para nada con el mío, soy egoísta y

no voy a dejar pasar la oportunidad de resarcirme por lo que sucedió entonces.

Abro la puerta y entro de nuevo en la sala, deseando saborear el otro vino del que me ha hablado, la curiosidad me mata.

La localizo en su mesa hablando con su cuñado. Resplandece con ese vestido y el rubor que mi beso le ha provocado, la hace parecer realmente una princesa. Es imposible quitarle el ojo de encima mientras me dirijo a mi mesa.

Al llegar y sentarme, Leo me pide explicaciones, a las que respondo con una negación de cabeza. No es el momento de contarle nada sobre mi escapada. Ahora quiero centrarme en el otro vino y empezar a trazar con tranquilidad mi plan. De alguna manera, he de convencerla para que me deje quedarme en su casa el lunes. Y si para ello debo adaptarme a su ritmo, no vacilaré en hacerlo.

### *Marian*

Al sentarme, mi hermana me pregunta dónde me he metido tanto rato, por lo visto me he perdido las reacciones de la gente ante el primer vino. No obstante, se encarga de relatarme las felicitaciones que mi padre ha ido recibiendo de algunos comensales.

Sonrío al escucharla narrar con pelos y señales cada opinión, ante las que mis padres asienten, confirmando todo lo que mi hermana cuenta.

Me fijo en mi comida fría y pongo los cubiertos de la forma correcta para que retiren el plato, no siento hambre y comer algo frío es lo que menos me apetece.

Soy muy consciente del momento en que Arturo vuelve a entrar en la sala. No quiero que vea que aún sigo turbada por todo lo que ha sucedido en la terraza y por la idea loca que se le ha ocurrido; sé que es más que capaz de llevarla a cabo.

—¿Hace frío fuera, cuñada? —me pregunta Cayetano, casi en un susurro, y con una sonrisa traviesa.

—¿Perdón?

—Has venido acariciándote los brazos y con los labios hinchados. Además, hueles a colonia de hombre...

—¡Joder!

—¿En serio?

—En serio, ¿qué? —le susurro desconcertada.

—La ironía y tú no sois muy buenas amigas, ¿verdad?

Pongo cara de no entender nada, hasta que lo pillo... «¡¿Cree que vengo de enrollarme con alguien?! ¡Por dios...!»). Aunque pensándolo bien, si me dejo llevar un poco más no sé qué hubiese pasado.

Agacho la cara para que no perciba mi rubor. Todo es demasiado absurdo, y él, demasiado observador.

Mi cuñado sonrío al darse cuenta de que acabo de pillar lo que me ha querido decir, por eso le doy un empujoncito en el hombro para que no siga burlándose y me deje tranquila.

—Entonces...

—Entonces, nada —lo corto—. No ha pasado nada con nadie, solo he salido a tomar el aire, la emoción y los nervios me han podido.

—*Ejem...* Arturo Alquézar no es precisamente nadie.

Levanto la cara de golpe y hago un amago de darle un manotazo, cosa que él me impide. «¡Menos mal que mis padres y mi hermana se han levantado a saludar a más gente mientras sirven el segundo plato!»).

—Si te sirve de algo, a mí me gusta para ti. Es un tío serio, aunque un poco estirado. Nada que no se pueda solucionar con una de vuestras sesiones de pijamas entrañables. Ningún hombre puede resistirse a eso —termina, levantando sus cejas de una forma que me hace reír.

—No entiendo qué haces trabajando con aplicaciones y publicidad, cuando tu vocación es ser detective privado. Y para tu información, no ha sucedido nada, salvo que quiere el vino ahora que lo ha probado. Y el caso es que él es de los que no cambian, así que...

—No estoy de acuerdo con eso de que: «no es de los que cambian». Creo que das muchas cosas por sentadas con él. ¿Y si, en lugar de cambiar, él conociese otro tipo de vida que le llenase más? Eso no es cambio, es descubrimiento. A ti te pasó...

—Ya... La cuestión es que para descubrir tienes que buscar, y él, precisamente, no es de los exploradores. Todo calculado, milimetrado... — señalo, haciendo gestos con mis manos.

—Lo que me queda claro es que te gusta y le gustas.

—Atraer no es lo mismo que gustar.

—Bueno, a mí tu hermana me atrae, me gusta y me vuelve tan loco a veces, que no sé cómo soy capaz de centrarme en el trabajo.

Le sonrío con cariño, porque es un encanto.

—Tú amas a mi hermana, no es lo mismo.

—Sí. Aunque al principio ni se me pasó por la cabeza que fuese amor. ¿Entiendes? Pura atracción. Y eso es lo que vengo observando en vosotros. Él te busca, aparece en una fiesta de este tipo cuando yo no lo he visto nunca, se va de la sala, tú sales tras él... Marian, engáñate lo que quieras, igualmente es la realidad. Créeme, reconozco los síntomas. Y me gusta, andas desorientada y haciendo cosas que nunca pensé que vería en ti. Siempre he pensado que con lo cariñosa y afable que eres, tienes una vida demasiado bohemia o taciturna.

—Bohemia sí, taciturna no. Me he centrado en reconstruirla y he tenido mis cosas. Otro tema, es que no os hayáis enterado. Además, ¿qué hay de malo en que una mujer pase su vida sola? No necesitamos una pareja para ser felices o para realizarnos.

—Cierto. ¿Y si llega? ¿Por qué negarlo? ¿Por qué escapar de ello? Dale la oportunidad de que te conozca de verdad, sé valiente.

—Das por hecho que me gusta...

—A las pruebas me remito.

—Lo negaré ante cualquiera que ose insinuarlo...

El me guiña un ojo y dirige su atención en localizar a mi hermana. Sé de sobra que él no va a decir nada de esto a nadie. Por eso lo quiero tanto, porque es de esas personas que ven, callan y si tienen algo que opinar, te lo dicen directamente.

Cuando la divisa, saca su teléfono y escribe. Supongo que es algo privado entre ellos, sin embargo, mi hermana permanece tan centrada en que todo el mundo disfrute, que ni hace caso a su teléfono, a pesar de que lo lleva en la mano.

Al instante se levanta y con una sonrisa de disculpa: va a por su mujer. No me quedo sola, porque a la par, llegan mis padres. Mi madre parece eufórica por todos los halagos y mi padre más o menos lo mismo. Pese a su alegría, no se me escapa que resopla al sentarse. Gesto que suele hacer cuando está saturado, no es hombre de grandes eventos y este no va a ser diferente, aunque sea en su honor.

Levanta su copa y me hace elevar la mía para brindar. Una vez pruebo el vino, sonrío con el brillo del orgullo reflejado en sus ojos.

Mi madre se une al brindis, y con un leve movimiento de la mano, indica al jefe de sala que se sirva el segundo plato y, como no, el vino correspondiente.

Es la hora de la verdad.

Mi pequeño, mi niño mimado va a ser degustado. Ahora sí que no quiero perderme las reacciones del resto de comensales al probar *Nottingham*. Si les ha gustado el primero, este va a causar furor.

*Arturo*

La conversación en la mesa ha pasado a ser más distendida, salvo alguna indirecta sutil de mi padre y otras de Leo, todo permanece en calma.

Siento como mi teléfono, que llevo en el bolsillo interno de la chaqueta, vibra. No es que use mucho el aparato, sin embargo, ahora no hay nada que reclame mi atención, salvo la charla de mis compañeros de mesa, por eso decido atenderlo.

Lo saco y desbloqueo. Es un WhatsApp de Cayetano de la Hera. Extrañado, lo abro y me sorprendo al registrar el contacto de «Marian cuñada» con un breve texto que dice:

Cayetano: «Yo no te he dado su número, ¿queda claro?».

Yo: «Ok. Gracias».

No puedo evitar emocionarme al saber que ya poseo su teléfono. ¿Por qué me lo habrá enviado ahora?

Me inquieta que alguien como Cayetano de la Hera conozca mi debilidad por su cuñada; hombres como él no dan algo a cambio de nada. He buscado como loco el maldito teléfono durante una semana, y él defendió la privacidad de ella como un rottweiler, lo que me hace pensar en que se ha percatado de nuestra pequeña escapada.

Aun así, guardo el número en contactos y no puedo evitar ponerle el nombre de «ratoncito». Lo que antes era un mote despectivo, me doy cuenta de que ya es algo cariñoso para mí. Me asusta.

Inmerso en esos pensamientos, me percató como se acerca un camarero para servir el segundo vino de la noche. Este acompañará la carne.

Mis compañeros de mesa se lanzan a inspeccionar la botella nada más dejarla el camarero en la mesa.

—Un reserva... Ha hecho un reserva, Arturo —me avisa algo nervioso, Leo.

—A ver qué tal está...

—¿Lo sabías? Porque no te has alterado tanto como antes.

—Sí, me lo ha dicho ella. Mono varietal Cabernet Sauvignon. Ha apostado fuerte.

—Si me pinchan no sangro. Hay que tenerlos muy grandes para arriesgarte con algo así.

—Puede ser. Aunque me da la sensación de que más que arriesgar, ha apostado. ¿Lo probamos para saber si es mejor que el anterior?

—Arturo, puedo olerlo desde mi sitio —afirma mi padre, escudriñando la etiqueta con curiosidad, sin coger la botella—, percibo hasta el toque a pan de leña y a ciruelas.

No me tiene que decir nada, lo capto mucho más nítido que él. Además, ella ya me ha avisado de que lo mejor estaba por llegar.

Leo sirve cada copa con cuidado. Mi padre y el suyo lo examinan con mucha atención, él tarda un poquito más, aunque no se demora en probarlo. Yo espero, quiero ver sus reacciones.

No hacen esperar.

—Arturo, como no consigas estos vinos, te juro por lo más sagrado que te desheredo. ¿Qué te pasa? ¿Es que no te he enseñado nada? ¿Cuántas veces te he dicho que hay que probar en todos sitios? ¿Qué demonios ha pasado con la muchacha para que no quisieras probarlos?

Lo escucho sin alterarme, ya no soy aquel niño al que le afectaban sus reprimendas. Sí, me he equivocado con ella y con no querer probarlo, lo admito. Como también sé, que si los consigo, no será porque él me eche en cara las cosas, ya no. Mi paladar de catador y sumiller es mil veces mejor que el de los tres pares de ojos que esperan una respuesta mía.

Sin contestarles, tomo mi copa, llevo a cabo toda la parafernalia pertinente y lo pruebo. Es glorioso. Único, como ella.

Lo paladeo y lo saboreo, tomándome mi tiempo. Soy consciente de que esperan mi valoración, pero no pienso emitirla. La única que va a conocer lo que pienso al respecto va a ser ella. Por eso cojo de nuevo mi teléfono.

Yo: «Excelso. Ahora entiendo por qué decías que en Nottingham no eran pobres. Este vino está destinado a llegar a los paladares más exclusivos del mundo. Me gustan ambos, aunque este es el que marca la diferencia. Es la joya de la corona, el Santo Grial. No has podido hacer mejor trabajo».

Ratoncito: «¿Arturo eres tú? ¿Cómo narices has dado con mi número?».

Yo: «¿Eso es todo lo que te preocupa? Te digo que tu vino es una jodida maravilla y, ¿te preocupas porque haya conseguido tu número? ¡Vamos, Marian...!».

No me responde, así que levanto mis ojos del teléfono para encontrarla con el ceño fruncido.

No puedo evitar sonreírle. No por verla así de desorientada, sino porque es la primera vez que me siento orgulloso de una mujer que no es mi madre o mi hermana.

### *Marian*

No me va a dejar disfrutar ni un minuto de esta noche. No, no lo va a hacer. Aunque por otro lado me encanta que el vino le guste, confirma que no estaba equivocada.

Lo ignoro y guardo el teléfono en el bolso. Cojo mi copa y la alzo ante a mi familia, que responde con el mismo gesto. Tomo un sorbo, juego con un poco de vino en mis labios y medito mientras observo a las dos parejas que me acompañan llegando a una conclusión: él está poniendo mi vida patas arriba, lo que no puede evitar es que yo ponga la suya también. ¿Quiere aprender? ¿Quiere ver? Pues lo va a hacer, si el lunes es capaz de aparecer por mi casa.



## CAPÍTULO 15

### Manual y tradicional

*Arturo*

*E*l cumpleaños termina pronto para mí. Es hora de darnos un respiro a los dos. Beso a mi madre que me mira con extrañeza y abrazo a mi padre, que me susurra que «no pierda el tiempo para hacer lo que debo».

Por cosas como esa, es por lo que no me gusta vivir cerca de ellos o asistir a eventos juntos. Siempre hay un comentario, un consejo no solicitado, un toquecito para que arregle esto o lo otro... Supongo que eso es una característica inherente a todos los padres, lo que sucede, es que en mi caso es algo que no llevo muy bien. Nunca seré lo esperado.

Leo no me acompaña porque se queda con Jimena, por lo que doy por hecho que no va a aparecer por el hotel. Si de mí hubiese dependido, habría cogido a Marian y la habría invitado a acompañarme, no obstante, como bien dijo ella la noche del restaurante, todas las cosas llevan su tiempo, y para que ella acepte mi propuesta creo que lo mejor es que le dé margen hasta el lunes.

Sigo andando de camino al hotel y levanto las solapas de mi abrigo para resguardarme del frío. Diciembre anda a la vuelta de la esquina y los primeros indicios ya se notan. Escondo mi rostro en el abrigo e inspiro, sigo oliendo a ella.

Su aroma hace que evoque su imagen en mi mente. No la de la mujer enfundada en un vestido regio. No. Evoco la imagen de esa misma mujer con las mejillas arreboladas y la respiración entrecortada a causa de mis besos y de mis caricias.

Paseando de noche por las calles de Madrid y con su olor acompañándome, me siento solo por primera vez. Me encantaría llevarla pegada a mi cuerpo mientras me enseña las calles que no conozco de su ciudad.

Llego antes de lo previsto al hotel y agradezco el calorcito, aunque no me gusta la sensación de verme de nuevo solo en la habitación, y más, sabiendo que ella no está lejos.

### *Marian*

Se ha marchado y noto otra vez la misma sensación que la noche de la discoteca. Vacío.

Jimena, una vez termina el postre, viene a por mí y de un tirón me lleva a la zona que han habilitado para tomar las copas y como pista de baile.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta con un deje de ansiedad—. ¡¿Quién iba a pensar que aparecerían aquí?!

—Bien, no te preocupes. Sorprendida como tú, nada más.

—Los han probado. Leo no ha parado de preguntarme por el teléfono cosas a las que yo no sé responder.

—Me imagino. Para Arturo ha sido igual. Además, ha entendido que yo no quería aprovecharme de él y que tú solo intentabas ayudar.

—Eso es bueno, ¿no?

—Supongo —contesto levantando mis hombros—. Con él nunca se sabe.

—Vuelves a comportarte de forma extraña. Cuando está cerca, te cierras como una ostra. Deberías estar pletórica por la reacción de la gente con el vino y mírate, desubicada de nuevo.

—No es solo por él. Es por todo. Me conoces bien, así que no he de explicarte que los saraos no son lo mío. Si a eso le sumas lo del vino, y a él, entenderás que lo que realmente sucede es que me encuentro agotada.

—Marian, asúmelo. Él te vuelve loca.

—Mucho. Ya hemos hablado de ello. Aunque ahora la situación se complica, porque quiere el vino y yo no quiero vendérselo. Me ha propuesto que le enseñe cómo vivo, el trabajo en la viña, la bodega... Solo quiere ablandarme, ¿entiendes?

—¿En serio? ¡Ja, ja, ja, ja! No aguanta ni dos días...

—No lo subestimes...

—¿Necesitas mi opinión o ya has tomado una decisión?

—Ya la he tomado, aunque me interesa saber lo que piensas.

—Te lo dije el otro día, haz que te vea.

—No he de demostrarle nada, Jimena. Y menos ahora, que ya conoce que hago cerámica y un vino decente. Si lo dejo entrar, es para que entienda que es el resultado del trabajo de mucha gente, durante mucho tiempo y con mucha dedicación.

—Eres consciente de que eso conlleva que te conozca, ¿verdad? ¿Cuentas con ello?

—Sí, y es la parte que me tiene más tranquila. A él no le interesa Marian, quiere lo que quiere, y para ello cree que conociendo el proceso va a conseguir su objetivo. No hay más.

—Pues solo resta ver lo que va a pasar y me muero por ser testigo. Al menos sé que Leo se queda por aquí un tiempo más.

—Y solo. Arturo quiere quedarse en mi casa.

—¡Venga ya! ¿Eso te ha propuesto? Marian...

—Es una locura. Y sí, soy consciente de que, ni por asomo, debería dejarlo cruzar la puerta, pero quiero verlo en un contexto que no es el suyo. Ver cómo reacciona.

—*Uhm...* no me convence tu explicación, aunque ya eres mayorcita. Lo único que te puede pasar que es te haga papilla emocionalmente. ¡Ay, sí ya lo ha hecho! —exclama irónicamente—. Aunque, por otro lado, puedo entenderte. Te gusta y se te ha presentado la posibilidad de estudiarlo de cerca, aprovéchalo.

—¡Jimena! —la reprendo con una sonrisa.

—¿Qué? Si alguien puede descongelar ese corazón, esa eres tú. ¿Si no? ¡Eso que te llevas!

Me tapo la boca para no reírme a carcajadas, ella lo lleva todo al lado práctico. Doy la conversación por terminada al ver que se acercan unos amigos de mis padres a saludarme. Y no son los únicos, a lo largo de la noche un rosario de personas me para o me dirigen gestos de aprobación. Por extraño que parezca, me da lo mismo. Sé que muchos de ellos me han tildado de loca y no pensaban que conseguiría sobrevivir a mi decisión, por lo que su aprobación me importa bien poco.

Bailo y disfruto con mi familia durante el resto de la noche, a pesar de eso mi cabeza sigue con el hombre que se ha ido, si por mí hubiera sido, me habría enganchado de su brazo para perdernos por las calles del Madrid de los Austrias.

## *Arturo*

El día de ayer se me hizo eterno. Todo un domingo para darle vueltas a la cabeza, pensando en lo que me voy a encontrar cuando llegue a casa de Marian.

Leo cree que es una locura irme a su casa. Y lo es, de principio a fin. También se ha reído en mi cara, cosa que me ha molestado, aun así, no puedo reprocharle sus comentarios; me encanta la idea de pasar tiempo solos, por lo que no le presto mucha más atención.

No creo que ni él, ni Jimena, ni la misma Marian, entiendan el porqué de todo esto. Evidentemente, es por el vino. Lo que nadie sabe, es que Marian me incita a sacar una parte de mí que llevo escondiendo durante años. Ella lleva razón: en teoría conozco todo el proceso del vino, lo he visto cientos de veces, en una fase, en otra... aunque siempre como espectador, nunca como parte activa del proceso. Por eso se me ocurrió la idea. Si además le sumas que ella tiene lo que llevo un mes buscando, y que un día sin ver sus ojos es un suplicio, ni me planteo otra alternativa.

## *Marian*

Sentada en el porche, me tapo con la manta y cojo la taza de café calentito al tiempo que observo cómo se va aclarando la mañana.

Hoy es de esos días en los que el sueño puede conmigo después de un fin de semana tan movidito. Dado que hay mucho por hacer y que Arturo no tardará en aparecer, no me ha quedado más remedio que levantarme. No me ha avisado, aunque reviso el móvil por si acaso y no hay nada. No lo suelto, si no que busco en mi aplicación de música algo para que me ayude a terminar de espabilarme. Rag'n'Bone Man y su canción *Human* me sacan del semiletargo.

No he dado el segundo sorbo a mi café cuando el todoterreno de Arturo aparece por el camino. Tapada hasta el cuello, observo cómo aparca y se baja del coche. «¡Dios, qué hombre! ¿Alguna vez dejará de afectarme de este modo?». Mi corazón late desbocado.

Él no se anda con rodeos, directamente sube los escalones para llegar hasta el porche y cuando ya se encuentra junto a mí, coge la cafetera y la taza que hay sobre la mesa y se sirve un café.

Una vez que lo tiene, se sienta en el otro sofá, estira y cruza las piernas encima de la mesita y me dedica una mirada que podría descongelar el polo

norte.

—Buenos días. Esa canción es un temazo —suelta como único saludo.

—Tú, como en tu casa... —replicó de forma irónica.

—Me siento así aquí. Gracias por el café. ¿Hay un buenos días para tu nuevo empleado?

—Así que es verdad que quieres venir a trabajar al campo...

—¿Buenos días?

—Buenos días —resoplo al escucharlo demandar mi saludo.

—¿Creíste que no aparecería? —indaga, con un deje de curiosidad insana.

—Ni por un momento. He puesto una taza para ti, ¿no?

—Bien...

—¿Eres consciente que no vienes de visita? ¿De que no voy a mimarte como hacen en todas las bodegas? Si vienes conmigo, serás uno más.

—Espero que así sea —responde tajante.

Asiento con la cabeza y doy un sorbo al café que se ha quedado frío, intentando no dar importancia a lo que siento al verlo de nuevo aquí.

Guardamos silencio mientras suena Survivor, interpretando *Burning Heart*, entonces me percató de que sigue la letra de la canción. Es más, le gusta.

—¿Sueles escuchar este tipo de música, Arturo?

—Sí. Cuando salgo a correr o conduzco. Me sorprende tu elección después de la del otro día.

—¿Escuchas siempre lo mismo? —pregunto, alzando una de mis cejas.

—Casi siempre los mismos estilos, aunque no los mismos grupos.

—Uhm...

—¿Eso significa...?

—No significa, te define.

—¿Y sacas algo en claro?

—Que tienes un lado escondido que a veces dejas libre, como cuando eliges la música que escuchas.

—¿Psicóloga?

—Observadora, no lo olvides.

—¿Y qué dice de ti la música que escuchas?

—No sé, dímelo tú.

—No te guardas nada. Escoges la música por emociones.

Sonríó y le guiño un ojo, porque es así.

—Vamos psicoanalista, que se nos echa la mañana encima. Seguro que

Ángel ya anda por el viñedo.

—A sus órdenes, señora —responde con sorna—. ¿En tu coche o en el mío?  
—En el mío.

### *Arturo*

Se levanta y se desprende de la manta con la que se ha resguardado. Va vestida para el campo. Botas iguales a las mías, ropa térmica y el pelo recogido en una coleta.

Veo que mete la cafetera y las dos tazas en la cocina. Después recoge una mochila, su chaqueta y un termo.

Cuando sale, ya tiene las gafas de sol puestas y ha sacado las llaves del coche además de las de la casa para conectar la alarma.

Me pongo en marcha, bajo al coche y también recojo mis cosas. Antes de que me dé cuenta aparece su todoterreno a mi lado y me invita a que suba.

Se pone en movimiento en cuanto me coloco el cinturón y dejo las cosas a mis pies. Ya en el camino, ajusto mis gafas de sol y le pido permiso para poner algo de música.

Asiente y sigue con la vista clavada en el camino.

*I want it all* de Queen inunda el habitáculo del todoterreno y a mí se me eriza el vello de la nuca. Ella, de repente, comienza a cantarla y a mover la cabeza al ritmo de la canción como si hubiese entrado dentro de ella. Se da cuenta de que la observo y sonrío, no se detiene sino que me da un golpecito en el hombro para la que la acompañe.

Niego con la cabeza, yo no soy de los que cantan en público ni en privado. Vuelve a darme, en esta ocasión más fuerte. Tanto, que me quedo asombrado.

Al ver que no reacciono como ella quiere, para la reproducción y me grita:

—¡No me digas que te da vergüenza cantar!

—Sí, mucho.

—¡Mientes!

—¿Qué?

—¡Qué mientes! Sí que te gusta cantar a voz en cuello. Y sé que te alucina Queen. Todavía recuerdo que Leo y tú os pasasteis una tarde enterita cantando esta misma canción en la habitación del hotel cuando visitamos la estación de Navacerrada. ¿Con que edad fue esto? ¿Trece o catorce? —pregunta—. Yo tenía examen de inglés después de ese puente de diciembre y estudiaba en la

habitación de al lado. Los demás bajaron a esquiar, no así vosotros, que preferisteis quedaros allí haciendo el indio y molestándome. Así que no me vengas con historias...

—¡Joder, Marian! ¿Cómo recuerdas eso?

—Ya te lo he dicho, me jorobasteis a base de bien. Además, suspendí por vuestra culpa. Como para olvidarlo... Y mira por donde, años después es casi un himno para mí.

—Un himno a la ambición. «Lo quiero todo...».

—No. Es un aviso para que vivamos la vida que queremos vivir, haciendo aquello para lo que sabes que has venido a este mundo. La llevo escuchado cada día durante seis años para no olvidar que hay que oír al corazón y hacer caso a las señales que nos dicen por dónde debemos ir. Que no debemos desaprovechar las oportunidades que se nos brindan para tomar las riendas de nuestro camino. Y es un toque de atención para toda esa gente dañina. Es un: «No señores, yo he venido aquí hacer esto y lo voy a conseguir pese a lo que creáis vosotros». El éxito no es llegar a lo más alto, el éxito es hacer aquello que te hace feliz y, encima, petarlo —explica con emoción.

Callo ante la vehemencia con la que ha expuesto su punto de vista. Sabe lo que quiere y lo hace sin importarle lo más mínimo lo que pueda pensar el mundo.

Vuelve a darme un toque en el hombro para que la acompañe, y esta vez, lo hago. ¿Quién me va a ver salvo ella? Abro mi ventanilla para que el aire me dé en la cara, aunque el frío me corte la respiración y me uno a dúo con la mujer que va conduciendo.

Grito y río, mientras cierro los ojos y me abandono a la música.

«¡La sensación es brutal! ¡Es lo que se siente cuando haces lo que te da la real gana!».

El viaje hasta el viñedo ha sido el más catártico de mi vida. No recuerdo la última vez en la que me sentí así: fuera de control, libre.

Nada más llegar, divisamos a Ángel que nos espera a las puertas del viñedo y que se extraña porque aparecemos juntos. Me aguanto la risa, porque el chaval parece el perro guardián de Marian. Y lo entiendo, su familia la adora y ahora, después de lo que hizo por Luis, más.

—Buenos días, ¿cómo van las cosas en casa? —saludo y le pregunto, nada más bajarme del coche.

—Buenos días, Arturo. Bien, mejor de lo esperado. Gracias por preguntar y preocuparte estos días. ¿Qué haces aquí?

—Es largo de explicar, vamos a dejarlo en que voy a intentar echar una mano en los próximos días con la poda. Y desde ahora, te aviso de que tendrás que enseñarme cómo funciona la maquinaria, ya que no lo he hecho nunca.

—Nada, Ángel. Ni caso. Lo que no te cuenta es que ha probado los vinos y los quiere. Y como sabe que me voy a negar porque no tiene ni idea de lo que ha costado llegar a producirlos, se ha ofrecido a conocer cómo es el trabajo para ablandarme —relata la muy bruja, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y tú has accedido a ello, Marian? —pregunta, observándonos alternativamente, con cara de no entendernos a ninguno.

—Sí, ¿no te agrada la idea de ver cómo va a quedar después de un día de poda manual? —confiesa ella con una carcajada.

Al escuchar esto, Ángel le devuelve gesto.

—Esperad los dos... ¿Cómo que poda manual? ¿Si la viña es de espaldera, cómo vais a podarla a mano? —interrogo, esperando que no se me note la alarma en mi voz.

—Claro, la parte de Merlot en que las vides van colocadas en espalderas se suele utilizar la maquinaria. Y la parte de Cabernet es en vaso y eso nos obliga a podar manualmente. Aunque siempre damos un repaso manual también a la otra sección —explica el muchacho, como si fuese algo obvio.

—¿En vaso? ¿Tienes cepas en vaso? —me dirijo esta vez a Marian.

—Así es. Como no has visto el viñedo entero, es normal que te sorprendas. El antiguo propietario lo distribuyó así y lo he mantenido. Creo que, aunque más trabajosa a la hora de la poda y la vendimia, y pese a que este tipo de plantación es menos inmune a las plagas, la calidad de la uva es mejor que en espaldera. Además, me gusta lo artesanal, lo manual —aclara.

—Me sorprende que siendo un viñedo relativamente nuevo lo distribuyese así. Armaos paciencia —adviento.

Ellos se miran y se lo dicen todo. No creen que dure más de un día. Y ahora, al saber lo que se me viene encima, empiezo a dudar yo también.

Pocos minutos después andamos entre las vides ya sin hojas y no puedo evitar asombrarme de la extensión de la plantación. Como ya advertí el día de la visita al viñedo de Samuel Ledesma, es enorme.



Camino tras ellos escuchando atentamente la conversación que mantienen; observo como ella tiene las mejillas arreboladas por el frío, le brillan los ojos y se para a tocar con mimo algunas de las cepas, es un espectáculo andante.

Recorremos toda la finca sin prisa y cotejando todo. Hasta que ella se vuelve a parar frente a una cepa impresionante, que está en la parte más alta de la finca, en la zona de Cabernet. Se agacha, acaricia uno de sus brazos y le susurra algo que no logro oír, un comportamiento que me hace verla con otros ojos. «¿Le habla a la planta? Esta mujer es capaz de romperle los esquemas a cualquiera».

Al notar que la observamos, se levanta, se sacude las manos en los pantalones, y prosigue sin decir una palabra.

Ángel me indica que guarde silencio sobre lo que acabo de presenciar. No hace falta que me lo sugiera, no pensaba hablar. Creo que ese momento resume a la perfección lo que esto es para ella. No solo se trata de hacer vino, va más allá. Está unida a esta tierra por sentimientos y, sobre todo, a esa planta en especial. No hay que ser un lince para darse cuenta.

El recorrido termina casi dos horas después. Ya en la zona de bodega, ella va a por el termo que ha traído y nos sirve un café a los dos.

Lo tomamos en silencio y reparo en que parece meditativa.

—¿Qué opinas Ángel, empezamos mañana mismo? Hay personal de sobra y cuento con que los días del puente la gente alterne para que puedan rotar en descanso y no haya paros. He revisado la previsión del tiempo y no se espera ni una humedad excesiva, ni lluvia. También sería aconsejable dejar las zonas umbrías para más adelante. No me quiero arriesgar a que surjan problemas.

—Opino lo mismo y ya sabes que mi padre te lo aconsejaría también.

—¿Por qué tanta prisa? Sí, las temperaturas han descendido. A pesar de eso, hasta enero hay tiempo de sobra. ¿Las vides ya reposan? ¿Les habéis dado el tiempo suficiente para mandar todas las reservas dónde debe?

—No se trata de prisa, Arturo. El año anterior la poda fue más tardía, vamos alternándolas. Hay que tener en cuenta que el frío se ha adelantado y las plantas ya llevan varias semanas deshojadas. Diciembre tiene fiestas, por lo que algunos días serán de paro obligatorio. Y el que no haya lluvias ni humedad previstas, parece cosa de magia en este tiempo. Además, todo esto sin contar que habrá partes que no se toquen por la orografía; como ya le he dicho a él, no quiero arriesgarme que haya hongos en las heridas de la poda en las plantas de las zonas más húmedas. Lo que significa, que nos meteremos en

enero y es ahí, cuando es posible encontrar un clima aun peor. Y en febrero suelen empezar a subir las temperaturas del suelo y con ello llegará el lloro a finales de mes, lo que significa que las plantas despertarán de su letargo. Por eso he decidido programar la poda un poquito antes. ¿Entiendes? Es un viñedo grande y no me aventuro a llegar a la primavera con las cosas sin hacer —me explica, dándome una *masterclass* sin proponérselo.

—Sí, perfectamente. Doy por hecho que hacéis una poda en verde, ¿no? ¿Has sufrido heladas en primavera?

—Efectivamente. Y la respuesta a lo de las heladas es no. Por suerte. El desarrollo vegetativo aquí se produce entre abril y mayo. Es cuando miramos con lupa todos los brotes, asegurándonos de que son lo suficientemente perceptibles como para escoger bien los que nos interesa quitar. Por lo general, no lo hacemos demasiado pronto, para intentar evitar las heladas primaverales. Porque si no, no nos quedaría otra que volver a formar la cepa y al año siguiente tendríamos que empezar todo de nuevo. Y es un lujo que no me puedo permitir —confirma ella.

—Si dejásemos crecer esos brotes, sabes que la vid dividiría su capacidad entre los racimos de las yemas y los brotes nuevos. Y estos últimos, suelen ser de calidad baja y no maduran igual. Además, no limpiarla ayudaría a que en el interior de la cepa se condense más humedad, menos aire y menos sol. Y eso, sin contar que pueda llegar una plaga —termina de explicar Ángel.

Ante sus argumentos asiento. Lo tienen todo milimétricamente calculado y eso no deja de asóbrame de nuevo. Yo, que la he llamado niñata que juega a hacer vino, he de tragarme mis propias palabras al darme cuenta de que una cosa es conocer los procesos y otra cosa es saber cómo y cuándo aplicarlos. Y ella acaba de demostrarme que entiende sobre esto cien veces más que yo.

Tras tomar la decisión, Marian da la orden y Ángel se pone en marcha para movilizar a todo el mundo.

Es el momento que ella aprovecha para enseñarme las instalaciones, sin aspavientos ni tonterías, solo para que sepa por dónde me voy a mover estas próximas semanas. Sus instalaciones son increíbles, con su ya habitual toque rústico y moderno que me hace sentir tan cómodo.

## CAPÍTULO 16

### Risas y juegos

*Marian*

*L*a vuelta a casa es tranquila. Arturo va pensativo y creo que algo preocupado por lo que se le viene encima. Me alegro, esto es el campo, esto es trabajar la tierra. No es un juego y creo que comienza a entenderlo.

Lo observo de reojo y veo que toquetea su teléfono. Al instante, escucho la voz de mujer que responde al otro lado de la línea ya que él ha puesto el manos libres.

—¿Dónde te has metido toda la mañana? ¿Alguna vez vas a atender mis llamadas? ¿No te da pena de mí?

—Gina, deja de dramatizar. Solo estás embarazadísima y yo no tengo la culpa de eso.

Suelto una risotada al escuchar la respuesta.

—¿Acabo de escuchar a una risa femenina? ¿Por eso no me has cogido el teléfono?

Vuelvo a reír, aunque esta vez más fuerte.

—Arturo, dime que la señorita que va contigo no se ríe de mí...

—Me río contigo. ¿Cómo va esa barriguita, Gina? —le pregunto en actitud cariñosa.

—¿Marian? ¿Marian Herranz? ¿Eres tú?

—La misma. Y oye, por mí sigue dándole cera a tu hermano, no hay ningún problema con eso.

La escucho reír al otro lado del teléfono, mientras que Arturo voltea los ojos al escucharnos hablar.

—Así que el señorito lleva toda la mañana desconectado porque anda contigo... ¿Hay algo que deba saber?

—¿Aparte de que se ha instalado en mi casa y me está haciendo la vida imposible?

—Espera, espera, espera... ¿Cómo que en tu casa? ¿Y Leo? ¿Y qué te ha hecho el tontorrón?

—Por partes, Gina... ¡Que te embalas! —comenta él, molesto.

—Silencio, que no hablo contigo.

No me queda otra que morderme la lengua para no soltar otra carcajada.

—Tranquila, que no quiero que te alteres en tu estado. A ver... Hacer, lo que se dice hacer, pues lo de siempre. ¿Acaso es capaz de no cagarla? No. Pues eso... Leo sigue en la casa que tu hermano alquiló cerca de la mía. Y no te preocupes por él, que Jimena lo entretiene muy bien.

—¿Marian?

—¿Sí?

—¿He entendido bien? ¿Leo y Jimena juntos? ¿Por eso mi hermano se ha mudado a tu casa?

—Nooooooo. A ver cómo te explico yo esto... —respondo, procurando no reírme de nuevo al escuchar sus conjeturas—. Esos dos locos sí andan juntos. Y no, no han echado a tu hermano de casa. Él solito me ha pedido asilo, porque como ya te he comentado, la ha cagado. Y ahora quiere enmendar el error.

La siento reír a carcajadas y me río yo también, procurando no ser demasiado escandalosa, ya que Arturo me mira con ganas de asesinarme.

—Por favor, cuéntame que es lo que ha hecho y cómo se lo vas a hacer pagar. Dame algo bueno para que pueda sobrellevar lo que me queda de enclaustramiento.

Me recompongo como puedo y le contesto.

—Ya sabes la animadversión natural de tu hermano hacia mi persona y no creo que me equivoque al pensar que conoces lo que él pensaba sobre mí y Jimena cuando nos encontramos la semana pasada, ¿verdad?

—Sí, algo sé. Ha metido la pata hasta el fondo, ¿no?

—Efectivamente. A eso, súmale que el viernes probó mi vino y ahora lo quiere. Y como entenderás, no me hace mucha gracia vendérselo. Seguro que tu madre te ha puesto al tanto de todo el asunto.

—Sí, ya me ha contado que tus vinos son la leche, que se te ve feliz y que cuando viste a Arturo en la fiesta no te pusiste muy contenta.

—Buen resumen, Gina. ¿De verdad te he llamado para esto? —interrumpe

él.

—Si tu no me cuentas las cosas, deja que ella lo haga. Haznos un favor.

—Voy a colgar en tres... dos...

—Hazlo si quieres. Al decirme mamá que los vinos eran maravillosos, le he pedido a su madre el teléfono. Así que por mucho que me cuelgues, hablaré con ella quieras tú o no.

Sonríó ante el tono seguro con el que le contesta. Se nota que ella quiere a Arturo, aunque lo haga rabiar.

—Haya paz... Gina, llámame cuando quieras, siempre que sea por la tarde. A partir de mañana empiezo la poda y libraré por las tardes. Ese es el motivo por el que tu hermano se ha instalado en casa, me va a ayudar en la poda. O al menos eso dice...

—¡Estás de coña! —grita.

Vuelvo a reír.

—No. Te lo acabo de decir. Él me ha pedido conocer todo lo que hay detrás de mis vinos porque ese es uno de los motivos por los que no quiero vendérselos.

Las carcajadas se pueden escuchar en todo el habitáculo del coche. Tanto es el alboroto, que sentimos como Carlos, su marido, entra en la habitación para preguntarle si le sucede algo.

Ella, muerta de risa, no puede ni contestarle. Así que es Arturo el que le habla y lo tranquiliza.

—Carlos, no te preocupes, que lo único que le sucede es que se está desternillando a mi costa.

—¡Ey, Arturo! ¿Dónde andas metido? ¿Todo bien?

—Todo le va muy bien, amor. Tanto, que mañana va a podar la viña de Marian Herranz —le revela Gina a su marido entre carcajadas.

La situación es surrealista y yo tampoco puedo parar de reír.

—¿Cómo es eso? —Quiere saber Carlos, desconcertado.

—¡Se acabó! Oye Carlos, mañana te llamo y te doy instrucciones de los envíos que llegarán en unos días. No sé cuándo voy a volver. Y a estas dos, ni caso. Desde luego, no sé cómo se me ha ocurrido llamar...

—¿Dos? ¿Qué dos? —pregunta el cuñado, nuevamente desconcertado.

—Hola, Carlos. Arturo habla de mí —saludo.

—Y tú eres...

—Marian Herranz

—¡Marian! ¿Cómo va todo? Hace mucho que no nos vemos, pero en los últimos días hemos escuchado hablar mucho de tu familia y de ti. Y cosas muy buenas...

—Gracias, muy bien. Me alegro de escucharte y de que hayas oído cosas buenas. Enhorabuena por lo que viene en camino, en nada celebráis vosotros.

—Gracias. Esperamos que después de todo lo que Gina lleva pasado, la recta final vaya fenomenal.

—Ya verás como sí. Se lo comenté a tu suegra el viernes, tenemos unos profesionales estupendos que van a hacer que todo vaya como la seda, ya veréis.

—Me alegra mucho escucharte con esa confianza, nos viene muy bien. Y oye, ¿cómo es que mi cuñado ha acabado en tu viñedo y ayudándote en la poda?

—Estamos llegando a casa y es una larga historia, así que es mejor que te la cuente tu mujer. Me ha alegrado mucho escucharte.

—Igualmente. Y Marian... esperamos verte por aquí cuando nazca el pequeño.

—Me gustaría un montón. Un besazo —me despido.

—Marian —me llama Gina—. Esta conversación no acaba aquí. Quiero todos los detalles de Leo y Jimena, y sobre los avances del podador —exige, empezando a reír de nuevo.

—Descuida, te mantendré informada. Me ha alegrado mucho hablar contigo después de tanto tiempo. Y cálmate, que no quiero cargar sobre mi conciencia el alterar a una embarazada.

Tras esto, Arturo se despide de manera brusca y corta el teléfono justo cuando entro en el patio de casa.

### *Arturo*

En cuanto apaga el motor del coche me desabrocho el cinturón de seguridad y me giro para mirarla. La muy puñetera se lo ha pasado pipa a mi costa, de hecho, todavía sigue aguantándose la risa.

—Te lo has pasado muy bien... —afirmo con voz sibilina.

—Mucho. Arturo trescientos, Marian uno. Aún me queda para equiparar la cuenta. ¿No te parece? —dice, alargando el brazo para coger sus cosas del asiento trasero.

—¿Crees que puedes reírte de mí así y que no haya consecuencias? —Dejo caer, observándola como un depredador.

Noto cómo se le acelera el pulso al escuchar mi advertencia velada y mi gesto. Verla reír y bromear con mi hermana me ha hecho vislumbrar lo que pueden llegar a liar y, por mucho que me cueste admitirlo, me ha encantado pensar en la situación.

Esta divagación me distrae hasta tal punto, que no me percató de que ha salido del coche y corre hacia la casa. Por lo que abro mi puerta a toda prisa, salto del coche y corro tras ella. Acelero para alcanzarla porque ya ha introducido la llave en la cerradura. No le da tiempo a abrir. Impacto contra ella que chilló, pero sigue riéndose. Le doy la vuelta y se tapa para que crea que no se está descojonando.

Hago un gesto de negación con la cabeza y le retiro el brazo mientras la tengo aprisionada con mi cuerpo. Cuando le veo la cara, hasta yo no puedo evitar sonreír. No encuentro el más mínimo atisbo de vergüenza y eso me hace desearla aún más.

El jueguito de la cacería ha despertado al animal que hay en mí y ahora va a ser difícil calmarlo. Durante unos segundos la observo con los ojos entrecerrados, quiero que sea consciente de que no me voy a contener. Y para mi sorpresa, es ella la que me regala una mirada velada y me sonrío mordiéndose el labio.

No espero más, la cojo por la nuca, la acerco para unir sus labios a los míos y los devoro sin compasión. Ella no se echa atrás, si no que levanta la cara para que pueda besarla mejor. Siento cómo tira al suelo lo que llevaba en la mano y se aferra a mi pelo de igual manera.

Le suelto el cuello y de un movimiento la alzo, instándola a que enrosque sus piernas alrededor de mi cintura. No duda ni un segundo, aprovechando el momento para besarme ella a mí. Y esta vez me dejo, no pienso huir. Me importa una mierda lo que venga después.

La apoyo contra la puerta y abandono su boca para besarle el cuello. Es en ese momento, cuando la alarma empieza a sonar y nos saca de la burbuja.

Finalizo el beso en el acto y suelto un improperio, ella solo atina a dejarse caer en mi hombro y a reír pegada a mi cuello.

—Dame un segundo para que la desconecte —demanda con la voz ronca.

Hago lo que me pide antes de que los aullidos de la alarma nos dejen sordos.

Se da la vuelta y mueve la llave que se ha quedado metida en la ranura, entra y toquetea un pequeño panel que hay situado a un metro de distancia.

—Ve a por tus cosas —me ordena.

Ante esta disposición le hago un gesto de negación.

—Tienes tres minutos para sacar tus cosas del coche, si quieres que deje la puerta de mi habitación abierta —me avisa.

Y ahora soy yo el que sonrío. «¿Quién me iba a decir que el ratoncito escondía este lado juguetón?».

Accedo a regañadientes. Y cuando entro y cierro la puerta, ya no se encuentra en el salón.

Con la maleta en la mano me dirijo a la escalera y subo los escalones de dos en dos sin saber muy bien hacia dónde debo ir, ya que no he visitado esta parte de la casa, detalle que no me detiene. Avanzo por el pasillo hasta que veo que la puerta de una de las habitaciones abierta y escucho a Nina Simone interpretando *Feeling Good*.

Dejo caer la maleta de cualquier manera en el suelo y trago saliva para infundirme algo de valor. Parece que es la primera vez que voy a hacer el amor con una mujer. No, no me engaño. No es por lo que va a suceder, sino con quién.

Atravieso el umbral y no puedo evitar que mi corazón lata frenético ante lo que descubro frente a mí.

La encuentro sentada con los brazos apoyados sobre el respaldo de una silla que hay situada junto al tocador. Viste una camisola blanca, lleva el pelo despeinado, le brillan los ojos y sus labios están hinchados por mis besos.

Camino con cautela hacia ella y me sonrío desafiándome.

—¿Te has perdido para tardar tanto? —señala de manera pícaro.

No le contesto, no me salen las palabras. Me limito a seguir avanzando hasta ella y giro la silla para ver el espectáculo completo. Confirmado, no hay nada debajo de esa camisola.

Me arden las manos por tocarla, pero cuando voy a hacerlo, se levanta y se sitúa a mi espalda, dominando por completo la situación.

—Señor Alquézar, aquí hace mucho calor y lleva demasiada ropa puesta —susurra—. ¿Puede usted solucionar ese pequeño detalle?

Sonrío. Esta mujer va a acabar conmigo. Hago lo que me insinúa y comienzo a bajarme la cremallera de la sudadera. Me la quito, quedándome en camiseta de manga corta y vaqueros.



Ella pasa un dedo por mi espalda y lo baja hasta la cinturilla del pantalón, aunque esta vez no le hago caso y me saca la camiseta por la cabeza y la tiro al suelo.

La escucho soltar una risita y sin que lo espere, me giro, la vuelvo a levantar en brazos y la beso.

Ahora no hay recelos ni alarmas que impidan que terminemos lo que empecé hace tantos años en aquella maldita biblioteca.

Con ella en brazos, me muevo por la habitación hasta dejarla tumbada en la cama mientras yo me quedo de rodillas encima de esta. Esos ojos verdes que me vuelven loco, me observan con anticipación. Por fin la tengo y ya no soy un niño.

Al inclinarme para besarla, tira de mí y me tumba sobre ella sin darme opción a que me pueda separar. Me rodea la cintura con las piernas y me muerde el labio inferior, demandando más acción de la que le doy. Eso me excita y le sonrío provocador.

—Sigue con demasiada ropa, señor...

—No soy señor, soy Arturo. Y si te molestan mis vaqueros, ya sabes...

No termino de decir la frase cuando noto sus manos desabrochándose el botón de cierre. Ahogo un gemido al sentir su roce y la paro. Si seguimos con este juego no voy a ser capaz de hacer mi trabajo.

Me incorporo hasta ponerme en pie. Sin dejar de mirarla me saca las botas y los calcetines, para bajarme los pantalones y los *bóxers* al mismo tiempo. De una patada me deshago de todo y me quedo como Dios me trajo al mundo.

### *Marian*

Tanta anticipación ha hecho que me muera por sentirlo. Él no imagina lo que supone para mí poder tenerlo después de tantos años.

Me incorporo sobre mis codos y con mi dedo índice le hago saber que lo quiero conmigo, no de pie. No es necesario repetirlo una segunda vez, en un abrir y cerrar de ojos está sobre mí, besando cada parte de mi cuerpo.

La sensación es única. Cada roce, cada caricia, cada beso, es como si miles de descargas eléctricas atravesasen mi piel. Me aferro a su pelo hasta que la necesidad hace que baje la mano para guiarlo hasta mí.

Gemimos al unísono. Unos segundos después, comienza a moverse con lentitud, disfrutando y permitiendo que me haga a su invasión. Perdida en el

momento, cierro los ojos.

—Ábrelos, Marian. Míranos.

—Arturo... —gimo.

—Eso es, soy yo. Por fin —declara con los dientes apretados.

Es entonces cuando aumenta el ritmo, dejándome claro que no va a cesar hasta mi capitulación. He despertado al Arturo que yo sé que esconde, este no es el indeciso que ha entrado en la habitación. Este sí es mi chico bravucón de dieciséis años convertido en hombre.

En un giro inesperado para mí, para y nos voltea colocándose encima de él, cediéndome el control. Me inclino para acariciarle el pelo y la barbita, él cierra los ojos y tiembla ante ese contacto. Pega más su cara a mi mano y constato lo que ya sospechaba: el otro día se asustó de mis caricias.

Uno mis manos a las suyas por encima de su cabeza y le beso. Es un beso muy diferente, porque empiezo a moverme al mismo tiempo. Gime en mis labios, y al igual que él, no me detengo hasta que ambos nos deshacemos en pedazos.

## CAPÍTULO 17

### Frío y calor

*Arturo*

No puedo moverme con ella encima, ni quiero. Me quedaría toda mi vida así, con ella entre mis brazos y ajenos al resto del mundo. La aprieto un poquito más, me gusta mucho la sensación de intimidad y tranquilidad que reina entre los dos.

Noto como su respiración se va regulando a medida que pasan los minutos igual que me sucede a mí. Ha sido intenso, diferente. Levanto la vista al techo abuhardillado y sigo las formas de la madera. Ahora entiendo el olor que la acompaña, la rodea por todas partes.

*Marian*

Acabo de descubrir que entre sus brazos, es mi nuevo lugar favorito en el mundo.

Me muevo por necesidad, que no por ganas. Siento el cuerpo laxo, relajado y se me han dormido algunas de mis extremidades. Al incorporarme, apoyo las manos en su pecho y me doy cuenta de que observa el techo de madera de mi habitación con plena atención.

—¿Algo interesante ahí arriba? —pregunto con la intención de traerlo de vuelta.

—Tu olor. Ya sé por qué hueles a madera.

—¿A madera? Arturo... ¿Te encuentras bien? —Le pincho.

Sus ojos color miel se clavan en los míos y me mira como si me viese por primera vez.

—Hueles a madera y a vino.

—Ahora, tú también —comento distraída, mientras me inclino de nuevo y paso mi nariz por su pecho.

—Supongo que es un efecto colateral —bromea, jugueteando con mis rizos.

Le dedico prodigo una última caricia y me levanto, me dirijo al reproductor de música y busco a The weekend y elijo *Call out my name*. Una vez que la música vuelve a inundar mi dormitorio, voy hacia el baño y activo la ducha.

Lo siento detrás de mí registrando la disposición de este. No le hago caso y me dedico a sacar un par de toallas.

—¿Todo va acompañado de música siempre?

—«La vida sin música sería un error» —cito —. Friedrich Nietzsche.

—No concibes la vida sin estímulos —acierta a decir, abrazándome por la espalda.

—La vida es para sentirla. Lo mismo que un buen libro te hace sumergirte en unas vivencias diferentes a la tuyas, la música es la que te lleva al mundo de las sensaciones. Y, por cierto, aún no conozco a nadie que no escuche música.

—Ahora que lo pienso, yo tampoco. Sin embargo, no todo el mundo pone música para desayunar, para hacer la comida, para ducharse...

—Pues ellos se lo pierden —contesto, sabiendo que habla de él.

Me da un beso en la nuca y un cachete en el culo.

—Venga, melómana, nos damos una ducha y preparamos algo para comer.

Me separo para meterme bajo el agua, cuando él me detiene.

—¿Eso es una cristalera? —Me interpela, mientras me hace a un lado para examinar mi ducha por dentro.

—Una cristalera enorme que me permite ducharme con vistas.

—¿Y si alguien te ve desnuda? —insiste desconcertado.

—¿Crees que por aquí pasa mucha gente? Y si alguien tiene vista de águila para lograrlo, que disfrute.

—Senderistas, gente del lago... ¿Te has vuelto loca?

—El lago queda al otro lado, si te asomas a la cristalera del dormitorio podrás verlo. Y, además, por esta zona no pasa ruta de senderismo. Recuerda que tú apareciste por el este —aclaro.

Se tranquiliza al procesar la información y he de esconder una sonrisa. No tenía ni idea de que fuese tan pudoroso. Por eso, sin pensarlo mucho, le cojo de la mano, tiro de él y nos meto a los dos en la ducha.

—¿Ves? —señalo con la mano—. La altura no permite que la gente desde abajo distinga lo que hay detrás del cristal. Y para que te quedes más

tranquilo, está preparado para ver desde dentro y no ser visto desde fuera. Así que deja el pudor a un lado y disfruta del paisaje.

Agarrado a mi cintura y con la barbilla apoyada sobre mi cabeza desplaza sus ojos a través del ventanal admirando el cielo azul y el bosque de pinos que hay a nuestros pies.

—Es lo más parecido a ducharse en el cielo —susurra.

—Bonito, ¿eh? —pregunto.

—Más que bonito, sobrecoge.

—Creo que ya puedes entender por qué elegí esta casa.

—A vivir aquí se puede acostumbrar uno rápido.

—Creí que eras un cosmopolita nato, Arturo.

—Lo que no soy es tonto.

Asiento a su comentario y no digo nada más. Me separo y me sitúo bajo el agua que me sienta de maravilla.

Él no me toca, deja que me duche primero para poder observarme mientras lo hago. No me importa, de hecho, me gusta.

Termino y salgo a secarme, dejándole el espacio que necesita, ya que es enorme en comparación conmigo. Y aunque la ducha es amplia para poder ducharnos los dos a la vez, yo también disfruto viendo cómo lo hace.

Una vez que fuera, se seca, se coloca la toalla anudada a la cintura y gira sobre sí mismo.

—¿Qué buscas? —pregunto, a la par que desenredo mi pelo.

—Mis cosas, siguen en la maleta.

—Y la maleta está...

—Tirada en mitad del pasillo —confiesa con una media sonrisa.

—Vaya, vaya... No te hacía por alguien desordenado —bromeo.

—Y no lo soy, solo que hoy una mujer me ha vuelto del revés.

Diciendo esto, me besa en el cuello y sale del cuarto de baño para ir en busca de sus cosas.

### *Arturo*

De regreso a la habitación, no puedo obviar la cama. Ha quedado hecha un lío y mi ropa está esparcida por el suelo. Me gusta saber que soy el responsable de que esta habitación sea ahora mismo un caos. A esto también puedo acostumbrarme.

Sin querer pararme más, salgo al pasillo, recojo la maleta, que efectivamente sigue tirada de mala manera, y vuelvo a entrar. Marian se está vistiendo y no puedo ni quiero dejar recrearme en ella. Su ropa interior hace que desee irme hacia ella y volver a desnudarla, pero me contengo, porque me recuerdo a mí mismo que nos quedan muchos días por delante.

Al pensar en esto, caigo en la cuenta de que no hemos utilizado protección y se me corta la respiración.

—Marian... No hemos utilizado... —suelto con un hilo de voz.

—Uso protección desde hace mucho tiempo, no soy una niña, Arturo. Y si creyese que no estás sano, ni loca te dejo tocarme. ¿Entendido?

—Bien... ¿Con Sergio hacías igual? —inquiero molesto, al imaginarla con el cocinero.

—Es de muy mala educación preguntarme por eso ahora. De hecho, es que no te importa. Aunque como te preocupa mucho mi salud, te diré que no. Con él siempre he utilizado dos tipos de protección. Él vive en otro país y era algo esporádico, ¿crees que soy una inconsciente? Lo mismo que sé de ti que no sueles dejar nada al azar, hasta hoy.

—Lo siento... Es que...

—Olvídalo. La próxima vez, recuerda que no he de darte explicaciones sobre mis relaciones.

—Marian... —la llamo, acercándome a ella y levantándole el rostro—. Tienes razón, no soy nadie para exigirte nada.

Ella asiente sin comentar nada más y se viste con un pijama que me hace volver a sonreír. «¿Es que esta mujer no tiene ni un pijama normal?».

En un minuto sale de la habitación y no me gusta que se aleje así. Hubiese preferido una sonrisa o un beso antes de marcharse, aunque soy consciente de que me he ganado su indiferencia. Dejo a un lado el pensamiento y me pongo cómodo para bajar y ayudarla con la comida.

### *Marian*

Molesta por su actitud, bajo a la cocina y comienzo a preparar una ensalada y meto en el horno la lasaña que dejé hecha la noche anterior. La mañana ha sido maravillosa hasta que ha abierto su boca. ¿Acaso ellos no tienen nunca responsabilidad? Que yo sepa él ha sido tan inconsciente como yo, y si no

llega a ser porque yo me cuido, ¿qué hubiese sucedido? Sin embargo, la cosa es: ¿Te cuidas? ¿Haces lo mismo con otros?

Las mujeres siempre andamos igual. Al hombre se le perdona si hay un olvido, pero, ¡ay, amiga...! ¡Que no se te olvide a ti!

Mi enfado asciende por momentos, tanto, que me dan ganas de subir y gritarle que recoja todas sus cosas y se marche. No me da tiempo, sus manos se posan en mis caderas y me susurra:

—No debería haber dicho eso sobre tus relaciones. Así que, por favor, no te enfades. Y si hubiese pasado algo, no es culpa tuya, sino mía por no pensar con lo que hay que pensar. ¿Entendido? Y en caso de que hubiese consecuencias, los dos seríamos igualmente responsables, para eso somos adultos.

Me apoyo sobre la encimera y respiro profundamente. Sus palabras son el bálsamo perfecto, aunque lo que me calma es el tono en que me lo dice. Ni con condescendencia, ni por obligación, sino con verdad.

No le respondo porque no hay más que añadir, así que continúo preparando la comida.

—A tu espalda, encontrarás una puerta con unas pequeñas flores talladas pintadas en verde que baja a la bodega, ¿puedes ir a por un vino que acompañe a la lasaña, por favor? —pido, para que me deje un tiempo a solas.

—Ahora mismo.

### *Arturo*

Sigue enfadada y con toda la razón del mundo, porque me he comportado como un cavernícola. Confío en que mi disculpa sincera haya servido para tranquilizarla.

Me dirijo donde ella me ha mandado. Abro la puerta y prendo la luz. Las escaleras son algo empinadas aunque no estrechas, lo que me indica que hay profundidad hacia abajo, por eso tiene su bodega ahí, como buena entendida.

Desciendo hasta que hallo un recibidor con dos puertas. Abro la de la derecha y doy con lo que busco. Hay un amplio surtido, no puedo dejar de admirar la cantidad de vinos que posee. Los conozco todos, salvo sus cosechas. Veo que los nombres siguen siendo todos del estilo de los que probé el viernes, no obstante, me quedo parado al ver una que pone *King Arthur*.

No puedo evitarlo y la saco del botellero para examinar la preciosidad de etiqueta. Es Camelot lo que hay serigrafiado en azul. Me encanta. La giro y leo que es un pluri varietal crianza de 2016 que casará genial con la pasta.

Con la botella cogida del cuello para no calentarla con mi calor corporal, salgo y vuelvo a cerrar la puerta. Hay otra al lado, y la curiosidad por conocer lo que guarda ahí me mata.

Al abrirla, no distingo bien lo que hay. Reconozco el olor a madera, a humedad y a barro; así que, a tientas, busco el contacto de la luz y lo acciono. Es su taller. Aquí es donde trabaja el barro, por eso huele así.

Dejo el vino sobre una de las estanterías y observo todo lo que hay alrededor. Localizo el torno y no tardo en imaginarla ahí sentada, rodeada de sus velas y su música.

Me enamoro de la imagen que recrea mi mente y me juro que no me marchó sin contemplarla en este lugar dando vida a cualquiera de sus creaciones.

Echo una ojeada curioseando un poquito más, hasta que diviso algo tapado con un paño húmedo. La curiosidad juega su papel de nuevo, así que levanto el paño con cuidado, con el fin de descubrir lo que oculta.

Es su cepa, su planta. Lo que encuentro es la vid a la que esta misma mañana ella le ha hablado. Me deja sin palabras, porque es exactamente igual que la original, solo que a tamaño reducido y adornada con algunos sarmientos y hojas.

La examino minuciosamente y me encandilo por la escultura. Si observo a la mujer, sé que mi mente evocará la vid y a la inversa.

Con el mismo cuidado, vuelvo a taparla, me dirijo a la estantería y recojo lo que me ha mandado buscar. Apago la luz y cierro la puerta.

Esto es más peligroso de lo que creía, cuanto más conozco su mundo, más me atrapa, y no sé dónde va a conducirme eso. Sin pensar más en ello, subo las escaleras y en un minuto aparezco en el salón.

Marian anda colocando todo lo necesario para almorzar en la mesa que hay frente a la chimenea. Me arde el pecho al registrar la estampa, sus detalles hacen que la casa sea un hogar.

Se ha hecho tarde para comer, por lo que la luz del exterior que entra por los ventanales resulta tenue, supongo que por eso ha encendido el fuego y las velas, para hacer de la estancia un lugar cálido y acogedor. Esto me hace recordar la sensación de soledad que me envolvió cuando llegué al hotel el sábado tras abandonar la fiesta. El recordar esto, hace que sienta la



necesidad de abrazarla. No se ha dado cuenta de que llevo rato observándola, por eso se sobresalta cuando suelto el vino en la mesa.

Se incorpora rápido y clava sus ojos de gata en mi rostro, doy un paso hacia ella y le tiendo mi mano. La acepta vacilante, doy un tironcito y la acerco a mi cuerpo. La rodeo con mis brazos, rezando para que no rechace mi contacto. Y como es habitual, me vuelve a sorprender. No solo no lo hace, sino que se aprieta contra mi pecho con firmeza.

### *Marian*

Pese a estar enfadada, acepto su abrazo. Solo quiero que la aprensión que se ha instalado en mi pecho cuando me ha hablado así en el dormitorio desaparezca.

—Debes tener hambre —afirmo todavía abrazada a él.

—Puedo esperar.

Sonrío enterrando mi rostro en su pecho.

—¿Y arriesgarme a que mueras por inanición el primer día como mi empleado? —bromeo.

—Eso no quedaría muy bien, no... —responde, continuando con la broma.

—Abre el vino, señorita, que yo sirvo la comida —decide.

Asiento, y a regañadientes me separo de él, para abrir la botella que ha subido.

### *Arturo*

Sirvo la lasaña en sendos platos y los traslado a la mesa. Marian ya ha abierto el vino y lo ha dejado oxigenar. Me siento en un lado del sofá y busco los cubiertos. Al hacerlo, me fijo en el plato en que he servido la comida y lo reconozco. Los he visto abajo, ella come en sus platos y bebe su propio vino. Tiene su casa, su viñedo...

—Regresa de donde quiera que andes —dice, sacándome de mis pensamientos—. ¿Va a resultar una de esas comidas en las que los comensales no se hablan?

Se ha sentado a mi lado después de servir el vino y me tiende una de las copas.

—No, solo pensaba en que estos platos son iguales a unos que hay en tu taller. No he podido resistirme a entrar en la otra puerta.

—¿Te gustan? Seguro que resultan más rústicos que los que habitualmente utilizas.

—Mucho. Los que uso en casa son los básicos de la famosa tienda de decoración nórdica. Aún no me entra en la cabeza que hagas estas cosas —reconozco, aceptando la copa que me ofrece.

—Esa colección la creé para un particular y me gustaron tanto, que no pude evitar modelar unos iguales, aunque con diferente tonalidad. Y crear es como todo, te tiene que nacer y disfrutarlo —explica.

—Lo puedo presuponer. ¿Cómo descubriste esta vocación y la viticultura? No logro entender cómo se puede cambiar la vida de la noche a la mañana, aunque algo me ronda la cabeza. Y antes de que me entiendas mal, no te lo pregunto como crítica, si no por curiosidad.

—Lo que quieres saber es por qué dejé el hospital, ¿no?

Asiento sin decirle más, no quiero que ella se sienta presionada.

—Toda mi vida he sido una hija modelo, una estudiante perfecta, una médico abnegada... cuando nadie me lo había pedido. Y digo, aunque nadie me lo había pedido, porque era así. Mis padres abogaron por que me formase, eso es algo obvio y necesario para poder tener amplitud de miras. Aunque por encima de todo, siempre han querido que fuese feliz. Tanto yo, como mi hermana.

—Sois muy diferentes. Ella siempre ha llamado la atención y ha sabido dirigir esa capacidad a su vida profesional. Y tú eres todo lo opuesto.

—Así es. Igual que tú y Gina no sois iguales. Aunque no sé si eso es realmente así. No obstante, es otro tema el que nos atiende ahora... Tras graduarme y aprobar el MIR, gracias a mis calificaciones, comencé a trabajar en mi especialidad en el hospital La Paz. Nada que no se previese, dada mi trayectoria. Inicié mi carrera con la misma ilusión que cualquier médico joven, con ganas de comerse el mundo. Sin percatarme de que el mundo ya me había comido a mí.

—¿Cómo?

—Si quieres que te lo explique no me interrumpas... Resumen: consultas cada diez minutos, diagnósticos rápidos y pocos recursos para poder darles lo que realmente merecían, fueron las primeras señales que me hicieron entender que algo fallaba, aunque lo obvié. Poco a poco se sumaron los congresos de especialización en ciudades extranjeras y una lista diaria de pacientes que alcanzó proporciones épicas, debido a que en los demás hospitales estaban

saturados. ¿Consecuencia? Pasaba muchas horas dentro del hospital, escuchando y viendo casos de todo tipo. Me levantaba, trabajaba, el día que podía salía con Jimena a cenar y a tomar una copa, y vuelta a lo mismo al día siguiente.

—Te quemaste antes de comenzar... —aventuro.

—No es solo eso. En la famosa lista, insertaron pacientes que sufrieron el atentado del once de marzo. Los casos habituales por accidentes tanto de coche, laborales, domésticos, o de otra índole, los llevaba más o menos bien. Ahora, tratar con personas que han vivido una tragedia de esa magnitud, te hace ser consciente de la realidad. Y no porque den lástima, sino por todo lo contrario: porque viven.

—No tenía ni idea de que atendieses a ese tipo de pacientes.

—La gran mayoría, hoy día, siguen recuperándose física y psicológicamente. Los daños sufridos no se pueden ni medir en algunos casos. Mi despertar llegó en una de esas consultas, en la que una de las pacientes tocó lo que no debía tocar, aunque a tiempo pasado, debo agradecerle que me salvase de una vida en blanco y negro. Me habló de sueños cumplidos y de sueños por cumplir, de que la vida es muy corta para desperdiciarla, que si pudiese cambiar algo, modificaría su vida anterior al atentado, porque hubo muchas cosas que no hizo porque siempre habría tiempo. No fue así. Ahora no podrá ser madre, por ejemplo.

La escucho narrarme su historia como si me hablase una persona distinta a la que tengo sentada en frente.

—Ese día colapsé, Arturo. Entendí que no podría ayudarla más y casos así, los iba a encontrar durante el resto de mi vida. Aunque lo que verdaderamente me hizo derrumbarme, fue descubrir que aun en su estado, ella vivía cada minuto de su vida. ¿Y yo? ¿Yo lo hacía? La respuesta que vino a mi mente fue un rotundo NO. Ni lo había hecho de joven, ni de adulta. Ya sabía que algo no marchaba, aun así, lo había ocultado todo debajo de la alfombra. Así que, de los mismos nervios, me desmayé delante de mi paciente.

—Responsabilidad sin válvulas de escape, igual a estrés y colapso.

—Autoexigencia, ser demasiado empática, involucrarme en algunos casos muy duros, turnos interminables y que te ponga la realidad delante de tus narices una persona muy jodida, ataque de ansiedad por hiperventilación... Así que cuando me repuse y ya en casa, me senté con una copa de vino y un blog de notas. En él anoté pros y contras, sueños que había cumplido y los que

no había cumplido también los anoté. En general, puse mi vida en una lista. ¿Imaginas el resultado?

—Me lo puedo imaginar.

—Me dio pánico. Había priorizado siempre lo que se suponía que era bueno para mí y había dejado de lado vivir. Con veintiocho años, ni un viaje con amigos, ni una noche demasiado loca, ni una de las cosas que siempre me habían llamado la atención... Nada. Solo disciplina, rutina, obligaciones. Sí, tenía un trabajo estupendo a ojos del mundo. Ojos que no vieron que me marchitaba. Como tuve unos días libres, tomé la decisión que ya conoces. Volaticé la vida que había tardado tanto en construir.

—Y acabaste aquí, ¿no?

—Necesitaba respirar, Arturo. Aire. Me deshice del piso de la castellana que heredé cuando mi abuela materna falleció y que utilizaba como vivienda habitual. Se vendió por un pastizal gracias a la zona y fue cuando gestioné mi baja. Hasta entonces no hablé con mi familia, que obviamente, pensó que me había vuelto loca. Me aconsejaron tomarme un tiempo o irme a la sanidad privada. No lo consiguieron. Ya había hecho lo más difícil, así que no pensaba echarme atrás. Hablé con Jimena y le expliqué lo que sucedía. Gracias a Dios, ella no me juzgó. Al contrario, se puso en marcha y me ayudó a encontrar esta casa.

—¿Y la cerámica y el vino?

—Lo encontré mientras acondicionaba la casa. Busqué actividades que siempre había querido probar, hasta que di con la alfarería y caí rendida. No te puedes imaginar lo que sentí cuando me vi llena de barro de arriba abajo y con una mierda de vaso hecho, por llamarlo de alguna manera. Regresé a la vida. Por eso construí el taller.

—¡Ja, ja, ja, ja! Te puedo imaginar toda sucia y contenta como una niña con tu vaso deforme.

—Es que fue literalmente así. Soy obstinada y continué, y como problemas para concentrarme y aprender nunca he tenido, en unos meses tras el método de ensayo y error, conseguí hacer una taza. La misma que utilizaste el día que apareciste para invitarnos a cenar. Recordé que eras zurdo, así que era perfecta para ti.

—La taza tan rara con un árbol pintado...

—Sí. Comprendí que me gustaba darle vida a vasos, platos y cuencos con toque rústico o *cozy*, como se le llama ahora y todo fluyó. Tanto, que Jimena se

enamorado de la mitad de ellas, y que por cierto se llevó. Aunque también se encargó de hacer mi página web con una tienda *online* y así fue como apareció Sergio. Con él trabajé mano a mano hasta crear lo que él veía para sus platos. Y de ahí en adelante, todo se volvió en una locura. Pedidos de más *chefs*, pedidos de gente con mucha pasta, en fin...

—Así fue como la médico se convirtió en alfarera.

—Alfarera y viticultora novata, porque, aunque ganando un pastizal con el barro, continué con las clases para adquirir nuevas técnicas y mantenerme al día. El padre de mi profesora falleció repentinamente, y cuando esta se reincorporó a las clases y me contó que poseía un viñedo que no quería. Las mariposas empezaron a revolotear en mi estómago de nuevo, y cometiendo otra locura, le lancé la oferta sin siquiera ver el estado del viñedo. El resto... Ya lo conoces. ¿Aclara eso tus dudas?

—Bastante. Por otro lado, hay algo que quiero preguntarte sobre el día que le dio el infarto a Luis. ¿Por qué te quedaste tan mal?

—Me embargó el miedo porque es una persona a la que quiero mucho. Pensé que no llegaba y me asaltaron los recuerdos de mis días pasados. Entré en barrena.

—Lo hiciste fenomenal, sin titubear.

—Lo podíais haber hecho vosotros, solo que yo acudí primero. Eso es todo.

—No creo que hubiese sido capaz de hacerlo. Corrí asustado, pensaba que te había sucedido algo. Hasta me alegré de ver que el herido era el pobre hombre y no tú... —admito con vergüenza.

—¿Por qué pensaste que era yo? —pregunta desconcertada.

—Visitábamos las bodegas del cabrón de Samuel y nos acababa de explicar que ese era tu viñedo y que pensaba hacerse con él. Creí que los gritos eran tuyos. No he pasado nunca tanto miedo.

Ante esto ella levanta la mano y me acaricia la cara, creo que enternecida.

## CAPÍTULO 18

### Las cartas sobre la mesa

*Marian*

Observo al hombre que se sienta junto a mí con los ojos como platos. Acaba de confesar que se asustó al pensar que la herida era yo. Me conmueve, aunque me hace pensar en lo que hizo después.

—Ahora te toca a ti —le exijo—. Cuéntame lo que has hecho estos años y otra cosa. ¿Por qué no hiciste nada cuando Samuel me insultó, para luego pegarle después?

Él se queda pensativo, creo que ordenando sus ideas.

—Primero lo de Samuel, después lo demás.

—Como desees —digo, mientras cojo mi plato para comer, ya que con tanta charla no he probado bocado.

—Lo dejé hacer, porque mi nivel de frustración era incalculable. Era una mezcla entre: me intenta utilizar, me saca de mis casillas con su actitud tranquila y, aun así, no puedo dejarla en paz. Y muy cabreado con el tipejo por decir que lo anhelaba era tu viñedo y a ti, por ese orden. Quise ver si tenías sangre en las venas y de paso, descubrir algo sobre tus intenciones y si eras lo suficientemente inteligente como para intuir sus propósitos.

Dejo de comer de repente.

—Dejaste que me tratase así, ¿solo para sacar conclusiones? —gruño.

—Básicamente sí. Y una vez más me equivoqué, así que no te pongas a la defensiva que bastante me fustigué yo después. Casi me vuelvo loco en cuanto vi que habías desaparecido. He pasado toda la semana buscándote, hasta llamé a tu cuñado...

—Lo sé, él me lo dijo. Y sigo pensando que pegarle no es una buena idea. Ya viste que puedo defenderme sola. Que sea una persona afable, no significa

que sea estúpida o que me deje pisotear.

—Me quedó muy claro ese día y el viernes cuando casi me tiras el coctel por encima.

—Te lo hubieses merecido.

—Marian, no me arrepiento de haberle dado la paliza de su vida. De hecho, lo volvería a hacer. Deja de sermonearme con eso. Soy un imbécil integral, pero nadie te va a humillar delante de mí y se va a ir de rositas.

—Arturo, por esa regla de tres, tú te mereces otra paliza. ¿De cuántas cosas me has acusado en menos de una semana?

—Me la merezco, y por eso me vas a poner a podar y no me vendes el vino. ¿Crees que no es castigo suficiente?

—Visto así, puede pasar. La violencia sea del tipo que sea, no genera nada más que violencia. Y te lo repetiré hasta la saciedad.

—Eres demasiado benevolente.

—Y tú, demasiado impulsivo y vengativo.

—Ya has comprobado que no siempre soy así —afirma, con un guiño al que correspondo con un gesto de negación e incredulidad.

—Aclarado esto, cuéntame. ¿Qué ha sido de tu vida desde que hacías la mía imposible?

—Me mandaron a estudiar al extranjero. Allí me licencié en gestión y administración de empresas. Y al contrario de ti, sí que viví la experiencia universitaria. Estados Unidos es un lugar increíble para ello. Después regresé y mi padre decidió que ya era hora de ir asumiendo responsabilidades dentro de la empresa. Mi hermana se hizo cargo las catas y yo pasé a moverme por las oficinas. Estos últimos años los he dedicado a darle una nueva imagen y a elevarla a lo máximo posible.

—Eso me consta. ¿Parejas?

—Amigas, nada serio. Al igual que tú, me he centrado en hacer de mi empresa una de las mejores del mundo en su género.

—O sea, a vivir en modo *ciborg*.

—¿*Ciborg*?

—Robotizado. Vida cuadrículada, trabajo, autoexigencia, perfeccionismo, relaciones esporádicas que no te compliquen la vida, deportes del lujo y ritmo de vida alto.

—Exacto. ¿Lo juzgas?

—Para nada, si esa es tu elección. Aunque me cuesta creérmelo.

—Totalmente opuesta a la tuya. Me siento bien sabiendo lo que hay y elijo en cada momento. No sé por qué no te lo crees...

—Ya te dije que no olvidases que soy muy observadora. Y tras años de hacerlo para adelantarme a tus ataques, llegué a conocer cosas... otro tema, es que te atrevas a reconocerlas.

—¿Perdón? ¿Qué cosas?

—Dímelas tú.

—Marian, no me gustan los juegos.

—No juego, trato de hacerte ver que hay cuestiones en las que no somos tan diferentes. Tú te asombras de que yo haya dado la vuelta a mi vida y a mí me asombra, que tú no lo hayas hecho con la tuya.

—¿Y por qué demonios voy a hacer eso?

—Porque un catador nato y con formación específica debería degustar, no permanecer encerrado en una oficina.

—¿¿Cómo sabes tú eso?! —grita asombrado.

—Cálmate, Arturo.

—¿Cómo quieres que lo haga! ¡Ni siquiera Leo lo sabe! —exclama, levantándose para moverse por el salón como un animal acorralado.

—Me lo creo y no me sorprende nada. Aprendiste muy bien a vestirme con la máscara de la frialdad, la indiferencia y la crueldad. ¿Te lo enseñaron en el colegio al que te enviaron? ¿En la universidad? ¿O has sido autodidacta? —Le presiono.

—¡No tienes ni idea de nada! ¡Ni te atrevas a hablar sobre lo que desconoces! —ordena, señalándome con un dedo amenazador—. ¡Ahora mismo me vas a contar cómo cojones te has enterado de esto!

—Te calmas y dejas de amenazarme con ese dedo, no me impresionas ni lo más mínimo —advierdo—. Ya te lo he dicho, no hay que ser un lince para darse cuenta. Has aprendido a camuflarte muy bien, la gente solo ve lo que quieres que vea. Y no es la gente externa la que me llama la atención, sino Leo o tu propia familia. ¿Ninguno se ha fijado que desde que eras un adolescente olías las botellas que ellos dejaban vacías? ¿O que probabas los restos que quedaban en ellas y anotabas lo que percibías en esa libretita de color azul? —revelo.

—¡Dios santo! ¿Desde cuándo lo sabes?

—Yo era el ente silencioso que vagaba con los libros por cualquier rincón silencioso, ¿recuerdas? No soy tan tonta como para no deducir que te



formarías en cuando tuvieses la edad suficiente. Lo que no entiendo es cómo te has escapado al escrutinio de Leo, si estudiabais juntos.

—En la universidad no. Yo lo hice en Washington y él en Napa, California.

—Eso lo explica todo. Aprovechaste la universidad para pulirte. Interesante. ¿Entiendes ahora por qué salí a que me diceses tú opinión?

—¡Joder, Marian! ¡No quiero que se sepa!

—Relájate. No lo he contado en todos estos años, no lo voy a hacer ahora. ¿Prefieres guardártelo para ti? Perfecto. Ahora, también espero que no vuelvas a juzgarme a mí por haber hecho caso a lo que sugería mi instinto.

Me observa como si quisiese atravesarme, pero no me asusta. El asustado es él, porque se siente expuesto. Por eso me levanto, me planto frente a él y le acaricio la cara. Quiero que entienda que esto no es un ataque ni una treta para subyugarlo, sino todo lo contrario. No lo quiero controlado, sino vivo y con las emociones a flor de piel el tiempo que permanezca conmigo.

— ¿Te divierte esto, Marian?

—Sí, aunque no por lo que piensas. No te lo he dicho para burlarme de ti, ni para sacar a relucir que te escondes. Cada cual es dueño de lo que revela de sí mismo y de lo que no. Lo que pretendo con esto, es que entiendas que te he visto desde siempre y que me parece increíble el don que tienes. No quiero que escondas lo que sientes al paladear un vino. Aún recuerdo tu carita cuando probabas algo realmente bueno, era la misma que pusiste el viernes por la noche al probar *Nottingham*.

—Jura que no vas a revelar nada —exige.

—No voy a jurar nada. ¿Por qué crees que voy a contarlo?

—¿Quién me asegura que no lo harás?

—Nadie. Y esa es la clave de esto: confianza. Te he contado mi historia y, pese a todo lo que has liado estos días, confío en que lo que te he explicado y que solo sabe Jimena en su totalidad, no se airee. Y no por lo que diga el resto del mundo, eso me da igual, sino porque he te he escogido a ti para que lo guardes. ¿Entiendes?

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué me das este voto de confianza, Marian? Yo no lo he pedido... Podrías haberte negado.

—Porque quiero. ¿Me pediste que te enseñase mi libertad? Pues este es el primer capítulo. Soy libre para elegir en quién confiar y no me asusta hacerlo. No todo el mundo va a traicionarte o juzgarte.

—Eso es fácil para ti.

—No es fácil hacerlo con alguien que te ha puesto motes, que te ha llamado niña mimada, que te ha acusado de mentirosa... Aun así, quiero creer que no me equivoco.

—Eres demasiado confiada.

—Y tú demasiado desconfiado.

Le sonrío, me pongo de puntillas y le doy un beso rápido.

—Y ahora, señor catador, quita la mesa que voy a poner un capítulo de *Juego de Tronos*. Seguro que te calman las traiciones, envenenamientos y muertes por doquier —ordeno y correteo para tirarme en el sofá a coger el mando de la televisión.

Sé que se ha quedado parado en el sitio. Pasados unos minutos reacciona, recoge lo que hay en la mesa de una vez y se sienta en el sofá lo más alejado de mí que puede.

Me río para mis adentros, porque en cuanto empieza el capítulo, cojo una de las mantas y me muevo para tumbarme, apoyando mi cabeza sobre sus piernas.

Al principio se desconcierta ante mi comportamiento, poco después, siento como pone su mano sobre una de las mías y se centra en la serie que he puesto, y que como ya he vaticinado, no se queda corta en perfidias, ensañamientos y muertes a mansalva.

Cuando terminamos, un par de episodios más tarde, le pregunto si tiene ganas de cenar y me responde que no, así que como yo tampoco, le informo de que me voy a la cama porque al día siguiente hay que madrugar.

Que duerma conmigo hace que por primera vez sienta miedo, miedo por lo que implica, ya que no es lo mismo pasión que intimidad.

Sergio nunca se quedó, él es el primero. Algo que me guardo para mí.

## CAPÍTULO 19

### La poda

*Arturo*

Son las cinco y media de la mañana, me he despertado hace un rato porque Marian es como una estufa por culpa de ese pijama. Observo como duerme gracias a la luz de la luna que entra por el gran ventanal. Con cuidado, retiro un rizo de su cara que no me deja contemplarla bien.

«¡Joder! Tan pacífica como parece dormida y lo peligrosa que resulta despierta».

Nunca hubiese imaginado que el ratoncito conocía *eso* que con tanto celo he escondido desde pequeño. Siempre di por hecho su fragilidad, y anda que no me equivocaba. De frágil nada, todo lo contrario. Desde cría demostró ser independiente y, por lo visto, también muy perspicaz.

Se remueve inquieta, creo que también le resulta raro compartir con alguien su cama. Desplazo mi mirada por la habitación, hasta posarla en la luna que brilla con fuerza en el cielo estrellado. La casa empieza a gustarme demasiado, no recuerdo la última ocasión en que sentí tanta paz en un sitio. Puede que se deba a la ubicación, a la calidez de esta o tal vez, a la mujer que duerme a mi lado. Lo que tengo claro, es que cuando me marche voy a recordarla como un lugar especial.

Me sobresalto cuando suena la alarma del móvil de Marian. Nada más escuchar la sintonía, se mueve a tientas y la apaga. No digo nada, a la espera de conocer si se despierta o sigue durmiendo. No se estremece ni un ápice.

A los cinco minutos, el teléfono emite el mismo sonido de antes y lo acalla de la misma manera. No es hasta que suena la tercera alarma y tras un gruñido, que no empieza desperezarse. Me queda claro que no le gusta madrugar y eso

me hace preguntarme si se despierta de mal humor o no, algo que no voy a tardar en comprobar.

—Eres una antorcha humana, Arturo.

Sonríó y apoyo mi cabeza sobre una de las manos dispuesto a observarla mejor: no, definitivamente no tiene un buen despertar.

—Si no llevases el pijama del Yeti, no nos asaríamos vivos. Entre la calefacción, el nórdico y ese saco de pelos, es normal que la cama parezca el infierno.

—¿El Yeti? —pregunta, tirando hacia atrás el nórdico.

—El Yeti —afirmo solemne, con la firme intención de pincharla .

—No es el pijama del Yeti, es un pijama de ovejita —gruñe.

—¿Sabes que es bueno dormir desnudo?

—¡¿Has dormido desnudo?!

—Solo con los *bóxer*. Me he acostado con los pantalones por decoro. Pasado un rato, los pelos esos se pegaban a mí como lenguas de fuego y no me ha quedado otra que quitármelos. Si no, amanezco achicharrado en mi primer día de trabajo —sigo molestándola.

—¿Te despiertas siempre tan gracioso?

—Desde luego que de mejor humor que tú, seguro.

Es decirle eso, se levanta como un resorte y se tira en plancha sobre mí.

—¡Marian! ¡No puedo respirar! ¡En mi boca solo hay pelos de Yeti! —grito, antes de soltar una carcajada.

—¡Retira lo del Yeti y te dejo vivir! —Me da a elegir.

En un movimiento acaba debajo de mí, muerta de risa también.

—¿Me acabas de dar un ultimátum?

—Es una oveja.

—Es el pijama más feo que tenía el Yeti.

—Cuida tus palabras o te despido.

No me controlo y la beso. Es imposible resistirse a esa expresión retadora y juguetona.

—Arturo... Debemos levantarnos, en una hora hay que salir.

Gruño frustrado, no me apetece ir a ningún lado.

—¿Ducha y café? —susurra como si fuese una niña.

—Muévete, porque si no, no te pienso dejar salir de la cama.

Como un rayo se levanta y se va directa a la ducha. Me tumbo bocarriba y contemplo las vigas del techo en un intento de calmarme. Despertar todos los

días así, sí que va a ser un auténtico infierno.

*Marian*

Me visto como si fuese al Polo Norte al tiempo que Arturo se ducha. Echo un vistazo a mi reloj digital y me doy cuenta de que vamos tarde. «¡Joder!», tanto juego mañanero me ha distraído más de la cuenta.

Corro hacia la cocina y pongo la cafetera cargada hasta arriba con la intención de llenar el termo y que queden un par de tazas. Aprovecho el tiempo que tarda en hacerse y lleno mi mochila con: un par de bocadillos, agua, fruta y un trozo grande de bizcocho casero. No sé si Carmen vendrá a prepararnos la comida dado el estado de Luis, aunque algo me dice que no se va a perder el inicio de la temporada.

Arturo entra en la cocina con un gorro de lana en la mano, viste vaqueros desgastados, botas y ropa polar negra. Es imposible no quedarme embobada ante semejante aparición, «¡Madre del amor hermoso!».

Él me regala un guiño al pasar por mi lado y va directo a la cafetera. Cuando tiene su taza en la mano me pregunta cuál es el plan.

—Lo primero que haré en cuanto lleguemos, será supervisar toda la maquinaria y organizar a los operarios de las mismas. Repasaré con ellos las zonas en las que van a trabajar hoy y cuando deje todo claro, organizaré al grupo de manual en el que tú vas a ir acompañado de Ángel. Él te irá guiando en todo momento. Se hace una parada a media mañana a modo de desayuno y otra a la hora de la comida. La jornada termina a las cuatro. ¿Todo claro?

—Como el agua. Aunque hay algo que no hemos concretado, ¿en calidad de qué voy?

—Si no te importa, mi vida privada prefiero que siga siendo así. Allí prefiero ser Marian y tú, Arturo Alquézar. Vienes a aprender.

—Me parece bien —afirma, antes de darle un sorbo al café caliente.

—Otra cosa. Necesitarás guantes y que cubras tu manos con algún apósito. O si no, se te formarán ampollas. Cuando termines el café, ¿dejarás que te ayude? —pregunto con naturalidad.

—¿Tú te las proteges?

—Claro, piensa que luego trabajo con el barro y no es conveniente hacerlo con heridas.

Asiente, termina su café de golpe y se acomoda cómo le he indicado.

No vacilo al sentarme frente a él, ni al comenzar a colocarle tiras de cinta. Podar no es un juego, de hecho, ya he advertido a Ángel de que no debe quitarle la vista de encima. Las tijeras que utilizamos para ello las carga el diablo y un sarmiento rebelde puede causar más de un problema.

Él me contempla con minuciosidad mientras cubro con eficiencia las partes que se suelen dañar. No puedo evitar fijarme en que sus manos son las de alguien que trabaja en una oficina, probablemente al finalizar la jornada solo querrá huir de aquí. Silencio ese pensamiento, lo último que pretendo es herirle el orgullo, prefiero que sea él quien descubra lo duro que es. Experiencias así, poseen una doble dirección: o no vuelves a pisar una viña en tu vida, o bien, pese al cansancio, te enamoras de la sensación de trabajar al aire libre.

Cuando termino, las mueve comprobando la flexibilidad de sus dedos. No me quedo a observarlo, me levanto y voy a por unos guantes nuevos que se adapten bien, ya que sus manos son enormes.

### *Arturo*

Ella conduce en silencio, por eso centro mi atención en lo que nos rodea. Aún es de noche, aunque pronto aparecerán los primeros vestigios del alba. Es curioso cómo me relaja la quietud del campo y circular a estas horas por los caminos. Es un lujo que desde que me instalé aquí, cada vez valoro más.

Veinte minutos más tarde, entramos en el viñedo en dirección a la bodega. Hay varios coches aparcados junto a al edificio y hombres apoyados en ellos, supongo que aguardando la llegada de Marian.

Cuando estacionamos no me pasa desapercibido el cambio de expresión en Marian, no es la misma que he visto estos días. La sonrisa ha dejado paso a un rictus de seriedad y concentración que no reconozco. Me encuentro ante la Marian jefa, la responsable de un grupo de personas que aguardan sus indicaciones. Y me encanta poder asistir a este momento.

Ya el interior de la bodega, coloca nuestras mochilas en un armario junto a las de sus trabajadores. Busca a Ángel y él, con un asentimiento, le deja claro que todo está preparado para comenzar. Al pasar por su lado él me tiende la mano y le da a Marian un *walkie* que encaja con eficacia en un cinturón en el que no había reparado.

Poco a poco, el grupo de personas va colocándose alrededor de ella. Son dieciocho hombres y mujeres, sin contarnos a Ángel, a Marian y a mí. La cara de uno de ellos me suena de la noche en que me perdí con Leo y al situarse junto a Ángel, me doy cuenta de que son hermanos. El chaval parece joven, sin embargo, no se le ve desubicado dentro del grupo.

Percibo que he generado cierta expectación, no sé si porque han oído hablar de mí o porque les extraña que haya aparecido de la nada con Marian.

Entonces, ella llama la atención de todos con un silbido y se inclina sobre una mesa con un plano extendido.

—Bien, sé que nos conocemos todos y que sabéis por dónde hay que comenzar y cómo hacer las cosas, aun así, no quiero dejar nada a la improvisación. Los de máquina: Ángel ha revisado todo, así que dirigíos directamente a la zona sur y, por favor, con el mismo cuidado de todos los años. Si hay alguna vid que da problemas, se marca y se deja. En la vuelta manual nos encargaremos de ella. ¿Todo claro?

Tres hombres asienten y Marian les tiende otro *walkie*, con el fin de tener una vía de contacto con ellos por si surge cualquier cosa. Lo recogen, y uno a uno le dan un pequeño abrazo y se marchan sin añadir nada más.

—Bien, la zona de vaso: os quiero de dos en dos en hileras. Trabajad como mejor os vaya; bien uno quitando lo evidente, y otro repasando o en hilo continuo. Como queráis, siempre y cuando no os dejéis nada atrás y vayáis acompañados. Zona sur, nada de tocar las umbrías y la zona norte.

Es escuchar dicha disposición y se agrupan de dos en dos. Se nota que ya han trabajado juntos y se conocen.

—Hoy se nos une Arturo. Alguno quizá lo reconozca, aunque no está de más explicaros que es el dueño de la exportadora de vino más potente de Europa. Además es amigo de mi familia y ha venido a conocer de primera mano lo que es trabajar en un viñedo. Con dicha explicación, no pretendo haceros sentir observados, no viene a evaluar nada, sino a instruirse. Es su primera toma de contacto e irá bajo la tutela de Ángel, no obstante, si en algún momento observáis que tiene cualquier tipo de problema, asistidlo. Aunque aprende rápido, ¿de acuerdo?

Ahora me estudian con más curiosidad que antes. Ya saben a lo que me dedico y creo que no entienden por qué me interesa precisamente aprender este trabajo. Pese a esto, antes de salir, uno a uno me saluda como si fuese uno más. Correspondo de igual forma y los acompaño, mientras Ángel y Marian

terminan de delimitar en el mapa extendido sobre la mesa las zonas en las que se van a trabajar hoy.

### *Marian*

Siento esas cosquillas tan familiares en la boca del estómago. Van a ser unas semanas de trabajo duro, no obstante, cada año me emociono más con el momento. Hoy empieza una nueva cosecha que espero que dé como fruto grandes vinos.

Reviso que mis botas vayan bien atadas, que el *walkie* lleve la batería cargada y que mis guantes se ajusten y salgo por la puerta decidida a disfrutar del día. Pese a que no acompaño a Arturo, soy muy consciente de su presencia y eso hace que el momento sea todavía más especial; por fin va a vivir en primera persona el nacimiento de una añada.

Sin demorarme más, me dirijo a la zona donde seguramente ya trabaja mi cuadrilla, Arturo incluido. Si los tiempos se cumplen, aun rotando los descansos, en Navidad quedará finalizado el trabajo a falta de las zonas más húmedas. Antes de empezar, me permito un par de minutos para otear el horizonte por donde ya asoman algunos rayos de sol. Respiro, ajusto la visera de mi gorra y sin pararme más, yo también comienzo a trabajar.

### *Arturo*

Ángel me ha precisado dónde debo cortar, en qué posición debo hacerlo y dónde ir dejando lo que retire. Los restos se trasladan lejos y se queman como medida de protección, ya que si se dejan, puede ocurrir que las cepas atraigan problemas como hongos u otro tipo de enfermedades.

Sin mucha dificultad y bajo la supervisión de mi compañero, que no me quita ojo, poco a poco voy cogiendo algo de ritmo. No es tan fácil como parece, hay que imprimir fuerza con tal de conseguir un corte limpio. Voy retrasado en comparación con los demás, que, con cortes certeros, pasan de una vid a otra sin más complicación e incluso se pueden permitir el lujo de revisarlas por si se han dejado algo.

Mi inexperiencia no me desanima, al contrario, suscita que aflore mi vena perfeccionista. No doy por terminada una vid, hasta asegurarme de que quede impecable. En una breve pausa, sin quererlo, busco a Marian. La localizo tres o cuatro hilos más alejada, trabaja sola y a un ritmo increíble, ajena a



cualquier distracción. En lugar de supervisar a la gente que ha contratado, es una más de ellos. Algo que nunca hubiese imaginado.

### *Marian*

El campo es sacrificado, así como también es vida. Hace un frío que pela, algo que no impide que mis manos se muevan de forma mecánica: corto, retiro, corto, retiro. Luego, poco a poco, agrupo los rastros en montones, con el fin de que nos sea más fácil retirarlos. Y así, repito la operación planta tras planta.

Me pregunto cómo le irá a Arturo. Levanto mi vista y lo encuentro concentrado en la cepa con la que trabaja. Una sonrisa aparece en mi cara, porque sé cómo es de minucioso con todo lo que hace, y ahora no va a ser distinto. Lo que me gustaría saber, es lo que sentirá cuando acabemos la jornada.

### *Arturo*

La hora del semidesayuno llega sin darme si darme apenas cuenta. Es Ángel el que me avisa de que es momento de descansar.

Ando entre las hileras de vides y me fijo en las que han podado los hombres en el hilo contiguo. Al repasarlas minuciosamente constato que esa gente además de saber lo que hace, se han esmerado. No puedo evitar pararme, admirar el viñedo desde donde me encuentro y cuantificar todas las que quedan. Aventuro que terminar llevará al menos dos o tres semanas, siendo optimistas. Marian acertaba al empezar ya.

Reemprendo la marcha, cuando uno de los hombres se pone a mi altura y camina a mi lado en silencio, aunque creo que busca la manera de preguntarme algo.

—Oye, nuevo. ¿Cómo va el primer día?

—Pues no sé qué decirte, creo que se me han congelado los dedos y casi me los rebano en un par de ocasiones. Por lo demás, bien.

El hombre cabecea en reconocimiento y sonrío.

—Eso es normal, en cuanto pasen unos días será más soportable. Y créeme, la mitad de tu ropa desaparecerá cuando el sol pegue fuerte.

—¿Cómo te llamas? Todos sabéis mi nombre, y yo no recuerdo los vuestros  
—reconozco con un deje de vergüenza.

—Mi nombre es Fernando. En unos días conocerás los del resto y nuestra zona.

—¿Me permites preguntarte una cosa, Fernando?

—Depende de lo que preguntes —responde medio en broma.

—¿Cuánto hace que trabajas en esto?

—¿Con Marian? ¿O en viñedos?

—¿He deducir que dominas más cosas aparte de la poda? —pregunto para cerciorarme.

—Pues claro, cavo, vendimio...

—Aprender todo eso lleva tiempo —afirmo.

—Desde que era un chavalillo, y en marzo cumplo cuarenta y seis.

—Media vida...

—A algo tenía que dedicarme —rememora.

—¿Te arrepientes de no haber estudiado?

—No. El campo es difícil, y a su vez, agradecido. Aquí no hay estreses de esos que sufrís los de las oficinas...

Esbozo una sonrisa al registrar sus palabras, porque a su manera, ha verbalizado una verdad como un templo. Su trabajo es muy duro, aunque su vida es relativamente sencilla.

—Nuevo, ¿por qué quieres aprender esto?

—Porque sé de memoria la teoría y no sé nada de la práctica. La jefa me lo dejó meridianamente claro el otro día —digo parte de la verdad.

Él asiente a mi respuesta.

—Con esa carilla de niña y lo que es capaz de soltar por la boca... A pesar de ello, es una buena jefa, ¿sabes? Es honesta y trabaja como el que más. ¿Por qué crees que nos dejamos la piel en estas tierras?

Me quedo callado y asimilo la información. La respetan, no solo porque les trate o pague bien, sino porque la perciben como uno de ellos.

—¿Qué es exactamente lo que haces, Arturo? He captado que es importante, pero no sé hasta qué punto.

—Dirijo la empresa que fundó mi padre. Me encargo de que los mejores vinos de Europa y de Sur América viajen a los sitios más exclusivos del resto del mundo.

—Le vendes a los ricos el vino a precio de oro.

Cabeceo afirmativamente, porque, aunque es un resumen básico, también es acertado.

—Busco, selecciono, recomiendo y ellos pagan. Ahora bien, es más complicado de lo que puede parecer.

—Se comentaba en el pueblo que buscas vinos y que has probado los de Ledesma.

—Así es.

—¿Y los de la jefa? ¿Los has catado?

—¿Y tú?

—Pues claro, ella siempre nos manda algunas botellas.

—¿Y los otros? —investigo.

—¿Los de Ledesma? Sí, también los he probado. ¿Te gustan más esos? ¿De verdad, has probado los nuestros?

Contemplo al hombre con renovado interés, porque considera el vino suyo. Y de repente comprendo, esto es lo que Marian insinuó la noche de la fiesta: el vino no es solo de ella, sino de todos los que participan en el proceso.

En un arrebato, lo sujeto ligeramente del hombro para que cese la marcha y me preste atención, permitiéndome una confianza inusual que no suelo tomar con nadie.

—He probado los dos. Y me quedo con el vuestro por goleada. Pese a saberlo, Marian no se deja embaucar con cantos de sirena, ella no se vende a cualquiera. ¿Es lo que tratabas de averiguar?

—Sí, exactamente eso. Al verte, hemos pensado que su intención era impresionarte haciendo de menos lo que tiene. Me quedo más tranquilo al saber que no es así. Lo que producimos, se merece un respeto. Nosotros no somos Ledesma.

Niego con la cabeza y así termina nuestra charla de camino a la bodega.

### *Marian*

Viene acompañado de Fernando, el mayor de mis empleados. Son los últimos en aparecer y me muero por enterarme de qué hablan, a pesar de mi curiosidad, me muerdo la lengua y me aguanto. En ocasiones es mejor no saber.

Arturo se sienta a mi lado y observa el pequeño despliegue de comida dispuesto en el centro del círculo que se ha formado. Coge mi termo y se sirve un café. Hace frío y agarra la taza con ambas manos antes de tomar el primer sorbo.

—¿Qué tal vas? —pregunto, más interesada en saber cómo se encuentra que en otra cosa.

—Más o menos, no te voy a mentir. No pensaba que se requería tanta fuerza. Creía que todo se basaba en la técnica.

—Es una mezcla de ambas. Si no adquieres la técnica, de nada te sirve la fuerza. Algunas varetas las carga el diablo. ¿Cómo van tus manos? ¿Alguna ampolla?

—Todo bien por ahora, ¿y tú?

—Perfecto. Salvo que el frío se me ha metido dentro del cuerpo y no hay manera de entrar en calor —admito.

—Espero que suban un poco las temperaturas cuando el sol dé de lleno.

Asiento a su comentario, con la certeza de que en una hora nos quitaremos la ropa a tirones. Voy a preguntarle si todavía tiene ganas de continuar, cuando una mano se posa en mi hombro y hace que me gire.

Para mi alegría, es Carmen a quién encuentro al voltearme. No me he equivocado al pensar que no se perdería esto por nada del mundo, aunque lo que más me alegra es que Luis la acompaña. Va vestido de calle, no con ropa de campo, aun así, la emoción me embarga.

Me levanto de un salto y ella me envuelve en sus brazos como una mamá gallina.

—No hay manera de que te quedes en casa, ¿eh? —bromeo.

—¿Y dejar que comáis cualquier cosa? —añade, sin soltarme—. Y te equivocas, señorita. Es Luis el que es incapaz de quedarse en casa. Eso sí, como pise el viñedo, le zurro.

Me río ante el comentario, porque después del susto es más que capaz de hacerlo.

Me suelto de ella y me acerco a Luis, que, con los ojos llorosos, me abraza con algo de vergüenza.

—Ni se te ocurra entrar, ¿eh? Si hay cualquier duda te consulto, no quiero que muevas ni un pelo. Te vas con tu mujer a la cocina y te sientas mientras nosotros hacemos lo que hay que hacer. ¿Me he explicado bien?

—Con las regañinas de mi mujer hay bastante, Marian.

—Pues que no me entere yo de que no le haces caso... —adviento de manera cariñosa.

Asiente y se dedica a saludar uno a uno al resto de la cuadrilla antes de que terminen de tomar un bocado.

Carmen tira de mi manga y con la barbilla me señala a Arturo, en un claro gesto de pregunta. Me río, porque conoce la historia perfectamente. No me creo que Ángel no le haya contado qué hace él en mi viñedo. Sin embargo, antes de que pueda responderle, Arturo se levanta.

—Buenos días, Carmen. Me alegro mucho de volver a veros.

—¡Ay, hijo! ¿Qué haces tú aquí, criatura? —interpela ella, al tiempo que le da un par de besos de esos que suenan.

—Aprender, Carmen. Aprender... —contesta sonrojado, al percibir el cariño con que la mujer lo ha besado.

—Tú tranquilito, no vayas a hacerte daño. Mañana te va a costar moverte, aunque estoy segura que en unos días te sentirás mejor. Además, os voy a preparar un arroz que os va a dar la vida —le suelta tan pancha, propinándole golpecitos cariñosos en el brazo.

Me tapo la boca en un intento de no reírme. No hay quien se resista a ella.

—Se me hace la boca agua —le responde con el mismo tono cariñoso con el que la ha saludado.

Si hace una semana y media, cuando apareció entre los pinos cabreado y, con su soberbia en todo su esplendor, me llegan a decir que iba a presenciar una escena como esta no me lo hubiese creído.

Los hombres que ya han saludado a Luis empiezan a ponerse en marcha de nuevo. Ángel se acerca a su madre, la besa y con un gesto le indica a Arturo que es hora de continuar. Él asiente y lo acompaña, no sin antes guiñarnos un ojo.

Los observamos marcharse; Carmen aprovecha y se engancha de mi brazo. Cuando considera que se encuentran a una distancia prudente me suelta:

—No parece tan malo... Además es muy guapo y muy educado.

—Carmen... No empieces...

—No, si yo no digo nada, solo que es muy guapo y que...

—No tienes tú peligro ni nada... —comento divertida—. Anda, prepáranos algo de comer, que lo último que necesito es que se me muera la mitad de la cuadrilla.

Ella me sonrío con picardía y se despide con un beso antes de ponerse en marcha

*Arturo*

Son las doce de la mañana y el sol pica. Suelto en la pila los sarmientos cortados y me detengo un momento porque me va a dar algo a causa del calor. Fernando no se equivocaba, me sobra la mitad de la ropa.

De un tirón me deshago de la sudadera y del gorro. Dejo la ropa junto a la pila, recojo de nuevo las tijeras y me acerco a donde Ángel acaba de limpiar otra vid.

Me mira con entendimiento, ya que él ha hecho lo mismo hace un rato, sin embargo, no abre la boca. Él es de pocas palabras, cosa que agradezco. Así resulta más fácil centrarse en la tarea y dejar la mente en blanco.

Las dos horas desde que terminamos el semidesayuno, se me han hecho cortas. Sí, el trabajo es duro, aunque me gusta. El silencio, sentir el sol, respirar aire limpio, el olor de las vides y el de la tierra húmeda me relajan y, al mismo tiempo, me hacen sentir vivo.

Desconozco por dónde anda Marian, hace rato que le he perdido el rastro, por lo que me tomo un respiro y me giro en un intento de localizarla.

Tardo en dar con ella porque está agachada, hace fuerza sobre un varal que se le resiste. Le doy un leve toque en el hombro a Ángel y le señalo a Marian.

—Al final lo consigues, es tan cabezona que te apuesto una cerveza a que lo termina cortando aunque sea a patadas.

Me río, sin dejar de observarla.

—Sí que es cabezona, sí...

—No tienes ni idea... En cuanto algo se le mete entre ceja y ceja, no cesa hasta que lo logra. Anda, baja y ayúdala, es una vid grande y me asusta que se haga daño con las tijeras.

—Tiene más fuerza de la que aparenta y como baje, al que le va a hacer daño con las tijeras es a mí —respondo con los ojos aún clavados en ella.

—¿Algo que quieras contar?

—No preguntes... —replico, recordando como se me ha echado encima cuando me he burlado de su pijama.

Él me observa con los ojos entrecerrados y me lanza una sonrisa cínica.

Seguimos expectantes hasta que, de un corte certero, logra desprender el sarmiento rebelde. Después, lo coge con rabia y lo lanza hacia su propia pila.

—Nuevo, me debes una cerveza

—Al contrario, amigo. Has sido tú el que ha dudado de su fuerza.

*Marian*

Me ha dado más guerra de lo que esperaba y tengo la respiración agitada por el esfuerzo. Tiro las tijeras en la tierra y apoyo mis manos a las caderas, necesito un segundo de descanso. Cierro los ojos, levanto mi rostro y dejo que el sol me acaricie. Cuando los vuelvo a abrir, lo primero que distingo es a Arturo que carga un brazal de poda; esa imagen me hace recordar el mítico anuncio de una marca de refrescos sin azúcar. La camiseta de manga corta le marca los músculos y los vaqueros desgastados se le ajustan como un guante. Se me seca la boca.

«¡Qué espectáculo!».

Se detiene, tira sobre la pila lo que ha cargado y se sacude un poco los restos de tierra. Un par de segundos después, se pasa la mano por la frente y coloca sus manos en la cintura antes de tomar un poco de aliento, exactamente igual que acabo de hacer yo.

Otea el viñedo de un extremo al otro con calma, hasta que me localiza y se percata de que lo observo. Cuando nuestros ojos conectan, siento como una corriente cálida sacude mi cuerpo. Me dedica una de sus sonrisas torcidas y me lanza un guiño, antes de empezar a recorrer el camino de vuelta.

No aparto la vista de él hasta que desaparece y me regaño por ello, ese hombre es capaz de distraerme y alterarme incluso a varios metros de distancia.

## CAPÍTULO 20

### Punto de unión

*Arturo*

Camino solo de vuelta a la bodega bajo un sol de justicia. Sudo y noto las piernas cargadas y parece que los brazos se me van a separar de los hombros en cualquier momento. Aunque lo sorprendente es que sigo con la misma sensación de plenitud, de calma. Al tiempo que ando, examino de nuevo la dimensión de la finca y no logro comprender cómo piensan terminar en Navidad. Al sopesar esto, no puedo evitar pensar en los días que me esperan.

—Te has empeñado en quedarte desnudo en mitad de mi viñedo —escucho que me dice la loca que ha conseguido que yo esté aquí.

Me volteo, porque su voz llega desde atrás, así que no me muevo hasta que me alcanza.

No tarda en aparecer a mi lado con una sonrisa y quitándose ropa. Me cruzo de brazos y contemplo cómo se va deshaciendo de capas de ropa. Me doy cuenta de que hay barro en su cuello y se le han soltado algunos rizos de la coleta. Además, sus mejillas se han teñido de rojo y los ojos le brillan de una manera que los hacen parecer irreales.

—Si ya sabía yo, que lo que querías era que me pasease medio desnudo por aquí... —bromeo con la intención de que recuerde la conversación que mantuvimos en el cumpleaños de su padre.

—¡Joder! No sé dónde atarme tanta cosa —se queja, ya que se le resbala lo que sujeta en la mano mientras se ata el jersey.

—Trae, anda... —digo, al tiempo que sostengo la gorra y las tijeras que aún no ha soltado.

—¡Gracias! ¿Y Ángel?



—Ha ido a ayudar a su madre a retirar la comida y a prepararlo todo. Yo me he quedado a terminar lo que quedaba. Por eso regreso solo.

—¡Ah! ¡Genial! ¿Cómo se porta Ángel?

—Habla poco, así que muy bien.

—¿Tienes hambre? —pregunta con la mirada turbada.

—Mucha.

Al registrar mi respuesta, agarra mi camiseta y tira de ella hasta que nuestros cuerpos quedan juntos.

—¿Hambre de comida? —inquire y se muerde uno de sus labios.

—Marian... Que nos van a pillar.

—No me lo has aclarado.

Vigilo los alrededores y ella se ríe al percatarse de mi nerviosismo.

—Me has dicho que prefieres que tu vida privada...

Me besa. Al igual que hice yo el otro día, no me deja terminar la frase. Me sujeta con más fuerza y termina de desarmarme cuando noto que juguetea con mi labio inferior. Es el cielo, su boca es el mismísimo cielo. Desatada, noto como prosigue repartiendo pequeños besos en la comisura de mi boca y en el cuello.

—Si me buscas me vas a encontrar, ratoncito... Y me va a dar igual que venga toda la tropa —advierto con voz ronca—. ¿A qué viene este arrebató?

—No es justo que me provoques cuando ando lejos y pretender que no te muerda cuando te tengo así. Además... Tus vaqueros... —susurra en mi oído.

—No conoces lo que es el pudor. Joder... Me vas a volver loco.

—Piensas demasiado, Arturo —acusa, no sin antes morderme en la barbilla.

Entonces se separa, justo antes de que cometa una locura.

—¿Ahora te alejas? —protesto.

—Me has dicho que tenías hambre, ¿no? —se justifica, sin una pizca de inocencia.

Hago una negación y paso mi lengua por el labio con el que ha jugueteado hace tan solo un minuto. Me muevo y cuando la alcanzo paso mi brazo por encima de sus hombros y recorremos juntos el camino.

A los pocos minutos para y otea el horizonte.

—¿Eres capaz de imaginarla en todo su esplendor?

Contemplo el mismo paisaje. Y sí, aunque ahora solo es una finca en la que sobresalen las formas retorcidas de las cepas, mi mente no tarda en evocar la imagen que ella sugiere.

—Sin duda.

—Ojalá alguna vez la veas de verdad... Es el paraíso.

Cuando lo dice, yo no observo la tierra sino a la mujer. Ama este trozo de tierra como a nada en el mundo y eso supone para mí una gran revelación. Marian es de esas personas que ha encontrado su lugar en el mundo, de ahí su serenidad, su alegría, su pasión, su falta de inhibición... No necesita fingir, porque ya sabe quién es y a donde pertenece.

Tras un silencio cómodo, retoma de nuevo el camino. Andamos sin decirnos nada más, con mi brazo de sus hombros y ella sujetando mi mano, que ha cogido cuando nos hemos parado.

No es hasta unos metros antes de llegar a la bodega, que no se deshace de mi brazo. Y cuando lo hace, no me gusta. Caminar así, sin prisas ni obligación de decir nada, me ha parecido algo mágico.

### *Marian*

Retiro su brazo de mis hombros y ando con paso firme hasta la bodega. Él me alcanza y entra conmigo en el edificio, que nos recibe con una temperatura que me hace tiritar. Dejamos las cosas sobre la mesa que hay preparada y me coloco uno de los jerséis que he anudado a mi cintura.

A continuación, entro al baño. Al ver mi reflejo en el espejo me doy cuenta de que hay barro en mi cuello, así que lavo mis manos, retiro con un papel húmedo la mancha y me suelto el pelo. Él entra y sin apartar sus ojos de mí, espera apoyado en la pared a que yo termine de asearme. Cuando finalizo, le cedo el espacio y salgo en dirección al pequeño salón que utilizamos habitualmente en campaña como comedor.

La comida se ha servido a excepción de nuestros platos; los recojo, voy a la cocina y yo misma los lleno del arroz caldoso que Carmen ha preparado.

Al salir con ellos, Arturo entra en el comedor. Dejo el suyo colocado sobre la mesa y yo me encamino con el mío a mi sitio habitual.

Carmen se acerca, me alarga un vaso con agua y un poquito de pan, gesto que le agradezco con un beso en la mejilla. Me siento sobre la antigua butaca que mi padre utilizaba en su despacho y que él mismo trasladó aquí por si la necesitaba. Estiro las piernas y me dispongo a dar cuenta de mi comida.

—Arturo, hijo, ¿cómo has echado la mañana? —pregunta Carmen.

—Bien. Aunque estoy agotado, no te voy a mentir.

—Mañana será más fácil —dice uno de los muchachos de máquinas.

—Eso espero, porque no sé si voy a aguantarles el ritmo a la panda.

El grupo al completo asiente ante el cumplido.

A partir de ahí comienzan a hablar sobre los días que estiman que tardaremos en hacerlo todo y a explicarle cómo realizan la poda en verde. Sé que él se siente cómodo, escucha con interés los detalles sobre campañas anteriores y las anécdotas vividas durante los años que llevo al frente del viñedo.

Ángel aparece con unas cuantas botellas sin etiquetar y las coloca en la mesa. A los cinco minutos de abrirlas, ya pasan de mano en mano.

—¿Bebéis vino en los días de trabajo? —pregunta alarmado.

—Muchacho, qué sabrás tú de las buenas costumbres de la vida... —recrimina Fernando—. ¿De qué te sirve matarte a trabajar si no disfrutas del resultado?

No me queda más remedio que asentir a lo que le acaba de decir.

—Arturo, solo es una copa —los defiende—. Mi gente no suele emborracharse. Es una tradición, tanto en las podas como en la vendimia. Hoy iniciamos una añada y se ha de regar con vino.

—¿Tú catas los vinos que distribuyes, Arturo? —pregunta Fernando.

—Normalmente son mi hermana y mi mejor amigo los que se encargan de hacerlo. Después de eso, mi función es que esos vinos viajen por todo el mundo. Pero la respuesta a tu pregunta es sí. Suelo probar todos los vinos, es difícil vender algo que no se conoce.

—O sea, que entiendes —afirma Ángel.

—Déjame que pruebe el que acabas de abrir —exige Arturo.

Al percatarme de la disposición con la que lo demanda, levanto la cabeza. Su primera cata pública la va a hacer entre desconocidos.

—Marian, dame una copa adecuada. Por favor —me pide.

Dejo el plato a un lado, me levanto y voy a la zona de cata a por una copa adecuada al vino que va a degustar. Es un vino joven, un tinto bien estructurado, con una graduación alcohólica elevada y con aromas potentes, así que elijo una copa amplia y no panzuda, que le facilitará la percepción de los matices.

Regreso y se la tiendo. Él levanta la comisura de los labios al tomarla, ya sabe lo que va a degustar solo con ver mi elección.

Lo sirve, lo mueve ante el escrutinio del resto de comensales, lo huele, lo

vuelve a oler y por último toma un sorbo, aunque no lo bebe, sino que lo paladea. Al cabo de unos segundos lo escupe en el vaso que tenía con un poco de agua. Sus ojos se han oscurecido y su rostro se ha transformado. El espectáculo ha hecho que mi sangre se caliente. «¡Joder qué cambio!»

—Es un vino con gran cuerpo y con un color intenso, diría que rubí con notas violáceas y que derivará a un tono ladrillo; se debe a que la proporción de Cabernet es mayor a la de Merlot. Al olerlo se percibe la grosella, las ciruelas y tal vez un toque a chocolate. En boca ya no es una apreciación, sino que se hace patente el chocolate negro, las aceitunas negras y las bayas. Al haber pasado por madera de roble no es tan áspero y duro como cabría esperar; le falta algo de maduración en botella, ya que, aunque escaso, percibo un toque a pimiento.

—Pues parece que sí que sabes algo sobre probar vino... —aprecia Ángel con respeto.

—Algo sí que sé...

—¿Valoración? —pregunto, observándolo desde la pared en la que me he apoyado durante su exhibición.

—¿2017?

Asiento a su pregunta.

—Es el hermano menor de *King Arthur* —continúa—. Mismas uvas, distintas proporciones y tiempo de crianza diferente. No llegará a ser tan bueno como el que te acabo de nombrar, no obstante, es un vino muy digno. Destinado a un consumidor medio; personas que quieren disfrutar de un vino bueno a un precio más que razonable. ¿Me equivoco?

—Sí. Sé que hoy en día hay mucha variedad de este tipo de elaboraciones en el mercado, sin embargo, creo que La Alfarera debe ofrecer una gama completa.

—Toda bodega que se precie, debe ofrecer al consumidor un abanico de calidad... —empieza.

—En orden ascendente —termino por él.

Esa frase se la hemos escuchado decir a su padre desde que éramos críos.

Mis empleados nos observan al uno y al otro sin saber de qué hablamos. Me encantan que sus ojos brillen al darse cuenta de que aunque hayan pasado muchos años y que poseamos personalidades totalmente opuestas, la conexión permanece ahí, en esto, hablamos en el mismo idioma.

—Así que también es cierto lo de vuestra amistad. Solo una persona que te

conoce es capaz de acabar tus frases —razona Ángel, dando a entender algo que se me escapa. Es como si tras esa frase hubiese un reconocimiento.

—Ya te lo explicó Leo la noche de la carrera y ella te lo acaba de confirmar, nuestras familias son amigas desde tiempos inmemoriales.

—Lo que queda claro, es que no tiene ni idea de podar una vid, y que posee un paladar único. Aunque lo primero tiene remedio, ¿cierto? —expongo para zanjear la conversación—. Café y en marcha, que nos hemos entretenido demasiado.

Un murmullo de comentarios quejumbrosos se alza. Mi tropa está encantada con la nueva atracción. Arturo es la novedad, y más, después de lo que les acaba de enseñar.

Los espoleo para que se levanten y ayuden a recoger a Carmen. Retiro mi plato y voy a la cocina donde preparo un par de cafeteras, fruta y algo de dulce. La sobremesa transcurre afable, entre risas, anécdotas y opiniones sobre cualquier cosa.

A las tres de la tarde salimos de nuevo hacia el viñedo, no sin antes indicarles que repasen las zonas que han trabajado, que recojan bien cualquier rastro de poda y que trasladen todas las pilas hasta la zona habilitada para ello. Toda precaución es poca con tal de que el suelo quede limpio y, por ende, las vides protegidas.

### *Arturo*

Son casi las cinco de la tarde cuando se da por terminada la jornada. Nadie protesta ya que el retraso ha venido porque la comida ha durado más de la cuenta. No me he sentido tan cansado en mi vida y sospecho que Marian anda igual, aun así, ella se dedica a apagar luces y revisar que todo quede en orden. No finaliza hasta que todos los trabajadores, incluido Ángel, han abandonado la finca. Es cuando muestra el primer signo de cansancio al masajearse los hombros, quiero ir a aliviarla, en lugar de eso, me muevo y voy a cerrar puertas de la bodega.

Al cerciorarme que la puerta está bien cerrada, me dirijo al todoterreno, donde la encuentro sentada sobre el capó contemplando la puesta de sol.

—Pareces agotada.

—Tú también.

Le tiendo las llaves con las que he cerrado, me sujeto al guardabarros y me impulso hasta quedar sentado a su lado. Le paso una mano por los hombros y ella se apoya en mí.

—¿Pizza y ducha caliente? —pregunta.

—Suenan de lujo —admito.

—Tus ojos han cambiado —susurra.

—¿Cuándo?

—Al probar el vino.

—No lo sé.

—Ha sido así.

—Si tú lo dices... También los tuyos han cambiado desde que llegamos.

—Porque disfruto con esto, igual que tú lo haces cuando catas y percibes hasta el más mínimo matiz.

—Me lo vas a recordar cada día...

—Hasta que lo reconozcas y no te escondas.

—Y ya que hablas de ojos... Te brillan cuando eres traviesa —comento, recordando su ataque en mitad del viñedo.

Noto como su cuerpo vibra al reírse.

—Igual que a ti cuando apenas puedes mantener el control.

No le digo nada más, le doy un tironcito de la coleta mal hecha, le levanto la cara y busco su boca.

El beso es suave y lento, nada parecido al que ella me ha dado en el viñedo. Cuando me retiro busco sus ojos y encuentro que los ha cerrado. No habla y permanece apoyada en mí, lo que me indica que está molida. La beso en la frente y la ayudo a descender del capó del coche.

—Las llaves —le exijo, tendiéndole mi mano.

—Soy capaz de conducir —protesta sin mucho brío.

—Lo sé —aseguro—. Solo te las pido porque me apetece hacerlo yo.

Sin objeción me las tiende y pasa al asiento del copiloto.

### *Marian*

Sentada en el alféizar, me quedo absorta en las pequeñas luces que iluminan todo lo que rodea mi casa. Escucho como Arturo encarga una pizza; no tenemos ganas ni de preparar la cena.

—Ya la he pedido —avisa al entrar en el dormitorio.

—No sé si aguantaré la próxima hora despierta —confieso sin mirarlo.

—Pues tomamos un vaso de leche caliente y a dormir. Nadie se ha muerto por no comerse un trozo de pizza.

—Tus palabras son música celestial —respondo.

—¿Qué observas con tanto interés?

—Las luces, son como luciérnagas. Me relajan.

—A la cama, que empiezas a delirar —dice y tira de mí.

—Son las siete de la tarde... ¿Cómo me voy a acostar tan temprano?

—¿Porque te has levantado a las cinco de la mañana?

—Arturo...

—Ni Arturo ni nada, ¡a la cama!

Me acuesto y la verdad es que me parece el paraíso. Él me dice que baja a esperar al repartidor y que, en cuanto coma, sube. Pero no me entero si ha salido por la puerta; caigo en coma profundo en el momento en el que cierro los ojos.

### *Arturo*

No me extraña nada que se haya quedado dormida, el día ha sido agotador. Me tumbo en el sofá a esperar a que aparezca el repartidor y reviso mi teléfono.

Hay llamadas de Leo, un mensaje de mi hermana deseándome suerte y un par de correos electrónicos de Carlos, mi cuñado, donde me confirma que ya descansan en nuestros almacenes las partidas de vino que esperábamos.

Me quedo más tranquilo con eso y le escribo a Leo.

Yo: «Estoy bien, ha sido un día largo. Mañana te llamo».

Leo: «De acuerdo. Yo estoy en Madrid con Jimena. Ya sin férula. Espero tu llamada».

Yo: «¡Eso son buenas noticias! Me alegro de que te la hayan quitado».

Leo: «Oye, ¿el día festivo también vais al viñado? Jimena me ha dicho que siempre lo pasa con Marian. Si aún sigues ahí para entonces, ¿nos pasamos? ¿Va bien?».

Yo: «Ok. Sin problema».

Le respondo escueto porque lo que suceda en esta casa solo es cosa nuestra, nadie tiene porqué saber lo que hago o dejo de hacer con ella.

Suelto el teléfono encima de la mesa cuando termino de leer los correos de algunos clientes. Un instante después, escucho el sonido de lo que parece una

moto. Me levanto a duras penas y me acerco a la puerta, desde la que observo como el joven repartidor aparca, se deshace del casco y se queda embobado al contemplar el porche. Sonríe al recordar mi propio aturdimiento al ver este sitio por primera vez.

El muchacho se percata de mi presencia, así que abro la cristalera, lo recibo, le pago la pizza y lo despido. No me muevo hasta que me aseguro de que se ha marchado. Entonces cierro, conecto la alarma, apago todas las luces del exterior y voy hasta la cocina con la pizza en la mano.

Le echo un vistazo al contenido de la caja, huele bien, pero no me apetece cenar solo. Así que la cierro, apago la luz y voy en busca de mi fuente de calor que duerme a pierna suelta en la parte de arriba.

En cuanto entro al dormitorio, me doy cuenta de que el nórdico le cubre la cabeza y que se ha hecho una bolita en la enorme cama. Vuelvo a sonreír, porque sé que dentro de unas horas esa ternura que desprende se va a convertir en un mal humor impresionante.

Avanzo en silencio y me acuesto. Al sentirme, ella se gira y me abraza. Me gusta, me gusta mucho que haga eso. Y más, al comprobar que no lleva el pijama del Yeti, tan solo una camisa que se le ha subido hasta las caderas. No puedo explicar lo que siento al notar su cuerpo junto al mío, hasta dormida, es capaz de despertar cada fibra de mi cuerpo. La rodeo con mi brazo, cierro los ojos y saboreo el momento antes de abandonarme a un plácido sueño.



## CAPÍTULO 21

### Rutina

*Marian*

*M*e despierto algo desorientada. A tientas, alcanzo mi teléfono y miro la hora. «¡Genial! Las cuatro y media de la mañana». Parpadeo en un intento de situarme, hasta que un movimiento a mi espalda provoca que lo haga de golpe. Arturo posa su mano en mi cadera y hace que me gire. Sigue dormido, por lo que me permito contemplarlo durante un momento. Tengo que retener mi mano para no acariciarlo. El día anterior trabajó como el que más y cuando abra los ojos, le va a doler cada músculo de su cuerpo. Así que me repito que es bueno que lo deje descansar.

Poco a poco me desperezo y entonces recuerdo que ayer el hombre que yace a mi lado me acostó a las siete de la tarde. Remoloneo un poco más y decido ir a por un café. Me levanto sigilosa y salgo de la habitación como si fuese una ladrona en mi propia casa.

En la cocina, preparo la cafetera y me doy cuenta de que dejó la pizza sobre la encimera. La abro y frunzo el ceño porque no falta ni un trozo, él tampoco cenó. En lo que tarda en hacerse el café preparo dos cuencos de fruta y un par de tortillas francesas que calentaré cuando él se levante. No podemos seguir sin comer bien.

Al terminar echo un vistazo al reloj de la pared y compruebo que aún son las cinco y cuarto de la mañana. Me sirvo una taza de café; pienso en aprovechar la hora que me queda hasta que despierte Arturo y bajo al taller.

Abajo hace un frío que pela, dejo la taza y enciendo la estufa de leña; a los pocos minutos percibo que la habitación empieza a calentarse.

También enciendo algunas velas e introduzco un CD en el reproductor. Hoy me apetece modelar con música tranquila, quiero trabajar sobre algo sencillo

y que no suponga mucho esfuerzo, ya que casi no siento mis brazos.

Las melodías de un grupo granadino que se llama La Ambulancia Irlandesa me inspiran; adoro su música y ese disco en concreto, más. *Envero*, ese es el título del álbum y no puede ir más en consonancia con mi mundo.

En un par de sorbos grandes termino mi café, abro un paquete de barro y lo humedezco antes de colocarlo en el torno. Cuando empieza a girar, yo dejo que mis manos fluyan al ritmo de la música.

Mis pensamientos centran por completo en Arturo. El hombre arrogante, ambicioso y cínico se ha retraído en tan solo unos días y ha dado paso a otro con emociones. Ahora bromea, no controla su lado salvaje todo lo que debiera, escucha a la gente y comienza a descubrir lo bien que sienta vivir en contacto con la tierra y hacer aquello que realmente le gusta. ¡Hasta es capaz de ser tierno! Sin embargo, todavía le queda mucho para florecer, aún no ha emergido el Arturo pasional que yo conozco. Ese que se movía por impulsos y necesidades.

### *Arturo*

Me giro y descubro vacío el otro lado de la cama. Vuelvo a palpar y nada. Me incorporo con dificultad ya que las agujetas de los brazos parecen los pinchazos de unos alfileres.

Me paso las manos por la cara, me destapo, me levanto y voy al servicio. Ando a oscuras y entro, ahí tampoco la encuentro. Debe de haberse levantado hace un rato.

Cuando salgo del servicio ojeo la hora en el teléfono y me asombro al darme cuenta de que solo son las cinco y media de la mañana. Este ritmo de acostarme en mitad de la tarde y de levantarme antes de que salga el sol va a hacer que cambie mi rutina de sueño. Aunque he de reconocer que, pese al dolor en los brazos, he dormido bastante bien.

Me visto solo con el pantalón del pijama y decido bajar a por un café.

Desciendo las escaleras y en el trayecto termino de desperezarme. Encuentro la cocina y el salón vacíos, aunque me doy cuenta de que hay café recién hecho y el desayuno está preparado. «¿Dónde se ha metido?»

Me sirvo una taza de este antes de seguir buscando y es cuando escucho una suave música que procede del sótano. Ya sé dónde encontrarla.

Con mi extraña taza en la mano, a la que ya le he cogido cariño, enfilo en dirección al sótano. Bajó la escalera hasta dar con el taller. No me molestó en llamar, sino que procuro hacer el menor ruido posible; abro la puerta y la encuentro absorta en el torno. Se ha sentado de cara a mí, con las piernas separadas y el torno entre ellas. Su pelo rizado cae desordenado y tiene barro en los muslos porque lleva una camisa que no le tapa ni la mitad de las piernas.

Es lo más erótico que he visto en mi vida. No me muevo, no quiero que se dé cuenta, por el momento, de que la observo. Hipnotizado, me fijo en cómo pasa una y otra vez con sumo cuidado una esponja por la pieza que elabora. Ni idea de lo que saldrá de ahí, aunque juraría que se podrá percibir en el resultado el mimo, cuidado y amor que le dedica.

No aguanto más y doy un paso hacia ella, entonces levanta un poco la vista y clava sus ojos en mí.

—Buenos días —susurra.

—Buenas madrugadas —replico y me acerco a ella vacilante—. ¿Qué haces?

—Una taza que pretendo regalarle a un zurdo al que le gusta pasearse semidesnudo por mi casa —contesta, al tiempo que repasa mi indumentaria con una mirada turbia.

—Pues es un zurdo muy afortunado. Encima que anda por tu casa de esa manera, dedicas tu tiempo a hacerle una taza.

—Las vistas que me brinda, bien merecen el detalle —comenta de manera descarada.

—¿Me dejas acercarme? —pregunto con voz ronca.

—¿Te gustaría probarlo?

—¿El qué?

—El barro, claro...

—Por qué no...

Me coloco tras ella, le retiro el pelo del cuello y le doy un beso más largo de lo que debería.

—Ahí atrás, debajo de la mesa que hay a tu espalda encontrarás un taburete, cógelo y siéntate a mi lado —ordena.

Localizo el asiento, no obstante, no lo coloco a su lado sino detrás. Cuando me siento, me acerco a su oído y le susurro: «tú mandas».

Se estremece, aunque echa sus brazos hacia atrás y busca los míos. Con sus

manos manchadas pone las mías sobre el barro y va guiando mis dedos con maestría con cuidado de que no destruya lo que ha hecho.

Pese a la estufa, la temperatura es algo baja, agradezco no llevar nada en la parte de arriba. La sensación de tener sus manos y las mías en el barro es única, aunque se vuelve más increíble cuando se apoya en mi pecho.

Ahí pierdo el hilo de mis pensamientos, experimentar algo así es un suplicio que no sé si voy a soportar mucho rato. La tortura dura poco, juguetona gira su cabeza y deposita un beso caliente en el nacimiento de mi barba. Esto provoca que le dé un pequeño mordisco que pasa a ser un beso en el cuello.

Es entonces cuando se suelta, levanta sus brazos, los entrelaza alrededor de mi cuello y se abandona a mis besos. No pienso en lo que hago cuando coloco mis manos manchadas en sus muslos y las subo por debajo de la camisa hasta que llego a su pecho.

Gime ante el contacto de mis manos frías con su piel, no me apiado, el Arturo comedido no está ni se le espera. Así que prosigo con mi saqueo.

El beso que se inicia tímido en un principio, se convierte en una lucha de voluntades entre mi boca y la suya. Ella utiliza la movilidad del taburete y se vuelve. Se aferra a mi pelo, levanta mi rostro y me da un beso demoledor que detiene solo cuando posa su boca en mi pecho y recorre con sus labios cada centímetro de mi piel. Me dejo hacer hasta que no lo soporto más. La agarro del trasero subo sus piernas sobre las mías y me levanto. No se asusta, si no que me sonrío de manera provocativa, lo que hace que me vuelva totalmente loco.

Me giro con sus piernas enroscadas a mi cintura, con un brazo despejo la mesa y la siento sobre esta.

### *Marian*

En sus brazos y aferrada a su boca, me sienta de manera brusca sobre la mesa donde suelo modelar, me separa las piernas y se coloca entre ellas.

Con manos hábiles da un tirón desde el cuello de mi camisa y los botones saltan por todos lados. Recorre mi cuerpo con los ojos velados por el deseo y totalmente fuera de control. Me derrito al verlo así y lo sabe. Desinhibido por completo me toca y me besa hasta provocar que me arquee y gima.

—Dios...

—Eso es Marian... —me espolea.

—Hazlo Arturo... —susurro con la respiración entrecortada.

—No.

Ante su negativa me incorporo, lo sujeto del cuello y lo beso de nuevo. Él responde acercándose más, y yo vuelvo a gemir.

—Eres un sinvergüenza —digo.

—Siempre lo he sido —responde, esbozando la sonrisa que me vuelve loca.

—Sí, y me encanta —confieso.

Al escucharme, no tarda ni un abrir y cerrar de ojos en entrar en mí. Vuelvo a arquearme porque lo ha hecho de forma inesperada.

«¡Dios! Esto es lo que quiero, lo que necesito de él».

### *Arturo*

Me muestro tal cual soy, no le asusta que sea así de brusco. Aprieto los dientes y le doy aquello que me ha pedido. Sin previo aviso, sin suavidad, sin control.

Se aferra a mí como yo a ella, no hay excusas ni cuidados, solo caricias, besos extenuantes, mordiscos y un ritmo descarnado que nos lleva al abismo.

Apoyo la frente en la curva de cuello, donde hace tan solos unos instantes estaban mis dientes clavados, y le acaricio la espalda. No dice nada, solo deja pequeños besos en el mío.

—¿Te encuentras bien? Yo he... —Atino a preguntar, asombrado por haberme descontrolado tanto.

—*Shh...*

Seguimos así unos minutos más porque no quiero salir de su interior.

—Parece que tus fuerzas no han mermado —masculla—. Recuérdame que le diga a la tropa que te dé más caña hoy.

Me río ante su ocurrencia y le doy un beso en el cuello manchado de barro.

Me recompongo, la cojo en brazos y me encamino a la ducha. No se suelta del abrazo, sino que se aferra aún más.

No tardamos en asearnos pese a dedicarnos más caricias y arrumacos.

—¿Te has fijado la hora que es? —pregunto.

—No, ¿por?

—Son casi las siete...

—¡Arturo, vamos retrasados de nuevo! ¡Jooooder!

Se viste a la velocidad del rayo y corre hacia la cocina. Cuando bajo, ya tiene preparada la mochila y servido el desayuno.

—Dispones de ocho minutos, ni uno más.

—Si no te hubieses entretenido... —canturreo antes de sentarme y de tomar de un trago mi café.

Se levanta y abre los ojos como platos.

—Arturo Alquézar, acabas de sellar tu sentencia de muerte —amenaza de la manera menos intimidante en la historia de la humanidad.

La cojo por la cintura, la pego a mí y le doy un beso juguetón.

—Aprendo rápido, Marian. ¿Acaso tu no me atacaste por sorpresa con premeditación y alevosía ayer? —digo al tiempo que me levanto para ir a recoger mis cosas.

—Eres...

—¿Un sinvergüenza? —contesto y le dedico mi mejor sonrisa al salir por la puerta.

### *Marian*

Me quedo parada en medio de la cocina con la mochila en la mano. Si me pinchan no sangro. «¿Qué mierda ha pasado aquí? ¿Acaba de coquetear? ¡Santo Dios!». Dejo las conjeturas para cuando esté en la viña y corro hacia el coche.

«¡Mierda! Hace dos días que se queda en casa, y ya no soy capaz ni de ser puntual en mi trabajo».

### *Arturo*

Se sube al coche nerviosa porque cree que llegaremos tarde, no sabe que yo no soy tan comedido al volante. A las siete en punto entramos en el viñedo. Ojea su reloj y suspira de alivio.

Como el día anterior quedó todo revisado, hoy solo ha de señalar la nueva zona de trabajo y dedicar unos minutos a volver a proteger nuestras manos. Una vez lo hace, se marcha a colocar las mochilas en el armario y yo salgo ya hacia el viñedo en compañía de los demás.

El día pasa rápido. Ya sé lo que hay que hacer y cómo, por tanto, funciono de otra manera. Y es cierto que me duelen los brazos, aunque pasadas las primeras horas no tanto como imaginaba.

## *Marian*

No nos hemos visto en todo el día, salvo en el desayuno y en el almuerzo. No es hasta la tarde que aparece como invocado de la nada y en un movimiento rápido me arrebató el haz de sarmientos que me dispongo a llevar a mi pila. Los sujeta con un brazo y con el otro me acerca para darme un beso que me deja aturdida. Lo sigo con la mirada, a la vez que pienso en que solo ha tardado dos días en acostumbrarse al trabajo. No ha proferido ni una queja, ni una mala palabra hacia mi personal, sino todo lo contrario. Hoy ha reído y bromeado con ellos como si los conociese de toda la vida.

Si no supiese de dónde viene y a qué se dedica, casi afirmarí­a que trabaja aquí desde hace mucho tiempo. No solo se trata de que sea un tío inteligente que ha cogido todo a la primera, no. Se debe a que se encuentra bien, a que le gusta y lo disfruta de verdad.

Sin querer pensar más, camino tras él hasta que me reúno con mi grupo de trabajo que hoy ha rendido mucho mejor que ayer. Se nota que es el segundo día y que no ha habido distracciones. Arturo se encarga de apagar y cerrar, mientras que yo recojo nuestras cosas y las cargo en el coche.

Cuando regresa, me encuentra en el mismo sitio de ayer. Él se vuelve a sentar a mi lado y juntos contemplamos cómo se esconde el astro rey.

—¿Por qué esperas la puesta de sol? —indaga realmente interesado—. Sé que es algo bonito, pero... ¿significa algo más?

—Sí, lo hago porque me recuerda que por muy duro que haya sido el día, ha merecido la pena. Que he aprovechado cada uno de los minutos que me ha brindado.

Sé que ha entendido que es el momento en que hago balance del día y de si lo he vivido al máximo.

De camino a casa, va pensativo y le pregunto qué pasa por su cabeza.

—Pienso en que el día de hoy ha sido mucho mejor que ayer. En todo.

—Y conforme pasen los días será más fácil. Incluso llegará el momento que cuando faltes un día lo echarás de menos.

—Eso es porque es un trabajo muy físico y al igual que cuando practicas deporte, tu cuerpo libera endorfinas. Eso hace que te sientas bien, así que el día que no ejercitas, lo echas en falta —razona.

—Quizá, aunque creo que no solo son las endorfinas las que te hacen sentirte así. Has empezado por la poda, que es la parte menos vistosa. Si vivieses el resto... Créeme, te engancharías por mil razones más.

Los días posteriores pasan volando. Si los tuviese que resumir lo haría en el siguiente orden: trabajo, besos robados, caricias a escondidas, risas, puestas de sol, horas en la cama, paseos a la orilla del pantano y vino, mucho vino y charlas interminables frente a la chimenea. Sin darnos cuenta, hemos ido creado una rutina nuestra, de nadie más.



## CAPÍTULO 22

### La visita

*Marian*

*H*oy es un perfecto para decorar la casa, ya que descansamos y es festivo. Arrebujada bajo el nórdico, imagino cómo puede quedar todo. Ya que con la ayuda de Arturo, me va a ser más fácil.

Si hace un par de semanas, me hubiesen dicho que iba a contar con él, hubiese llamado loco a quién se hubiese atrevido, ni si quiera, a insinuarlo. Y no es solo esto, sino todo. Ir a la viña cada mañana con él, su beso de buenos días, sus miradas y arrebatos cuando menos me lo espero, sus opiniones sobre las películas y series, cocinar los dos juntos, abrir una botella de vino por el simple hecho de disfrutarla y valorarla, sus bromas ácidas, ver sus cosas junto a las mías en el cuarto de baño... Ha sucedido tanto en tan pocos días, que me parece una locura.

No parece una locura, lo es. En un par de semanas, a lo sumo, se marchará. Y no va a ser agradable. No debo olvidar cuál es el motivo por el que se queda. Y sí, es el mejor para distribuir mi vino y ahora conoce parte de lo que hay detrás del mismo. Me ha regalado la mejor semana de mi vida y he visto cómo se va abriendo como una flor. Sin embargo, lo último que quiero es que, precisamente por todo lo sucedido, se crea en el derecho de hacerse con él. Al pensar en ello me desespero, porque por mucho que quiera engañarme, estás semanas van a marcar un antes y un después. Y va a doler, mucho.

*Arturo*

Una de las ventajas de madrugar y de que haya silencio y quietud es que el trabajo cunde mucho más. Después de estas semanas, dedicarme a mandar correos electrónicos y contratos me parece algo simple y vano. Aunque debo

ser consecuente, los últimos días han sido un medio con el objetivo de alcanzar un fin.

Me quedo pensativo y caigo en que Marian no ha mencionado nada sobre el vino y por lo poco que la conozco, lo que hay entre nosotros no va a influir en su decisión de venderlo. Si algo he aprendido es que sabe muy bien lo que quiere conseguir y a quién profesa lealtad. No necesita dinero y, mucho menos, aspira a que suba el estatus de su bodega. Será feliz con que alguien valore el producto cómo se merece y oferte un precio razonable; la palabra ambición no forma parte de su vocabulario.

Tomo un sorbo de café y contemplo a través de la cristalera cómo amanece. Voy a echar mucho de menos vivir aquí. Y me cabreo solo con pensar cómo vamos a salir parados de tal situación.

### *Marian*

Bajo y me sirvo un café. Hago un barrido con mis ojos por el salón y lo encuentro sentado en la mesa, rodeado de mil papeles que hasta ahora no ha tocado. Se ha colocado unos auriculares y escribe lo que quiera que sea en el ordenador.

Va descalzo, en vaqueros y camiseta, aun así, no me cuesta nada imaginarlo con un traje a medida y en su oficina. Siento una opresión en el pecho que casi no me deja respirar, porque él volverá a su vida en tan solo un par de semanas. No hay nada que le haga quedarse aquí, ni siquiera lo que él quiere, que es mi vino. En cuanto lo consiga, volará igual.

Me muevo y suelto la taza de café frío en el fregadero y es cuando repara en mí. Se quita los auriculares y me dedica una sonrisa. Hago acopio de toda mi voluntad y se la devuelvo.

—Buenos días, ¿currando tan temprano?

—Más o menos, llevo un par de semanas sin revisar el correo y es un caos. Aunque no tardaré mucho en dejarlo listo.

Me acerco y ojeo la pantalla del portátil. Supervisa todos los envíos que se han realizado durante la semana.

—*Hum...* Sí que hay movimiento...

—Es una época de mucho consumo, por lo tanto, hay más demanda. Se debe revisar que todo salga y llegue en el tiempo estimado. Pese al caos de correos, en un rato termino. ¿Has pensado qué vamos a hacer hoy?

—Creo que voy a aprovechar el día y colocaré los adornos navideños.

—¿Decoras la casa?

—Claro, ¿tú no?

—¿Y tener que quitarlos después? No, gracias.

—Me abruma ser testigo de cómo te invade el espíritu navideño.

Sonríe cabizbajo, me coge por la cintura y se abraza a mí. Es algo que me pilla por sorpresa, aunque reacciono y lo rodeo también con mis brazos. Pase lo que pase cuando se marche, al menos me quedarán los recuerdos.

—Tienes de margen lo que tarde en buscar todos los adornos —advierdo—. Que no queremos que te visiten los fantasmas del pasado, del presente y del futuro, ¿verdad? —bromeo, al tiempo que le doy un beso.

—Leo y Jimena vienen de camino. Leo acaba de escribirme. Creo que quieren asegurarse de que nos llevamos bien y no hemos hecho ninguna locura.

Le revuelvo el pelo y sonrío.

—Pues mira, más ayuda —digo mientras me marcho en busca de los dichosos adornos.

### *Arturo*

Se marcha en busca de lo que sea que quiere que pongamos. Algo le sucede, no le brillan los ojos como siempre. Puede que sea cierto eso de que es demasiado empática y sabe lo que pienso.

Aun así, corretea de un mueble a otro sacando bolsas y pequeñas cajitas, que presupongo que son los adornos. Me gusta observar cómo se mueve y cómo da palmadas cada vez que saca algo nuevo. ¿Es incapaz de hacer nada sin ilusión?

### *Marian*

Lo último que me falta hoy es la visita de Leo y Jimena. No necesito que me recuerden lo fácil que es todo para algunas personas. Desde el minuto uno lo tuvieron claro y seguro que encontrarán la manera de hacerlo funcionar. Y me alegro por ellos con toda mi alma, solo que da la casualidad de que no es el mejor día para ser testigo de ello.

Me centro en buscar toda la decoración, al menos, tratar con cosas bonitas hará que cambie algo mi humor.

Un par de horas más tarde, Arturo examina con minuciosidad y asombro la cantidad de cosas que hay perfectamente distribuidas por el suelo de madera.

—Marian, ¿piensas colocarlo todo?

—¡Hasta el último detalle! —confirmo con un guiño travieso.

Me dispongo a sacar las primeras ramas del árbol de Navidad, cuando aparece Jimena como un vendaval cargada de bolsas.

—¡Lo sabía! ¿Ibas a poner la decoración sin mí? —acusa y me abraza al mismo tiempo.

—¡Pues claro que lo sabes! ¡Lo hago todos los años el mismo día! —contesto. No puedo hacer nada por ella, es una loca sin cura.

—Sí, y no me has pedido que te acompañe. No te lo voy a perdonar... —responde.

—¿Qué locura se te ha ocurrido ya? —pregunto porque la conozco demasiado bien.

Me sonrío de manera traviesa, mete la mano en una de las bolsas y saca un jersey con un reno. Aunque la sorpresa llega cuando pulsa algo y el reno se ilumina. Varias lucecitas *led* lo adornan.

—¡Traigo cuatro! —anuncia entusiasmada.

Suelto una carcajada ante semejante atuendo, aunque lo que me hace perder la compostura del todo son las caras de Leo y Arturo.

Me acerco a Leo y le doy un abrazo.

—Yo no me pienso poner eso —anuncia Arturo, horrorizado.

—No, ese no te lo vas a poner... Te vas a poner... ¡Tachan! —exclama mi amiga y saca otro jersey con la cara de *El Grinch*.

Leo y yo nos damos la vuelta muertos de risa. Jimena no teme por su integridad. Nos sorprendemos cuando Arturo se ríe también y de un tirón le quita el jersey.

—¡Oye! *El Grinch* es otra cosa... Los cuernos se los dejo a tu chico —dice, a la par que le dedica una sonrisa traviesa y le guiña un ojo.

Jimena se queda con la boca abierta. Ella esperaba que el jersey le resultase ofensivo y le ha salido el tiro por la culata.

Tras su *shock*, saca los demás y nos obliga a que nos los pongamos. También trae una diadema con unos cuernitos de reno, que por narices me hace colocarme.

Equipados con el uniforme navideño y entre risas, los dejo con el árbol de Navidad.

Un poco alejada del alboroto que tiene montado Jimena, busco en mi aplicación de música la lista navideña que configuré el año pasado. Cuando la encuentro, coloco el móvil en el altavoz y le doy a reproducir.

Arturo me sonrío con suficiencia. Le sonrío de vuelta, porque conozco el motivo. Dice que hago todo con música, y es cierto.

Olvidándome de esos ojos color miel y de esa sonrisa, me centro en colocar el resto de los adornos, hasta que los tres terminen de montar el árbol.

### *Arturo*

Soy consciente en todo momento de cómo se mueve por el salón y tararea todas las canciones que suenan. La imagen me resulta adorable, parece una niña pequeña con ese jersey y esa diadema.

Leo me da un codazo al percatarse de que me he quedado embobado.

—Siempre ha sido tu debilidad. Te falta el babero.

No le hago caso y sigo observándola.

—Sois pareja —afirma.

—No exactamente.

—¿Eso qué significa?

—Es complicado de explicar...

—Lo único complicado aquí eres tú. Yo no encuentro dificultad alguna en que te permitas ser feliz. Nunca te he visto mirar a otra como a ella —susurra.

—Es fácil decirlo...

—Arturo...

—Ahora no —lo corto. No es el momento ni el lugar.

### *Marian*

No sé cuánto rato hemos tardado en colgar todos los adornos en el árbol, aunque ya solo queda que alguno de los chicos coloque la estrella, dado que Jimena o yo necesitaríamos subirnos en una escalera.

La desenvuelvo con mucho cuidado, ya que es de cerámica. La hice el año que creé el taller, como la mayoría de los adornos que ahora cuelgan del árbol. Cuando voy a tendérsela a Leo, unos brazos me alzan.

Sé de sobra quién me ha levantado, reconocería esas manos entre un millón. La encajo, me aseguro de que no cimbrea, y los brazos que me sostienen me bajan. Me vuelvo hacia él, levanto la mano y le acaricio la barbita en señal de

agradecimiento por haberme ayudado. Frota su mejilla contra la palma de mi mano, seguidamente se inclina y me besa de la manera más dulce que jamás hubiese imaginado.

*Hallelujah* de Leonard Cohen pone la banda sonora a un momento que no voy a olvidar jamás. No por el escenario o por el beso, sino porque por primera vez tengo la certeza de que amo a Arturo con todas mis fuerzas.

### *Arturo*

—Pues sí que pasan cosas en una semana...

Ese comentario de Jimena hace que explote la burbuja, me separo lo justo de los labios de Marian.

—Si no te gusta, ya sabes dónde tienes la puerta —contesto en broma, en un intento de devolver todas las veces que ella me ha echado de la casa.

Marian muerde sus labios evitando así reírse, ya que sabe que bromeo.

—Ya quisieras tú que yo me fuese... Y menos ahora, que parece que hay algo interesante que contar.

Sonríó a Marian e ignoro deliberadamente a su amiga. Aunque pronto descubro que Jimena no es de las que se quedan quietas, así que no duda en acercarse, coge a Marian del brazo, tira de ella y la arrastra hasta la cocina.

El gesto me confirma que Marian no le ha contado a Jimena nada de lo que ha pasado entre nosotros.

—Ahora que se han marchado, ¿me vas a contar algo? —pregunta Leo.

—¿Te he preguntado yo a ti?

—No, no lo has hecho. Y creo que la situación no es la misma.

—¿No?

—No. Yo admito que Jimena me vuelve loco.

—Venga ya... —me quejo.

—No lo vas a reconocer, ¿verdad?

—¿Que Marian me atrae? Eso lo sabes desde que éramos críos.

—Hablar contigo en ocasiones es imposible... Probaré con el tema vino, lo mismo hay más suerte y me contestas sin evasivas.

—¿Qué quieres saber sobre eso?

—Si ya la has convencido.

—No. No lo he hecho. Ni siquiera he sacado el tema. Los días han pasado muy rápido.

—Tienes la joya de la corona a tu alcance y, ¿no haces nada? Ahora dime que no estás cambiado.

Me alejo y recojo las cajas y bolsas de los adornos, porque no me gusta el tono de la conversación, empieza a cabrearme. No sabe nada, y solo porque lo intuye, cree que puede hacer juicios de valor. Marian me gusta mucho, nada más.

### *Marian*

—Comienza a contar en tres, dos, uno...

—No hay mucho que decir, Jimena. Buenos ratos de cama y mucho trabajo, eso es todo.

—Es capaz de bromear, te besa con delicadeza, te sonrío de una manera que casi se me caen las braguitas... ¿Y no hay mucho que contar?

Me presiono el puente de la nariz con dos dedos e intento resumir la situación.

—Me he enamorado.

—¡Guaau, Marian! —exclama sonriente.

—No cantes victoria, Jimena. Sabes que desde la fiesta de mi padre ha suavizado el carácter, no olvides lo que quiere. Por lo que debo esperar lo mismo por su parte.

—Ya empezamos...

—Ji, no me hace falta que me digas nada. En una semana o quizás dos, se irá.

—¿Y el vino?

—El tema vino, aparcado. Y es mejor así, porque bastante caos hay en mi cabeza, ¿no crees? Amar a alguien que se va a marchar es una gran putada.

—Él también te quiere, solo hay que observar cómo te acaba de besar.

—Olvidas que tiene responsabilidades y una vida lejos de aquí.

—¡Vaya! No sabía que Andorra fuese Alaska. Por esa regla de tres, lo llevo claro yo también...

—No es igual. Leo se ha enamorado de ti, Arturo solo empieza a descongelarse.

—Pues ponte las pilas...

Le hago un gesto de negación con el que le hago saber que se termina el interrogatorio. Me dirijo a la nevera y saco unas uvas, varios tipos de quesos,

embutidos y cojo algo de pan.

Jimena lo coloca todo en diferentes platos de madera y yo bajo a la bodega a por vino. Hoy necesito de lo bueno lo mejor, porque mi estado de ánimo fluctúa por momentos y no me gusta.



## CAPÍTULO 23

### Sorpresas

*Marian*

Sirvo el vino después de dejar que se oxigene. A pesar de que es diciembre, la temperatura al sol es más que agradable y Jimena ha decidido que comamos fuera.

Reparto las copas una a una y me siento.

Leo observa el vino, lo mueve y lo prueba. Su expresión cambia y sé al momento que mi elección me va a poner en un aprieto.

—¿Se lo confiarás a Arturo? —pregunta con seriedad.

Arturo se tensa y Jimena guarda silencio a la espera de mi contestación.

—No lo he pensado —respondo evasiva.

—¿No quieres venderlo en general o a él concretamente? —Vuelve a la carga.

—Quiero distribuirlo, con esa intención eso lo he hecho. Salvo que aún no he pensado con quién. ¿Te vale eso? —respondo mordaz. Odio las encerronas.

Soy consciente de que quiere ponerme contra las cuerdas a propósito. El tema es que ha escogido mi peor día y caigo en su cebo.

—No sé qué has de pensar, Marian —añade Arturo.

—Pues mucho. Sabes muy bien que esto no es solo cuestión de dinero.

—Se trata de confianza, ¿no? No es bueno predicar con una cosa y luego hacer otra, ratoncito —ataca, con el tono en que me hablaba los primeros días.

Me duele el alma. Ha utilizado las palabras que le dije con la intención de atacarme. Aún no ha entendido que es un vino elaborado con amor: el amor del hombre que invirtió media vida en convertir ese terreno un buen viñedo, el de mi padre que se volcó con la ilusión de cumplir un sueño, el de mi enóloga que lo ha mimado, el de Luis que lo ha trabajado, el de Ángel que lo ha

guardado y, por último, el de una loca que lo amó incluso antes de saber que existía. Quiero el mejor postor, y ese ha de poseer un corazón y valorar lo que se lleva. Sí, es utópico. Y, sin embargo, no será de otra manera.

—Hoy es fiesta, no día de reunión de negocios —interviene Jimena—. Lo que me recuerda, que hay algo que celebrar. Y que sepas que no te pienso perdonar el que tampoco me hayas llamado para alucinar juntas —anuncia y me acusa al mismo tiempo.

—¿Y ahora de qué hablas? —pregunto, a la par que pienso que se le ha ido de las manos lo de cortar de raíz el tema del vino.

—Pues de la revista, ¿de qué voy a hablar? —dice, observándome como si yo tratase de ocultar algo. Y no sé de qué demonios me habla.

—¿Qué revista? —insisto con ganas de gritar.

—¡Mierda, Marian! ¿Es que no revisas tu buzón? —grita en un tono entre enfadado e incrédulo.

Se ha vuelto loca. En lugar de ayudar me habla de algo que desconozco y encima me increpa. El cúmulo de circunstancias hace que se me empañen los ojos. Ella, al percibir mi reacción, frunce el ceño y suaviza el tono.

—Marian, ¿es que no has visto lo que nos ha mandado Sergio?

Niego, porque tampoco sé qué pinta Sergio en todo este lío. Empieza a reírse y a negar con la cabeza.

—¿Qué mierda tiene que enviarte Sergio? —cuestiona Arturo, con un tono que deja claro que no le ha gustado nada escuchar su nombre.

—¿El buzón? —pregunta Jimena, que ignora por completo a Arturo.

—Abierto —confirmo.

Es decirle esto y sale disparada hasta el mismo. Lo abre, coge un sobre enorme y vuelve entusiasmada. Cuando llega a la mesa, lo deja delante de mis narices.

—¡Vamos! ¡Ábrelo! ¡Te va a encantar! —apremia con emoción.

No levanto la cabeza, solo observo el sobre. «¿Qué nos ha podido enviar a las dos?».

Me tiemblan las manos mientras despego la solapa, aunque lo consigo. Meto la mano y hay varias cosas. Una es la famosa revista, un fardo de cuero y un sobre más pequeño.

Al echar un vistazo a la revista se me escapa un improperio. Es la revista *Time* y en la portada aparece Sergio, con una pieza de la vajilla que le diseñé. El titular es: «Mi éxito se debe a los platos».

Increíble... «¡Una de mis creaciones en la portada de la revista *Time!*!». Nerviosa, acaricio la página y paso a abrirla por donde viene marcada.

Ahí encuentro un reportaje completo sobre Sergio y un apartado en el que hablan de mi firma de cerámica. Leo con incredulidad que se refieren a ella como: un nueva tendencia decorativa en restauración.

Me llevo las manos a la boca e intento procesar lo que registran mis ojos.

—Marian, ¡la revista *Time!*!

No le contesto. Aún sigo centrada el reportaje, porque citan mi web, mis redes, todo. Sergio se ha explayado.

—¿Y lo demás? A mí no me venía nada más con la revista —me hace saber Jimena.

Cojo el sobre y lo abro con el mismo cuidado que el grande. No logro adivinar lo que hay dentro así que lo vuelco encima de la revista.

Lo primero que aparece es una foto. La giro y leo lo que ha escrito detrás:

«Marian, princesa,

Te presento a La alfarera. Como te comenté, he creado un postre en tu honor con la esperanza de que algún día vengas a probarlo. Está hecho a base de galletas con pasas que sé que te gustan, con helado de vino y los adornos que imitan a las cepas, se han elaborado con chocolate blanco, tu favorito. Espero que te parezca bonito.

Siempre a tus pies,  
Sergio».

«¡Lo ha hecho! ¡Ha creado un postre en mi honor!».

Dejo la foto y extraigo lo que la acompaña, parece una carta y al desplegarla descubro que no. No es hasta que me fijo mejor que descubro que es un billete de avión abierto a Nueva York.

Ahí rompo a llorar. Un hombre al que dejé hace dos semanas ha hecho por mí más que nadie.

—¿Me dejas echar un vistazo? —pide Jimena con voz tierna.

Le tiendo la foto y el billete de avión.

—¡Joder! —exclama sorprendida—. ¡También ha creado un plato y te ha mandado un billete de avión! ¡No solo ha lanzado tu trabajo a nivel internacional, sino que te regala uno de sus platos y te ofrece irte a Nueva York! ¡Marian, la web debe echar humo!

Siento la boca seca, son demasiadas cosas que asimilar.

—Hay más —informo a Jimena y le alargo un estuche de cuero que venía debajo de la revista y que he mantenido tapado.

Ella lo abre y reconoce lo que es al instante.

—¡Utensilios! ¡Te ha mandado utensilios! ¡Este tío es único!

Y no le falta razón en decir eso, porque lo es. Un pellizco me aprieta el pecho, porque por mucho que me emocione lo que acaba de hacer, llega tarde. Por desgracia, amo al hombre equivocado, ese que se va a ir en dos semanas y que me acaba de herir, no al que me brinda el mundo.

—¡Es lo más romántico que he visto en años! —dice mi amiga emocionada.

—Hora de irnos, Jimena —anuncia Leo, que se levanta como un resorte.

Asiento al escuchar el comentario. Ahora mismo necesito que se vaya todo el mundo, incluido Arturo.

Jimena ha entendido mi gesto, por eso no duda en coger la mano de Leo, sus cosas y salir pitando.

Levanto la cara y observo a un pálido Arturo.

### *Arturo*

Hace un rato la besaba bajo el árbol y ahora, en un esfuerzo sobrehumano, intento no destrozar lo que hay sobre la mesa. Noto como mi sangre circula a un ritmo vertiginoso. «¡Terminó con él! ¡Terminó con él! ¡Terminó con él!», repito como un mantra.

No quiero pensar que se plantee la oferta. Ella ama su vida, su casa, su taller, su tierra...

—Qué buen amigo... —susurro, cargado de amargura.

Me examina con sus preciosos ojos que se han enrojecido de llorar.

—Sí, el mejor —responde y aparta de nuevo la vista, porque se le vuelven a encharcar los ojos.

—¿Sabes, Marian? Quedarías estupenda como adorno del gran *chef*...

Veo como su cuerpo se tensa al escucharme decirle que *eso* sería con Sergio, un adorno precioso que luciría orgulloso en actos y reuniones.

—Es increíble lo que acabas de insinuar —musita con voz queda y se levanta.

Antes de que eche a andar me sitúo frente a ella cortándole el paso.

—Al menos, con él sería un adorno tratado con mucho cariño y al que no le faltaría una caricia y un beso por el resto de su vida. Sergio es honesto y

dulce. No exige, sino que como has visto, da sin pedir nada a cambio.

No ha levantado la voz, no me ha insultado como yo a ella, sin embargo, sus palabras acaban de abrirme un boquete en el pecho.

—¡Y una mierda honesto y dulce! —grito desquiciado—. ¿Crees que ese gilipollas te va a hacer feliz? ¿Tan débil eres que un tío te pone un billete de avión y te replanteas dejar todo aquello que amas? ¿Es eso Marian? ¿Si yo te doy un billete de avión dejarías esto? —pregunto fuera de mí y me acerco más a ella.

Necesito tocar su piel, notar su boca sobre la mía. Cuando voy a hacerlo ella apoya sus manos en mi pecho y me separa de un empujón. Da dos pasos hacia atrás y llora en silencio.

Me quedo rígido al entender lo que acaba de hacer. Se aleja, no quiere que la toque. La bilis me trepa por la garganta, «¿qué acabo de hacer?».

—Marian...

—No... más...

## CAPÍTULO 24

### Problemas imponentes

*Arturo*

*E*ntra en la casa y corre hacia las escaleras. Mi primer impulso es ir tras ella y rogarle perdón, aunque sé que no va a funcionar. Acabo de tratarla como a nadie antes.

Accedo a la casa, me tumbo en el sofá y repaso todo lo que ha pasado.

«¡Joder!».

Me ha dolido lo del vino, y ya no es por el vino en sí, es porque aún piensa que no sé qué ahí va volcado todo el trabajo y el amor de ella y de su gente. ¿Y qué he hecho? Atacarla gratuitamente en lugar de decirle que sé lo que significa.

Y lo de Sergio... Ser testigo de cómo aun con un océano de por medio él todavía intenta hacerla feliz, me ha sacado el lado oscuro. La he imaginado de nuevo en sus brazos y el corazón se me ha subido a la garganta. En lugar de concederle la importancia justa y hacerle el amor hasta que se olvidase de la dichosa revista y del billete de avión, la vuelvo a herir de la peor manera posible.

«¿Qué cojones me pasa?».

Me tapo los ojos con un brazo, no quiero recordar cómo ha huido de mí; me obligo a pensar en los besos durante las puestas de sol o los que le he robado en el viñedo, en sus bromas, en sus pijamas, en sus sonrisas, en sus caricias...

Paso la tarde esperando a que baje, y no lo hace. Me desespero, hasta que decido ir en su busca. Ha dejado la puerta del dormitorio entornada y dentro hay un silencio aterrador. Me asomo y la distingo hecha un ovillo en la cama y no se debe al cansancio, sino porque he sido cruel con ella.

Me acerco sin hacer ruido, solo quiero asegurarme de que duerme. Su cara sigue mojada a causa del llanto y lleva la ropa puesta.

Con mucho cuidado le quito las botas y la tapo con el edredón. Aunque es media tarde lo único que quiero es tumbarme a su lado y pegarme a ella, sentir que descansa calentita y segura, arropada por mi calor. Sin embargo, no lo hago, no me lo merezco. Me siento en la alfombra que hay a los pies de la cama y vigilo su sueño hasta que yo mismo me duermo.

### *Marian*

Me despierto y sin saber qué hora es. Temprano seguro, porque aún no ha amanecido. Poco a poco me espabilo y recuerdo todo lo que sucedió ayer. Desvío mis ojos hacia el otro lado de la cama y compruebo que está vacío. Quizás haya ido a la casa alquilada o ha desaparecido como ha ocurrido en otras ocasiones.

Me afectaron mucho sus palabras; nadie me ha hablado así salvo Samuel. Entiendo que después de la semana pasada albergara alguna esperanza de conseguir lo que quiere, aunque me niego a creer que lo que hemos compartido no signifique nada. Él ataca al sentirse amenazado o herido. Y ahora, tras haber descansado, distingo con claridad que ayer vivió las dos cosas: herido por mi negativa y amenazado al darse cuenta de que hay un hombre al que no le da miedo demostrar sus sentimientos por mí.

«¡Santo Dios!». He pasado tantos años observándolo, que lo conozco mejor que él mismo. Los últimos días se ha desinhibido bastante, no obstante, no lo ha hecho del todo. Sus viejas costumbres no mueren.

Me incorporo un poco de la cama y busco mi teléfono; quizás ha enviado algún mensaje de despedida o lo que sea. Lo desbloqueo y sí que hay mensajes: de Jimena. Me ha escrito porque que se quedó preocupada y me pregunta qué ha pasado después de marcharse a toda prisa. Al leerla, recapacito y llego a la conclusión de que hubiese sido mejor que no apareciesen por casa, de ser así, ahora, probablemente, él estaría en la cama y no alejado de mí.

Decido levantarme y ducharme, ya que he dormido vestida. En cuanto pongo un pie en suelo diviso su cabeza tendida en la alfombra. De un salto me levanto asustada de que le haya sucedido algo y por eso yace en el suelo. Con

el corazón a mil me agacho con intención de buscar su pulso, y antes siquiera de tocarlo percibo que respira.

«¡Se ha quedado dormido en la alfombra!».

A su lado encuentro mis botas, debe habérmelas quitado él antes de taparme. Se me cae el alma a los pies, es consciente de que lo ha hecho mal y se ha quedado ahí en lugar de acostarse junto a mí.

«¿Qué hago con él ahora?», me pregunto.

Por lo pronto, lo dejo dormir. Con cuidado le pongo un cojín en la cabeza y lo tapo con el nórdico de la cama; al menos que descanse el cuello y entre en calor. Lo observo unos instantes y siento ganas de acariciarlo, aunque me contengo. Una cosa es que reconozca lo que pasa y, otra muy distinta, que lo perdone a la primera de cambio.

Necesita aprender.

### *Arturo*

Me despierto desorientado, solo atino a acertar que me duele todo el cuerpo. Me tomo un minuto antes de caer en la cuenta de que he dormido en el suelo de algún sitio. A duras penas me incorporo y reconozco la habitación. Rápidamente ojeo la cama, donde ya no está. Me destapo. «¡Espera! ¿Me ha tapado? ¿Y el cojín?». Después de todo lo de ayer, me ha cuidado...

Me levanto y busco mi móvil por todos lados hasta que palpo el bolsillo trasero de los vaqueros y lo noto. Lo saco y la hora resalta en números digitales.

«¡Joder!».

Es hora de ir al viñedo y no pienso dejar que se vaya sin mí.

### *Marian*

Disfruto de mi café, cuando Arturo aparece duchado y con la ropa de trabajo puesta. Mi cuerpo se estremece en el instante en que nuestros ojos se encuentran, porque no necesita decirme con palabras que se arrepiente. A pesar de esto, su mala cara no me ablanda. Hablaremos a la vuelta, ahora toca irse al trabajo.

Observo cómo se sirve un café y se sienta a mi lado sin decir ni una palabra, solo cuando me levanto y dejo la mía en el fregadero me agarra por la cintura y me rodea con sus brazos, temblando.



«¿Cómo no se da cuenta de lo que nos pasa? ¿Cómo se revela ante lo que siente?»

Me aparto, porque si sigo unida él, al final voy a hacer algo de lo que me voy a arrepentir. Cojo la mochila y salgo hacia el coche con él tras de mí. Cuando abro la puerta del conductor, él sujeta la misma y me pide las llaves con un gesto. No le hago ni caso, salto dentro de la cabina y meto la llave en el contacto. Prefiero ir conduciendo a observar el paisaje. A regañadientes se sube de copiloto y una vez que salimos, introduce un *pen drive* en la ranura con lo que presupongo que es música almacenada.

LP y su canción *Lost On You* rompen el silencio que reina entre los dos. Me gusta, aunque la letra me desgarrar por dentro. Es una canción que parece dedicada a nosotros y jamás hubiese pensado que le gustaría.

Sé que observa cómo la voy tarareando, aunque no me permito el lujo de contemplarlo a él.

Y entonces sucede... canta bajito. Se me forma un nudo en la garganta y hago de tripas corazón, no quiero venirme abajo.

—Canta conmigo, Marian...

—Ya lo hago.

De reojo capto que sonrío de una manera que no le he visto hacer hasta ahora: con nostalgia. Cuando termina la canción, *Don't let me be Misunderstood* de Nina Simone toma el relevo.

Ahora sí clavo mis ojos en él, porque el recopilatorio me sorprende. ¿Trata de decirme mediante canciones cómo se siente? No, no es solo eso. De repente, caigo en la cuenta de que la lista de canciones parece la misma que yo tenía hace un par de años guardada en...

Observo el *pen* y no doy crédito... ¿Cómo ha conseguido mi *pen drive*? Lo perdí en casa de Leo en una de las últimas fiestas a las que asistí con mis padres, antes de cambiar mi vida por completo.

—¿Dónde lo has encontrado? —susurro, cuando Leonard Cohen interpreta *I'm your man*.

—Leo me lo dio.

—Es mío.

—Ya no.

—¿Sabías que me pertenecía?

—Sí.

No comento nada más, porque me acabo de quedar muda.

### *Arturo*

No me cabía duda de que en cuanto escuchase la música lo reconocería, aun así lo he puesto. Es mi manera de decirle que una pequeña parte de ella me ha acompañado durante años. Aparca donde siempre y se baja del coche como una bala. No me da tiempo ni de ayudarla con las cosas, porque ha salido como si mi sola presencia le molestase.

Me bajo del coche cabreado por su actitud, aunque no me entretengo porque los demás están listos para ir a la viña.

### *Marian*

Las tijeras vuelan de vid en vid, la frustración me vuelve implacable. Incluso Ángel se ha acercado y me ha aconsejado que baje el ritmo. No le hago ni caso, no porque no lleve razón, sino porque lo necesito. Forzar la máquina ayuda a que mi mente se mantenga a raya.

La mañana ha pasado demasiado rápido, y eso que ni siquiera he bajado a por el café de media mañana. He preferido que me lo acerque el hermano de Ángel, David. Me lo he tomado sentada en el suelo, entre mis vides y en silencio.

Después de la comida, en la que me he refugiado con Carmen en la cocina, he vuelto a mi rutina del día: destrozarme viva. Voy rebozada en barro, y todo por transportar sin cuidado a la pila lo que he ido podando durante el día.

Es una de las cosas que adoro de trabajar la tierra, liberas estrés a mansalva.

Ahora sí me encuentro capaz de enfrentar a Arturo, que seguro no me ha quitado ojo de encima durante toda la jornada. Emprendo el camino hacia la bodega con los auriculares puestos y la música inunda mis oídos. Escucho a Cyndi Lauper y su *The goonies 'r' good enough* que forma parte de banda sonora de una de mis pelis favoritas, *Los goonies*, basada en una historia de Steven Spielberg. Soy una chica de los ochenta y su música siempre me proporciona buen rollo. No me lleva mucho tiempo llegar, y cuando lo hago, Arturo me espera apoyado en el frontal del todoterreno, con cara de pocos amigos. Sabe que Ángel ha bajado a regañarme por cómo me he tomado el trabajo hoy, aunque me da igual lo que piense. Yo no hago daño a nadie, ni

siquiera a mí. Es mi terapia y no he de responder ante nadie. Es mi viñedo y mi vida.

—Te has pasado, Marian. ¿Y si te hubieses hecho daño? —me regaña.

—No he hecho nada que no hagáis cualquiera de vosotros —respondo con calma, justo cuando me quito los guantes.

—Una cosa es trabajar y otra machacarte.

—Seguro que gastas una pasta en tu entrenador personal; él te enseña a zurrar y así te descargas. ¿Me equivoco? Pues yo me ahorro eso y encima saco beneficio. No creo que sea un delito.

Me doy cuenta de que casi se le escapa una sonrisa y que va a contestarme, salvo que antes de que lo haga, por la verja aparece un coche que no conozco. Todos observan el vehículo que acaba de llegar, ya que a nadie de por aquí se le ocurriría venir con una berlina de alta gama al campo.

No transcurre ni un minuto, cuando la puerta se abre y por ella sale una morena espectacular, que consigue que todo mi personal se quede embobado. Ella realiza un barrido visual hasta que localiza a Arturo. Entonces, esboza una sonrisa radiante, de esas que solo se ven en los anuncios de pasta de dientes, y corretea hasta que se le cuelga al cuello y lo besa de manera efusiva.

Presenciar cómo ese bellezón se lo come a besos consigue que se me revuelva el estómago y que sienta ganas de arrancarla de sus brazos.

—Hola Marian —me saluda alguien—. ¿Cómo ha ido el día de trabajo?

Muevo la cabeza y desplazo mis ojos de la pareja hasta localizar a la persona que me habla. Es Leo, que también viene acompañado de una rubia despampanante.

«¿Qué mierda sucede?!».

—Hola, Leo. El trabajo bien, gracias —consigo decir, antes de dirigirme a la bodega con el corazón completamente congelado.

—Carla, basta. Aquí no —oigo que dice Arturo a mi espalda.

### *Arturo*

Carla, mi último rollo, acaba de aparecer y me besa delante de Marian y de todo el mundo. Acierto a escuchar a Marian cuando responde a Leo, aunque no la veo, ya que Carla no me deja ni respirar.

—Carla, basta. Aquí no —la corto de mal humor.

Cuando consigo apartarla, busco a Marian. Se dirige a toda prisa hacia la bodega. Quiero ir tras ella y explicarle que lo que acaba de presenciar no significa nada, aunque primero he de saber qué narices hacen ellas aquí precisamente.

—¿Leo? —pregunto, dando a entender con eso que quiero una explicación.

—Bueno, ¡pues hemos salido de paseo! —dice de forma ácida—. Carla y Sofía se han presentado por sorpresa en casa y desde que han aparecido no me han dado tregua, así que no me ha quedado otra que traerlas. Al parecer, tu cuñado le comentó dónde parábamos.

—Sí, amor. Coincidió con Carlos en la fiesta de Navidad de los Santaluna y al preguntarle por ti, me comentó que buscabas cosas nuevas en un pueblecito de Madrid y que Leo te acompañaba. Así que Sofía y yo decidimos daros una sorpresa. ¿No es genial?

—Mucho —contesto de manera fría, al tiempo que pienso en que voy a matar a mi cuñado en cuanto lo coja—. ¿Cómo habéis dado con la casa, Carla?

—¡Ha sido facilísimo! Queríamos ponernos guapas antes de veros y al ir al centro de belleza, una señora muy amable nos ha escuchado preguntar y nos ha dicho que dos hombres jóvenes alquilaron hace un par de semanas una casa cerca del lago. Así que hemos ido y Leo nos ha abierto la puerta. Y... ¿me explicas qué haces trabajando de jornalero?

Siento ganas de mandarla a paseo ahí mismo, delante de todo el mundo. «¿Qué malo hay en trabajar como jornalero?!». Todas las personas con las que trabajo son increíbles. Eso me pone todavía de peor humor.

—Esa gente, a la que ni siquiera has saludado, me enseña nuevas cosas sobre la viticultura. Así que, por favor, guarda el tono despectivo —ordeno mordaz.

—No te enfades... —ruega con un tono aniñado y se cuelga otra vez de mi cuello—. No sabía lo que hacías.

—Bien, id al coche y que Leo os lleve al hotel. Yo he de recoger mis cosas y ducharme. Después saldremos a cenar —dispongo, en un intento de que se marchen lo antes posible.

Carla sonrío, me besa en la mejilla, coge a Sofía por el brazo y se marchan de nuevo al coche. Al observarla, recuerdo lo que Leo me dijo la primera noche que vi a Marian: «Porque precisamente no es como Carla, con la que solo has de abrir la boca y alcanzar aquello que deseas. Tú pides, ella da...».

—Ni de coña Arturo... ¡Ni de coña! —sisea Leo, visiblemente nervioso—. Yo he quedado con Jimena, así que no cuentas conmigo.

—¿Cómo se te ocurre traerlas aquí?! ¡Dios! ¡Las has traído al lugar sagrado de Marian! ¡¿En qué cojones pensabas?!

—¿Yo?! Te recuerdo que eres tú el que tonteeas con Carla.

—Claro... Y la rubia viene por nada, ¿verdad? ¡No me jodas, Leo! —digo con toda mi mala leche—. Cenamos y se van al carajo. Ya le comuniqué antes de emprender el viaje que nuestros encuentros se habían acabado, aunque parece ser que no se ha dado por enterada.

—Pues te explicaste de cojones...

—Leo, barajo un cabreo monumental, así que no metas el dedo en la llaga.

—No me gusta Arturo, no me fio de ellas. No quiero problemas con Jimena...

—Ya te lo he dicho, cena y fuera. Dile a Jimena que cenas conmigo. Tú, al menos, puedes controlar la situación. ¿Cómo le explico yo a Marian lo sucedido?

—Lo tienes jodido.

—No sabes cuánto...

Leo vuelve al coche y se marchan. ¿Cómo he podido encontrar algo atractivo en esa mujer?

Sin hacer caso a las sonrisas y silbidos de mis compañeros, que han presenciado también la escena, voy en busca de Marian. No llego muy lejos, porque aparece como un ciclón por la puerta con Ángel pegado a sus talones.

Por los asentimientos de él, constato que recibe instrucciones. Marian se marcha. Hoy, ni ella ni yo vamos a cerrar la bodega.

Sin demora se sube al coche, lo pone en marcha y abandona la finca dejándome allí mismo. «¡Joder!»

Saco el teléfono, llamo a Leo y le pido que regrese porque ella se ha ido sin mí.

### *Marian*

El trayecto es un infierno. Subir a mi habitación y olerlo ahí, resulta aún peor. Nunca me he sentido tan sucia como ahora. Me quito la ropa a tirones y entro en la ducha sin perder más tiempo. Tres minutos después salgo. Me seco,

sacudo mi pelo húmedo y me coloco uno de los enormes jerséis de lana de Carmen a modo de vestido.

Bajo y me dirijo al reproductor decidida a activar la música de toda la casa. Busco con dedos temblorosos algo que refleje mis emociones y no tardo en encontrarlo. *Sound of silence* de Disturbed es la elegida, le doy al *play*, activo las luces del patio y me abro una cerveza bien fría.

Se sincronizan los acontecimientos, porque justo cuando bebo el primer sorbo de mi botella, empieza la canción y el todoterreno de él aparece en el patio.

### *Arturo*

Aparco el coche y bajo de él sin creermelo que Disturbed suene a toda pastilla en la propiedad. No sabía que le gustaba uno de mis grupos favoritos, aunque es mejor no dar las cosas por sentadas con ella, porque nunca sabes por dónde va a salir.

Tiemblo a la par que avanzo, no sé lo que me voy a encontrar. Y mi instinto no falla, porque en cuanto cruzo la cristalera, se me cae el mundo encima.

Se balancea tímidamente en el sillón nido colgante y bebe cerveza, algo raro en ella. Me llama la atención su atuendo: recién duchada, descalza y con tan solo un jersey de lana enorme. Aunque lo que de verdad logra que salten todas mis alarmas es que su rostro no expresa enfado, ni siquiera indiferencia, tan solo frialdad. Sus ojos han adquirido un tono glacial.

—Marian, tenemos que hablar.

—Sube, coge tus cosas y no vuelvas a pisar mi casa —sentencia sin moverse.

—Mírame cuando me hables —ordenó.

—Te esperan, así que no nos hagas perder más tiempo a ninguno de los dos.

—Ella no significa nada.

—No te he pedido explicaciones, ahora sube y vete de una vez.

—¡He dicho que me mires! ¡Joder! —grito con todas mis fuerzas.

Y lo hace, aunque cuando sus ojos se posan en los míos deseo no habérselo ordenado. No hay brillo, no hay nada.

—Sí, me esperan para cenar. Una cena en la que voy a recordarle a alguien que nuestros encuentros ocasionales terminaron antes de empezar nuestro maldito viaje. Y después, regresaré y hablaremos —aclaró.

Aguardo a que diga algo, no obstante, solo se limita a observarme sin abrir la boca. Al constatar que no reacciona, subo las escaleras y en menos de diez minutos recojo todas mis cosas. Antes de irme, memorizo la habitación de la que me he enamorado, cierro la puerta y bajo.

Cuando aparezco en el salón, ella se ha marchado. La llamo y solo obtengo silencio por respuesta. Así que, sin querer pensar más, salgo de su casa.

*Marian*

Lo escucho llamarme pero hago caso omiso. «Arturo Alquézar, hemos acabado».

## CAPÍTULO 25

### Lo hacemos y luego ya vemos

*Marian*

No sé cuánto tiempo llevo con la mente en blanco, seguro que horas. Sin sentir, tranquila...

Un golpe sordo en el ventanal me saca del aturdimiento. Me levanto del sofá y echo un vistazo en dirección a la puerta de cristal, no me fio que pueda ser él a estas horas. No, es Jimena. Al darme cuenta de la cara que trae corro y le abro. Puedo imaginar lo que le sucede. Nada más descorrer el cristal entra y nos fundimos en un abrazo.

—Son unos hijos de... —susurra.

—*Shh*... —la calmo.

—Marian, quiero arrancarle la cabeza.

La aprieto más y no puedo evitar sonreír por primera vez en todo el día, porque a mí se me ha pasado por la cabeza la misma idea cuando he visto como la tal Carla besaba a Arturo.

—Déjame que cierre bien, acomódate y me cuentas. Preveo que la noche va a ser larga.

—No lo dudes un segundo —murmura.

Me separo de ella, limpio sus lágrimas y la beso en la mejilla.

—Toma una ducha y ponte ropa calentita. ¡Ahora! —ordeno como si fuera una niña.

Asiente, se rodea a sí misma con los brazos y se dirige a mi habitación.

No me gusta ni un pelo el estado en el que se encuentra: muerta de frío y vulnerable. Eso me aclara bastante, ella también ha caído, se ha enamorado de Leo. De repente, noto el frío que entra y dejo de darle vueltas al asunto; cierro, me encargo de activar la alarma y bajar la persiana. Lo último que



necesitamos es un susto de muerte. Deduzco que si Jimena está aquí y así, es porque ha visto a Leo, por lo que no me extrañaría que apareciesen los dos en cualquier momento.

### *Arturo*

La cara de Leo parece cincelada en mármol. No sé qué ha pasado con Jimena en la puerta de casa, aunque lo puedo imaginar. «Jodida visita...».

Ninguno presta atención a la conversación entre Carla y Sofía, es más, no hemos abierto la boca en toda la cena. Creo que pensamos en lo mismo: en largarnos e ir en busca de Marian y Jimena.

Decido acabar con esto ahora. No pienso perder ni un minuto más en esta mierda.

—Debemos hablar, Carla —suelto.

«Últimamente digo mucho la maldita la frase», pienso.

—Ah, ¿sí? —contesta coqueta.

—¿Me puedes explicar por qué has aparecido aquí cuando ya te dije hace un mes que nuestros encuentros habían acabado?

—Arturo, escucha...

—¿Qué es lo que no te quedó claro?

—Por favor...

—Siempre supiste que lo nuestro no era serio. Ahora te vuelves a Andorra, porque aquí no pintas nada.

—Todo esto... ¿Es por esa piojosa con la que hablabas? —suelta sin esperármelo.

«¿Piojosa? ¿Se refiere a Marian?».

Eso agota mi paciencia. Cuando me levanto hago que Leo también se ponga de pie al instante, pagamos la cuenta y salimos del restaurante sin ni siquiera despedirnos.

Ya en el coche, no pregunto hacia dónde vamos, porque ya sabemos que nuestro destino es el infierno.

### *Marian*

—Me ha dicho que no viniese, al parecer salía con Arturo a cenar. Lo he notado muy raro, muy serio, tanto que he pensado: ¿habrán discutido por lo que pasó aquí ayer? Aun así me he arreglado y he venido. Dispongo de unos días libres de haber acumulado guardias y creí que nosotras podríamos poner

algo de calma al asunto. Cuando he llamado al timbre de su casa, me ha abierto una tía rubia despampanante y otra morena —narra mi amiga sin respirar.

—Han aparecido los tres esta tarde en la bodega. La morena es el rollo de Arturo —confirmo—. Él ha venido a darme explicaciones más tarde y le he dicho que se marche. Ayer se volvió loco con lo de Sergio y ahora...

—¿Cómo estás tan tranquila, Marian? —Recrimina.

—Porque lo mío tenía las horas contadas, y es mejor así, días que me ahorro —explico.

—¡Es increíble! En serio, Marian, la próxima vez que se me ocurra acercarme a un tío, recuérdame que sea para un rato y sin complicaciones. Se acabaron los dramas. Y tú, deberías coger el billete de avión y largarte una temporada de aquí. Al menos, Sergio pondría Nueva York a tus pies...

—Lo haría, el inconveniente es que no es lo que deseo.

—No somos más tontas, porque no somos más grandes...

—No puedo rebatirte.

—Desde luego, las mujeres no aprendemos. Me niego a quedarme de brazos cruzados mientras ellos lo pasan estupendamente. ¿Tienes alcohol?

—Jimena, ahogar la frustración en alcohol no es la solución. Como médico deberías...

—Parece mentira que no me conozcas, ¿quién va a ahogar las penas?

—¿Entonces?

—Tú haz lo que creas conveniente, yo pienso beberme hasta el agua de los floreros. Porque si Leo no ha sido capaz de valorar lo nuestro, debo alegrarme por descubrirlo pronto. Primero voy yo, y después, el resto del mundo. Y tú, igual. Todavía no ha nacido el tío que pueda arrebatarnos la sonrisa de la cara.

—Me parece bien. ¿Un gin? —sugiero.

—¿De la ginebra gallega con nombre de viento?

Asiento con una sonrisa.

—Ve a por ella y pon la música a toda hostia. Yo me encargo de las copas.

Esta sí es ella. Da carpetazo al problema y a celebrar la vida. ¿Significa que no nos duele? No. Aunque como bien ha afirmado: «no ha nacido el hombre que pueda robarnos nuestra felicidad».

No me lo pienso, pongo *musicón* y saco la botella del mueble bar.

*Arturo*

—No quiero ni imaginarme cómo estará —dice Leo tenso.

—Habla en plural. Viajamos en el mismo barco.

—No deberíamos haber salido.

—Era la única manera de controlarlas. En la casa hubiesen montado una escena, y en el viñedo, ni te cuento. Lo último que quería era una bronca delante de Marian.

—¿Y no es peor lo que ha presenciado?

—Si hay algo que ella no tolera es la violencia. Ya sea verbal o física. Por eso sé que no estallará cuando aparezcamos.

—Hace dos horas que Jimena se fue de nuestra casa, en cuanto asomemos va a pedir mi cabeza.

—Son las dos caras de una moneda. Al menos tú puedes calmarla. ¿Qué se hace con alguien congelado?

### *Marian*

Mañana el día va a ser duro y me da igual, ahora mismo floto. Contemplo a Jimena que baila encima de mi sofá solo con la copa en la mano y otro de mis jerséis como única vestimenta. Me río y la acompaño, porque es de las mejores cosas que se pueden hacer en esta vida.

—¡Maiaaaaaaan eta canción eh brutaaahhh!

—¡Vadid Gueta! ¡Meeeenaaa!

Doy vueltas con los brazos abiertos, siento que soy capaz de volar.

«¡A la mierda con todo!».

### *Arturo*

—¿Han montado una fiesta? —pregunta Leo, que mira ceñudo hacia la casa.

—No creo, Marian suele poner la música alta. Aquí puede hacerlo sin molestar a nadie.

—Pues parece un *after*...

Me bajo del coche y sí, la música retumba por toda la casa. Y el estilo es muy diferente a lo que acostumbra. «No, si Leo llevará razón...».

Avanzamos hacia la entrada, todavía no he pisado los escalones cuando ya me doy cuenta de que ha cerrado la puerta a cal y canto con una persiana que estos días no ha utilizado. Aunque no nos impide observar lo que sucede dentro.

Casi me caigo de culo ante lo que registran mis ojos y Leo se ha quedado bloqueado en el segundo escalón y es incapaz de moverse de ahí.

Sí están juntas, muy, muy juntas, de hecho. Sin apenas ropa, con una copa en la mano y bailan como posesas en mitad del salón. En lugar de cabrearse, se han montado su fiesta particular mientras nosotros capeamos el temporal.

—¡Joder, Arturo!

—Eso se queda corto, amigo. No te equivocabas. Y muy afectadas no se las ve... —comento sin poder apartar la mirada de semejante espectáculo.

—¿*Beat It*? ¿Michael Jackson? ¿Qué es esto, Arturo?

Y a pesar del día de mierda, la situación me hace esbozar una sonrisa. No se parecen a nadie que hayamos conocido.

—Debería haber previsto esto...

—¿A qué te refieres?

—Marian parece muy tranquila, aunque no dejes que te engañe... No conoce lo que es el sentido del ridículo o el pudor.

—Y el lema de su amiga es: ¡Lo hacemos y luego ya vemos! ¡Maravilloso!

—Pues yo no me voy sin hablar con Marian.

—¿Solo hablar? Porque si por mí fuese...

—Reza porque no llamen a la *poli* cuando aparezcamos...

—¿Y cómo nos van a descubrir si no podemos entrar?

Le hago una señal indicándole que me acompañe, porque suele dejar abierta la ventana del taller, con la intención de que el barro no pierda humedad. La cubre un seto, por lo que cualquiera que pase por ahí no la vería.

Rodeamos la casa hasta que diviso la planta. Leo me sigue entre protestas a las que no hago caso; retiro el arbusto y... «¡Bingo! ¡Abierta!».

Entramos con dificultad porque el dichoso ventanuco no es muy grande que digamos, aunque al final lo conseguimos. Al aterrizar, suelto una imprecación y Leo me atiza una colleja.

—¡Quieres callarte! Ahora sí que vamos a salir de aquí con unas esposas en las manos. ¡¿Dónde narices se ha quedado el Arturo que yo conozco?!

—Perdido en este cuarto —susurro, al recordar lo que pasó aquí unos días atrás.

Me levanto a duras penas y voy directo a la puerta y de ahí enfilo hacia las escaleras con Leo a mi espalda. Al acceder al salón, la imagen que nos recibe provoca que se me caliente la sangre de mala manera. Ahora bailan una de esas canciones latinas que insinúa de todo, y encima, la escenifican a la

perfección. En uno de los giros, Jimena nos descubre plantados en mitad del salón; ni se inmuta.

Casi se me escapa una carcajada con la cara de Leo, aunque se me queda atascada en la garganta, porque ahora la que nos observa es Marian y sus ojos reflejan lo mismo que el día que me besó en el viñedo.

Trago saliva, lo único en lo que soy capaz de pensar es en cogerla y subirla a la habitación y no salir de allí, por lo menos, en una semana.

—¡Maian, sufro alusiones! —grita Jimena muerta de risa—. ¡Los veo!

—¡Do tabieeeeeenn! —dice Marian, y mueve la cabeza afirmativamente.

«¡Dios! ¡Van como cubas!»

—¡Turoooooo tas aquiiii! —saluda.

—Tenemos un problema muy gordo, Arturo. ¿Cómo han acabado de esta forma?

—¿He de explicártelo? ¿En serio? —ironizo sin apartar los ojos de Marian.

—¿Y ahora qué coño hacemos?

—Acostarlas.

—Tuuuuu no vash a tócame maaaaah —advierte Marian, que puede que vaya fina, sin embargo, el oído le funciona de maravilla.

—¡Chon de verdad, Maiaan!

—Seeeeeeh.

—No taen a la ubia... No...

—Es Fofia, Ji, no ubiaaaaa

—¿Fofia?

—Fofia.

—Y Caaaaarrlaaaa la que becha a Turooooo, ¿No?

—Seeeeeeh.

—¡Fera los dos! —ordena Jimena.

—Ni como una cuba pierde la manía de echarme... —digo a Leo que aguanta la risa sin éxito.

Desde luego, no es lo que esperaba encontrar, aunque lo prefiero a experimentar la misma sensación de antes. Sin perder más tiempo, voy hacia ella y la cargo al hombro.

—¡Chuedtame, Turooo!

—No. Te vas a la cama derecha, que mañana trabajas.

—¡Choi la jefa, tonto! ¡Tas espedido! —grita y me palmea en la espalda.

No hago caso a su arranque, ni loco pienso soltarla.

—¡Leo! —grito—, apáñatelas con tu fiera y acuéstala en la habitación que hay al fondo del pasillo. Te espero ahí abajo hasta que acabes. ¡Y quita esa mierda de música!

Subo sin obtener respuesta, no obstante, sí escucho como Jimena le suelta de todo. Aunque no me detengo, ya tengo bastante con apaciguar a mi gata.

Abro la puerta de un empujón y entro en la habitación de la que he salido tan solo hace unas horas. Me dirijo a la cama y la dejo caer en ella. Aunque no cesa de revolverse, no pienso moverme de aquí hasta que se relaje y se duerma.

—Te vash yaaaa

—No hasta que te duermas.

—*Grrrrrr* —protesta.

—Hoy no te encuentras en condiciones de hablar, sin embargo, mañana no te vas a librar de una charla.

—Eresh...

—Un sinvergüenza, ya lo sé. Duérmete. Si no, no me voy. Tú decides.

Veo como gruñe, aunque al parece que se encuentra cómoda en la cama, ya que se tapa con el nórdico. Al cabo de media hora, claudica. Suspiro aliviado, pensaba que iba a ser más difícil que cediese. Al final me alegro de que se haya machacado de esa manera tan bestia en el viñedo.

Noto como su respiración se vuelve regular y me siento en la cama. Le retiro uno de sus rizos de la cara, se lo recojo con cuidado detrás de la oreja y le acaricio la mejilla. Contemplarla dormir me calma, y más, después de todo lo acaecido. Me acerco a sus labios y deposito un beso suave. Daría cualquier cosa por quedarme con ella, aunque eso es algo que no va a volver a suceder. Por eso me levanto y la arropo.

De vuelta al salón, recojo las copas y las meto en el lavavajillas, pongo la cafetera eléctrica y arreglo un poco lo que hay por el suelo. A continuación, me dirijo a uno de los armarios, saco su mochila y la preparo para que cuando se levante la encuentre lista. Eso si se levanta.

Cuando termino, me sirvo una taza de café y espero que Leo aparezca. Si no lo hace pronto, lo sacaré a rastras de ahí. Por suerte, a los diez minutos regresa con el ceño fruncido.

—Casi muero en el intento...

—Marian ha caído a la primera, hoy se ha matado a trabajar.

—¿Hay más café?

—Sí, lo acabo de preparar. Dudo mucho que le hagan ascos cuando se despierten.

—La han pillado bien... —comenta a la par que se sirve un café y se apoya junto a mí en la encimera.

Esbozo una sonrisa al recordar toda la escena y paso el brazo por encima de su hombro.

—¿Alguna vez vamos a olvidar esto, Leo?

—Ni de coña.

## CAPÍTULO 26

### Interés

*Marian*

*M*e despierta el sonido estridente de la alarma, que intento apagar como puedo, sin conseguirlo. Me incorporo y vuelvo a tantear la mesita hasta que doy con el maldito teléfono y lo desactivo. Son las seis de la mañana y sé que debo levantarme, aunque me estalle la cabeza.

Me quedo unos minutos bocarriba, miro al techo y maldigo a Jimena y a su maravillosa idea de beber. Sin obviar que fue Arturo el que me acostó.

Me tapo la cara con las dos manos avergonzada al reconocer que presencié un momento tan bochornoso. No recuerdo cual fue la última ocasión en que hice algo así, aunque de nada sirve lamentarse. La parte positiva, si es que la hay... Es que hoy no tendré que verlo.

Eso me anima a levantarme y a arrastrarme hasta la ducha, donde vuelvo a recuperar algo de mi dignidad. Al vestirme, hago el apunte mental de no volver a beber alcohol en lo que me resta de vida. Obligo a mis pies a moverse coordinados y recorro el pasillo sin hacer ruido. Presiento que el día va a ser más largo de lo habitual.

Cuando entro en la cocina huelo a café. Extrañada, me doy la vuelta de manera rápida, salgo y echo una ojeada al sofá. Me embarga el alivio comprobar que no hay nadie, aunque no me pasa desapercibido el orden que reina en el salón. Hago una lista de lo que falla aquí: salón recogido, café hecho... Entro de nuevo en la cocina y ahí la encuentro: mi mochila. Y junto a ella, mis guantes y las demás cosas que suelo utilizar. Algo se remueve dentro de mi pecho; no solo me acostó y arropó, también ha dejado preparados mis enseres.



Ese pequeño gesto hace que me ablande un poco, aunque no lo suficiente como para perdonarlo. Además, hay algo que no me cuadra. ¿Cómo fue capaz de entrar si cerré puerta con la persiana?

Le doy vueltas al asunto hasta que caigo en la cuenta: accedieron por el taller. Me digo a mí misma que he de ser más cuidadosa con eso y dejarlo siempre cerrado o instalar algún sistema de seguridad adicional.

Me tomo el café, protejo mis manos y salgo en dirección al coche.

### *Arturo*

Leo duerme, por lo que le dejo una nota donde le explico que vuelvo al viñedo, tomo mi mochila y salgo a la puerta a esperar que Ángel y David me recojan.

—Nuevo, ¿por qué hoy no vienes con la jefa? —Quiere saber David nada más entrar en el coche.

—¿No viste ayer a su novia? —responde Ángel por mí, en el mismo tono que usó la noche que nos conocimos.

—Vi que una morena espectacular le comía la boca, no sabía que era su novia... —comenta distraídamente David.

—No es mi novia, par de cotillas. Y no voy con Marian porque salió ayer —miento a medias.

—¿Con Sergio? —inquire Ángel, extrañado.

Escucho su nombre y me tenso. Que asocien las salidas de Marian con él no me gusta ni un pelo.

—Jimena.

—Entiendo... —comenta Ángel.

—¿Qué es lo que entiendes? —exijo saber.

—Que la que liaron ayer debió ser épica tras conocer a vuestras chicas. Me alegro de que lo hiciesen.

—¿Tratas de decirme algo, Ángel?

—¿Yo? Nada.

—Claro... Y lo primero en que piensas es en que ha salido con Sergio —digo de forma áspera.

—Por supuesto, porque cuando Sergio la visita, apenas pisa la casa.

Aprieto los dientes y me callo, porque no puedo rebatirle eso.

### *Marian*

Cuando llego, mi gente ya se encuentra preparada para salir, lo que me indica que Ángel se ha puesto al mando y doy gracias al cielo por eso. Paso de largo y voy directa a mi despacho con el objetivo de desprenderme del billete y la revista que me ha enviado Sergio. Ahí está la estantería donde coloco los documentos importantes y demás reconocimientos. No me gusta guardar esas cosas en casa; es mi paraíso, no una caja fuerte. Lo que aparece en la revista es uno de esos logros y el billete de avión me incomoda porque es un recordatorio amargo.

Al dejar ambos en un hueco me siento mejor. Es hora de empezar a cerrar cosas.

—Parece que hoy andas más sobria y menos habladora.

Me quedo muerta al escucharlo a mi espalda.

—Eso a ti no te importa. ¿Qué haces aquí? —contesto sin girarme.

—Hablar contigo.

—No hay nada que hablar.

—Hay algunas cosas que necesito dejar claras: Uno, ella no es mi pareja. Y dos, si salí anoche fue con la intención de despejar cualquier duda.

—Muy bien, pues ya te puedes ir.

—Marian, date la vuelta, por favor... —Su suplica hace que cierre los ojos. Me duele—. Hablemos, necesito que entiendas.

—Ya lo has hecho, Arturo. Ahora, por favor, déjame tranquila. Ya ha está todo dicho.

—¿De verdad lo crees? Ni siquiera me has dado la oportunidad de explicar lo sucedido estos dos últimos días. Y sí, soy un capullo por lo que te dije y en el modo en que lo hice. Aunque también trato de comprenderte. Y me pregunto... ¿Tú te has parado a hacerlo?

—¿Qué si lo he hecho? —replico y me giro—. Te he dejado entrar en mi casa, en mi vida, en mí... Intento que abras los ojos, que entiendas. ¿Crees que ha sido por falta de interés? Y, sin embargo, me has tratado antes y después, como si fuese lo peor que hay sobre la faz de la tierra.

—¿Interés? Tú nunca te has preocupado por mí, Marian. Los dos éramos conscientes de dónde nos metíamos. Ha sido increíble, aunque sabes tan bien como yo que no hay nada más, al menos por mi parte.

—Piensa lo que te dé la gana y vete —respondo agotada.

Me dejo caer al suelo, cuando escucho el *clic* que indica que se ha marchado. Lloro. Hace mucho tiempo que no me siento tan rota. Rota porque

no ve. Rota porque no entiende. Rota porque nada ha sido suficiente.

Permanezco sentada con la espalda apoyada en la estantería hasta que cesa el llanto. Cuando consigo calmarse, me levanto, voy al baño y me lavo la cara. Toca recomponerme y volver a mi vida.

### *Arturo*

No debo perder más tiempo aquí si no voy a obtener lo que necesito. Marian me gusta mucho, y por eso lo mejor para los dos es que esto cese. Debería regresar a casa, hacer la maleta y perderme de aquí. Me duele el pecho de nuevo y, sin embargo, sé que algo de trabajo es lo único que me va a ayudar a desprenderme de esa sensación.

Ángel ni me habla cuando me coloco a su lado. Me pongo con la faena de inmediato, y noto desde el inicio como el esfuerzo físico funciona. Media hora después, me percató que Marian cruza por el viñedo semi oculta por la gorra y contemplo como se detiene de golpe y se da la vuelta.

En ese momento, aparece en escena Leo que va hacia ella como alma que lleva el diablo. Me pongo nervioso: que él haya venido aquí no significa nada bueno. Suelto las tijeras y corro hasta ellos yo también.

Ella me busca con la mirada mientras Leo le dice algo e inmediatamente sé que se trata de Gina. Los alcanzo con el pulso desbocado por la carrera y Leo me confirma lo que ya sospecho.

—Tú madre acaba de llamar, Gina se ha puesto de parto. Tienes todo preparado para el viaje, sales en algo más de dos horas.

—¿Han surgido complicaciones? Todavía es pronto.

—La placenta se desprende del útero. Se lo van a inducir.

Se me corta la respiración por el miedo.

—¿De cuantos meses está? —Oigo que le pregunta Marian a Leo.

—Ocho y algo.

—¿Hay riesgos, Marian? —pido que me aclare, deseoso de escuchar buenas noticias.

—No soy especialista en este campo... —aclara con calma—. Lo que sí sé, es que riesgo existe siempre aun siendo un parto que se prevé normal. A estas alturas de gestación el feto ya se encuentra perfectamente formado, y si la placenta ha empezado a desprenderse, lo mejor es inducirlo. Es una medida

para que ninguno de los dos corra riesgo. Su médico ha obrado como debe. Quédate tranquilo, va a salir bien. Y vete ya, que vas a ser tío.

La contemplo con respeto, porque en un momento en que podía haberme mandado a la mierda, ha dado su opinión con honestidad.

Asiento a sus palabras y salgo disparado hacia el coche con Leo a mi lado.

### *Marian*

Observo como se marchan y pese a lo ocurrido entre nosotros, deseo con todas mis fuerzas que el parto vaya genial y que en nada, sean uno más en la familia. Un niño siempre es un motivo de dicha.

### *Arturo*

La espera y el trayecto se me hacen eternos. A la salida, me espera uno de mis empleados y no tardo más de veinte minutos en aparecer en el hospital, donde encuentro a mis padres y a los padres de mi cuñado paseando de un lado al otro en la sala de espera.

Los saludo y me uno, después de que me pongan al tanto de cómo ha acontecido todo.

—Te noto más delgado, Arturo —dice mi madre, al tiempo que me observa de arriba abajo.

—No es nada, solo que no he parado en las últimas semanas.

—Ya nos ha contado tu hermana que has ayudado a Marian en la poda del viñedo.

—Así es.

—Arturo, hijo... —empieza a decir.

—¿Quién quiere ser el primero en saludar a mi pequeño Máximo? —pregunta mi cuñado Carlos, cuando entra en la sala con mi sobrino en los brazos—. Mi campeón y la mami se encuentran en perfecto estado. Hoy, sin duda, es el día más feliz de mi vida —añade muy emocionado.

La sala se llena de abrazos, lágrimas y felicitaciones. Acabo de convertirme en tío. El pequeño Máximo ya se encuentra con nosotros.

Entro en la habitación después de que hayan pasado mis padres y los de Carlos. He preferido dejar que sean ellos los primeros en visitar a mi

hermana. Al terminar ellos, mi cuñado me comunica que Gina se ha quedado dormida. Tiempo que he tomado para ir a casa, ducharme y regresar aseado.

En este momento, soy testigo de excepción de como mi hermana contempla con adoración a su pequeño al que sostiene en brazos como si fuese lo único que existe en este mundo.

—Hola, mamá —susurro y me acerco para besarla en el pelo.

—Hola, tito —corresponde sin contener las lágrimas.

—No es bonito lo que voy a decir, pero menos mal que mi sobrino ha sacado solo los genes de su madre —bromeo y acaricio la carita del niño, que duerme plácidamente en los brazos de mi hermana.

—¿No es lo más bonito que has visto en tu vida?

—Lo es —susurro emocionado al notar como el pequeño ha agarrado mi dedo con fuerza.

—¿Cómo te encuentras después del parto?

—Agotada, aunque ha merecido la pena. Acabo de conocer al amor de mi vida, Arturo.

No hay duda de que el amor de madre es el más incondicional del mundo.

—¿Y tú, cómo te encuentras? Tienes peor pinta que yo, y ya es decir...

—Bien y de vuelta. No debes preocuparte por nada que no sea de mi sobrino.

—Marian al final te ha vendido el vino... —supone.

—No. Y no es el momento de hablar del tema.

Así zanjo la conversación y volvemos a observar al milagro que acaba de aparecer en nuestras vidas.

### *Marian*

Conozco la buena nueva, porque Leo se ha molestado en enviarme un mensaje con una foto del recién nacido con la mamá. No sé si es porque ando más sensible de lo normal o porque sentí la preocupación de Arturo, pero observar esa imagen y conocer que los dos se encuentran bien, ha hecho que se me encharquen los ojos.

Llevo parte la tarde en el sofá, con mi taza de té y en el más absoluto de los silencios. Jimena ha salido, supongo que en busca de Leo.

Espero que a ella le vaya mejor con él, que a mí con Arturo. Aunque lo dudo. Jimena dolida es una bomba de relojería. No creo que le escuche

siquiera.

Por lo que a mí respecta, nada más ducharme, me he puesto con la web. Casi me mareo al revisar los pedidos, Jimena no se equivocaba, el artículo ha surtido efecto. Tanto, que se ha colapsado el formulario de encargos.

He llamado a mi informático y a la persona que se ocupa de preparar los envíos para explicarles la situación. Confío que en unos días todo quede solventado ya que poseo *stock* de sobra. Además, calculo que en un par de semanas podré dar rienda suelta a la imaginación y volcar todas mis emociones en lo que espero que sean unas piezas únicas.

*Arturo*

*Cuatro días después...*

No he dormido nada desde que llegué, el cambio de horarios me ha convertido en un zombi. Paseo por el almacén y superviso cada uno de los lotes que en breve saldrán para sus destinos. La empresa marcha a la perfección, he de reconocer que mi cuñado en mi ausencia ha realizado un trabajo excelente.

Me detengo un momento y observo cómo los empleados se afanan en que cada envío vaya perfecto y me doy cuenta de que no reconozco a la mitad de ellos. Normalmente no bajo, pero hoy he sentido la necesidad de hacerlo. Marian me viene a la mente, porque ella sí conoce a todo su personal.

Sé que estará en el viñedo porque es la hora del tentempié de media mañana. Hay algo en esa imagen mental que me produce añoranza. Echo de menos esos momentos.

Muevo mi cabeza en un intento de centrarme y examino con minuciosidad los tipos de vino que hemos seleccionado. Contamos con una variedad increíble, por lo que pienso de nuevo en ella: «¿Cuánta gente habrá detrás de cada una de las cosechas almacenadas?», aunque conozco la respuesta: muchísima.

Me pongo de mal humor.

«¿Qué más da cuanto gente hay? Lo que debe interesarme es el resultado». Me engaño, ya no es así. Ahora soy incapaz de observar un maldito vino sin recordar el esfuerzo y el trabajo que hay detrás.

Cabreado, salgo del almacén y voy directo a mi oficina. Necesito una distracción que desvíe el rumbo de mis pensamientos, aunque de repente, recuerdo que Leo no se encuentra aquí. ¿Ahora con quién voy a esquiar?

Antes de despedirnos me comunicó que se quedaba porque no quería dejar las cosas sin aclarar con Jimena, se ha enamorado de ella. Ver para creer, nunca imaginé que llegase este momento.

Descuelgo el teléfono y llamo a una de mis conocidas; antes de que dé la primera señal cuelgo.

«¿Qué mierda hago?».

Me siento en el sillón y me dejo caer hacia atrás con la manos sobre mi cabeza.

En esa postura me encuentra mi padre al entrar en la oficina. Viene a informarme de que mi madre ha decidido organizar una comida familiar y espera que no falte.

—¿Es obligatoria como cuando éramos unos críos? —pregunto de manera impertinente.

—¿Problemas?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque, precisamente, me acabas de contestar como cuando eras un crío enrabiado.

—No me sucede nada. De hecho, planeaba subir a esquiar.

—Sí, me doy cuenta de que andas muy atareado...

—Vamos a dejarlo. Si hay que ir, voy y punto.

—Llevas cuatro días deambulando por aquí como un león enjaulado.

—No sabes de lo que hablas...

—¿Has tenido noticias de Marian?

Escucho su nombre y me tenso. ¿Por qué me pregunta por ella?

—Ese tema creo que lo dejé bastante claro. Ella no quiere vender y yo no voy a rogar.

—No te he preguntado por su vino, sino por ella.

—Es lo mismo, ¿no?

—Desde luego que no. ¿Qué te piensas que soy, Arturo? ¿Tonto?

—Me estoy perdiendo...

—No, ya lo estás.

Con esa frase se da media vuelta y me deja a solas con mis pensamientos. Unos en los que solo aparecen unos ojos verdes que se ríen de mí.

## CAPÍTULO 27

### Thunder

*Marian*

—*T*ienes que comer, Marian. Llevas cuatro días sin probar bocado. Además, tu madre está preocupada porque dice que no le coges el teléfono a nadie. Me ha preguntado si sé lo que sucede.

—No te preocupes, Carmen. Es por el trabajo; modelo y después vengo aquí, por lo que ni me he acordado del teléfono.

—Si no comes, no sirves —regaña.

—Recibido, alto y claro.

—Si no te valora, no te merece.

—Carmen...

—Mi niña, al resto puedes ocultarle las cosas. A mí no, porque «más sabe el diablo por viejo que por diablo». Y vuestros gestos decían más que cualquier palabra.

—Déjalo, por favor.

—Como quieras, pero haz lo que te pido.

—De acuerdo —acepto.

Termino de comer en silencio antes de ir al despacho, busco mi teléfono y llamo a mi madre. La bronca que me cae es desproporcionada, la tranquilizo como puedo y le aseguro que me encuentro bien, aunque con mucho trabajo. Le desvelo lo de la revista *Time* y que de ahí viene la cantidad descomunal de encargos y, por ende, el aumento de las horas de trabajo.

Se sorprende, aunque me deja claro que no por esto debo dejar de dar señales de vida, que estaban muy preocupados.

—¿Qué tal lleva Arturo el trabajo? —pregunta con interés fingido.

«¡Genial!».



—Mamá, Arturo se marchó hace unos días a Andorra. Gina ya ha dado a luz.

—¡No me digas! ¡Qué alegría! ¿Sabes si todo ha ido bien?

—Sí, tanto Gina como el pequeño se encuentran perfectamente.

—¡Deben estar como locos con el bebé! ¡Te dejo, quiero que me lo cuente la abuela! — termina y cuelga, sin ni siquiera una despedida decente.

Observo el teléfono con cara de gilipollas. «De modo que la telefoneo porque se supone que anda muy preocupada y ¿me cuelga en cuanto le he contado lo del bebé?». Lo más incongruente es que nunca se preocupa porque no dé señales de vida...

Ojeo de nuevo el chisme y sin pensar más lo tiro encima de la mesa, me siento en el sillón y recojo mis piernas. Noto como el agotamiento se apodera de mí, solo quiero que esto acabe de una vez y poder descansar un día entero en la cama.

Mi teléfono vuelve a sonar, protesto, aunque lo alcanzo con la mano. Es un *WhatsApp* de Gina. Lo abro y reparo en que se trata de un archivo, lo descargo y observo que es una imagen de Arturo con su sobrino en brazos. Aparece sentado en un sofá mientras sostiene al niño en sus piernas y me queda claro que él no se ha dado cuenta de que Gina lo ha pillado desprevenido.

**Yo:** ¡Enhorabuena, mamá! No me he atrevido a molestar estos primeros días porque supuse que estarías agotada. Me alegro mucho de que haya ido fenomenal. Preciosa la estampa del tío con el sobrino. Un abrazo, familia.

**Gina:** ¡Gracias! ¿Has visto cómo se le cae la baba? Un abrazo y espero que podamos hablar pronto.

Me limpio las lágrimas, que han acudido de nuevo a mis ojos, y dejo el móvil en la mesa. La imagen es demasiado tierna para que no me conmueva, aunque no es lo que necesito ahora mismo. Mi prioridad es mantenerlo lejos de mi mente, porque si no, no voy a ser capaz de pasar página.

Se me ha metido en la piel y me va a costar sacarlo.

*Arturo*

—Ya te ha ganado a ti también... —dice mi hermana y se sienta a mi lado en el sofá.

—Es difícil resistirte a algo tan pequeño y tierno.

—Hace mucho tiempo que no aparecía esa expresión en tus ojos.

—¿Qué expresión?

—Una de amor.

Sonríó ante su ocurrencia y le guiño un ojo, como cuando éramos adolescentes y tramaba algo.

—¿Me has guiñado un ojo? ¡Oh, Dios mío! —suelta, muerta de risa.

La observo sin entender a qué viene tanto alboroto.

—No me mires de esa manera, hace muchísimo tiempo que no hacías eso.

—La maternidad te ha trastornado.

—Al contrario. Aunque llevo cuatro días sin dormir más de dos horas y soy una bolsa de leche andante, sé muy bien lo que digo.

—Tonterías.

—Hace años que no hay vida en tus ojos. Y de repente, me acabas de lanzar tu mejor mirada de perdonavidas y contemplas a mi hijo igual que al ratoncito de biblioteca cuando creías que nadie te vigilaba.

—¿¿Qué?!

No me responde, porque parece que el niño ha detectado mi nerviosismo y comienza a llorar a pleno pulmón. Al escucharlo, Carlos aparece por la puerta como un rayo y lo coge en sus brazos.

—A eso me refiero —susurra mi hermana en mi oído—. Con sus ojos lo calma, le da seguridad, cariño, confianza... Amor. No sé si es mi hijo el que la ha despertado en ti o es que hay alguien que ha resquebrajado tu armadura.

—Gina, claro que miro a tu hijo con amor. ¡Es mi sobrino!

—Y Marian la que te ha hecho recordar que no eres de piedra, ¿verdad?

—Estás loca...

—Y tú enamorado.

—¡No tienes ni idea de lo que hablas! —grito.

Consigo, sin proponérmelo, que el niño vuelva a llorar y que Carlos abandone el salón con un cabreo monumental. Aunque nos quedamos solos, mis padres entran al escucharme gritar.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta mi madre alarmada.

—Que tu hijo se ha enamorado —cacarea mi hermana.

—Gina, ¡cállate! —le ordeno.

—¿Enamorado? ¿De quién, Arturo?

—De la hija mayor de los Herranz —suelta mi padre.

—¿Marian? —pregunta de nuevo mi madre.

—¡Pues claro, siempre ha sido ella ! —revela mi hermana.

—¡No me he enamorado de nadie! ¡Gina se ha vuelto loca!

—También ha dejado de salir con Carla —añade mi cuñado, desde la puerta sin el niño, que supongo que ha dejado dormido—. Me mandó un mensaje de voz furiosa, en el que aseguraba que la has abandonado por una jornalera.

Se me revuelve el estómago al escucharlo.

—Marian no es una jornalera, solo trabaja codo con codo con sus empleados porque le encanta lo que hace. Y ya había aclarado el asunto con Carla antes de que la mandases a Madrid en mi busca —siseo.

Con un gesto implícito le dejo claro que jamás debería haberse inmiscuido.

—¡Mierda! ¡No sabía que la habías dejado!

—¡Joder! —protesto, a la vez que me muevo de un lado al otro de la habitación bajo el atento escrutinio de mi familia—. Nunca he salido con Carla, solo nos hemos acostado de vez en cuando. Y esta conversación se acaba aquí. ¡Es mi vida y es privada!

—Tus líos de faldas no me importan ni lo más mínimo. Solo te quiero lejos de esa chica, ¿me has escuchado? A ella la respetas. No es una cualquiera, sus padres son como de la familia —dictamina mi padre.

La sangre me hierve. «¿Qué trata de decirme? ¿Qué me aleje porque no soy bueno? ¿Qué Marian es una más?».

—Papá, mi hermano no es de ese tipo de hombres —me defiende mi hermana.

—Silencio —ordena este.

—No me conoces. No tienes ni idea de quién soy —escupo con desprecio.

—¿Y quién eres, hijo? Cuéntanos.

No me salen las palabras, solo quiero largarme de aquí y regresar al lado de la única persona que me comprende de verdad: Marian. En cuanto su nombre cruza por mi mente, el corazón se me desboca.

«¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho?».

Marian intentaba que me deshiciese de mi autocontrol y de mi frialdad a golpe de confianza y cariño. Me llevo las manos a la cabeza y me tiro del pelo. «¡No puede ser!».

Mi niña de rizos alocados y ojos brillantes, esa que tiene mal despertar, que disfruta de cualquier cosa, que canta y baila como una loca y que me conoce como nadie. Ella es lo único que anhelo.

Me tambaleo al reconocer lo que sucede. Por eso ni duermo, ni como, estoy de mal humor y no se va de mi pensamiento, porque me he enamorado.

Elevo la cabeza hasta que mis ojos encuentran los de mi padre, que todavía

espera una contestación, y me armo de valor. Como ella me echó en cara, me he escondido demasiado tiempo.

—Siempre he acatado tus decisiones, aunque no las entendiese. Sin embargo, ahora comprendo que he malgastado estos años en los que he acallado mi instinto, porque solo lo he camuflado. Solo soy alguien pasional atrapado en una máscara de frialdad y despotismo con el objetivo de no causar problemas a su familia. ¿No es por eso por lo que me enviasteis bien lejos? Pues os equivocasteis, porque solo le disteis libertad al monstruo. Sí, estudié la carrera que queríais, y también trabajé para pagarme paralelamente mi formación como catador y convertirme en uno de los mejores del mundo. Lo sé desde adolescente, salvo que no lo habéis advertido nunca, solo una persona lo ha hecho.

—Arturo... —susurra mi hermana.

—Mi niño, ¿de qué hablas? —pregunta mi madre desconcertada.

Sin prestarles atención continúo con lo que he empezado.

—¿Y dónde me encuentro? ¿Qué hace tu hijo, papá? Vivir encerrado en una oficina que va a terminar por asfixiarlo, porque de esa forma lo has decidido tú. Yo no era problemático, solo era un crío que necesitaba que su padre lo guiara. No estuviste, y ahora no te necesito. Desde hoy, causo baja en la empresa porque no deseo vivir a medias, «lo quiero todo y lo quiero ahora» —sentencio con una sonrisa de suficiencia y la calma que da tomar las riendas de tu vida.

Mi madre me observa a la par que procesa lo que acabo de decirles y mi padre no abre la boca.

No espero a escuchar lo que puedan decirme, no me interesa. Es hora de que empiece mi vida.

En el garaje, abro el coche, me quito la chaqueta del traje, aflojo mi corbata, remango mi camisa y me pongo detrás del volante. Arrancó el vehículo que suena bronco y salgo como una bala, mientras *Thunder* de Imagine Dragons empieza a sonar a toda hostia. Conduzco un rato sin destino fijo, solo por el hecho de hacerlo. Canto y dejo que el aire gélido me corte la cara, como el día que lo hice con ella.

Por fin soy yo, sin ataduras y sin inhibiciones.

Ella no tiene ni idea de que me ha devuelto a la vida.

## CAPÍTULO 28

### Confesiones

*Arturo*

*A*l llegar a casa, me cambio y comienzo a preparar la maleta. Es el timbre el que me interrumpe. En vaqueros y sin calzarme, abro y me encuentro a mi padre.

—Ahora me toca hablar a mí.

—Di lo que quieras, mi decisión es irrevocable.

—Puede que no haya sido el padre que esperabas, aunque no he hecho las cosas con intención de herirte. Creo que es hora de que conozcas la verdad.

Me retiro de la puerta para que entre. Que diga lo que tiene que decir y ya actuaré en consecuencia. Él pasa y se sienta en uno de los taburetes de la isleta de la cocina, mientras busco una buena botella de vino, la abro y sirvo dos copas. Si vamos a mantener una conversación seria, lo necesitaremos.

—Tú dirás —digo y le tiendo una copa.

—Buena elección. Aunque no debe sorprenderme que sea así. ¿Verdad?

—No busco halagos, no te lo he contado con esa intención.

—Eres exactamente como yo. Pensaba que no te parecías en nada, aunque me equivocaba. Espero que me prestes atención, ya que voy a explicarte la historia desde el inicio. Cuando contaba con un par o tres años más que tú, viniste al mundo. Después de nacer tu hermana, fuiste la guinda del pastel. Un niño buscado, deseado y muy querido. Ya por aquel entonces trabajaba en el mundo del vino y deseaba emprender mi propio negocio. Mis padres pusieron el grito en el cielo y tu madre, que nunca le ha temido a nada, me animó a hacerlo. Me llovieron las críticas desde todos los frentes, del que más, de mi propia familia. Trabajé mucho, quizás demasiado, para que aquello

prosperase. Y lo hizo. Alcanzó tal nivel, que la gente de mi alrededor cambió, el primero tu tío.

Frunzo el ceño al escucharle hablar de mi tío Joaquín, ya que él ha sido un tema tabú en casa desde siempre. Gina y yo nunca supimos qué fue lo que enemistó a los dos hermanos.

—Continua —digo y me siento frente a él en otro de los taburetes.

—Bien, como te explicaba, la gente al percibir el dinero se comportaba de forma distinta. Por eso es por lo que frecuentamos otro tipo de amistades y modificamos nuestras actividades. Fue de esa forma cómo conocimos al resto de nuestros amigos.

—Te sigo —comento, para que continúe y no se detenga.

—Bien, cuando la empresa demandó más horas y más personal, tu tío se ofreció a aprender y a echarme una mano. Era mi hermano, ¿quién mejor que él para ayudarme? Al tiempo que crecíamos ajenos a este mundo, él se convirtió en mi segundo al mando y fue testigo de cómo el negocio iba a un ritmo imparable. Conoció a mi círculo, mis rutinas, mis ingresos... Y hasta ahí bien, el problema fuiste tú.

—La cosa mejora por momentos....

—No puedes ni a imaginártelo... Conforme crecías, te convertiste en su objetivo.

—¿Cómo?

—Eras muy inteligente, vivaz y con un carácter similar al mío. Poseías un magnetismo que a tu madre le encantaba, porque decía que eras una copia de mí. Aunque yo lo dudaba. ¿Cómo podía compartir su opinión si todo en ti eran problemas?

—¿Qué problemas? Te retaba porque quería llamar tu atención.

—No los había, es lo que me hicieron creer. ¿Por qué? Pues porque tu tío Joaquín se encargó de que yo viese eso de ti. Pasaba semanas enteras de viaje en busca de los mejores vinos y Joaquín gestionaba la empresa. Hoy he completado las piezas del puzle: ya sé lo que descubrió sobre de ti que yo no.

—Se percató de que catava en el almacén...

—Eso parece. Cada vez que regresaba de algún viaje era: «Arturo ha hecho esto o lo otro, a ese crío debes atarlo en corto, Arturo se ve con fulanita, Arturo va a dejar embarazada a alguna...».

—¡¿Qué?!

—Te controlaba hasta el último movimiento e intentaba que yo te largase de

aquí. ¿Por qué? Pues porque te consideraba como lo que serías: mi heredero. Si te quitaba de en medio no aprenderías, por lo que él podría continuar tras su objetivo. Él es mucho menor que yo, si tú no te formabas y como tu hermana para él no contaba, ¿a manos de quién iría la empresa? Por eso, tu madre, que es más observadora que yo, propuso salir a visitar bodegas. Os sacó de su radio de acción y os dio la posibilidad de aprender y de conocer a otros chavales de vuestra edad.

—¿Cómo le llegó esa iluminación? —pregunto intrigado.

—Porque tu madre, a raíz de mis quejas, se dedicó a averiguar de dónde procedían. Yo me he comido el mundo, aunque ha sido ella la que me lo ha mostrado, ¿entiendes? No le cuadraba lo que yo le comentaba, con lo que conocía de ti. No bebías, no robabas, no te peleabas, practicabas deporte... Eras normal. Con un carácter endiablado como yo, aunque nada fuera de lo común. Mis reproches no surgían cuando viajábamos con los amigos, sino cuando yo volvía de un viaje. Ató cabos y me abrió los ojos.

—No sé si deseo saber más...

—Arturo, me envenenó durante mucho tiempo. Meses en los que fui implacable contigo. Después de que tu madre me comentase lo que pensaba, poco a poco comprobé el patrón de actuación que seguía.

—Tus comentarios y actitudes consiguieron convencerme de que había algo mal en mí, por eso, al marcharme, procuré que no te enteraras de lo de las catas.

—Espera, aún no he acabado. Cada visita a una bodega era una formación implícita. Creía que tu hermana podría ser una catadora estupenda, porque además no era algo con lo que él contaba. ¿Una mujer probando? Ni en sus más enrevesados pensamientos. Por eso, nos la llevábamos junto a Marian a las catas, además de porque eran las mayores. Y a ti, te dejamos que visitases las bodegas, que conocieses su funcionamiento, que trabajases las relaciones con los bodegueros, que aprendieses el valor de ciertos vinos... El famoso «divide y vencerás». Él se obsesionó con que no probases, porque si lo hacías, buscarías vinos. Y también pensó que Gina estudiaría algo diferente. No esperó que ambos os involucraseis en este mundo.

—Entiendo. Aunque presupongo que tuvo que haber un detonante que ayudó a que lo mandases al infierno.

—En efecto. La noche en la fiesta de cumpleaños del padre de Leo. Lo recuerdas, ¿verdad? Al celebrarse aquí, Joaquín asistió. Yo acababa de volver

de Francia, y según él, habías hecho una apuesta para conseguir a la hija mayor de los Herranz... La más tímida.

—¡No me jodas! ¿Cómo lo supo?

—¿Es cierto? ¿Hiciste esa apuesta con Leo?

—Sí, aunque no por los motivos que crees. Por entonces, ya estaba loco por ella. La apuesta era una manera de reunir el valor necesario para acercarme, ya que al ser dos años mayor que yo, me intimidaba. Jamás pretendí hacerle daño. ¡Tenía dieciséis años!

—Si me llego a enterar en ese momento, te muelo a palos —asegura—. Aunque sin preverlo, esa acusación fue el principio de su fin. Se enteró de tus planes, porque tu hermana os escuchó y se lo comentó a Jimena en uno de los baños. Tu tía se encontraba ahí, lo escuchó, y ella se lo comentó a Joaquín para que nos pusiese sobre aviso. Ahí cometió su mayor error.

—¿Cuál?

—Subestimar a tu viticultora.

—¡¿Cómo?!

—Pensó que la chica caería en tus redes... Dio por hecho, que te acostarías con ella en la biblioteca.

—¡Eso no pasó!

—Lo sé. Cuando alertados por él, el padre de Marian y yo acudimos dispuestos a averiguar lo que ocurría y encontramos a la chica con un libro sentada en un diván. Le pregunté por ti y me respondió que desconocía donde andabas.

—Sí que se lo propuse...

—¿Lo hiciste? ¿Te rechazó?

—Sí, aplastó mi ego con su negativa. Y a partir de ese momento, me dediqué a hacerle la vida imposible.

—Pues ese rechazo provocó que me enfrentase a tu tío; había ido demasiado lejos. Porque ya no solo se trataba de ti, la había implicado a ella, con su padre de testigo. Le pedí explicaciones de por qué había dicho eso sobre ambos. Y cayó en su propia red, aseguró que sí había sucedido, de hecho, agarró a Marian de malas maneras y le exigió que no mintiese. Ella, haciendo gala de una tranquilidad pasmosa, le explicó que no te había visto esa noche y que no entendía nada de lo que hablábamos.

Al escucharlo, aprieto los puños e intento no pegar un puñetazo sobre la isleta. Se le sometió a un escrutinio del que ni siquiera me enteré. Y, encima,



soportó mi despecho durante años.

—¿Qué pasó después?

—El padre de Marian lo amenazó; nunca he visto a ese hombre tan fuera de control como esa noche. Aunque el que me desahogué fui yo... Le di tal paliza por ella y por lo que había tratado de hacerte, que finalmente confesó. La ambición de mi hermano no conocía límites, incluso llegó a desfalcar dinero a una cuenta externa. Evidentemente, ese dinero, con una denuncia y con la ayuda del padre de Marian, regresó a donde correspondía.

—Joder...

—Si hubiese sucedido, habrías ido a parar a un internado. Marian sin pretenderlo, evitó que yo te hiciese más daño del que ya te había hecho por creer a mi hermano. Ese es el motivo de mi actitud hace un rato, no voy a permitir que a esa mujer le suceda nada, porque gracias a ella, al fin pude descubrir a mi hijo.

—Aun así, me mandasteis fuera.

—Fue por miedo a que tomasen represalias, no como castigo hacia ti. No he sido un padre ejemplar, pero créeme, nunca pretendí hacerte daño. Mi error fue trabajar demasiado y confiar en quien no debía.

—No me lo puedo creer... Creía que era el monstruo de la familia — confieso antes de pasarme las manos a la cara.

—Lo único que intentamos fue protegerte en cuanto nos percatamos de la situación.

—Lo podíais haber contado antes...

—Arturo... Te distanciaste y te encerraste en ti mismo. No nos has dejado acercarnos.

—Me contenía, creía que, si dejaba salir al verdadero Arturo, te decepcionaría de nuevo.

—Hijo, ¡por Dios! Si alguien ha fallado he sido yo.

—Desde luego, es un peso que me quito de encima. Aunque sigo firme en mi decisión.

—Después de averiguar la verdad no te voy a presionar para que regreses. Sin embargo, sí quiero que pienses que hay más opciones. Eres mi hijo y la mitad de la empresa te corresponde por derecho. Otra cosa, es la función que realices. Y más ahora, que tu hermana ha sido madre. Después de tu confesión hemos hablado.

—Me lo puedo imaginar...

—No es lo que piensas. Tu hermana también se ha sincerado. Desde que se quedó embarazada dice que ha valorado tomar un respiro en cuanto a los viajes, porque con un bebé no es lo que quiere. Me ha propuesto un intercambio de funciones: ella junto con Carlos llevarían la parte económica y administrativa y tú te encargarías de buscar los vinos. ¿Qué te parece?

—Suená bien...

—¿Puedes pensártelo?

—Lo haré. Te lo prometo.

—Antes has dicho que había otra persona que conocía tu faceta de catador. ¿Quién es? ¿Leo?

—No. Marian. Fue testigo de cómo cataba y anotaba a escondidas en mi libreta en las visitas que hacíamos a las bodegas y lo ha callado todos estos años.

—Una mujer observadora, me recuerda mucho a tu madre. Por eso te he dicho que te pareces a mí. Los hombres como nosotros, necesitamos a alguien que nos muestre las pequeñas cosas que no se perciben y que nos enseñen que el amor es lo verdaderamente importante en la vida. En caso contrario, somos capaces de recorrer una y otra vez el mismo camino sin darnos cuenta de que nos hemos perdido.

—Ella es diferente.

—Ya lo creo. Y preciosa...

—Mucho.

—Te gusta.

—Me vuelve loco. No solo como mujer, también su forma de vivir. No he sido nunca tan feliz y tan libre como las semanas anteriores. Adoro estar con ella y en el viñedo —confieso por primera vez.

—¿No vas a pelear por conseguir esa vida?

—Preparaba la maleta...

—No esperaba menos —dice con una media sonrisa antes de darle un sorbo al vino.

—Me va a vapulear en cuanto me vea aparecer. A ver cómo le explico que soy un imbécil por no darme cuenta antes de que me he enamorado de ella.

—¿Me permites que te dé un consejo?

—Lo vas a dar, aunque te diga que no —contesto irónicamente.

—Hagas lo que hagas, lleva el corazón en la mano siempre. En el amor no hay trucos. Y menos, con mujeres como ellas que pueden ver a través de

nosotros. Y no olvides que eres un Alquézar, despliega esa sonrisa que tienes y utiliza todas tus armas.

—Deséame suerte, porque la voy a necesitar.

## CAPÍTULO 29

### Ambición

*Marian*

No me sostengo en pie. Pese al cansancio, me aseo y voy a ponerme algo calentito. Activo la alarma, preparo algo de sopa y subo a mi habitación.

Es la rutina que mantengo desde hace cinco días.

Bebo la sopa a sorbos directamente del tazón, ni me planteo utilizar una cuchara. Una vez termino lo deposito en la mesita de noche, me acurruco en la cama y me dedico a contemplar los árboles a través del ventanal. No me apetece poner música o leer... nada.

Me giro y me tapo. Cierro los ojos, me duele cada parte de mi cuerpo, aunque me alegro. Así no pienso en otra cosa que no sea quedarme en coma en el momento en el que aterrizo en la cama.

«¿Cómo le irá él?». Seguro que se siente feliz por volver a su vida. Lo dejó bien claro; lo pasó estupendamente, nada más.

*Arturo*

He llegado a las siete de la tarde y ya voy de camino a su casa. Cuando aparco en el porche observo que ha cerrado la casa a cal y canto. Si no fuese porque está aparcado su todoterreno, se podría afirmar que no hay nadie. Paseo mis ojos por la fachada y los detengo en la cristalera de su habitación, las luces que tiene puestas en el cabecero de la cama se reflejan en el cristal del ventanal. Lo que significa que ya debe estar dormida. Pese a mis ganas de entrar, decido dejarla descansar, ya la veré mañana en el viñedo.

Sonrío, porque muy contenta no se va a poner. Al menos eso me digo a mí mismo.

Me pongo en marcha de nuevo y me dirijo a la casa que alquilamos. Al entrar, escucho a Leo y a Jimena que discuten en el salón. Mi aparición les pillan por sorpresa, tanto, que hasta Jimena me pregunta si sucede algo malo.

—No, no te preocupes. He vuelto con la idea de...

—¿Arrastrarte como la babosa que eres? —me corta e insulta Jimena.

—Tienes derecho a llamarme eso y más, aunque antes me gustaría contaros algunas cosas, ¿de acuerdo? ¿Podrás con eso, Jimena? —pregunto.

—Lo soportaré, porque Leo jura y perjura que esa noche no pasó nada con ninguna de las dos *barbies* con las que os encontré. Aunque no te perdono, no eres consciente del estado en que se encuentra Marian. Nunca la he visto así.

Asiento a sus palabras.

—Por favor, sentaos, lo que necesito contaros no es ni corto ni fácil de explicar. Aun así, creo que vosotros también debéis conocer algunas cosas del pasado.

—Primero dime... ¿Es algo serio? ¿O es otra pérdida de tiempo?

—Lo que os voy a contar nos concierne a los dos.

Jimena asiente y se sienta lo más lejos de Leo que puede, mientras él me observa en silencio.

Cuando me prestan atención, les relato lo que acaeció cuando todavía éramos unos adolescentes y en lo que ha derivado. Del mismo modo, les revelo que le he propuesto a mi padre dejar la empresa porque mi verdadera vocación es otra.

—¡Santa mierda! ¡Te salvó el cuello! ¡Que cabrón tu tío! ¿Por qué no me ha contado nada de eso? —brama, Jimena.

—Marian no se lo ha contado a nadie. Ocultó esto y que soy catador profesional.

—¿Perdón? —pregunta Leo, que ha abierto los ojos como platos.

—Como lo oyes. Lo hago desde que soy un crío y lo oculté al pensar que no era algo bueno y que solo le daría más problemas a mi familia. En la universidad, trabajé y me pague unos estudios paralelos. Y bueno, también obtuve el título de sumiller.

—¡Joder, Arturo! ¡Soy tu mejor amigo! ¿Ni en eso has confiado en mí?

—Lo sé, Leo. Y lo siento. Os lo cuento ahora, porque he abierto la caja de Pandora. No pienso seguir callado y hacer algo que no me gusta. Marian me ha ayudado a liberarme.

—¿Y cómo es que Marian conocía tu secreto? —indaga mi amigo, aún

incrédulo.

—Porque me vio hacerlo a escondidas cuando todavía era un adolescente...

—No me lo puedo creer... ¡Por esa razón insistió en que no te entendía! — grita Jimena enfadada—. Arturo, como le hagas daño de nuevo, te juro que te mato.

—La amo, y si he regresado, es porque quiero hacerla feliz.

Tras un rato más de confesiones, Jimena se marcha y nos deja a Leo y a mí solos frente a una cerveza.

—Estoy acojonado, Leo.

—Normal, acabas de desprenderte de tus imposiciones y has averiguado muchas cosas.

—Llevabas razón.

—¿En qué?

—En que nunca he mirado a nadie como a ella, aunque se te escapó un detalle. Nadie me ha visto como lo han hecho sus ojos verdes.

—¿Y ahora, Arturo? ¿Qué vas a hacer?

—Ahora solo puedo ponerme a sus pies y esperar que sea benevolente. Y después de eso, mi idea es vivir aquí y trabajar junto a ella. Además, mi padre me ha propuesto que sea el que busque los vinos, aunque hasta que no hable con Marian no pienso tomar una decisión.

—Al fin has claudicado —dice, antes de darle un trago a su cerveza.

—¿Y tú? ¿Qué me tienes que contar de estos días?

—Que me has jodido bien... Y que me enamorado de una arpía despiadada a la que no hay manera de hacerle entrar en razón. ¡Joder! La puñetera dice que ha pasado página. Aunque eso está por ver...

—Lo siento tío, lo último que deseaba era perjudicarte. Y tampoco sé que aconsejarte...

—Aquí conozco gente que matará porque trabaje para ellos. Y si ahora vas a ir a catar tú, mejor me lo pones. Me atrae la idea de quedarme por un tiempo, me gusta Madrid y seguro que hay mucha chica guapa por conocer...

—Auguro borrasca.

—De las grandes.

Sonríó porque sé cómo es. Bajo esa carita de niño bueno, se esconde el mismísimo diablo, Jimena aún no lo conoce. Lo que va a suceder entre estos dos titanes no se puede prever.

## Marian

Mi teléfono suena antes de que pueda darle el primer sorbo al café. Al ojear la pantalla veo que es Ángel y me preocupo, una llamada suya a estas horas no puede ser nada bueno, pese a todo, respondo.

—Buenos días, dime.

—Marian, ¿qué has hecho con los vinos? ¿No había otro a quién vendérselos que a Ledesma? —suelta frenético.

—¿Perdona? ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—¡Marian! ¡Joder! Mi hermano acaba de preguntarme por qué ayer no te quedaste al traslado del vino a las bodegas de Samuel. Cuando he llegado, los demás me han reprochado lo mismo. Daban por hecho que se lo confiarías a Arturo, al que adoran. Manejan un cabreo tremendo.

—Vamos a ver... Es muy temprano para bromas, ¿de acuerdo?

—Sé que Arturo la ha cagado, pero... ¿vender el vino a ese mierda? ¿En qué coño pensabas?

—¡Ángel! ¡Yo no he cedido el vino a nadie! ¡Joder! ¡Y menos a Ledesma! ¿En qué cabeza cabe que una bodega traspase su vino embotellado y etiquetado a otra? ¿De dónde has sacado esa mierda?

—¿¿No lo has hecho?!

—¡No! ¿No me escuchas?

—Entonces... ¿Por qué en tu despacho he encontrado el contrato firmado?

—¿¿Qué!? Eso es coña...

—¿Cómo va a ser una coña, si lo he leído y mi hermano ayudó ayer a última hora con el traslado de las jaulas?

—¿Las jaulas? ¿Plural? ¿Has bajado al sótano?

—Vacío.

El alma se me cae a los pies. Si el vino ha salido de mi bodega solo hay dos opciones: o lo han robado o han falsificado un contrato. Y si Ángel asegura que ayer algunos de mis empleados ayudaron al traslado, y que, supuestamente hay papeles, apuesto más por lo segundo que por lo primero. En medio del caos me viene a la mente la paliza que Arturo le propinó a Samuel, pues he aquí las consecuencias. Causa y efecto. Eso sí, no me pienso quedar de brazos cruzados.

—Ángel, escúchame bien. Ese contrato no es válido, lo han falsificado. Quiero que telefonees a Leo y que vaya a la bodega, toda ayuda va a ser poca.

Avisad a la policía en cuanto Leo aparezca, ¿me has entendido?

—¿Marian, por qué lo hace?

—Porque es una persona con muy poca cabeza y una ambición desmedida. Haz lo que te he dicho. Os daré un toque cuando encuentre a Samuel.

—¿Piensas buscar sola a ese desgraciado?! ¡Ni se te ocurra, Marian!

—No va a pasarme nada, él sabe que iré en cuanto me entere que se lo llevó anoche. Ángel, le importa una mierda el vino, su objetivo es mi viñedo. Mi intención es adelantarme y distraerle. En cuanto cuelgue, llamaré a mi cuñado que de algún hilo podrá tirar. Ahora es importante que mantengamos la serenidad. ¿Me he explicado claro?

—Lo que mandes.

Termino con Ángel y busco el número de mi cuñado.

—¿Qué ocurre? —pregunta preocupado, dada la hora de la llamada.

—Necesito que tus contactos tumben a Ledesma.

—¿Qué ha hecho el muy cabrón?

—Falsificar un documento de compra sobre mi vino. Anoche lo trasladó a su bodega, aprovechó que yo me vine pronto a casa. Apareció y les mostró a mis empleados el papel y ellos lo tomaron por válido. Ni Ángel ni yo nos encontrábamos ahí, solo quedaba la gente de maquinaria y David —narro—. Cayetano, a él no le interesa el vino, pretende chantajearme con la intención de hacerse con el viñedo y así vengarse de Arturo y de mí. El día del infarto de Luis, cuando me trató de aquella manera, Arturo le dio una paliza tremenda. Son las consecuencias. ¿Entiendes?

—Encima de hijo de puta, es tonto. Tendrás su cabeza, aunque necesite mover cielo y tierra. Me encargo de avisar a tu padre, él agilizará los trámites. Ha llegado demasiado lejos.

—Gracias.

—Y Marian, en cuanto lo recuperes, lo quiero en manos de Arturo. ¿Me oyes? Y que sepas que yo hubiese actuado igual que Arturo.

—Ya veremos...

Cuelgo sin despedirme, porque lo último que necesito es hablar de Arturo. Es pensar en él y solo imagino ir a buscarlo y matarlo con mis propias manos.

Me muevo a toda prisa y en menos de tres minutos pongo rumbo a las bodegas de Samuel.

*Arturo*



—¡Arturo, despierta! Marian tiene problemas. Me acaba de avisar Ángel, dice que me necesita en la bodega.

Escucho su nombre y salto de la cama como si me hubiesen pinchado.

—¿Se encuentra bien? ¿Qué ha pasado? ¡Contesta, joder!

—Por lo que me ha explicado Ángel, Ledesma ha falsificado un contrato de compra venta del vino de Marian y lo trasladó anoche.

—¡Hijo de puta!

—¡Vístete que nos vamos!

—¡Voy a matar a ese cabrón con mis propias manos! —grito—. Mientras me cuelo unos vaqueros y un polar antes de que Leo salga por la puerta.

Si dejo que Leo coja el coche no puedo conducir como un loco de camino a la bodega.

—¡Ten cuidado, Arturo! Si nos matamos no vamos a poder ayudarla en nada. ¡Cálmate!

—Si fuese Jimena la que tiene problemas, ¿estarías tranquilo? He tardado en descubrir lo que significa para mí y ahora nada me va a detener, y menos aun, cuando necesita ayuda. Ese mierda va a conocer la mejor versión de Arturo Alquézar.

No tardo más de quince minutos en entrar en la bodega, donde los empleados ya se encuentran preparados a la espera de recibir órdenes.

Al bajarme, más de uno me saluda y correspondo como buenamente puedo, porque lo único que deseo es localizarla. Entro como un ciclón y encuentro a Luis, Ángel y David con cara de preocupación.

—¡Arturo! —exclama Ángel—. Nunca pensé que me alegraría de verte aparecer.

—¿Y Marian? —pregunto nervioso.

—En la bodega de Samuel y me ha prohibido acompañarla. Ha dado la orden de que llame a Leo y a la policía. Su cuñado y su padre están al tanto y también han movilizadado a su gente.

—¡La mato! ¿Cómo se le ocurre ir sola? —chillo fuera de mí, lo que provoca que el resto de los empleados me observen—. Vosotros os quedáis aquí y hacéis lo que os ha dicho, yo voy con ella. Ni de coña la dejo sola con ese desgraciado.

No espero respuesta, sino que corro en dirección a la bodega aledaña. La suerte es que no pilla lejos. Mientras fuerzo mi cuerpo, pienso en que

Cayetano podrá dinamitar la empresa, pero yo voy a reventar a Samuel con mis manos.

### *Marian*

Recorro los pasillos hasta el almacén, algo me dice que me espera ahí. Lo observo levantarse y caminar nervioso antes de que él se percate de mi llegada, «¡Dios mío!», puedo apreciar los hematomas de los golpes de Arturo en su rostro. Tomo una respiración profunda, activo la grabadora del teléfono que llevo en la mano y me acerco. Al divisarme me sonrío ladinamente porque ha conseguido su propósito.

—¡Vaya! ¡Mira quién me visita! Si es mi vecina alfarera, esa que se acuesta con el primer posible comprador que llama a su puerta.

Entrecierro los ojos, porque sospecho que ha bebido. Cosa que no me gusta, la gente cuando está bebida es imprevisible. Por eso guardo silencio ante sus palabras, quiero dejar que hable un poco más.

—¿Vienes a por el vino? Han sido tan fácil sacarlo, tus empleados ni dudaron en colaborar cuando les enseñé el contrato.

—Esos papeles no son válidos. No he firmado nada.

—¡Sí lo son! Tienen tu firma.

—¿Y cómo es mi firma, Samuel? Si yo no he firmado ningún documento tuyo. ¿Cómo la conoces?

—Aparece en tu página web, puede consultarla cualquiera.

«¿Ha falsificado un papel con una firma que aparece en mi web? ¿Este no tío no ha pensado en que es mi firma de diseñadora y no la que aparece en mi Documento Nacional de Identidad?». En medio de una situación así, casi me echo a reír porque es ridículo. Cuando aparezca la policía va a ser un espectáculo.

### *Arturo*

Entro en la bodega por el mismo sitio que en nuestra visita. Se encuentra prácticamente desierta, por lo que no me supone ningún problema atravesarla de lado a lado sin que nadie me interrumpa. Busco en la zona de catas y en las oficinas y no encuentro a nadie. Prosigo hasta que llego a una zona que parece de descanso y escucho a unas mujeres conversar. Frunzo el ceño porque la voz

de una la conozco muy bien, acuerdan bajar al almacén, porque quieren ser testigos de lo que sucede.

No espero, sino que corro y me dirijo yo también al almacén, que, si mal no recuerdo, tenía unas galerías desde las que puedo ocultarme.

Efectivamente, en cuanto traspaso la puerta por la que nos condujo el propio Samuel durante la ruta, accedo a la galería que se eleva a metro y medio del suelo. Me agacho, no deseo que se percaten de mi presencia, ya que él está justo en frente. Recorro el pasillo, hasta quedar de cara a Marian, agachado tras la cristalera roja que sirve de protección.

### *Marian*

—Samuel, es una locura. Devuélveme el vino y me marcharé.

—No, las condiciones las pongo yo. Véndeme el viñedo o cástate conmigo y ambas cosas serán tuyas. ¡Piénsalo, Marian! ¿Qué puedes perder? —  
Contraoferta ante mi estupefacción. Se ha vuelto literalmente loco. La ambición de su madre y la suya propia, lo han llevado a la demencia.

—No me interesa tener otra bodega, solo deseo lo que es mío y que has sustraído de mis instalaciones con un documento falso.

—No pienso devolvértelo, ese vino nunca va a ser de Arturo Alquézar.

—Ese vino es mío y de nadie más. Samuel, si no lo devuelves a mis instalaciones me obligarás a llamar a la policía.

—¡Hay papeles, Marian! ¿Cómo vas a demostrar que no los has firmado?

Me muerdo la lengua porque aún no es el momento de sacarlo de su error, temo su reacción al enterarse. Debo esperar a Ángel y Leo. Por eso, me doy la vuelta y camino un poco, en un intento de parecer nerviosa, pauso la grabación, aprieto la marcación rápida y dejo una llamada perdida a Ángel. Y antes de acercarme otra vez, vuelvo a activar la grabadora. Cuando estoy a punto de preguntarle algo más, por una de las puertas laterales aparecen Victoria, la madre de Samuel, y... ¿Carla?

«¿Qué demonios hace Carla con ella?».

—Buenos días, Marian Herranz. No has tardado en aparecer y reclamar el vino —me saluda la madre de Samuel con desdén.

—Señora... —digo a modo de saludo—. Si tiene en cuenta que se me ha sustraído prácticamente una añada entera de mis instalaciones sin mi consentimiento, lo lógico es que intente averiguar el motivo, ¿no?

—Como sabrás, tu autorización figura en un contrato.

—Uno falso, por supuesto.

—Eso solo lo sabemos los presentes aquí. Y ni Carla, ni Samuel ni yo vamos a decir nada.

—¿Por qué me hacen esto, señora? —pregunto con tono acerado.

—Muy sencillo. Primero nos quitaste la viña, segundo, no te has cansado de rechazar a mi hijo por activa y por pasiva y, por último, has interferido para que mi hijo no pueda vender su vino al mayor tratante de Europa. Te has acostado con ese hombre, a fin de que se decante por el tuyo. ¿Necesitas más motivos?

—También te has metido en una relación —añade Carla—. No sé cómo Arturo, con la clase que tiene, se ha podido fijar en una pordiosera como tú. Nunca podrás ponerte a la altura de ese hombre. Él necesita a alguien que sepa moverse en su círculo. ¿Acaso crees que va a vivir en un viñedo? A él no le interesa el vino, le interesan los negocios.

Entonces encaro a Carla que me observa con suficiencia. ¿Arturo la ha despachado sin contemplaciones? Me alegro al instante, aunque también me enfada escuchar cómo habla de él. No tiene ni idea de lo que realmente le apasiona. Solo valora su dinero y su posición.

—Dime, Carla, ¿qué papel juegas en la historia? ¿A qué te dedicas? —interrogo e intento parecer derrotada.

—Soy la que ha falsificado tu firma que, por cierto, es bastante simple. Me lo has puesto demasiado fácil. Trabajo en una galería de arte y, en ocasiones, hago réplicas de cuadros famosos a clientes que desean tener uno similar al original. Reproducir tu firma ha sido un juego de niños. Jamás tu vino llegará a manos de Arturo. Y si él no tiene el vino, perderá el interés en ti. Nunca será tuyo.

Asiento.

—Te lo puedes quedar. Aunque antes, ¿me permites que te cuente algo? Me parece que no lo conoces en absoluto. ¿Sabías que casi lo destruyen por ambición? Su tío intentó hundirlo, con el objetivo de usurpar el puesto que le correspondía. No tienes ni idea de lo que él ha tenido que vivir a lo largo de su vida, solo te fijas en lo superficial, y no te culpo por ello, porque es guapísimo. Te aconsejo que lo dejes ir.

—¿Y que se vaya contigo? Antes, muerta. He soportado sus desplantes y su mal humor durante meses, lo último que necesito a estas alturas es que me des

consejos.

—No. Conmigo tampoco. Lo hará con la persona que lo ayude a abrirse. Y ya que nos estamos sincerando, te voy a contar un par de cosas más. Fui testigo de excepción la noche en que su tío casi lo hunde. Lo protegí como pude e incluso puse mi granito de arena para que se convirtiese en el hombre que has descrito. Y, otra cosa más, él adora todo lo relacionado con el vino y su proceso.

### *Arturo*

Noto un nudo en la garganta. ¡Me protegió! ¡Conocía la intenciones de mi tío y por eso me rechazó y después aseguró que no me había visto! Se enfrentó a mi tío por mí y calló cuando me ensañé con ella. Mi padre creyó que ella me rechazó porque era un crío, ¡se equivocaba! Marian estaba al tanto de la situación y pese a ser una niña, jugó su baza con maestría.

Aprieto mis dientes y me dispongo a saltar, cuando una mano en mi hombro me detiene. Me giro sobresaltado hacia mi derecha y me tranquilizo al comprobar que Leo y Ángel acaban de llegar. Ella ha dado el aviso, así que la policía también estará a punto de aparecer.

Mantiene la compostura, no se ha roto ni ha vacilado en ningún momento. Solo puedo reconocer que es la mujer más íntegra y fuerte que he conocido en mi vida. De pronto, por otra de las puertas aparece el padre de Marian, se sitúa tras ella y la observa con el temor reflejado en el rostro. Unos segundos más tarde aparece su cuñado. Al reconocerlo, Samuel reacciona.

—¡Cayetano de la Hera! ¿Qué haces tú aquí? ¿También te has acostado con ella? —grita y sujeta a Marian inesperadamente del brazo, de una manera que la hace trastabillar.

Ahí no aguanto más y de un salto me precipito al suelo; caigo justo a la espalda de Samuel al que no le da tiempo a reaccionar, por lo que me es muy fácil rodear su cuello con mi brazo y apretarlo ante los gritos de Carla y su madre, y la estupefacción de Cayetano y el padre de Marian.

—Suéltala, Samuel —siseo en su oído.

—¡No va a ser de ninguno de los dos! —sentencia y la amenaza con un descorchador que no sé de dónde ha salido.

Levanto los ojos y compruebo que Marian se ha quedado inmóvil después de mi aparición y al notar el artilugio cerca de su cuello.

En ese pequeño intervalo de tiempo, Ángel y Leo saltan y nos rodean. Aprieto más y hago palanca con mis dos brazos con la idea de que el cabrón no pueda respirar. Funciona. Él la empuja e intenta deshacerse de mi agarre. No lo logra, al estar borracho no tiene la fuerza suficiente.

Al soltarla de su agarre, inmediatamente, Ángel y Leo la recogen, la arrastran hacia atrás, y llevan junto a su padre y su cuñado.

—Samuel, creo que no te quedó claro el mensaje que te di el otro día, por lo que no me queda más remedio que explicártelo de nuevo. Bueno... ¿Ves a esa mujer a la que acabas de atacar? Pues resulta que es el amor de mi vida y lo que acabas hacer, te ha puesto en una situación muy jodida. Ella se defiende la mar de bien sola, aunque eso no impide que nosotros le echemos una mano. Conoces a su padre, lo que no te han dicho, es que se trata del juez Herranz y que no va a dudar un instante en tirar de contactos con el deseo de que pases una buena temporada en un sitio muy cómodo y que te va a encantar. ¿Y Cayetano? Sí, al que acabas de escupirle que si se acuesta con ella, resulta que es su cuñado, hijo de presidente del comité regulador y el que va a cerrar este estercolero. Seguro que no ha hecho nada antes, porque Marian lo ha frenado, aunque me temo que hoy no vas a tener tanta suerte. Y sin embargo, no es de ellos de los que has de preocuparte, sino de mí, porque ellos te destrozarán por vía legal, yo no, yo voy a utilizar mis puños.

—Arturo, cálmate —escucho que me llama Marian al orden con la voz tomada.

—Dime lo que quieres, amor. Lo suelto o lo masacro vivo.

—Suéltalo, no merece la pena. La firma que ha estampado en el documento es mi firma de diseñadora, no mi firma legal.

Sonríó al escuchar lo que me dice. Este pedazo de mierda es tonto hasta decir basta. ¿No se ha asegurado de que la firma sea la auténtica? Sí, así es, las caras de las dos mujeres al escucharla lo confirman, ni se han parado a verificar que sea la firma correcta.

—Arturo, por favor. La ambición ha podido con él, como con tantos otros, tú mejor que nadie conoces lo que eso significa —vuelve a pedirme.

Hago caso a su súplica, aunque cuando lo voy a soltar, él se revuelve y se me echa encima. Oigo como Marian grita y veo de reojo que los demás salen en mi defensa. No lo necesito, para cuando nos alcanzan, ya lo tengo aprisionado contra el suelo y mi puño se estrella en su mandíbula una y otra vez.

Noto como Leo tira de mí antes de que cumpla mi amenaza. Me dejo arrastrar, pese a que la ira me ciega. Al incorporarme, centro mis ojos en Carla, que retrocede asustada.

—No me olvido de ti, Carla. Antes de que llegue la policía, quiero que Marian escuche de tu boca que tú y yo nunca hemos sido pareja.

—Yo...

—¡Que se lo digas! —grito fuera de mí.

—No... No somos pareja. Él nunca ha querido. Ya antes de marcharse cortó cualquier tipo de relación conmigo.

Asiento ante su confesión y le pido a Leo que me suelte. Él lo hace y me sonrío.

—Deberías dedicarte a la oratoria...

Detrás de él, Ángel suelta una risita a la que no presto atención. Solo tengo ojos para Marian. Al observarla me percató de que hay signos de cansancio en su rostro y luce demacrada. No ha pasado mejores días que yo y eso hace que me sienta la peor escoria del mundo.

## CAPÍTULO 30

### Todo lo que siempre quise fuiste tú

*Marian*

Creo que caeré redonda en el suelo en cualquier momento. Ver que aparece de la nada casi provoca que el corazón se me salga del pecho, más que sentir a Samuel amenazarme con esa mierda de sacacorchos de diseño.

Puedo intuir que apenas se retiene por el color oro líquido de sus ojos y su voz sibilina; sé que si lo dejo, aplastaré a Samuel. No es lo que deseo, no quiero que manche sus manos con gente que no merece la pena. Lo llamo al orden y él me responde, como si mi voz fuese lo único que registra en este momento.

Apenas hablo con claridad, porque escuchar de sus labios que soy el amor de su vida me ha dejado fuera de combate. Por el bien de ambos, le explico que Samuel no puede hacer nada, que mi firma no es válida y que, por tanto, no tiene sentido que descargue su ira contra el pobre diablo. Ahora que sabe la verdad de lo que pasó esa noche, le digo que Samuel no es más que otro como su tío y que lo suelte.

Lo hace, momento que Samuel aprovecha para atacarlo, aunque de nada le sirve. Arturo, con su metro noventa tarda un segundo en placarlo y acaba dándole otra paliza que hace que me estremezca. En esta ocasión no puedo reprocharle que lo haga.

Tras obligar a Carla a confesar que nunca han tenido nada, su actitud se relaja. Es cuando dirige sus ojos hacia mí y yo me tengo que apoyar en mi cuñado. Ese hombre tiene el poder de hacer que se me doblen las rodillas, y lo peor es que, pese a todo, no me importa admitirlo. No puedo simular algo que no es.



Sumidos en nuestra burbuja, aparece la policía acompañada de lo que supongo son amigos de mi padre. Uno de ellos me toma declaración y pide los papeles que confirman lo que han pretendido llevar a cabo las tres personas que prestan declaración a mi lado. La cara del policía al ver que lo han hecho de forma tan chabacana es cómica, no sabe ni cómo aguantar la risa.

Una vez que he contestado a lo que me ha preguntado y que le he pasado a mi cuñado los audios de mi encuentro con ellos, me repliego disimuladamente hasta escapar por una de las salidas.

Lo único que quiero es salir de ahí y perderme en mi viñedo, sé de sobra que en menos que canta un gallo, mi vino volverá a mi almacén. Al salir veo mi coche aparcado en la entrada, paso de largo y continúo hacia mi viñedo, en el que mis empleados trabajan bajo las órdenes que les ha dado Ángel. Encuentro a Fernando, al que por encima le comento lo sucedido y le pido que ponga al corriente al resto.

Una vez que el buen hombre asimila toda esa locura, inmediatamente me deja sola y corre la voz. Camino hasta mi sitio favorito, en ese donde el tiempo se detiene, junto a mi vid. Le tengo especial predilección, porque es la más antigua y porque desde ahí se puede contemplar el viñedo completo. La primera vez que me senté junto a ella, comprendí lo que el antiguo propietario proyectó en su mente. Esta planta me infunde respeto, por eso me gusta hablarle y contarle lo que vamos a hacer.

Me siento en silencio y me limito a observar a mi gente; no me uno a ellos, mi cuerpo y mi mente necesitan un respiro y una de las ventajas de ser la jefa, es que en días como el de hoy, puedo permitirme el lujo de no hacer nada.

Meto las manos en los bolsillos para resguardarlas del frío y me quedo ensimismada. Y por primera vez en días, consigo dejar mi mente en blanco.

### *Arturo*

La he visto salir a hurtadillas de la bodega y la he dejado. Se le nota saturada y que necesita un momento a solas, y eso, es algo en lo que la puedo ayudar. Por eso guardo silencio y no comento que se ha marchado. Me sumo al grupo de hombres que arriman el hombro con el objetivo de que este embrollo se solucione lo antes posible.

Ángel y Leo se ocupan de buscar a gente de la bodega para que devuelvan el vino al almacén de Marian, mientras el padre de ella pone la denuncia

pertinente y Cayetano habla con su padre, que acaba de aparecer hace tan solo unos minutos y que escucha a su hijo atónito.

A los tres cafres se los llevan a comisaría, no sé qué les sucederá, no entiendo de temas legales, aunque me importa bien poco lo que ocurra con ellos. Si en este mundo hubiese menos gente como ellos funcionaría mucho mejor.

Ando sumido en dichas observaciones, cuando el padre de Marian se acerca y me da una palmada cariñosa en el hombro. Miro al hombre con vergüenza, no me siento orgulloso de lo que me ha visto hacer, aunque pienso que es ahora o nunca.

—Me he enamorado de ella, señor.

—Eso me ha quedado bastante claro.

—Bien, porque a partir de ahora me va a ver usted a menudo.

—¿Vas a vivir entre Andorra y Madrid? Porque si pretendes que mi hija se marche de aquí, me veo en la obligación de advertirte de que no lo hará. Esto es su elección, su vida.

—Las cosas han cambiado. Soy yo el que se trasladará, si ella me acepta. A partir de este momento empiezo a hacerme cargo de las catas de la empresa. Por lo que puedo fijar mi residencia en cualquier lugar.

—¿Es porque tu hermana ha sido madre?

—Por eso y porque mi verdadera vocación siempre ha sido la cata, aunque mi padre decidió en su momento que me encargase de la parte administrativa.

—¿Eres catador, Arturo?

—Desde niño, y no se apure por no saberlo. Mi padre se enteró ayer. La única persona que lo ha sabido desde siempre ha sido su hija.

El hombre dispara su mirada curiosa hacia mí y hace una negación.

—Siempre me he preguntado por qué mi hija ocultó lo de esa noche en la biblioteca. Ahora ya sé la respuesta a esto y a otras muchas cosas. Siempre se trató de ti, ¿verdad?

—Esa noche pasaron muchas cosas. Sin embargo, la que usted sospecha, no. Lo intenté y ella no accedió, Marian siempre ha sido muy inteligente. Y señor, necesito que sepa que ya la amaba en ese momento.

—Lo único que te pido es que no intentes cortarle las alas, déjala ser libre como lo es ahora.

—Ella ya me ha enseñado su libertad y me gusta todavía más por eso. Jamás se me ocurriría alejarla de su viñedo.

El hombre asiente con ojos emocionados, me vuelve a dar una palmada en la espalda y se marcha. Aunque la soledad me dura poco, ya que ahora es Cayetano el que se acerca con una sonrisa.

—Cuñado, ¡vaya manera de entrar en la familia! Y luego me dicen a mí que soy duro... Por cierto, ¿te acuerdas del favor de hace unos días? —recuerda, con una sonrisa diabólica.

—¿A cuánto asciende mi deuda? —respondo con una media sonrisa. Este tío y yo nos vamos a llevar muy bien.

—Tu deuda quedará saldada cuando hagas del vino de tu ratoncito uno de los más cotizados del mundo. Por mucho que se niegue, hazlo. Y por favor, encárgate de que a partir de hoy, vuelva a sonreír.

No le digo nada, porque me acaba de dejar atónito. Me acerco y le abrazo. Un abrazo de familia.

—Lo sabías...

—Desde que llamaste desesperado por conseguir su teléfono. Y te lo di la noche del cumpleaños, porque vi como a ella le brillaban los ojos. Y ahora que parece que vamos a ser familia, una advertencia. Jamás, jamás, oses meterte con sus pijamas o serás hombre muerto.

—¿Ginebra también? —inquiero con una sonrisa.

—¿Lo dudabas? Con el tiempo aprenderás a pillarle el gustillo a quitárselos —confiesa de manera pícaro y me guiña el ojo.

Asiento, le palmeo en la espalda y dejo que se marche.

Lo que acaba de pasar me reconforta, aunque no me sirve de nada si no tengo lo que realmente quiero. Por eso saco mi teléfono y llamo a Jimena, necesito que me eche una mano.

### *Marian*

Termino el día algo más tranquila al saber que mis vinos ya duermen de nuevo en sitio seguro.

Me despido de mi cuñado y él cierra la puerta del coche donde también va mi padre. Les lanzo un beso y los observo salir de la bodega. Una vez a solas, el peso de lo ocurrido cae sobre mí, y lo que peor llevo, es no saber dónde se encuentra él. Pensaba que llegaría con el resto, y no, no ha aparecido. Mi cabreo con Arturo no ha mermado, primero porque lo que ha sucedido, en parte, es por su culpa, y segundo, porque ha perdido de nuevo el autocontrol

de la manera que no debe y otra vez por defenderme. Y aun así, me muero por tenerlo cerca. Quizá entonces, el frío que se instaló en mí desde que se marchó, desaparezca.

Cierro y me aseguro de que no quede nadie dentro ni fuera del viñedo y pongo rumbo a casa.

### *Arturo*

—¡Jimena! Dice Leo que acaba de salir, ¡fuera de aquí ya!

—Ya van dos veces, Arturo. A la tercera que me eches vas a ser tú el que atravesarás la cristalera con la cabeza. ¿No querías ayuda? Pues ahora te aguantas un par de minutos, que no son nada en comparación con lo que le has hecho pasar a ella.

—¡Joder! Parezco un flan...

Ella me observa y suelta una carcajada.

—Si hace unos años me llegan a decir que te iba a ver temblar por Marian, lo que me hubiese reído.

—Siempre ha sido ella...

—Y visto lo visto, siempre has sido tú para ella. No la lées, ¿vale? Ya la has jorobado bastante —dice, antes de darle el último toque a la mesa.

Cuando finaliza se acerca, me abraza y se marcha a toda prisa.

Desaparecen en el coche en cuestión de segundos y me quedo a solas en la casa que tanto he añorado estos días. Admiro todo lo que Jimena ha hecho: pequeñas luces y unas velas adornan el salón. El fuego arde y ha dejado la comida lista para servir. Me muevo nervioso porque aparecerá en cualquier momento.

Coloco mi móvil en el hueco de los altavoces y busco a LP y su *Lost On You*. Esta canción me ha hecho sentirla cerca desde que su *pen drive* llegó a mis manos. Cuando los primeros acordes empiezan a sonar, muevo el cuello para desentumecerme y me apoyo el sofá, cruzo mis piernas para que no me tiemblen y meto las manos en los bolsillos de los vaqueros.

### *Marian*

Me ha parecido cruzarme por el camino con Jimena, aunque voy tan apática que ni me planteo llamarla. Seguro que es ella, que ha venido a ver qué ha sucedido. Sin embargo, esa conversación puede esperar.

Cuando llego a la explanada hay algo que llama mi atención: alguien ha encendido las luces del patio.

El corazón empieza a latirme con fuerza. «No se habrá atrevido...».

Aparco como puedo y desciendo del coche. Avanzo poco a poco hasta llegar a las escaleras, y ya ahí, puedo escuchar la música y divisar las miles de luces que brillan en el interior de mi casa.

Subo, descorro la cristalera y lo encuentro parado en mitad del salón.

### *Arturo*

Observo esa carita de asombro y no puedo evitar derretirme. ¿Cómo he podido alejarme de ella alguna vez? ¿Cómo he sido tan estúpido?

Me separo del sofá y camino hasta ella, que se ha detenido en la entrada de su casa.

—Hola... —susurro, muerto de miedo.

—Hola... —responde y retrocede.

—Ni se te ocurra intentar escapar, Marian...

—¿Escaparme? —pregunta con voz queda—. No escapo, solo necesito salir de aquí, no vaya a ser que vuelvas a meterme un lío de los tuyos por no controlar tus impulsos y no mantener los puños dentro de los bolsillos. ¡Ya te lo advertí! ¡La violencia no trae nada bueno! ¡Casi me arruinas! —chilla fuera de control.

—Sí, ha sido culpa mía. Aunque no pienso pedir perdón por haberle zurrado esta mañana. Si no me llegas a detener, lo hubiese matado solo por haberse atrevido a rozarte.

—¡Contigo es imposible! ¿Qué quieres ahora? ¿No me has hecho suficiente daño ya? —recrimina y vuelve a retroceder.

—Marian, ni se te ocurra salir por la puerta, porque iré tras de ti —advierdo y me acerco a ella como un felino.

—Arturo, no lo hagas. No lo voy a soportar —pide.

Tiembla y no sé si de miedo o de excitación, porque es consciente que no voy a claudicar.

—Que no haga qué... ¿Esto?

La cojo de un brazo, la atraigo hasta pegarla a mí y estampo mi boca sobre la suya como si me fuese la vida en ello. Al notarla, todo lo malo desaparece.

Me interrumpo y ella agacha la cabeza, agarro su barbilla y le levanto el rostro.

—El único que tiene motivos para sentirse avergonzado, soy yo. Nunca vuelvas a privarme del placer de disfrutar de tus ojos.

—Creía...

—Que me había marchado después de decir que eres el amor de mi vida, ¿no? Lamento comunicarte, que no vas a tener esa suerte. Soy un sinvergüenza, uno al que le ha costado entender que no puede vivir sin ti.

La aprieto con temor a que retroceda en cualquier momento.

—Los últimos días han sido un infierno. Te he hecho mucho daño y no sé si podrás perdonarme ¿Me eliges otra vez? ¿Quieres seguir enseñándome tu libertad?

Se estremece, aunque no me suelta, beso su pelo y acaricio su espalda.

Empieza a sonar *I Want it all* de Queen y se tensa.

—Lo quiero todo, Arturo. Y lo quiero ahora —susurra sobre mi pecho.

La separo de mí, solo para besarla de nuevo como si nunca la hubiese besado.

### *Marian*

El enfado ha desaparecido, el cansancio también y entre sus brazos ya no noto frío. Sus palabras nos resarcen a ambos. Al escuchar mi canción, que ya es nuestra, suelto lo que pienso. No más rodeos, no más silencios, no más ocultarnos el uno al otro lo que sentimos desde que éramos unos críos.

—Lo quiero todo, Arturo. Y lo quiero ahora —susurro sobre su pecho.

No me da tiempo a expresarle lo enfadada que sigo con él, ni que no voy a tolerar más idas y venidas. Como siempre, me besa como solo él puede hacerlo. Y ese beso me hace tocar el cielo.

Me aferro a él, que me alza en brazos y sin dejar de besarme nos sube hasta mi habitación. Al entrar, solo puedo pensar en que ha regresado y que por fin asume lo que no se ha atrevido a reconocer desde que nos reencontramos.

Me deja en el suelo y empieza desnudarme sin prisa, consciente de lo que hace, a quién y porqué.

—Arturo...

—*Shh*... Déjame hacerlo así.

No lo permito, termino de desvestirme de un tirón con una sonrisa páfida y de otro tirón le rompo la camiseta. Los ojos le relampaguean y no puedo sentirme más dichosa. No quiero al Arturo comedido.

—¿Así va a ser?

—Siempre. Tienes mucho por lo que compensarme. A partir de ahora, ese carácter no lo vas a calmar con los puños. ¿Entendido?

Ante mi respuesta no duda un instante, me coge entre sus brazos sin dejar de besarme y me estampa contra el ventanal. El frío del cristal hace que se me erice la piel y me arquee.

—Como mande la jefa —murmura, antes de besarme el cuello y descender a mi pecho.

Entra en mí sin preámbulos. En cuestión en segundos, lo siento en cada parte de mi ser. Sus manos me sujetan mientras imprime un ritmo suave. Un gemido involuntario sale de mi garganta y me aprieto más contra su cuerpo. Me aferro a su pelo, muevo su cabeza para tener acceso a su cuello y clavo mis dientes en su hombro. Él no se estremece, sino que se deshace del poco control que le queda mientras aumenta el ritmo. Es cuando desclavo los dientes de su piel para dejar caer mi cabeza sobre el cristal y cerrar los ojos. El aire se espesa y todo se vuelve demasiado intenso. Nuestros cuerpos se mueven en armonía, reaccionan el uno al otro, tanto, que no tardamos en consumirnos el uno en el otro.

### *Arturo*

—Mi padre me contó lo que pasó esa noche en la biblioteca después de que me echases —comento, al tiempo que paso el dedo por sus labios hinchados.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no te lo contó antes?

—Porque un rato antes le confesé la verdad.

Ella se incorpora de repente y me mira con los ojos abiertos como platos.

—¿Lo has hecho? ¿Qué te hizo saltar?

—Tú. Me encontraba con mi hermana y el bebé, cuando ella comentó que observaba a su hijo como a ti. Que a eso se le llamaba amor. Y... monté en cólera. Al escuchar el escándalo, mis padres entraron por la puerta y ella, ni corta ni perezosa, les soltó que me había enamorado de ti. Ya puedes imaginar el caos que se armó, aunque no fue hasta que mi padre me prohibió que me acercase a ti que no reaccioné. ¿Me prohibía estar con la única persona que

me conocía y me había tratado con amor? En ese momento la realidad me golpeó. Le escupí que no me conocía y cuando él me instó a que les revelara quién era, me vacié. Les comuniqué que no iba a seguir en la empresa porque mi vocación era otra, que no los necesitaba, que quería vivir una vida plena y que lo quería todo.

Ella sonrío al escucharme decir esto último y la atraigo con intención de besarla.

—No te distraigas, termina —regaña.

—Me marché, y un par de horas después apareció en mi casa y me contó toda la historia de mi tío, que hasta entonces había sido algo tabú y me propuso ser el catador de la empresa.

—Lo culpaste, ¿verdad? ¿Y vas a aceptarlo?

—No se te escapa nada... Y sí, quiero hacerlo, aunque solo si te parece bien que me ausente de vez en cuando.

—Increíble, después de tanto tiempo... al fin has tomado el timón. No creí que lo vería.

Sonríó ante su comentario, porque no le falta ni pizca de razón.

—¿Cómo supiste lo de mi tío?

—Porque como siempre, estaba en el en el sitio equivocado en el momento correcto. Leía en la biblioteca, cuando tu tía instigó a tu tío para que contase a tu padre tus intenciones. Yo ya las conocía, porque Jimena ya me había puesto al tanto. Por eso fui tan tajante cuando apareciste. No se trataba solo de decirte que no, tenía que vapulear tu ego y hacerlo rápido. Supuse que nuestras familias no tardarían en aparecer.

—Y también callaste cuando mi tío te amenazó.

—Sí, porque sus intenciones me parecieron esperpénticas. Arturo, eras dinamita, algo lógico con dieciséis años, sin embargo, no eras malo.

—Tengo una duda... Si Jimena no te lo llega a contar, ¿qué hubieses hecho? ¿Es cierto que esperabas a otro? —pregunto al tiempo que recorro su garganta con mis dedos.

—¿Qué crees? —replica y me da a entender con el tono que hubiese aceptado.

Se ríe y se muerde el labio en los segundos que la contemplo atónito.

—¿En serio? Aseguraste que...

—Ya sé lo que dije, y te prometo que no esperaba a nadie. Ya apuntabas maneras... Tan egocéntrico, y aun así, eras el niño más guapo que había visto



nunca. Y ahora, dime una cosa, ¿por qué un reto? ¿Y no había más chicas a las que molestar?

—Las había, muchas. Y fue de esa forma porque... no me atrevía a acercarme a ti de otra manera. Me intimidabas. Esa noche iba como un flan. Eras mayor y una preciosidad, que al contrario que las demás, pasaba de mí. No tener la atención de tus ojos verdes, hizo que los buscase siempre que podía y así me enamoré de lo demás. Todo lo que siempre he querido, has sido tú —murmuro sobre su boca.

## EPÍLOGO

*Arturo*

*Mes de julio...*

*P*aseo por el viñedo y ojeo todas y cada una de las vides. Marian se ha quedado en el taller porque tiene encargos pendientes y Ángel y yo hemos venido a supervisar que el vino sea cargado con cuidado en el transporte que lo llevará a mi empresa. Se ha vendido todo, menos una pequeña partida que hemos guardado para nosotros. La acogida ha sido magnífica, tanto como se merece. Y aunque mi hermana es la que ahora se ocupa de las ventas junto con mi cuñado, del vino de mi mujer me he encargado de distribuirlo yo.

Ángel se ha marchado, ya que el día no ha sido fácil por el calor, pero yo he preferido quedarme. Serpenteo entre las plantas y el sol de última hora de la tarde acaricia mi cuerpo; sonrío, porque hace unos meses nunca hubiese dicho que esta tierra cambiaría mi vida.

Ella tenía razón, siempre la tuvo, el campo no solo te engancha por las endorfinas que liberas con el trabajo duro, lo hace porque te enamoras. Y yo lo he hecho de la mujer y de la tierra, y si en este momento me ofreciesen volver a mi vida anterior, no lo haría ni atado.

Salgo del paraíso solo para probar vinos conocidos y desconocidos, y siempre acompañado por ella. Como ejemplo, nada mejor que nuestra historia, no hay que menospreciar una bodega pequeña, porque es precisamente ahí, donde puede esconderse una joya.

*Marian*

En cuanto llego, lo localizo entre las vides, que se muestran en máximo su esplendor. Un día le comenté que ojalá pudiese verlas así, y jamás creí que lo haría tan pronto.

Me encanta contemplarlo tan tranquilo, despeinado y en vaqueros, mientras disfruta sin prisas del paseo y las vistas. Es una estampa que no creo que deje de sobrecogerme nunca.

Me siento en el capó del coche y lo sigo con la vista, hasta que se percata de que mis ojos lo vigilan. Es cuando cambia de rumbo, se toma su tiempo hasta que llega junto a mí y me observa con los suyos entrecerrados.

—¿No se supone que nuestros padres vienen a cenar?

—Ajá...

—¿Y qué haces aquí?

—Revisar que mi capataz cumpla con lo que le he encomendado.

—¿Y le satisface el resultado, jefa?

—*Hum...*

—¿Qué significa *hum...*? —exige saber, al tiempo que se coloca entre mis piernas y me retira el pelo de la cara.

—Siempre puede ser mejorable...

—Mejorable... —susurra y se pega más a mí.

—¿Algo en mente que pueda optimizar la situación, capataz?

No me responde, porque su boca cae sobre la mía con la misma avidez de siempre. Lo anclo más a mí y respondo de igual manera.

—Jefa, los vecinos nos van a ver... ¿Qué va a pensar el personal? —susurra sobre mis labios.

—Que tengo mucha suerte de tener un empleado tan comprometido con la causa —replico con la respiración entrecortada, al sentir su boca sobre mi pecho y su manos bajo la falda del vestido de verano que llevo puesto.

—Te has convertido en una sinvergüenza.

—Eso es porque vivo y trabajo con uno.

### *Arturo*

Sonrío sobre su piel al escucharla, aunque no me detengo, la instigo hasta que se deshace en mi brazos, sin dejar de observar esos ojos que me subyugan.

Acabamos abrazados y disfrutamos de cómo se esconde el sol, la examino con atención y, de nuevo, soy testigo de cómo disfruta de la maravilla que tenemos en frente. Sin embargo, no dejo de pensar en que el verdadero milagro es ella.

Mi milagro con aroma a madera.

© 2019, Luz Barreras

Primera edición en este formato: marzo de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.  
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral  
08003 Barcelona  
[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)

ISBN: 978-84-17705-10-7

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.